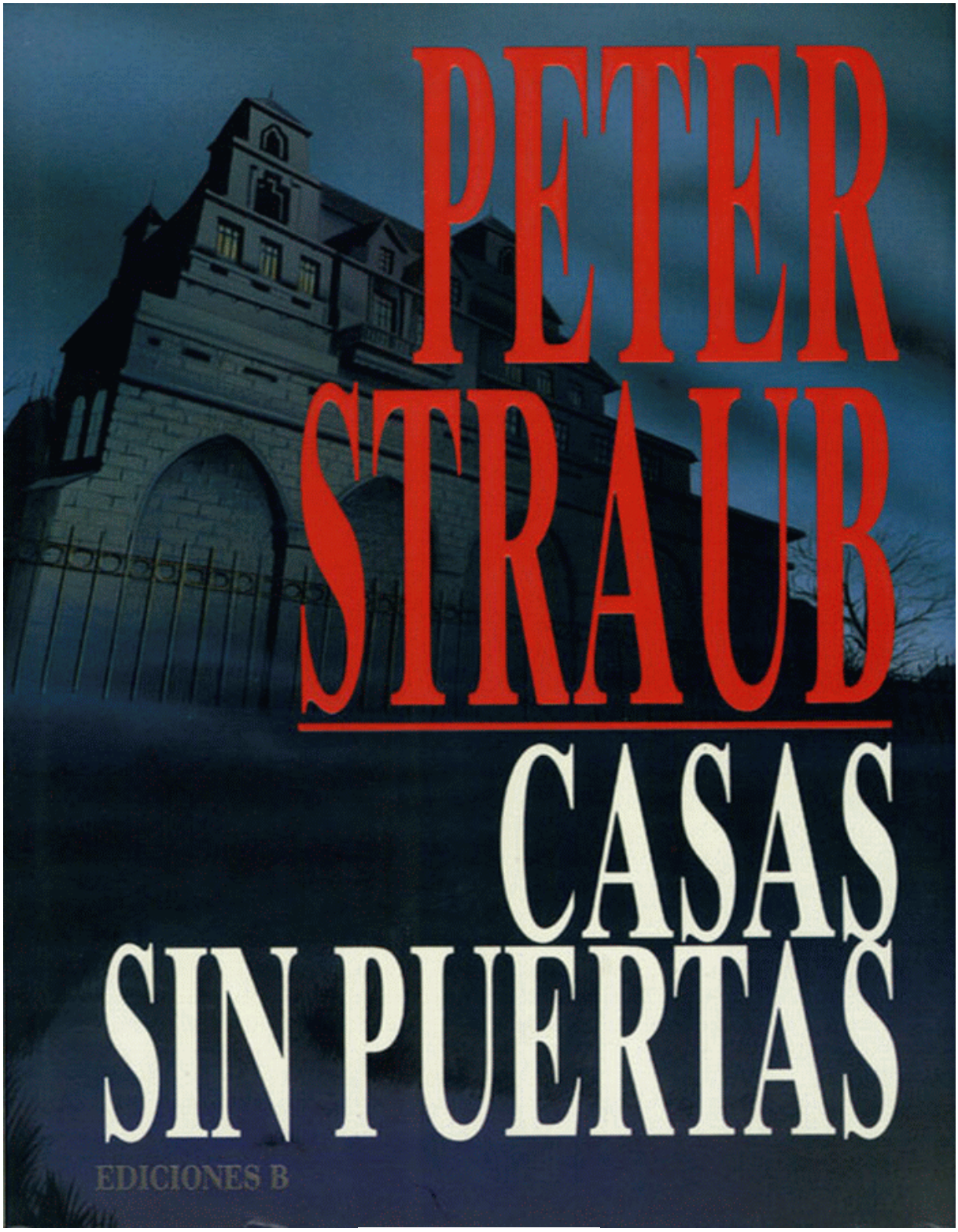
CASAS SIN PUERTAS
PETERSTRAUB



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A Scott Hamilton y Warren Vaché

Condenada está la casa sin puerta
por la que penetra el sol.
Después se quita la escalera
porque la fuga se ha consumado.

EMILY DICKINSON

CASAS SIN PUERTAS

Vio a un hombre joven que vestía jersey negro holgado y pantalón también negro, y que caminaba calle abajo en dirección a ella. Su cabello negro ondeaba al viento y su rostro parecía estar iluminado por una sonrisa. Pensó que siempre era agradable ver a alguien sonriendo en la calle; era como una señal de afabilidad. Cuando estaban a punto de cruzarse, ella se dio cuenta de que estaba haciendo muecas, no sonriendo, y de que tenía los ojos humedecidos. Esto sucedió en Nueva York, uno de esos días en que el

cielo tiene un color gris plomizo, el aire es gris y frío y la gente se pone la chaqueta y el jersey por primera vez. Ella se volvió y lo miró mientras pasaba por delante de ella, preguntándose qué podía haberle ocurrido. Al joven aún le envolvía una extraña luminosidad, y la mujer se dio cuenta de que otras personas también lo estaban mirando.

LA ROSA AZUL

A Rosemary Clooney

1

En un sofocante día de verano, los dos muchachos más jóvenes de los cinco hermanos Beevers, Harry y Little Eddie, estaban sentados en sillas con respaldo de mimbre en el desván de su casa de la calle South Sixth de Palmyra, Nueva York. Su padre lo llamaba «el cuarto de los trastos de la planta de arriba» debido a que aquel amplio espacio irregular se destinaba a guardar cajas llenas de manteles, un montón de abrigos para niña, de tallas cada vez más pequeñas, y los viejos vestidos con olor a humedad que Maryrose Beevers había momificado como testimonio de la superioridad de su pasado sobre su presente.

Un espejo alto que podía bascular en su marco, un recuerdo de los tiempos gloriosos que una vez disfrutó su madre, revelaba ahora a Harry la nuca de Little Eddie. Aquel objeto, que en realidad parecía más maleable que lo que debiera parecer una cabeza, asomaba precisamente por detrás del respaldo de la silla. A Harry le pareció que incluso la nuca de Little Eddie estaba tensa.

—Escúchame —dijo Harry. Little Eddie se retorció en la silla, y la silla tambaleante se retorció con él—. ¿Te crees que te estoy tomando el pelo? La tuve el curso pasado.

—Bueno, pues ella no te mató —replicó Little Eddie.

—Por supuesto que no me mató. Yo le caía bien, estúpido. Sólo me pegó un par de veces. A otros chicos les pegaba cada día.

—Pero los profesores no pueden matar a la gente —contestó Little Eddie.

Con nueve años, Little Eddie era sólo un año menor que su hermano, pero Harry sabía que para éste, muy poco desarrollado para su edad y siempre quejumbroso, él formaba parte del mundo de los adultos, al igual que sus hermanos mayores.

—La mayoría de los profesores no puede —contestó Harry—. Pero ¿y si viven en el mismo edificio que el director? ¿Y si les han dado premios por su trabajo, eh? ¿Y si todos los demás profesores de la escuela les tienen pánico? ¿No te crees que pueden asesinar a alguien impunemente? ¿Tú crees que alguien echaría de menos a un mocoso como tú, a un renacuajo como tú? La señora Franken llevó a un chaval, al enano de Tommy Golz, al guardarropa, y allí mismo lo mató. Yo lo oí gritar. Al final sólo parecía como si balbuceara. Él intentaba gritar pero tenía la garganta demasiado llena de sangre. Nunca regresó, y nadie dijo ni pío al respecto. Ella lo mató, y el próximo curso será tu profesora. Espero que estés asustado, Little Eddie, porque tienes razones para estarlo. —Harry se inclinó hacia adelante—. Tommy Golz incluso se parecía un poco a ti, Little Eddie.

El rostro de Eddie se crispó como si lo hubiera atravesado un rayo.

En realidad, el pequeño Golz había sufrido un ataque de epilepsia y lo habían sacado del colegio, como Harry muy bien sabía.

—La señora Franken odia sobre todo a los mocosos egoístas que no comparten sus juguetes con los demás niños.

—Yo comparto mis juguetes —gimió Little Eddie, mientras las lágrimas empezaban a correrle por las delicadas manchas de suciedad que le cubrían las mejillas—. Todos cogen mis juguetes, eso es lo que pasa.

—Entonces dame tu descapotable ultrarrápido —ordenó Harry. El descapotable había sido el regalo de cumpleaños que tres días antes le habían hecho a Little Eddie un padre radiante y una madre malhumorada—. O se lo diré a la señora Franken en cuanto vuelva a la escuela en otoño.

Bajo la capa de suciedad, el rostro de Little Eddie se iba volviendo casi del mismo tono gris blanquecino de su cabello.

De repente se oyó un portazo de mal augurio.

—¿Niños? ¿Qué estáis haciendo ahí arriba en el desván? ¡Venga, bajad!

—Sólo estamos sentados en las sillas, mamá —gritó Harry.

—¡No destrocéis esas sillas! ¡Bajad aquí inmediatamente!

Little Eddie se levantó de la silla y se preparó para marcharse.

—Quiero ese coche —susurró Harry—. Y si no me lo das, le diré a mamá que has estado jugando con sus vestidos viejos.

—¡Yo no he hecho nada! —gimió Little Eddie, y se precipitó hacia la escalera.

—¡No hemos roto nada, mamá! ¡De verdad! —gritó Harry. Consiguió unos minutos más de tiempo al añadir—: ¡Voy enseguida! —Se levantó y se dirigió a una caja de cartón llena de libros interesantes que había descubierto el día anterior al cumpleaños de su hermano y que habían sido su objetivo antes de que se acordara del cochecito de juguete y engatusara a

Little Eddie para que subiera allí arriba.

Cuando Harry salió, un poco más tarde, y empezó a bajar los peldaños del desván, llevaba en la mano un libro de bolsillo muy viejo y roto. Little Eddie estaba temblando de miedo y rabia en la puerta del dormitorio que los dos niños compartían con su hermano mayor Albert. En la mano tenía un cochecito azul de metal que Harry cogió al instante para introducirlo seguidamente en el bolsillo delantero de sus tejanos.

—¿Cuándo me lo devolverás? —preguntó Little Eddie.

—Nunca —replicó Harry—. Sólo los egoístas quieren que se les devuelvan los regalos que hacen. ¿No lo sabías?

Cuando Eddie frunció su rostro para empezar a lloriquear, Harry dio unas palmaditas al libro que tenía en sus manos y añadió:

—Aquí tengo algo que te ayudará con la señora Franken, así que no te quejes.

Su madre le cortó el paso mientras bajaba por la escalera hacia la planta principal de la casita, donde se hallaban la cocina y la sala de estar, ambas habitaciones con el suelo cubierto de linóleo descolorido, el verdadero «cuarto de los trastos», separado por una cortina tiesa marrón de lana de la pequeña habitación improvisada donde dormía Edgar Beevers, y el dormitorio más amplio reservado para Maryrose. A los niños nunca se les permitía adentrarse más que unos pocos pasos en aquella horrible habitación porque podían desordenar los misteriosos «papeles» de Maryrose o tropezar con las filas de muñecas antiguas colocadas sobre el asiento de la ventana, que era la única y más apreciada distinción arquitectónica de la casa de los Beevers.

Maryrose Beevers se hallaba al pie de la escalera, observando con suspicacia a su cuarto hijo. Ella nunca había tenido el aspecto de una mujer que juega con muñecas, y ahora menos que nunca. Llevaba el pelo recogido en un moño en la nuca. El humo de su cigarrillo formaba espirales al pasar por delante de los gruesos cristales de sus gafas, que eran como las alas de un pájaro y agrandaban sus ojos.

Harry introdujo la mano en el bolsillo y cogió el cochecito con los dedos, como si lo quisiera proteger.

—Las cosas que hay ahí arriba pertenecen a mi familia —comentó ella—. Enséñame lo que has cogido.

Harry se encogió de hombros y mostró el libro cuando estuvo cerca de ella.

Su madre se lo arrebató e inclinó la cabeza para ver la cubierta del libro a través del humo del cigarrillo.

—¡Oh! ¿Es uno de los libros que están en la cajita de ahí arriba? Tu padre solía fingir que leía libros. —Intentó leer el título de la cubierta—. *Hipnotizar es fácil.* Debe ser alguna de esas porquerías que venden en el drugstore. ¿De verdad quieres leerlo?

Harry asintió.

—Supongo que no puede hacerte daño. —Le devolvió el libro con indiferencia—. La gente de buena clase lee libros, ¿sabes? Yo solía leer mucho antes de quedarme aquí atrapada con un puñado de inútiles. Mi

padre tenía muchos libros.

Maryrose casi rozó con la mano la parte superior de la cabeza de Harry, pero luego la apartó bruscamente.

—Tú eres mi pequeño intelectual, Harry. Tú eres el único que va a ver mundo.

—El próximo curso voy a ir bueno en la escuela.

—No bueno sino bien; vas a ir muy bien. Siempre y cuando no desperdicies tus oportunidades por hablar como tu padre.

Harry sintió aquel dolor característico, una mezcla de desprecio, vergüenza y terror, que se apoderaba de él cuando Maryrose hablaba de su padre de aquel modo. Murmuró algo que sonaba a conformidad y dio unos cuantos pasos lateralmente y alrededor de ella.

2

El porche de la casa de los Beevers se extendía casi dos metros a ambos lados de la puerta principal, y en él estaban depositados los muebles que resultaban demasiado grandes para que cupiesen en el cuarto trastero o demasiado humildes para ser conservados religiosamente en el desván. En el porche, debajo de la ventana de la salita, había un columpio hundido a la izquierda de un sofá verde antiguo de imitación de cuero que había sido reparado con cinta adhesiva de color negro. Al otro lado de la puerta principal, de la que en aquel momento estaba saliendo Harry Beevers, había una nevera inservible de la época en que los Beevers se casaron, y dos sillas cojas plegables que Edgar Beevers había ganado jugando a las cartas. A esos objetos nunca se les había permitido entrar en la casa. Aunque no de forma oficial, ese lado del porche estaba reservado al padre de Harry, y por consiguiente poseía una atmósfera totalmente distinta —de frustración, anarquía, vergüenza—, de la que reinaba en el lado del columpio y el sofá.

Harry se arrodilló en territorio neutral, delante mismo de la puerta principal, y sacó el cochecito del bolsillo. Colocó el libro de hipnotismo sobre el porche e hizo rodar el cochecito de metal por su parte superior. Luego le dio un fuerte empujón y lo contempló mientras su morro chocaba con la madera, produciendo un ruido metálico. Repitió esto varias veces antes de apartar el libro, estirarse boca abajo y dar al cochecito un empujón decisivo hacia el columpio y el sofá.

El cochecito rodó unos cuantos centímetros hasta que un listón irregular lo hizo ladearse y detenerse.

—Coche estúpido —le increpó Harry, volviéndolo a coger. Esta vez le dio un empujón más fuerte hacia el reino de su madre. Un trocito de pintura, frágil y rígido, que se había desprendido de la plancha del coche, se partió por la mitad y quedó encima del cochecito inmóvil como un colchón en miniatura.

Harry arrancó el pedacito de pintura y lanzó el coche hacia atrás, al otro lado del porche, donde de nuevo se descontroló y chocó con la parte lateral de la nevera. El muchacho corrió porche abajo y esta vez lanzó el

cochecito de nuevo en dirección al columpio. El cochecito chocó contra el asiento acolchado del columpio y cayó con fuerza sobre la madera. Harry se arrodilló frente a la nevera, jadeando.

Harry se sentía extraño; era como si tuviera la cabeza llena de toallas mojadas y calientes. Se levantó y se dirigió hacia el lugar donde yacía el coche delante del columpio. Odiaba el aspecto que tenía, pequeño y desamparado. Entonces probó a colocar uno de sus pies sobre el cochecito y percibió la presión del mismo sobre la suela del mocasín. Harry levantó el otro pie y lo colocó igualmente sobre el coche, pero no ocurrió nada. Saltó encima del coche, pero el mocasín no tenía más efecto que el pie desnudo. Harry se inclinó y recogió el cochecito.

—Tú, cochecito estúpido —dijo—. No sirves para nada, estás hecho un cacharro.

Le dio unas vueltas con las manos. Seguidamente introdujo sus pulgares entre el chasis y uno de los pequeños neumáticos. Al empujar, el neumático se movió. Sintió que su rostro ardía. Apretó el neumático con fuerza con sus pulgares, y el pequeño donut negro salió disparado hacia los hierbajos altos y espesos que crecían delante del porche. Tenía dificultades para respirar, pero más por la emoción que por el esfuerzo realizado. Harry hizo saltar el otro neumático frontal hacia la maleza. Luego se dio rápidamente la vuelta y empezó a rascar el coche contra la pared que estaba junto a la ventana del dormitorio de su padre. En la pintura aparecieron arañazos largos y profundos. Cuando Harry miró la parte superior del coche, descubrió que también estaba arañado. Descubrió la cabeza de un clavo que sobresalía algo más de medio centímetro de la pared frontal de la casa, y rascó el coche contra él, arrancando una larga corteza pintada de azul del lado del conductor del cochecito. El metal gris empezó a relucir a través de los arañazos. Harry golpeó el coche varias veces contra el saliente del clavo, arrancando cada vez trocitos de pintura. Jadeando, extrajo los dos pequeños neumáticos traseros y se los metió en el bolsillo porque le gustaba el aspecto que tenían.

Sin neumáticos, lleno de rascadas y abollado, el descapotable deportivo ultrarrápido había perdido la mayor parte de su poder. Harry lo miró con profunda y amarga satisfacción, cruzó el porche y lo empujó hacia la maleza. Desde el interior de tallos y hojas, el metal gris y la pintura azul le lanzaban destellos. Harry introdujo las manos en el interior de la maleza y movió sus brazos hacia atrás y hacia adelante. El coche cayó dando vueltas y desapareció.

Cuando Maryrose apareció malhumorada en el porche, Harry estaba sentado tranquilamente en el columpio chirriante, hojeando las primeras páginas de libro de bolsillo.

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué eran todos esos golpes?

—Estoy leyendo. No he oído nada —replicó Harry.

3

—¡Hombre, pero si está aquí el tío mierda ese! —dijo Albert, subiendo a saltos los peldaños del porche media hora más tarde. Tenía grandes manchas negras de grasa en el rostro y en la camiseta. Albert, un muchacho bajito y musculoso de trece años, pasaba todo el tiempo que podía holgazaneando por la gasolinera, que quedaba a dos manzanas de su casa. Harry sabía que Albert lo despreciaba. Albert levantó un puño e hizo un movimiento espasmódico y amenazador hacia Harry, quien se echó hacia atrás. Albert solía propinarle tremendas palizas, al igual que sus otros dos hermanos mayores, Sonny y George, que actualmente estaban destinados en bases del Ejército en Oklahoma y Alemania, respectivamente. Lo mismo que Albert, sus dos hermanos mayores habían decepcionado profundamente a su madre.

Albert se echó a reír, y esta vez blandió su puño a pocos centímetros del rostro de Harry. Al tirar el puño hacia atrás, hizo saltar el libro de las manos de Harry. —Gracias —dijo Harry.

Albert sonrió con afectación y desapareció por la puerta principal. Casi el instante, Harry oyó a su madre que empezaba a gritar al ver la grasa que cubría la cara y la ropa de Albert. Albert subió la escalera con fuertes pisadas.

Harry abrió sus dedos apretados y luego los extendió, cerró la mano y luego volvió a extender los dedos. Cuando oyó que la puerta del dormitorio de arriba se cerraba, se atrevió a saltar del columpio y recoger el libro. Estar cerca de Albert le hacía sentirse como un muelle encerrado en una caja. Desde la parte de atrás del piso de arriba de la casa, Little Eddie lanzó un gemido fantasmal. Maryrose le amenazó vociferando que iba a abofetearlo si no se callaba, y eso fue todo. Aquellas tres infelices vidas que se hallaban dentro de la casa volvieron a quedarse en silencio. Harry se sentó, localizó la página en que se había quedado y empezó a leer de nuevo.

Hipnotizar es fácil había sido escrito por un tal doctor Roland Mentaine, y su vocabulario era más extenso que el de Harry. El doctor Mentaine utilizaba palabras como «orquestar», «inefable» y «realizar», y algunas de sus frases seguían una trayectoria a través de tantas oraciones subordinadas que Harry perdía el hilo. Pero a Harry, que había empezado a leer el libro sin demasiadas esperanzas de poder entender algo, le pareció que era maravilloso. Ya había conseguido leer casi todo el capítulo titulado «El poder de la mente».

A Harry le parecía fabuloso que mediante la hipnosis uno pudiera dejar de fumar, de orinarse en la cama y de tartamudear. (Él mismo había estado orinándose en la cama casi cada noche hasta unos meses después de cumplir nueve años. Dejó de mojar la cama una noche en que tuvo un sueño particularmente agradable. En el sueño tenía unas ganas tremendas de orinar y corría a toda velocidad por un pasillo de un castillo de piedra, pasando por delante de armaduras y antorchas situadas en las paredes. Al final, Harry alcanzó una puerta abierta a través de la cual vislumbró el

cuarto de baño más espléndido que había visto en su vida. Los suelos eran de mármol reluciente y las paredes estaban cubiertas de azulejos blancos. Cuando entró en el cuarto de baño, un mayordomo uniformado le señaló con la mano la hilera de urinarios. Harry empezó a bajarse la cremallera de los pantalones, y con torpes movimientos logró sacar el pene de los calzoncillos justo a tiempo. Mientras estaba orinando en el sueño, Harry se despertó oportunamente.) Gracias al hipnotismo uno puede introducirse en la mente de otra persona y hacer cosas en ella. Se puede conseguir que alguien hable en un idioma extranjero que haya oído alguna vez, incluso aunque sólo lo haya oído una vez, y también que alguien actúe como un bebé. Harry consideró lo estupendo que sería ver a su hermano Albert tumbado en el suelo, chillando y con la cara roja, incapaz de andar o hablar, mientras se hacía pipí encima.

Además, y eso era un pensamiento nuevo para Harry, se podía hacer retroceder a alguien a todas las vidas que había vivido antes de convertirse en la persona que era actualmente. A este proceso de renacimiento se le llamaba reencarnación. Algunos de los pacientes del doctor Mentaine habían sido reyes egipcios y piratas del Caribe; otros habían sido asesinos, novelistas y artistas. Ellos recordaban las casas en las que habían vivido, los nombres de sus madres, criados e hijos, el lugar donde se hallaban las tiendas donde habían comprado comida. Muy interesante, pensó Harry. Se preguntaba si alguien que hubiera sido un asesino famoso hacía mucho tiempo podría recordarse a sí mismo apuñalando a alguien o golpeándolo con un martillo. Harry recordó que arriba, en la caja de cartón, había una gran cantidad de libros que parecían tratar sobre asesinos. Pero no tendría ningún sentido hacer retroceder a Albert a una vida anterior. Si Albert hubiera tenido otras vidas, habría sido algún objeto inanimado, tal vez un canto rodado o un yunque.

Es posible que en otra vida Albert hubiera sido un arma asesina, pensó Harry.

—¡Eh, universitario! ¡Joe College!*

Harry miró hacia la acera y vio la gorra de béisbol y la barriga cubierta por una camiseta del señor Petrosian, que vivía en una diminuta casita cerca del bar situado en una esquina de las calles South Sixth y Livermore. El señor Petrosian siempre soltaba cosas geniales a los chicos, pero Maryrose no permitía que Harry y Little Eddie hablaran con él. Decía que el señor Petrosian era tan vulgar como la basura. Trabajaba de conserje en el edificio de la Telefónica y se bebía una caja de cervezas cada noche, sentado en el porche de su casa.

—¿Es a mí? —preguntó Harry.

—¡Sí! Sigue leyendo libros y llegarás a la universidad, ¿no es cierto?

Harry sonrió sin comprometerse. El señor Petrosian levantó uno de sus grandes brazos y siguió bajando torpemente la calle hacia su casa cercana al bar Idle Hour.

A lo pocos segundos, Maryrose salió disparada por la puerta, doblando un trapo de cocina blanco y viejo.

—¿Quién era ése? He oído la voz de un hombre. —Él —contestó Harry, señalando la espalda corpulenta del señor Petrosian, que ahora ya estaba a medio camino de su casa.

—¿Qué te ha dicho? Viniendo de un conserje armenio no puede tratarse de nada interesante. —Me llamó Joe College. Maryrose lo sobresaltó al sonreír.

—Albert dice que quiere volver a la gasolinera esta noche, y yo tengo que irme pronto al trabajo. —Maryrose trabajaba de secretaria en el hospital St. Joseph, en el turno de noche—. Dios sabe cuándo aparecerá tu padre. Ve a buscar algo de comer para ti y para Little Eddie, ¿de acuerdo? Tengo muchas cosas que hacer, como siempre. —Compraré algo en Big John's.

* Expresión coloquial con la que se denomina a un estudiante universitario.
(N.del T.)

Era un puesto de hamburguesas, un lugar mágico para Harry, construido el verano anterior en un solar de la calle Livermore, dos manzanas más abajo del Idle Hour.

Su madre le dio dos dólares cuidadosamente doblados y él se los metió en el bolsillo.

—No dejes que Little Eddie se quede solo —ordenó su madre antes de regresar al interior de la casa—. Que te acompañe. Ya sabes lo miedoso que es.

—Claro —replicó Harry, y volvió a concentrarse en el libro. Acabó el capítulo sobre «El poder de la mente», cuando Maryrose se marchó a la parada del autobús de la esquina y después de que Albert se hubo marchado haciendo ruido. Little Eddie estaba rígidamente sentado ante su culebrón televisivo en la sala de estar. Harry volvió una página y empezó a leer «Las técnicas del hipnotismo».

4

A las ocho y media de la noche, los dos muchachos estaban sentados solos en la cocina, cada uno en un extremo de la mesa de formica de bambú amarillo. De la sala de estar llegaba el sonido de Sid Caesar parloteando en falso alemán con Imogene Coca en la serie «Tu programa favorito». Little Eddie se quejaba siempre de que Sid Caesar le daba miedo, pero cuando Harry regresó del puesto de hamburguesas con una hamburguesa Big John (la más completa) para él y una Mama Marydog para Eddie, dos raciones de patatas fritas y dos batidos de chocolate, Eddie, que había estado mirando la televisión, tenía el rostro humedecido con lágrimas de agravio moral. Por lo general, a Eddie le gustaban las Mama Marydogs, pero esta vez dio tan sólo un par de mordiscos a la que tenía delante, y desconsoladamente hizo esfuerzos para mojar una patata frita en una gota de ketchup. De vez en cuando se limpiaba los ojos, dejando manchas de ketchup casi simétricas que se secaban sobre sus mejillas.

—Mamá dijo que no me dejaras solo en casa —dijo Little Eddie—. Yo lo he oído. Lo dijo durante «Al filo de la noche», y estabais en el porche. Me

parece que me voy a chivar. —Lanzó una mirada a Harry. Luego volvió a concentrarse en la patata frita y la sacó del charquito de ketchup—. Me da miedo quedarme solo en casa. —Algunas veces la voz de Eddie era como una rara versión mecánica y más acelerada de la de Maryrose.

—No seas tonto —dijo Harry de forma casi cariñosa—. ¿Cómo puedes tener tanto miedo en tu propia casa? Tú vives aquí, ¿no?

—Me da miedo el desván —contestó Eddie. Tenía la patata frita rezumante delante de la boca, y seguidamente la empujó hacia dentro—. El desván hace ruidos. —Un reguero rojo se deslizó por las comisuras de sus labios—. Te dijeron que me tenías que llevar contigo.

—Eddie, tú siempre me haces perder mucho tiempo. Sólo quería comprar la comida y regresar. Te he traído la cena, ¿no? ¿No te he traído lo que te gusta?

La verdad es que a Harry le gustaba moverse solo por Big John's, porque después podía hablar con Big John y escuchar sus teorías. Big John se denominaba a sí mismo «un papista renegado» y consideraba a Hitler el hombre más importante del siglo XX, seguido de cerca por Pablo XI, el Padre Pío, a quien le sangraban las palmas de las manos, y Elvis Presley.

Todos estos acontecimientos ocurrieron en lo que suele denominarse, aunque no de forma correcta, una época más fácil, antes de Kennedy, el feminismo y la ecología, antes de la presidencia de Nixon y del Watergate, y antes de que los soldados norteamericanos, entre ellos un Harry Beevers de veintiún años, se marcharan a Vietnam.

—A pesar de todo voy a chivarme —replicó Little Eddie, introduciendo otra patata frita en el charquito de ketchup—. Y el coche era mi regalo de cumpleaños —empezó a gimotear—. Albert me pega y tú me robas mi coche y me has dejado solo, y he tenido miedo. Y no quiero tener a la señora Franken el curso próximo, porque creo que me va a hacer daño.

Harry casi había olvidado que le había hablado a su hermano de la señora Franken y de Tommy Golz, y este comentario le recordó de repente la destrucción del regalo de cumpleaños de Little Eddie.

Eddie ladeó la cabeza y se atrevió a echar otra mirada a su hermano.

—¿Me devuelves mi descapotable ultradeslizante, Harry? Me lo vas a devolver, ¿no? Si me lo devuelves, no le diré a mamá que me has dejado solo.

—Tu coche está perfectamente —contestó Harry—. Está en un lugar secreto que yo sé.

—;Me has estropeado el coche! —chilló Eddie—. ¡Eso es lo que has hecho!

—¡Cierra el pico! —gritó Harry, y Little Eddie se acobardó—. ¡Me estás volviendo loco! —aulló Harry.

Se dio cuenta de que estaba inclinado sobre la mesa y que Little Eddie se estaba preparando para empezar a llorar otra vez. Se sentó.

—No me grites de esa manera, Eddie.

—Le has hecho algo a mi coche —replicó Eddie con una sorprendente seguridad—. Ya lo sabía.

—Mira, voy a demostrarte que tu coche está perfectamente —dijo Harry, y sacó de su bolsillo los dos neumáticos traseros para colocarlos en la palma de su mano.

Little Eddie los miró fijamente. Parpadeó, y luego intentó apoderarse de

los neumáticos.

Harry cerró el puño.

—¿Tú crees que les he hecho algo?

—Los has arrancado del coche.

—¿Pero no tienen buen aspecto? ¿No son perfectos? —Harry abrió el puño, lo cerró de nuevo, y volvió a introducir los neumáticos en su bolsillo—. No quería enseñarte todo el coche, Eddie, porque te excitarías demasiado, y me lo diste, ¿no te acuerdas? Sólo quería enseñarte los neumáticos para que te convencieras de que todo el coche estaba bien. ¿De acuerdo? ¿Te has enterado? —Eddie meneó la *cabeza,* sintiéndose desdichado—. De todos modos, te voy a ayudar, como ya te dije.

—¿Con la señora Franken? —Una gran parte de la expresión de tristeza abandonó el rostro manchado de Little Eddie.

—Claro. ¿Has oído hablar alguna vez de una cosa que se llama hipnotismo?

—He oído hablar del hipnotismo. —Little Eddie estaba enfurruñado—. Todo el mundo ha oído hablar de eso.

—Hipnotismo, estúpido, no hipnotismo.

—Claro, hipnotismo. Yo lo vi en la tele. Lo dieron en «El mundo gira». Un hombre durmió a una señora y le hizo creer que iba a tener un niño.

Harry sonrió.

—Eso sólo pasa en la tele, Little Eddie. El hipnotismo de verdad es mucho mejor que eso. Yo lo he leído todo sobre el hipnotismo en uno de los libros del desván.

Little Eddie todavía estaba enfurruñado por el coche.

—¿Por qué es mejor?

—Porque te permite hacer cosas asombrosas —replicó Harry. Luego citó unas frases que había escrito el doctor Mentaine—. La hipnosis desbloquea la mente y te permite usar todo el poder que realmente posees. Si comienzas ahora, para cuando empiece otra vez el colegio ya dominarás todos esos libros. Aprobarás todos los exámenes que te ponga la señora Franken, como yo, que los aprobé todos. —Se inclinó sobre la mesa y agarró la muñeca de Little Eddie, obstaculizando el paso a una patata frita grande y marrón que se dirigía hacia el charco de ketchup—. Pero no sólo te ayudará a ir bien en la escuela. Si me dejas que lo pruebe contigo, estoy completamente seguro de que podré demostrarte que eres mucho más fuerte de lo que te imaginas. Eddie parpadeó.

—Y conseguiré que no vuelvas a tener miedo a nada. El hipnotismo es un buen remedio para eso. En este libro he leído algo sobre un tipo al que le daban miedo los puentes. Sólo de pensar que tenía que cruzar un puente se mareaba y empezaba a sudar. Le pasaron cosas terribles: perdió el trabajo, y una vez tuvo que atravesar un puente en coche y se hizo caca encima. Fue a ver al doctor Mentaine y él lo hipnotizó y le dijo que nunca más volverían a asustarle los puentes, y así fue.

Harry sacó el libro del bolsillo. Lo colocó abierto encima de la mesa y empezó a pasar páginas.

—Aquí. Escucha esto: «Se observaron efectos beneficiosos del tratamiento en todos los aspectos de la vida del paciente y se obtuvieron óptimos resultados por los cuales el hombre hubiera pagado cualquier

precio.» —Harry leyó estas palabras con vacilación, pero comprendiéndolas perfectamente.

—¿El hipnotismo puede hacerme fuerte?—preguntó Little Eddie, que obviamente había retenido ese punto en su mente.

—Fuerte como un toro.

—¿Fuerte como Albert?

—Mucho más fuerte que Albert. También mucho más que yo.

—¿Y podría pegarles una paliza a los grandullones que me hacen daño?

—Sólo tienes que aprender cómo hacerlo.

Eddie saltó de la silla, vociferando tonterías. Flexionó sus minúsculos bíceps y durante un rato se dedicó a contorsionar su cuerpo, adoptando posturas de culturismo.

—¿Quieres probarlo? —preguntó finalmente Harry.

Little Eddie se sentó de nuevo en la silla y fijó su mirada en Harry. La banda del cuello de su camiseta le colgaba hasta el esternón sin tocar su pecho en ningún momento.

—Quiero empezar.

—De acuerdo, Eddie, eres un buen chico. —Harry se levantó y colocó las manos encima del libro—. Vamos al desván.

—No quiero ir al desván —replicó Eddie. Todavía seguía mirando fijamente a Harry, pero tenía la cabeza ladeada como un misterioso eco de Mrayrose en pequeño, y su mirada se volvió suspicaz.

—No voy a quitarte nada, Little Eddie —prometió Harry—. Lo único que pasa es que deberíamos estar fuera de la vista de los demás. El desván es el lugar más tranquilo.

Little Eddie metió la mano dentro de la camiseta y dejó el brazo colgando de la muñeca.

—Has convertido la camiseta en un apoyabrazos —comentó Harry. Eddie, de un tirón, sacó la mano de la camiseta—. Si lo hacemos en el dormitorio, Albert podría entrar haciendo ruido y estropearlo todo.

—Pues sube tú primero y enciende la luz —respondió Eddie.

5

Harry, que sostenía el libro abierto sobre sus rodillas, apartó la mirada del libro para dirigirla hacia el rostro manchado y tenso de Little Eddie. Había leído aquellas páginas muchas veces mientras estaba sentado en el porche. El hipnotismo se reducía a unos pocos y sencillos pasos, cada uno de los cuales conducía al siguiente. Lo primero que tenía que hacer, según el doctor Mentaine, era lograr que su hermano comenzara correctamente, es decir, «relajado y receptivo».

Little Eddie se removió en la silla con respaldo de mimbre y juntó las manos. Su sombra, proyectada por la bombilla que colgaba por encima de sus cabezas, lo imitaba como un monito negro atado a una silla.

—Quiero empezar. Quiero ser fuerte —dijo Eddie.

—Este libro dice que tienes que estar relajado —comentó Harry—. Pon

las manos sobre las piernas, suavemente, con los dedos señalando hacia adelante. Luego cierra los ojos, toma aire y expúlsalo un par de veces. Piensa en que te sientes bien y cansado, y dispuesto para irte a dormir.

—¡No quiero irme a dormir!

—En realidad no se trata de dormir, Little Eddie; es sólo algo parecido. Seguirás estando despierto, pero de una forma agradable y relajada. Si no, no podrá funcionar. Tienes que hacer todo lo que yo te diga. De lo contrario todo el mundo te seguirá pegando, como hacen ahora. Quiero que prestes atención a todo lo que yo te diga.

—Vale. —Little Eddie hizo un evidente esfuerzo por relajarse. Puso las manos sobre sus muslos, tomó aire y lo expulsó dos veces.

—Ahora cierra los ojos.

Eddie cerró los ojos.

Harry se dio cuenta de pronto de que aquello iba a funcionar. Si hacía todo lo que decía el libro, iba a ser capaz de hipnotizar a su hermano.

—Little Eddie, quiero que te limites a escuchar mi voz —ordenó Harry, esforzándose por mantener la calma—. Ya estás empezando a sentirte cómodo y relajado, tan cómodo y tranquilo como si estuvieras acostado en tu cama, y cuanto más escuches mi voz, más cansado y relajado estarás. No hay nada que pueda molestarte. Todo lo malo está muy lejos de ti, y tú estás sentado aquí, inspirando y espirando, cada vez más cómodo y soñoliento.

Comprobó en el libro si lo estaba haciendo correctamente, y luego continuó:

—Es como si estuvieras acostado en tu cama, Eddie, y a medida que oyes mi voz vas estando más cansado y soñoliento, cada vez un poco más soñoliento. Todo lo demás se está desvaneciendo, y lo único que puedes oír es mi voz. Te sientes cansado pero bien, como antes de quedarte dormido. Todo va bien y tú vas dejándote llevar lentamente, te dejas llevar, y estás preparado para levantar la mano derecha.

Alargó la mano por encima y acarició suavemente el dorso de la mugrienta mano derecha de Little Eddie, quien estaba repantigado en la silla con los ojos cerrados, respirando suavemente. Harry hablaba muy despacio.

—Voy a contar hacia atrás desde diez, y cada vez que pase de un número a otro, tu mano se irá volviendo más ligera. Mientras cuento, tu mano derecha va a sentirse tan ligera que ascenderá flotando y finalmente tocará tu nariz cuando me oigas decir «uno», y luego te sumirás en un profundo sueño. Ahora empiezo: Diez. Tu mano ya se empieza a sentir ligera. Nueve. Desea subir flotando. Ocho. Ahora ya sientes que tu mano es realmente ligera. Ya va a empezar a subir. Siete.

La mano de Little Eddie ya se había separado obedientemente de su muslo un par de centímetros hacia arriba.

—Seis. —La sucia manita se alzó otros pocos centímetros—. Cada vez es más y más ligera, y cada vez que digo otro número se acerca más y más a tu nariz. Y tú estás cada vez más y más dormido. Cinco.

La mano se elevó varios centímetros más en dirección al rostro de Eddie.

—Cuatro.

Ahora la mano colgaba, como un pájaro durmiente, a medio camino entre la rodilla y la nariz de Eddie.

—Tres.

La mano se elevó hasta casi la mejilla de Eddie.

—Dos.

La mano de Eddie se hallaba a pocos centímetros de su boca.

—Uno. Ahora vas a dormirte.

El dedo índice, ligeramente doblado y manchado de ketchup, rozó la punta de la nariz de Little Eddie y permaneció allí mientras Eddie se hundía contra el respaldo de la silla.

El corazón de Harry latía tan fuerte que temía que el sonido pudiera hacer salir a Eddie de su trance. Eddie permaneció inmóvil. Harry respiró tranquilamente durante un minuto.

—Ahora puedes bajar la mano hasta la rodilla, Eddie. Vas a dormir cada vez más profundamente. Más profundamente. Más profundamente.

La mano de Eddie descendió con suavidad.

A Harry le parecía que en el desván hacía tanto calor como en una fundición. Sus dedos dejaban huellas de sudor en las páginas abiertas del libro. Se limpió la cara con la manga y contempló a su hermano. Little Eddie se había hundido tanto en la silla que su cabeza ya no se veía en el espejo basculante. El desván, en perfecta calma y tranquilidad, se extendía alrededor de los chicos, esperando, al menos así se lo pareció a Harry, qué iba a suceder a continuación. Los baúles de Maryrose estaban alineados bajo los aleros detrás del espejo, y sus vestidos viejos colgaban silenciosos en el armario empolvado. Harry frotó las manos contra sus tejanos para secárselas, y pasó una página con la elegancia de un viejo erudito que se ha pasado media vida en la biblioteca.

—Siéntate erguido en tu silla —le ordenó.

Eddie se puso erguido.

—Ahora quiero que demuestres que estás realmente hipnotizado, Little Eddie. Esto es como un examen. Quiero que extiendas tu brazo derecho hacia adelante. Ponlo tan rígido como puedas. Esto te enseñará lo fuerte que puedes ser.

Eddie levantó un brazo pálido y lo extendió hasta la muñeca, dejando los dedos colgando.

Harry se levantó y dijo:

—Eso está muy bien.

Dio dos pasos hasta situarse junto a Eddie, agarró el brazo de su hermano y deslizó sus dedos a todo lo largo del mismo, estirando suavemente la mano de Eddie.

—Ahora quiero que te imagines que tu brazo está cada vez más duro. Se está poniendo tan duro y rígido como una barra de hierro. Todo tu brazo es una barra de hierro y nadie en el mundo sería capaz de doblarlo, Eddie. Es más fuerte que el brazo de Superman. —Retiró sus manos y retrocedió—. Vamos a ver; este brazo es tan fuerte y está tan rígido que no puedes doblarlo, aunque lo intentes con todas tus fuerzas. Es una barra de hierro y nadie en el mundo lo puede doblar. Inténtalo. Intenta doblarlo.

El rostro de Eddie se puso tenso y su brazo se alzó unos pocos centímetros. Eddie gruñó al hacer un esfuerzo que no era visible; era incapaz de doblar el brazo.

—Muy bien, Eddie, de verdad que lo has hecho muy bien. Ahora tu

brazo se está relajando, y cuando yo empiece a contar hacia atrás desde diez se irá relajando cada vez más. Cuando llegue a «uno», tu brazo volverá a ser normal. —Empezó a contar. Los dedos de Eddie perdieron rigidez, cayeron, y finalmente el brazo se colocó de nuevo en posición de descanso sobre su pierna.

Harry volvió a su silla, se sentó y miró a Eddie con gran satisfacción. Ahora estaba seguro de que sería capaz de realizar la siguiente prueba, lo que el doctor Mentaine llamaba «El ejercicio de la silla».

—Ahora ya sabes que todo esto funciona, Eddie, así que vamos a hacer algo un poco más difícil. Quiero que te coloques en pie delante de tu silla.

Eddie obedeció. Harry también se levantó y movió su silla hacia adelante y hacia un lado, de modo que el asiento de mimbre quedase a una distancia de aproximadamente un metro del lugar donde se hallaba Eddie.

—Quiero que te estires entre estas dos sillas, colocando la cabeza sobre tu silla y los pies encima de la mía. Y quiero que mantengas las manos a los lados.

Eddie se dispuso a seguir la orden sin rechistar, y recostó la cabeza sobre el asiento de su silla. Sosteniéndose con los brazos, levantó una pierna y colocó un pie encima de la silla de Harry. Luego levantó el otro pie. Inmediatamente su rostro reflejó que estaba teniendo dificultades. Levantó los brazos y los sujetó a su cuerpo con tantas fuerza que parecía que estuviera atado.

—Eddie, ahora tu cuerpo se está volviendo tan duro como el hierro. Tu cuerpo entero es una de las cosas más duras de la Tierra. No hay nada que pueda doblarlo. Podrías permanecer en esa postura eternamente y jamás sentirías el más mínimo dolor ni las más mínima incomodidad. Es como si estuvieras acostado sobre un colchón. Eres muy, muy fuerte.

La expresión de esfuerzo se borró del rostro de Eddie. Extendió lentamente los brazos y los relajó. Yacía como una cuerda tirante entre las dos sillas, con tanta tranquilidad que parecía que ni siquiera respiraba.

—Mientras te hablo, te irás haciendo cada vez más fuerte. Puedes aguantar el peso de cualquier cosa. Incluso podrías aguantar el peso de un elefante. Voy a sentarme encima de tu estómago para demostrártelo.

Harry se sentó con cuidado sobre el diafragma de su hermano. Levantó las piernas. No ocurrió nada. Después de contar lentamente hasta quince, Harry bajó las piernas y se levantó.

—Ahora voy a quitarme los zapatos, Eddie, y me pondré de pie encima tuyo. —Se dirigió apresuradamente hacia el taburete del piano, tapizado con una tela estampada a base de ramos de rosas, y lo llevó hasta su sitio; luego se quitó los mocasines y se subió encima del taburete. En el momento en que puso un pie sobre el vientre raquítico y desnudo de Eddie, la silla en la que su hermano tenía recostada la cabeza se tambaleó. Harry se quedó inmóvil como un poste durante un momento, pero la silla no cedió. Levantó el otro pie del taburete. La silla no se movió. Colocó el otro pie encima de su hermano. Little Eddie lo soportó sin ningún esfuerzo.

Harry probó a ponerse de puntillas, y seguidamente se apoyó sobre sus talones. A Eddie no pareció que aquello le afectara lo más mínimo.

Harry saltó a continuación unos tres centímetros de altura. Cuando volvió a caer sobre Eddie, éste ni siquiera gruñó, por lo que continuó

saltando, cinco, seis, siete, ocho veces, hasta que empezó a jadear.

—Eres asombroso, Little Eddie —dijo Harry, y saltó al taburete—. Ahora puedes empezar a relajarte. Puedes poner los pies en el suelo. Luego quiero que te sientes erguido sobre el respaldo de la silla. Tu cuerpo ya no se sentirá rígido.

Little Eddie había empezado a intentar bajar un pie, pero tan pronto como Harry terminó de hablar, su cuerpo se dobló por la mitad y cayó pesadamente al suelo, dándose un golpe en las posaderas. La silla de Harry (la silla de Maryrose) perdió el equilibrio, pero fue a aterrizar silenciosamente sobre un montón de abrigos de lana.

Moviéndose como un robot, Little Eddie se sentó erguido en el suelo muy despacio. Tenía los ojos abiertos pero la mirada desenfocada.

—Ahora puedes levantarte y regresar a tu silla —ordenó Harry.

No era consciente de haber saltado del taburete, pero lo había hecho. Gotas de sudor descendían hasta sus ojos. Se enjugó el rostro con la manga de su camisa. Durante un instante sintió un atisbo de pánico. Little Eddie se encaminaba como sonámbulo hacia su silla. Cuando se sentó, Harry dijo:

—Cierra los ojos. Vas a dormirte cada vez más profundamente. Más y más profundamente, Little Eddie.

Eddie se sentó en su silla como si nada hubiera ocurrido, y Harry, aliviado, se acomodó de nuevo en la suya. Seguidamente cogió el libro y lo abrió. Las letras bailaban ante sus ojos. Harry movió la cabeza y miró nuevamente, pero las líneas impresas seguían serpenteando por la página. Se frotó los ojos con las palmas de las manos, y de repente empezó a ver una explosión de manchas rojas.

Retiró las manos de los ojos, parpadeó, y descubrió que aunque ahora las líneas impresas ya no se movían, él ya no quería continuar con aquello. En el desván hacía mucho calor y él estaba demasiado cansado. Además, la silla se había caído y había estado a punto de ocasionar un desastre. Sin embargo, durante un rato estuvo pasando páginas, buscando algo determinado en el libro mientras Eddie continuaba en trance. Fue entonces cuando encontró el apartado «Sugestiones posthipnóticas».

—Little Eddie, sólo vamos a hacer una cosa más. Si alguna vez volvemos a probar esto, lo que vamos a hacer nos ayudará a ir más deprisa. —Harry cerró el libro. Sabía exactamente cómo se hacía, incluso iba a utilizar la misma frase que el doctor Mentaine usaba con sus pacientes: «Rosa azul». Aunque no sabía exactamente por qué, le gustaba cómo sonaba aquella frase—. Eddie, voy a decirte una frase, y desde ahora, siempre que me oigas pronunciar esta frase, te dormirás al instante y volverás a estar hipnotizado. La frase es: «Rosa azul.» Rosa azul. Cuando me oigas decir «Rosa azul» te quedarás dormido, como estás ahora, y podremos conseguir de nuevo que seas más fuerte. La frase «Rosa azul» es ahora nuestro secreto, Eddie, porque nadie más debe saberlo. ¿Cuál es la frase?

—«Rosa azul» —repitió Eddie, con voz apagada.

—Muy bien. Voy a contar hacia atrás desde diez, y cuando llegue a «uno» volverás a estar completamente despierto. No recordarás nada de lo que hemos hecho, pero te sentirás feliz y fuerte. Diez.

Mientras Harry contaba hacia atrás, Little Eddie se retorció y se estiró dejando caer los brazos a los lados, luego colocó un pie en el suelo con

fuerza, y al oír «uno» abrió los ojos.

—¿Ha funcionado? ¿Qué he hecho? ¿Soy fuerte?

—Como un toro —contestó Harry—. Se está haciendo tarde, Eddie, es hora de bajar.

Harry supo calcular el tiempo de una forma tan precisa que resultaba casi inquietante. Tan pronto como los dos muchachos cerraron la puerta del desván, oyeron que se abría la puerta de entrada de la casa y una cacofonía de toses fuertes y de refunfuños ahogados, seguidos por el sonido de pisadas inseguras en dirección al cuarto de baño. Edgar Beevers estaba en casa.

6

Entrada la noche, los tres hijos Beevers que aún vivían en casa estaban acostados en camas separadas, en la amplía habitación de la segunda planta que se hallaba junto a las escaleras que conducían al desván. El dormitorio estaba situado exactamente encima de la habitación de Maryrose, y sus dimensiones eran casi idénticas, salvo que en la habitación de los muchachos, el «dormitorio comunitario», no había un asiento junto a la ventana y las escaleras del desván ocupaban unos centímetros de la zona de Harry. Cuando los otros muchachos vivían en la casa, Harry y Little Eddie dormían juntos, Albert dormía en una cama con Sonny, y sólo George, que en la época de su alistamiento en el Ejército medía metro ochenta y pesaba unos noventa kilos, dormía solo. En aquellos tiempos, Sonny se las arreglaba con frecuencia para hacer gritar a Albert durante la noche. El solo hecho de pensar en George aún hacía que a Harry se le encogiera el estómago.

Aunque ya era muy tarde, de la calle entraba la suficiente luz a través de las delgadas cortinas blancas de red para formar sombras complejas sobre los abultados músculos del brazo de Albert, que estaba acostado encima de las sábanas. Las voces de Maryrose y Edgar Beevers, una aproximadamente sobria y el otro inequívocamente ebrio, llegaban claramente allí arriba a través de la puerta abierta.

—¿Quién dice que yo malgasto mi tiempo? Yo no malgasto mi tiempo.

—¡Supongo que consideras que has tenido un duro día de trabajo por haber sustituido a un barman durante un par de horas y luego haberte gastado todo el sueldo en alcohol! Esa es la historia de tu vida, Edgar Beevers, y es una historia muy triste de *des-per-di-cio.* Si mi padre viera en lo que te has convertido...

—No soy tan malo, maldita sea.

—Tampoco eres tan bueno, maldita sea.

—Albert —llamó Eddie en voz baja desde su cama situada entre sus dos hermanos.

Como si la voz de Eddie le hubiera galvanizado, de repente, Albert se incorporó en la cama, se inclinó hacia adelante e intentó dar un puñetazo a Eddie.

—¡Yo no he hecho nada! —protestó Harry, y se arrastró hasta el

extremo de su colchón. Sabía que el golpe iba dirigido a él y no a Eddie, pero Albert era demasiado gandul para levantarse de la cama.

—Te odio a muerte —replicó Albert—. Si no estuviera tan cansado para levantarme de esta asquerosa cama, ahora mismo te rompería la cara.

—Harry me robó mi coche, mi regalo de cumpleaños —dijo Eddie—. Haz que me lo devuelva.

—Un día —decía Maryrose en el piso de abajo—, al final del verano, al atardecer, cuando yo tenía diecisiete años, mi padre le dijo a mi madre: «Cariño, voy a salir con nuestra pequeña y bonita Maryrose y le voy a comprar algo especial», y me llamó desde la sala de estar para que me pusiera guapa y lo acompañara, y como mi padre era un caballero y un hombre de mundo, yo estuve lista en un abrir y cerrar de ojos. Mi padre llevaba un traje marrón muy elegante, una corbata roja de pajarita y su canotier. Lo recuerdo como si lo estuviera viendo ahora mismo. Estaba esperándome al pie de la escalera, y cuando bajé me cogió del brazo y salimos por la puerta principal como una pareja de novios. Descendimos por el caminito de piedras que mi padre había construido con sus propias manos, a pesar de que era un oficinista, y bajamos por la calle Majeski cogidos del brazo en dirección a la avenida Palmyra Sur. En aquellos días todas las personas importantes, todas las que eran alguien, hacían sus compras en las tiendas de la avenida Palmyra Sur.

—Me gustaría hacerte tragar los dientes de un puñetazo —dijo Albert a Harry en tono de amenaza.

—Albert, él me ha cogido el coche de mi cumpleaños, de verdad que lo ha hecho, y quiero que me lo devuelva. Tengo miedo de que lo haya destrozado. Si no me lo devuelve, me moriré.

Albert se apoyó sobre un codo y por primera vez miró a Little Eddie. Eddie gimoteó.

—Eres un idiota —dijo Albert—. Ojalá te mueras, Eddie, ojalá te caigas muerto aquí mismo, así podríamos enterrarte y olvidarnos de ti. Yo ni siquiera lloraría en tu funeral. Probablemente ni siquiera me acordaría de tu nombre. Diría exactamente: «¡Ah sí! Era aquel asqueroso niñato que no dejaba de llorar. Me alegro de que esté muerto.»

Eddie se había vuelto de espaldas a Albert y lloraba silenciosamente, y su cara sucia distorsionada por las sombras reflejaba la imagen misteriosa de la tragedia.

—¿Sabes? De verdad que no me importaría un comino si ahora mismo te cayeras muerto —añadió Albert—, ni tú tampoco, gilipollas.

—...di cuenta de que me llevaba a Allouette's. Seguro que cuando eras pequeño mirabas los escaparates. Te acuerdas de Allouette's, ¿verdad? Nunca ha existido nada tan hermoso como aquellos almacenes. Cuando era pequeña y vivía en la casa grande, toda la gente importante solía ir allí. Mi padre me hizo entrar, rodeándome con su brazo. Subimos en el ascensor y nos dirigimos directamente a la señora que se encargaba de la sección de vestidos. «Quiero lo mejor para mi pequeña —dijo—. No importa el precio.» La calidad era lo único que le importaba. «Quiero lo mejor para mi pequeña.» ¿Me estás escuchando, Edgar?

Albert roncaba con la cara hundida en la almohada; Little Eddie se retorcía espasmódicamente y sollozaba. Harry estuvo despierto durante

tanto tiempo que pensó que ya nunca podría dormirse. Ante él seguía viendo la cara de Little Eddie completamente relajada y atontada bajo los efectos de la hipnosis. La cara de Little Eddie le hacía sentirse febril e incómodo. Ahora que estaba acostado, a Harry le parecía como si todo lo que había hecho desde que regresara de Big John's lo hubiera hecho otra persona, o como si hubiera sucedido en un sueño. Entonces se dio cuenta de que necesitaba ir al cuarto de baño.

Harry salió de la cama sin hacer ruido, cruzó la habitación con sigilo, salió al rellano oscuro y bajó la escalera a tientas hasta el cuarto de baño.

Cuando salió, la luz del cuarto de baño le permitió vislumbrar el contorno negro del teléfono encima de la guía telefónica de Palmyra. Harry se dirigió hasta la mesita del teléfono situada al lado de la escalera. Con una mano levantó el teléfono y con la otra abrió la guía, ancha como un cuaderno de dibujo. Tal como ya había hecho otras muchas noches cuando la vejiga le obligaba a bajar las escaleras, Harry se inclinó sobre una página y seleccionó un número. Lo retuvo en su memoria mientras cerraba el listín telefónico y volvió a colocar el teléfono en su sitio. Marcó el número y éste sonó tantas veces que Harry perdió la cuenta. Al final contestó una voz ronca. Harry dijo: «Te estoy vigilando y eres hombre muerto.» Seguidamente depositó suavemente el auricular en su sitio.

7

La tarde siguiente, Harry alcanzó a su padre justo cuando Edgar Beevers había empezado a subir por la calle South Sixth hacia la esquina con la calle Livermore. Su padre llevaba su atuendo habitual de pantalones bombachos grises hasta más arriba de la cintura y recogidos con un cinturón de doble hebilla, una camisa de cuadros escoceses rojos y blancos y un sombrero de fieltro marrón encasquetado hasta los ojos. Su larga nariz carnosa se balanceaba ante él, cortada en el centro por la sombra del borde del sombrero.

—¡Papá!

Su padre lo miró sin curiosidad, y seguidamente se metió las manos en los bolsillos. Se volvió hacia un lado y continuó andando abajo, aunque quizás un poco más despacio.

—¿Qué hay? ¿No vas a la escuela?

—Es verano. Tenemos vacaciones. Había pensado en acompañarte un ratito.

—Bueno, no tengo mucho que hacer. Tu madre me ha pedido que compre unas hamburguesas en Livermore, y he pensado en entrar un momento en el Idle Hour para echar un trago rápido. Supongo que no me delatarás...

—Claro que no.

—No eres mal chico, Harry. Pero tu madre tiene montones de preocupaciones. Algunas veces yo también estoy preocupado por Little Eddie.

—Claro.

—¿Qué hay de esos libros? ¿Es que lees mientras andas?

—Sólo les echaba un vistazo —replicó Harry.

Su padre puso su mano bajo el codo izquierdo de Harry y sacó un par de libros de bolsillo con cubiertas espeluznantes: *Asesinato, Sociedad Anónima* y *Los campos de muerte de Hitler.* Harry adoraba aquellos dos libros. Su padre gruñó y le devolvió *Asesinato, Sociedad Anónima.* Levantó el otro libro hasta casi la altura de su nariz y echó un vistazo a la cubierta que representaba una mujer desnuda apretándose contra una pared de alambres de espinos, mientras un nazi uniformado la apuntaba con un rifle por la espalda.

Al mirar a su padre, Harry vio que, bajo la línea dura de la sombra del borde del sombrero, los pelos de su mostacho crecían indiscriminadamente con diferentes colores y formas. Negras y marrones, rojas y naranjas, las púas centelleantes formaban remolinos que cruzaban la mejilla de su padre.

—Yo compré este libro pero no se parecía en nada a esto —le explicó su padre, y le devolvió el libro.

—¿El qué no se parecía?

—Ese lugar, Dachau, ese campo de concentración.

—¿Cómo lo sabes?

—Estuve allí. Tú entonces ni siquiera habías nacido. No se parecía en nada a la ilustración de ese libro. A mí me pareció una mierda, como la mayoría de los sitios que vi cuando estuve en el Ejército.

Ésta era la primera vez que Harry oía que su padre había estado en el Ejército.

—¿Quieres decir que estuviste en la Segunda Guerra Mundial?

—Sí, estuve en la Gran Guerra. Allí me nombraron cabo, y también me pusieron un apodo, *Beans, Beans Beevers.* Y me concedieron la medalla «Corazón púrpura» cuando cogí una enfermedad infecciosa.

—¿Viste Dachau con tus propios ojos?

—¡Y bien de cerca que lo vi! —De repente se inclinó hacia abajo—. Eh... procura que tu madre no te pille leyendo ese libro.

Secretamente halagado, Harry movió la cabeza. Ahora el libro y el campo de concentración eran un vínculo entre él y su padre.

—¿Has matado alguna vez a alguien?

Su padre se limpió la boca y las dos mejillas con una de sus grandes manos. Tras la sombra del borde del sombrero, Harry vio en sus ojos que estaba meditando la respuesta.

—Una vez maté a un tipo. —Se produjo una larga pausa—. Le disparé por la espalda.

Su padre se limpió otra vez la boca y luego señaló con la cabeza hacia adelante. Tenía que ir al bar, a la carnicería, y luego regresar en un período de tiempo muy cuidadosamente determinado.

—¿Quieres realmente oír esto? —Harry asintió. Él tragó saliva—. Supongo que te interesa oírlo. De acuerdo. Nos enviaron a ese campo, a Dachau, al acabarse la guerra, para procesar a los prisioneros, arrestar a los guardianes y al comandante. Todo estaba dispuesto. Un puñado de oficiales de la división iba a venir a realizar una inspección, así que tuvimos que esperar allí un par de días. Teníamos a todos esos guardianes allí alineados,

¿sabes?, y aquellos viejos esqueléticos iban hacia ellos y les pegaban con rabia. Se suponía que no teníamos que dejar que se acercaran demasiado.

Estaban pasando frente a la casita de cartón piedra del señor Petrosian. Harry se sintió aliviado al comprobar que el señor Petrosian no se hallaba fuera, en su diminuto porche, bebiéndose su caja de cervezas. El Idle Hour se hallaba a tan sólo unos pasos más adelante. —Pero uno de estos guardianes, uno de los peores, de repente decide echar a correr y escaparse. Se va corriendo como un loco hacia el bosque. ¿Qué hago?, me pregunto. Nadie sabe qué demonios hacer. «Pégale un tiro», va y dice uno. Así que le disparé por la espalda. Y así es como acabó.

Ya habían llegado a la puerta que conducía al interior del Idle Hour, y los olores a malta y lúpulo saturaban el aire.

—Te veré en casa —le dijo su padre, y desapareció por la puerta con tela metálica como un si fuera un mago.

8

Después de haber leído un centenar de páginas de *Asesinato, Sociedad Anónima,* los asesinos favoritos de Harry eran Louis *Lepke* Buchalter y Abe *Kid Ttvist* Relés. Eran profesionales de confianza. Una especie de aureola de luz negra los envolvía y los hacía brillar. *Lepke* Buchalter y Abe Relés miraban el mundo desde las sombras de las alas de sus sombreros. Vivían en habitaciones lóbregas y miraban al exterior a través de las cortinas. Aparecían en una esquina oscura antes que su aterrorizada víctima, hacían su trabajo y se marchaban, subiéndose el cuello del abrigo.

Suponte que tienes un tipo de trabajo que te obliga a viajar por todo el país, como el de un vendedor, reflexionaba Harry mientras pasaba la tarde leyendo en el columpio del porche. Suponte que tienes un trabajo que te lleva de una ciudad a otra. Suponte que matas a alguien en cada una de esas ciudades, cuidadosa y silenciosamente, y que escondes los cuerpos de tal modo que pasa mucho tiempo antes de que alguien pueda descubrirlos. Nunca se te acabaría el trabajo.

9

—Rosa azul —dijo Harry.

Little Eddie se dejó caer contra el respaldo de mimbre de la silla con la boca abierta y las manos relajadas sobre las rodillas.

Había funcionado. Harry miró a su alrededor, como si esperara recibir aplausos, y sintió como si todos los objetos que se hallaban en el desván le miraran con sincera aprobación. Eran las nueve y media de la noche. Él y Eddie, solos en la casa, estaban en el desván sin riesgo alguno de ser descubiertos. Harry quería probar si era capaz de hipnotizar a otras

personas y mandarles hacer cosas. Pero por el momento, por esta noche, se contentaba con experimentar con Eddie.

—Poco a poco vas a quedarte profundamente dormido, Eddie, cada vez más profundamente dormido, y estás escuchando cada palabra que te digo. Te vas sumiendo en un sueño más y más profundo, escuchando cómo mi voz llega hasta ti, sumergiéndote en un sueño más profundo con cada palabra que te digo, y ahora ya estás completamente dormido y preparado para empezar.

Little Eddie estaba hundido en la silla de Maryrose de respaldo de mimbre; su mejilla tocaba el pecho y su boquita rosada se hallaba abierta. Tenía el aspecto de un niño de siete años poco desarrollado para su edad; parecía un alumno del segundo curso en lugar de uno del cuarto, que era el que iba a iniciar cuando fuera a la clase de la señora Franken en otoño. De repente, a Harry le recordó el cochecito descapotable ultrarrápido, rascado, abollado y con los neumáticos arrancados.

—Esta noche vas a darte cuenta de lo fuerte que eres realmente.

Incorpórate, Eddie.

Eddie se puso erguido y cerró la boca, obedeciendo de una forma casi cómica.

Harry pensó que sería divertido hacer creer a Little Eddie que era un perro y mandarle correr a cuatro patas por todo el desván, ladrando y levantando la pata. Luego se imaginó a Little Eddie tambaleándose por el desván, con la lengua colgando fuera de la boca, apretándose la garganta con las manos, cada vez con más fuerza. Quizá también intentaría eso después de realizar algunos otros experimentos que había descubierto en el libro del doctor Mentaine. Palpó el interior del cuello de su camisa por quinta vez aquella tarde y comprobó que aún seguía allí el alfiler de sombrero, largo, delgado, puntiagudo y con cabeza de perla que había logrado sacar a escondidas del dormitorio de Maryrose, tras haber estado leyendo *Asesinato, Sociedad Anónima,* después de que ella se fuera a trabajar.

—Eddie —dijo Harry—, ahora estás dormido, profundamente dormido, y eres capaz de hacer todo lo que yo te diga. Quiero que levantes el brazo derecho y que lo mantengas extendido frente a ti. Eddie extendió el brazo, y éste quedó tan tieso como un palo. —Muy bien, Eddie. Ahora quiero que sientas cómo tu brazo pierde por completo la sensibilidad. Se va entumeciendo, entumeciendo. Ya no parece que sea de carne y hueso. Es como si fuera de acero o algo parecido. Está tan entumecido que ya no tiene sensibilidad. Ni siquiera puedes sentir dolor en el brazo.

Harry se aproximó a Eddie y deslizó rápidamente sus dedos a lo largo del brazo de su hermano. —¿Sientes algo?

—No —contestó Eddie lentamente y con voz profunda. —¿Y ahora sientes algo? —dijo Harry mientras pellizcaba la parte interior del antebrazo de Eddie. —No.

—¿Y ahora? —Esta vez Harry hundió con fuerza las uñas en uno de los bíceps de Eddie, dejándole señales moradas en la piel. —No —repitió Eddie. —¿Y ahora? —Golpeó el antebrazo de Eddie con tanta fuerza como fue capaz. Se oyó un chasquido agudo y sonoro, y Harry sintió un hormigueo en los dedos. Si Little Eddie no hubiera estado hipnotizado, habría echado abajo las paredes con sus chillidos.

—No —respondió Eddie. Harry sacó el alfiler del cuello de su camisa y examinó el brazo de su hermano—. Lo estás haciendo muy bien, Little Eddie. Eres el más fuerte de tu clase, y probablemente el más fuerte de todos los chicos de la escuela. —Dio la vuelta al brazo de Eddie, quedando la palma de la mano hacia arriba y el antebrazo blanco, a través del cual se transparentaban ligeramente multitud de venitas azules, frente a él.

Harry deslizó con cuidado la punta del alfiler por el antebrazo pálido y venoso de Eddie. La punta dejó tras de sí un arañazo fino y blanco como la tiza. Por un momento, a Harry le pareció que el suelo del desván se movía bajo sus pies; luego cerró los ojos y clavó el alfiler en el brazo de Little Eddie con tanta fuerza como pudo.

Abrió los ojos. El suelo seguía moviéndose bajo sus pies. De la parte más baja del brazo de Eddie, el alfiler sobresalía unos quince centímetros de los diecisiete que medía, y la cabeza de madreperla centelleaba a la luz de la bombilla que se hallaba sobre sus cabezas. En la piel de Eddie había una gota de sangre del tamaño de una pepita de sandía. Harry se dirigió de nuevo hacia la silla y se sentó pesadamente.

—¿Sientes algo?

—No —contestó Eddie de nuevo con aquella extraña voz profunda.

Harry contempló fijamente el alfiler clavado en el brazo de Eddie. La gota de sangre ovalada se iba extendiendo sobre la piel blanca y empezó a rezumar lentamente hacia la muñeca de Eddie. Harry la contemplaba mientras avanzaba por la parte interior del antebrazo pálido de Eddie. Finalmente regresó junto a Eddie. La gota de sangre alargada había dejado de moverse. Harry movió el alfiler, balanceándolo. Eddie no sentía nada. Harry asió la centelleante cabeza del alfiler entre sus dedos pulgar e índice. Su rostro ardía como si estuviera sentado al lado de una chimenea. Hundió el alfiler un centímetro más adentro en el brazo de Eddie, y de nuevo empezó a brotar una pequeña cantidad de sangre de la base del mismo. Mientras lo mantenía agarrado, a Harry le parecía que el alfiler se movía hacia atrás y hacia adelante, como si estuviera respirando.

—Estupendo —exclamó Harry—. Estupendo.

Agarró el alfiler fuertemente con la mano y estiró. El alfiler salió con facilidad de la herida. Harry levantó el alfiler hasta la altura de los ojos, como un médico al levantar un termómetro para leer la temperatura. Él había imaginado que toda la parte inferior del alfiler estaría teñida de rojo, pero comprobó que sólo se había adherido al alfiler una pizca de sangre seca. Durante un instante pensó en introducir la punta del alfiler en su boca y lamerla hasta que quedara limpia.

«Quizás en otra vida fui *Lepke* Buchalter», pensó.

Sacó un pañuelo del bolsillo delantero de su camisa, un cuadrado sucio de tela de pijama roja, y limpió la sangre seca de la aguja. Luego se inclinó sobre Eddie y le limpió cuidadosamente la mancha de sangre de la parte interior de su brazo. Harry volvió a doblar el pañuelo de forma que no se viera la sangre, se limpió el sudor de la cara y lo introdujo de nuevo en su bolsillo.

—Esto ha estado muy bien, Eddie. Ahora vamos a hacer algo un poquito diferente.

Se arrodilló al lado de su hermano y levantó con delicadeza el brazo casi

ingrávido y cubierto de venitas de Eddie.

—Todavía no puedes sentir nada en este brazo, Eddie, porque está completamente insensible. Está dormido y no se despertará hasta que yo se lo ordene.

Harry cambió de postura para no perder el equilibrio mientras estaba de rodillas, y colocó en posición casi horizontal la punta del alfiler contra la piel del brazo de Eddie. La empujó hacia adelante lo suficiente como para levantar una pequeña arruga de piel. La punta del alfiler se hundió en la piel de Eddie, pero no la desgarró. Harry empujó más fuerte y el alfiler hizo que la piel se levantara sólo un poco más, pero de modo apreciable.

Atravesar la piel era algo mucho más difícil de lo que él se hubiera podido imaginar.

El alfiler empezaba a hacerle daño en los dedos, de modo que Harry abrió la mano y colocó la cabeza del alfiler contra la base de su dedo anular. Haciendo muecas, empujó su mano contra el alfiler. La punta del alfiler asomó de repente a través de la pequeña arruga de piel.

—Eddie, estás hecho de latas de cerveza —dijo Harry, y arrastró con fuerza la cabeza del alfiler hacia atrás. La arruga de la piel se alisó. Ahora Harry podía empujar otra vez el alfiler hacia adelante introduciendo el cuerpo de aquél cada vez a mayor profundidad bajo la superficie de la piel de Littlle Eddie. Podía ver la huella del alfiler bajando por el brazo de su hermano, dejando un surco tan prominente como el que deja un conejo de dibujos animados a su paso por una extensión de césped. Cuando la cabeza de madreperla estuvo a unos ocho centímetros del orificio de entrada, Harry la hundió más en el interior de la carne de Little Eddie, levantando así la punta del alfiler. Dio un fuerte manotazo a la cabeza del alfiler, y la punta reapareció en el extremo del surco de la piel de Eddie, asomando a través de una manchita de sangre. Harry empujó el alfiler hacia adentro con más fuerza.

Ahora ya sobresalían por cada extremo unos cuatro centímetros de metal gris.

—¿Sientes algo?

—Nada.

Harry siguió moviendo la cabeza del alfiler y una burbuja de sangre apareció por la entrada de la herida y empezó a fluir por el brazo de Eddie. Harry se sentó en el suelo del desván, al lado de Eddie, y contempló su obra. En su mente no había pensamientos sino sólo una gran variedad de sensaciones, y eso le resultaba agradable. Sentía un zumbido en la cabeza pero no podía oírlo, y sus ojos parecían estar empañados por una película borrosa. Respiró por la boca. En cierto sentido, el largo alfiler atravesado en el brazo de Little Eddie tenía un aspecto monstruoso, pero por otro lado era simplemente hermoso. Piel, sangre y metal. Harry nunca había visto hasta entonces nada parecido. Se acercó de nuevo y empezó a retorcer el alfiler, haciendo que otra gotita de sangre se desparramara desde la herida por la que salía el alfiler. Harry veía todo aquello como a través de unos cristales empañados, pero no le importaba. Sabía que ese efecto era sólo mental. Tocó otra vez la *cabeza* del alfiler y la movió de un lado a otro. De ambos pinchazos brotó un poco más de sangre. Luego empujó el alfiler hacia adentro, lo sacó un poquito de modo que la punta casi desapareció de nuevo

dentro del brazo de Eddie, la movió otra vez hacia adelante y repitió el mismo movimiento, hacia atrás y hacia adelante, durante un rato, como si estuviera cosiendo a su hermano.

Finalmente retiró el alfiler del brazo de Eddie. Dos largos regueros de sangre casi habían alcanzado la muñeca de su hermano. Harry se frotó los ojos con la parte inferior de la mano, parpadeó y descubrió que su vista se había aclarado.

Se preguntaba cuánto tiempo hacía que él y Eddie estaban en el desván. Podrían haber sido horas. No podía recordar claramente lo que había ocurrido antes de introducir la aguja en la piel de Eddie. Ahora era su mente la que estaba borrosa y no su vista. Unas pulsaciones inquietantes latían con fuerza en sus sienes. Volvió a limpiar la sangre del brazo de Eddie. Se levantó, dándose cuenta de que sus rodillas estaban temblorosas, y regresó a su silla.

—¿Cómo está tu brazo, Eddie?

—Dormido —contestó Eddie con su voz profunda y soñolienta.

—Esta sensación ya está desapareciendo. Muy, muy lentamente. De nuevo estás empezando a sentir tu brazo, es una sensación agradable. No experimentas ningún dolor. Es como si le hubiera estado dando el sol toda la tarde. Está fuerte y sano. Estás empezando a tener sensibilidad en el brazo, ya puedes mover los dedos y todo lo demás.

Cuando acabó de hablar, Harry se echó hacia atrás en la silla y cerró los ojos. Se limpió el sudor de la frente con una mano y se sacudió la humedad de la camisa.

—¿Cómo está tu brazo? —preguntó sin abrir los ojos.

—Bien.

—Eso es fabuloso, Little Eddie. —Harry extendió las palmas de las manos sobre su rostro sofocado, se secó las mejillas y abrió los ojos.

«Puedo hacer esto cada noche —pensó—. Puedo traer a Little Eddie aquí arriba cada noche, al menos hasta que empiece el colegio.»

—Eddie, cada día te vas haciendo más fuerte. Esto te está ayudando una barbaridad. Y cuanto más lo hagamos, más fuerte serás. ¿Me entiendes?

—Te entiendo —contestó Eddie.

—Por esta noche ya casi hemos terminado. Sólo hay una cosa más que me gustaría probar. Pero tienes que estar profundamente dormido para que funcione. Así que quiero que te vayas durmiendo tan profundamente como puedas. Relájate. Ahora estás profundamente dormido, profundamente, profundamente, y relajado, y preparado, y te sientes bien.

Eddie estaba sentado, en posición relajada, con la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos cerrados. Dos minúsculas manchas oscuras de sangre, como picadas de mosquito, destacaban en la parte inferior del antebrazo derecho.

—Mientras yo te esté hablando, Eddie, te irás volviendo gradualmente más joven. Vas a retroceder en el tiempo, de modo que ahora ya no tienes nueve años, tienes ocho, estamos en el año pasado y estás en tercer curso, y ahora tienes siete, y ahora seis... y ahora tienes cinco, Eddie, y es el día de tu cumpleaños. Hoy has cumplido cinco años, Little Eddie. ¿Cuántos años tienes?

—Cinco. —Harry descubrió con agradable sorpresa que la voz de Little

Eddie sonaba realmente como la de alguien más joven, y también la postura encorvada en la que se encontraba en aquel momento resultaba de niño más pequeño.

—¿Cómo te sientes?

—Mal. No me gusta nada mi regalo. Es horrible. Lo ha comprado papá, y mamá dice que no quiere tenerlo en casa porque no es más que basura. Ojalá nunca volviera a ser mi cumpleaños, los cumpleaños son horribles. Tengo ganas de llorar.

Su rostro se contrajo. Harry trató de recordar qué regalo había recibido Eddie cuando cumplió cinco años, pero no lo conseguía; sólo tenía un débil recuerdo de vergüenza y decepción.

—¿Qué te han regalado, Eddie?

—Una radio —dijo Eddie con voz lloriqueante—. Pero está rota y mamá dice que parece como si la hubieran sacado del vertedero. No la quiero. No quiero ni verla.

Sí, pensó Harry, sí, sí, sí. Lo recordaba. El día en que Little Eddie cumplió cinco años, Edgar Beevers había aparecido con una radio de plástico amarilla, que incluso a Harry le había parecido horrible. El dial estaba resquebrajado, y aquí y allí tenía marcas circulares marrones, parecidas a costras, en los lugares donde alguien había aplastado cigarrillos para apagarlos.

Hacía mucho tiempo que habían abandonado la radio en el cuarto de los trastos, donde ahora yacía bajo varias capas geológicas de basura.

—De acuerdo. Eddie, ahora puedes olvidarte de la radio porque estás otra vez yendo hacia atrás, eres aún más pequeño, vas a retroceder hasta tener cuatro años... y ahora tienes tres.

Observó con interés a Little Eddie, cuyo aspecto había cambiado. En lugar de mostrarse desdichado y lloroso, ahora tenía una expresión alegre y autosuficiente que Harry no recordaba haber visto nunca en él. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho. Sonreía y sus ojos eran claros, brillantes e infantiles.

—¿Qué ves? —preguntó Harry.

—A mamá.

—¿Qué hace?

—Mami está sentada en su mesa. Está fumando y mirando unos papeles. —Eddie rió nerviosamente—. Mamá está graciosa. Parece que le salga humo de la cabeza. —Eddie hundió la barbilla y se tapó la boca para esconder su sonrisa—. Mamá no me ve. Yo la veo, pero ella no. ¡Oh!, mamá trabaja mucho. Trabaja mucho en su mesa.

La sonrisa se esfumó de repente del rostro de Eddie. Se quedó petrificado durante un segundo, con una expresión ausente. Luego sus ojos se abrieron aterrorizados y su boca se puso fláccida y temblorosa.

—¿Qué ha ocurrido? —Harry se había quedado con la boca seca.

—¡No, mamá! —gimió Eddie—. ¡No lo hagas, mamá! Yo no te estaba espiando, de verdad que no. Te prometo... —Sus palabras se quebraron en un chillido—. ¡NO, MAMÁ! ¡NO LO HAGAS! ¡NO LO HAGAS, MAMÁ! —Eddie saltó hacia arriba, despidiendo su silla hacia atrás, y se puso a correr a ciegas hacia la parte trasera del desván. Los gritos de Eddie retumbaban en la cabeza de Harry. Oyó un agudo ¡crack! de madera que se rompía, pero eso

era tan sólo una ínfima parte del ruido que Eddie estaba haciendo al correr enloquecido por el desván. Eddie se había lanzado contra una maraña de vestidos colgados, empezó a dar vueltas alrededor de ellos, enredándose cada vez más entre los vestidos, y ahora estaba intentando salir de aquella maraña, arrancando algunos de sus perchas. Un vestido color morado de manga larga con un enorme lazo en el cuello se había enroscado alrededor de Eddie como una fantasmagórica pareja de baile, y otro vestido de un color rojo apagado se le había enzarzado en la pierna derecha. Eddie lanzó otro alarido y consiguió salir de la maraña de vestidos. Todo el perchero se tambaleó y finalmente se vino abajo con un tremendo ruido metálico—. ¡NO! —chillaba—. ¡SOCORRO! —Eddie iba derecho hacia una gran viga de madera que marcaba uno de los aleros, dio un salto y fue hacia Harry moviendo los brazos como un molino de viento. Harry sabía que su hermano no lo veía.

—Eddie, párate —dijo él, pero Eddie ya no podía oírle.

Harry intentó que Eddie se detuviera, rodeándolo con sus brazos, pero Eddie no dejaba de moverse. Dio un golpe a Harry en el pecho con un hombro, y otro en la barbilla con la *cabeza.* Antes de que los brazos de Harry pudieran cerrarse en torno a él, Eddie se escurrió, sus ojos se desenfocaron y fue a empotrarse contra el espejo basculante. El espejo se tambaleó hacia los lados. Harry lo vio inclinarse con lentitud hacia el suelo, como en sueños, y luego, en un abrir y cerrar de ojos, cayó y se hizo añicos. Los cristales rotos se esparcieron por todo el suelo del desván.

—¡PÁRATE! —aulló Harry—. ¡CÁLMATE, EDDIE!

De repente Eddie se calmó. Todavía llevaba colgando de su pierna derecha un pesado vestido de terciopelo rojo, desgarrado y sucio. La sangre bajaba rezumando hacia la sien desde un corte profundo encima del ojo. Su respiración, entrecortada, liberaba el aire en pequeñas exhalaciones lloriqueantes.

—¡Vaya mierda! —exclamó Harry, mirando a su alrededor en el desván.

En unos pocos segundos, Eddie se las había arreglado para montar una devastación total. Los vestidos antiguos de Maryrose yacían enmarañados en una montaña llena de polvo, de la cual sobresalían esqueléticamente las perchas de alambre; huellas grises de pisadas, de la talla de Eddie, aparecían marcadas como un estampado sobre la explosión de colores apagados en la que se habían convertido aquellos vestidos. Al volcarse el perchero, había arrancado un trozo de madera, del tamaño de un plato sopero, de una mesita redonda que Maryrose consideraba especialmente valiosa por estar hecha de una sola pieza de teca —«¡una sola pieza de teca, la madera más apreciada y rara del mundo, procedente de un lugar tan lejano como Ceilán!»—. El valioso espejo se había convertido en cientos de trozos brillantes esparcidos por todo el suelo del desván. Cada vez más horrorizado, Harry descubrió que el marco de madera se había resquebrajado como un hueso y tenía una fractura sorprendentemente blanca dentro de la superficie pintada de oscuro.

Harry sentía cómo la sangre se volcaba dentro de su cuerpo, casi haciéndole volcar a él, como el espejo.

—¡Dios mío, Dios mío, Dios mío! —exclamó Harry.

Se volvió lentamente. Eddie estaba de pie, parpadeando, a unos cinco

centímetros de él, intentando sin éxito limpiarse la sangre que le resbalaba por la frente y que ya le cubría gran parte de la mejilla izquierda. Parecía un piel roja con sus pinturas de guerra... un indio perdido, derrotado, porque sus ojos estaban turbios y su cabeza se movía de un lado al otro a la deriva.

A pocos centímetros de Eddie estaba la silla sobre la que había estado sentado. Uno de sus delgados brazos curvados de madera yacía a su lado, brutalmente arrancado. Tenía el aspecto de una pata de insecto, pensó Harry, o de un fusil de juguete.

Harry pensó por un momento que su cara también estaba manchada de sangre. Se pasó la mano por la frente y se miró la mano brillante. Era sólo sudor. Su corazón latía apresuradamente. A su lado, Eddie dijo:

—¿Aaah... qué...?

La herida de la cabeza le había hecho despertar del sueño hipnótico.

Los vestidos estaban pisoteados, revueltos, hechos jirones. El espejo hecho añicos. La mesa mutilada. La silla de Maryrose volcada sobre un lado, como la víctima de un asesinato, y su brazo destrozado terminaba en un montón de ligamentos rotos.

—Me duele la cabeza —dijo Eddie con voz débil y temblorosa—. ¿Qué ha pasado? ¡Oooh! ¡Estoy todo lleno de sangre! ¡Estoy todo lleno de sangre, Harry!

—¿Que estás lleno de sangre? ¿Que tú estás lleno de sangre? —le vociferó Harry—. Todo está lleno de sangre, estúpido. ¡Mira a tu alrededor! — No reconocía su propia voz, que tenía un sonido agudo y metálico, como si procediera de otro lugar.

Little Eddie dio un paso para apartarse de él. Harry hubiera querido echarse sobre su hermano, pulverizar su cabeza sangrante hasta convertirla en fosfatina, destrozarlo, aplastarlo...

Eddie levantó la palma de la mano manchada de sangre y se la quedó mirando. Se la limpió ligeramente con la parte delantera de su camiseta y dio otro paso.

—Estoy asustado, Harry —murmuró con su débil voz.

—¡Mira lo que has hecho! —aulló Harry—. ¡Lo has destrozado todo! ¡Maldita sea! ¡Verás lo que nos va a pasar ahora!

—¿Qué va a hacer mamá? —preguntó Eddie, con una voz tan tenue que parecía un murmullo.

—¿No lo sabes? —gritó Harry—. ¡Estás muerto!

Eddie empezó a llorar.

Harry cerró los puños y los ojos. Los dos estaban muertos, ésa era la pura verdad. Harry abrió los ojos, febriles y extrañamente pesados, y contempló a su hermano lloriqueante, manchado de sangre e inútil.

—Rosa azul —dijo.

10

Little Eddie dejó caer las manos a los lados. Bajó la barbilla y abrió la boca. La sangre fluía incesantemente por el lado izquierdo de su rostro

formando una amplia banda, desaparecía bajo la línea de la mandíbula y continuaba resbalándole por el cuello y hacia el interior de la camiseta. La sangre que formaba un charco sobre su ceja izquierda seguía goteando en el suelo, como si de un grifo abierto se tratase.

—Te estás quedando profundamente dormido —dijo Harry.

¿Dónde estaba el alfiler? Miró hacia la única silla que aún permanecía en pie y vio la cabeza de madreperla centelleando en el suelo cerca de aquélla.

—Todo tu cuerpo ha perdido sensibilidad.

Se dirigió hasta el lugar donde se hallaba el alfiler, se inclinó y lo recogió. El alfiler metálico tenía un tacto cálido entre sus dedos.

—No sientes ningún dolor. —Retrocedió hasta Little Eddie—. Nada puede hacerte daño.

La respiración de Harry parecía respirar a su vez, agolpándose en su garganta en forma de jadeos roncos y febriles, para salir seguidamente por la misma.

—¿Me has oído, Little Eddie?

—Te he oído —respondió Little Eddie, con su voz profunda, lenta, hipnotizada.

—¿Y no puedes sentir dolor?

—No puedo sentir dolor.

Harry echó un brazo hacia atrás, con la punta del alfiler saliendo de su puño, y luego impulsó su mano hacia adelante con tanta fuerza como pudo y clavó el alfiler en el abdomen de Eddie, atravesando la camiseta manchada de sangre. Exhaló el aire de golpe y sintió que su aliento tenía un sabor de amarga aflicción.

—No sientes nada.

—No siento nada.

Harry abrió su mano derecha y apretó la palma contra la cabeza del alfiler, clavándola hacia adentro unos cuantos centímetros más. Little Eddie parecía un muñeco vudú. Le envolvía una especie de luz centelleante. Harry agarró la cabeza del alfiler con el pulgar y el índice y la arrancó violentamente. La levantó e inspeccionó. La luz brillante también volvía al alfiler. La aguja larga estaba teñida de sangre. Harry introdujo la punta en su boca y cerró los labios alrededor del metal caliente.

Se vio a sí mismo, un hombre en otra vida, de pie en una fila de hombres como él en un desolado paisaje gris, con alambres de espinos de fondo. Gente demacrada vestida con harapos arrastraba los pies hacia ellos y les escupía en la ropa. En el aire se percibía un olor a carne muerta y quemada. De repente, desapareció aquella visión y volvió a ver a Little Eddie frente a él, envuelto en capas de luz brillante.

Harry hacía muecas o reía, le habría sido imposible establecer la diferencia, y hundió profundamente el alfiler largo en el estómago de Eddie.

Eddie exhaló un leve «uf».

—No sientes nada —susurró Harry—. Todo tu cuerpo se siente bien. Nunca te has sentido mejor en tu vida. —Nunca me he sentido mejor en mi vida. Harry extrajo lentamente el alfiler y lo limpió con los dedos. Se acordaba exactamente de todas las cosas que le habían explicado sobre Tommy Golz.

—Ahora vas a jugar a un juego muy, pero que muy divertido —dijo Harry—. Se llama el juego de Tommy Golz, porque va a ayudarte a protegerte de la señora Franken. ¿Estás preparado? —Harry clavó cuidadosamente el alfiler en la tela del cuello de su camisa, sin dejar de observar a aquel Eddie inerte que chorreaba sangre. Bandas vibrantes de luz latían rítmica e incesantemente sobre la cara de Eddie.

—Preparado —dijo Eddie.

—Ahora te voy a dar las instrucciones, Little Eddie. Presta atención a todo lo que te digo y todo saldrá perfecto. Todo irá bien siempre que hagas exactamente todo lo que yo te diga. ¿Comprendido? —Comprendido.

—Repite lo que te acabo de decir.

—Todo irá bien si hago exactamente todo lo que tú me digas. —Un reguero de sangre resbaló de la ceja de Eddie y se esparció por su camiseta ya empapada.

—Muy bien, Eddie. Ahora lo primero que vas a hacer es caerte al suelo; no, aún no, cuando yo te lo diga. Voy a darte todas las instrucciones y luego voy a contar hacia atrás desde diez, y cuando llegue a uno, empezarás a jugar. ¿De acuerdo? —De acuerdo.

—Bueno, pues lo primero que vas a hacer es caerte al suelo, Little Eddie. Te caes al suelo con mucha fuerza. Luego viene la parte más divertida del juego. Te golpearás la cabeza con violencia contra el suelo. Empezarás a enloquecer. Te retorcerás y golpearás las manos y los pies contra el suelo. Esto lo estarás haciendo durante mucho rato. Puedes hacerlo hasta que hayas contado hasta cien. Echarás espuma por la boca y te retorcerás por toda la habitación. Te pondrás muy tenso y luego te relajarás, volverás a ponerte tenso, y te volverás a relajar, y durante todo ese tiempo te irás dando golpes en la cabeza, en las manos y en los pies violentamente contra el suelo, y te irás retorciendo por toda la habitación. Luego, cuando hayas contado mentalmente hasta cien, harás una última cosa. Te tragarás la lengua. Ése es el juego. Cuando te hayas tragado la lengua, habrás ganado. Y después ya nunca podrá ocurrirte nada malo y la señora Franken ya nunca podrá hacerte daño, nunca, nunca, nunca.

Harry guardó silencio. Le temblaban las manos. Inmediatamente se dio cuenta de que también le temblaban las entrañas. Levantó sus dedos temblorosos hasta el cuello de su camisa y palpó el alfiler.

—Dime cómo ganarás el juego, Little Eddie. ¿Qué es lo último que tienes que hacer?

—Tragarme la lengua.

—Perfecto. Y luego ni la señora Franken ni mamá podrán hacerte daño, porque tú habrás ganado el juego.

—Bien —respondió Little Eddie. La luz centelleante se reflejaba a su alrededor.

—De acuerdo, empezaremos a jugar ahora —dijo Harry—. Diez. —Se encaminó hacia las escaleras del desván—. Nueve. —Llegó a las escaleras—. Ocho. —Descendió un peldaño—. Siete. —Harry descendió otros dos peldaños—. Seis. —Cuando hubo descendido dos peldaños más, alzó ligeramente la voz—. Cinco.

Ahora su cabeza se encontraba por debajo del nivel del suelo del desván y ya no podía ver a Little Eddie. Lo único que podía oír era el sonido de la

sangre al caer al suelo.

—Cuatro. Tres. Dos. —Harry estaba ahora en la puerta por la que se accedía a los peldaños que conducían al desván. Harry abrió la puerta, la cruzó, respiró profundamente, y gritó en dirección a la escalera—: ¡Uno!

Oyó un ruido sordo y luego cerró rápidamente la puerta detrás de él.

Harry atravesó el vestíbulo y entró en el dormitorio. En el pasillo parecía notarse una extraña ausencia de luz. Durante un segundo vio, estaba seguro de ello, una hilera de árboles oscuros a través de una pared de alambres de espinos. Harry cerró también aquella puerta, se dirigió hacia su estrecha cama y se sentó. Sentía cómo la sangre se agolpaba en su rostro y latía; sus ojos parecían arder con un extraño calor, como si los estuvieran calentando con filamentos incandescentes. Harry desenganchó el alfiler del cuello de la camisa, lentamente, casi con solemnidad, y lo colocó sobre la almohada.

—Cien —dijo Harry—. Noventa y nueve, noventa y ocho, noventa y siete, noventa y seis, noventa y cinco, noventa y cuatro…

Cuando hubo contado hasta uno, se levantó y salió de la habitación. Bajó rápidamente las escaleras sin mirar hacia la puerta detrás de la que estaban los peldaños que conducían al desván. En la planta baja se deslizó sigilosamente en el dormitorio de Maryrose, se acercó a su escritorio y abrió el cajón inferior del lado derecho. Del cajón sacó una caja forrada de terciopelo. La abrió y clavó el alfiler en la almohadilla claveteada, de donde lo había cogido y en la que había alfileres de todas las medidas y tamaños. Metió de nuevo la caja en el cajón, lo cerró, salió rápidamente de la habitación y subió la escalera.

Una vez de vuelta en su habitación, Harry se desnudó y se acostó en su cama. Su rostro aún ardía.

Debió de quedarse dormido muy rápidamente porque lo siguiente que recordaba después de aquello fue a Albert entrando en la habitación, dando portazos y esparciendo su ropa y sus botas por todas partes.

—¿Estás dormido? —preguntó Albert—. Habéis dejado encendida la luz del desván, imbéciles, pero si crees que voy a salvar vuestros asquerosos culos subiendo allí arriba y apagándola es que aún eres más estúpido de lo que pareces.

Harry tuvo buen cuidado de no mover ni un dedo, ni siquiera un cabello.

Contuvo la respiración mientras Albert se tumbaba en su cama, y cuando la respiración de Albert se relajó y se hizo más lenta, Harry siguió el ejemplo de su hermano mayor y se durmió. No volvió a despertarse hasta que oyó a su padre en el desván, medio gritando, medio sollozando, y eso ya era a altas horas de la noche.

11

Sonny llegó de Fort Sill y George de Alemania. Entre los dos sostenían a

un Edgar Beevers destrozado junto a la tumba, mientras que un clérigo que Harry no había visto jamás leía algo en una Biblia tan andrajosa y gastada como un zapato viejo. Entre sus dos hijos mayores, el padre de Harry parecía un viejo encorvado, un viejo esquelético a sólo unos pasos de su propia tumba. Harry se dio cuenta de que Sonny y George sentían desprecio por su padre; lo consolaban en su sufrimiento, en parte porque habían contribuido con treinta dólares cada uno para comprarle un traje y no querían verlo desplomarse con su propietario dentro sobre el barro apelmazado del cementerio. Su mostacho brillaba al sol y tenía los ojos y las comisuras de los labios humedecidos. Temblaba tanto que ni Sonny ni George habían conseguido afeitarlo, y sólo fue capaz de caminar en línea recta después de que George le hubo permitido tomar un par de tragos de un frasco cubierto de cuero que extrajo de su macuto de lona.

El clérigo pronunció unas cuantas palabras llenas de sabiduría sobre el tema de la epilepsia.

Enfundados en sus uniformes, Sonny y George tenían una apariencia tan sólida como una pared de ladrillos; se asemejaban a los guardianes de una prisión o a los mismos prisioneros. Junto a ellos, Albert parecía encogido y hundido. Albert vestía la chaqueta de deporte de cuadros escoceses verdes con la que se había graduado en el octavo curso, y sus muñecas sobresalían prominentes y rojas unos diez centímetros de los extremos de las mangas. Sus botas de motorista trasparentaban debajo de sus pantalones grises de tela fina, que al igual que la chaqueta verde habían perdido su distinción. Lo mismo le ocurría a Albert: desde el día en que descubrieron el cadáver de Eddie, Albert no había hecho más que rondar por la casa como si se hubiera mordido la punta de la lengua y estuviera considerando si la escupía o no. Nunca miraba a nadie a los ojos, y en raras ocasiones hablaba. Albert se comportaba como si le hubieran colocado un candado gigantesco en medio del pecho y fuera a ser condenado para siempre si se lo quitaba. No había hecho ni una sola pregunta a Sonny ni a George sobre el Ejército. De vez en cuando hacía algún comentario sobre la gasolinera con una voz tan inexpresiva que no invitaba a pronunciar respuesta alguna.

Harry miró a Albert, de pie junto a su madre, con las manos entrelazadas y sin separar la mirada del palmo cuadrado de suelo que se extendía ante él, como si estuviera cumpliendo una sentencia. Albert dirigió una mirada a Harry porque se dio cuenta de que éste lo estaba observando, e hizo algo que a Harry le resultó extraordinario. Albert se quedó petrificado. La expresión se había desvanecido de su rostro y sus manos permanecían inmóviles y juntas. Parecía tan incapaz de ver y oír como una estatua. «Se comporta de esta manera porque le había dicho a Little Eddie que deseaba que se muriese», pensó Harry por décima o undécima vez desde que se había dado cuenta de aquel comportamiento, y siempre con el mismo asombro. Harry se preguntaba si estaría mintiendo. Si realmente quería que Little Eddie cayera muerto, ¿por qué no era feliz ahora? ¿No había conseguido lo que deseaba? Albert nunca escupiría ese trozo de lengua, pensó Harry, observando cómo su hermano parpadeaba lentamente, fijando la mirada vacía en el suelo.

Harry cambió la dirección de su mirada y la fijó en su padre, todavía

sostenido por Sonny y George; oyó que el sacerdote estaba llegando al final de su homilía, y lanzó una mirada rápida a su madre. Maryrose estaba muy erguida, con su vestido negro y sus gafas oscuras, sosteniendo con las manos las asas de su bolso delante de ella. Si no hubiera sido por el color de sus ropas, podría haber pasado por una espectadora de un partido de tenis. Harry sabía, por la expresión de su rostro, que estaba deseando fumar. Se muere por un cigarrillo, pensó él, ja, ja, ella que se cree tan grande es carne de cementerio.

El sacerdote finalizó su sermón e hizo un gesto retórico con las manos. El ataúd, sostenido por unas cuerdas, se hundió en la áspera tierra. El padre de Harry empezó a sollozar. Primero George y luego Sonny, cogieron grandes puñados de tierra húmeda que llevaban marcas de pala y los dejaron caer sobre el féretro. Edgar Beevers casi cayó en la fosa detrás del diminuto terrón de tierra que acababa de tirar, pero George lo empujó hacia atrás con aire despectivo. Maryrose dio unos pasos hacia adelante, se inclinó y cogió al azar un trozo de tierra con el pulgar y el índice, como si estuviera agarrando algo con pinzas, lo dejó caer y retrocedió a su sitio antes de que se oyera el golpe. Albert fijó su mirada en Harry; su trozo se le había deshecho en las manos y las migajas le resbalaban por entre los dedos. Harry negó con la cabeza. No quería echar porquería encima del ataúd de Eddie y producir aquel ruido. No quería volver a mirar el féretro de Eddie. Ya había suficiente porquería sin que él tuviera que golpear aquella caja de metal como si tratara de llamar al timbre de la puerta de Eddie. Dio un paso hacia atrás.

—Mamá dice que tenemos que volver a casa —dijo Albert.

Maryrose encendió un cigarrillo tan pronto como entró en el único coche negro que habían alquilado en la funeraria, y comenzó a exhalar un humo acre sobre todos los que estaban apretujados en el asiento trasero. El vehículo retrocedió por un callejón estrecho del cementerio y descendió por la avenida principal hacia las puertas de entrada.

En el asiento delantero, al lado del conductor, Edgar Beevers se inclinó hacia un lado y apoyó la cabeza en la ventanilla, dejando una huella de vaho en el cristal.

—¿Cómo es posible que Little Eddie fuera epiléptico y que nadie lo supiera? —preguntó George.

Albert se puso rígido y miró por la ventana.

—Bueno, la epilepsia es así —contestó Maryrose—. Eddie podría haber vivido años y años sin sufrir ningún ataque. —El hecho de que trabajara en un hospital hacía que sus observaciones cobraran un tono solemne, casi como si ella fuera médico.

—Debe de haber sido un ataque —opinó Sonny, estrujado en su asiento entre Harry y Albert.

—*Grand mal* —respondió Maryrose, y dio otra ávida calada a su cigarrillo.

—Pobrecito hijo de puta —dijo George—. Lo siento, mamá.

—Ya sé que estás en las Fuerzas Armadas y que en las Fuerzas Armadas la gente habla con mucha libertad, pero te agradecería que no usaras ese tipo de lenguaje.

Harry, estrujando contra una parte dura del cuerpo de Sonny, notó que éste se retorcía espasmódicamente reprimiendo la risa, aunque su rostro no

se alteró.

—Ya te he dicho que lo siento, mamá —repitió George.

—Sí. ¡Chófer! ¡Chófer! —Maryrose se inclinó hacia adelante, extendiendo una de sus garras para dar un golpecito al conductor en el hombro—. La próxima a la derecha es la calle Livermore. ¿Conoce usted la calle South Sixth?

—Los llevaré allí —contestó el chófer.

Ésta no es mi familia, pensó Harry. Yo procedo de otro lugar y mis reglas son diferentes de las suyas.

Tan pronto como entraron en la casa, su padre murmuró algo inaudible y desapareció, dirigiéndose a su cuchitril sin cortinas. Maryrose se guardó las gafas de sol en el bolso y entró en la cocina a calentar el pastel de café y la cazuela de macarrones que aquella mañana había cocinado en el horno. Sonny y George entraron en la sala de estar y se sentaron cada uno en un extremo del sofá. Ni siquiera se miraron. George cogió un ejemplar del *Reader's Digest* de encima de la mesa y empezó a pasar las páginas hacia atrás, y Sonny dobló las manos encima de las rodillas contemplando sus pulgares. Se oyeron las pisadas de Albert al subir la escalera con movimientos torpes, cruzar el rellano y entrar en el dormitorio.

—¿Para qué está en la cocina? —preguntó Sonny, hablando a sus manos—. No va a venir nadie. Aquí nunca viene nadie, porque ella así lo ha querido siempre.

—Albert se está tomando muy a pecho lo de este chico, Harry —dijo George. Apoyó la revista contra los pliegues rígidos de su uniforme y miró a su hermanito Harry, que estaba en el otro extremo de la habitación.

Harry se había sentado al lado de la puerta para pasar lo más desapercibido posible. Las atenciones que le dispensaba George le asustaban bastante, a pesar de que éste, desde que había llegado dos días después de la muerte de Eddie, se había comportado muy amablemente con él. Su pelo cortado al cepillo todavía estaba erizado, y aún podía romper piedras con su mentón; pero parecía como si hubiera expulsado de su cuerpo algún demonio violento.

—¿Tú crees que está bien?

—¿Él? Claro que sí. —Harry inclinó la cabeza e hizo una mueca. ¡r —Fue él quien encontró a Little Eddie, ¿no?

—No, fue papá —respondió Harry—. Supongo que cuando llegó a casa vio la luz del desván encendida. Pero Albert también subió. Me imagino que como por allí había tanta sangre, papá creyó que alguien había forzado la cerradura y había matado a Eddie. Pero sólo se había golpeado la cabeza, y de ahí es de donde venía la sangre.

—Las heridas en la cabeza sangran como condenadas —dijo Sonny—. Una vez, en Tokio, un tío me largó un botellazo en la cabeza y me salió tanta sangre que creí me iba a desangrar allí mismo.

—¿Y las cosas de mamá estaban todas revueltas? —preguntó tranquilamente George.

Sonny alzó los ojos.

—Creo que sí, más o menos. El perchero se volcó. Al día siguiente papá

subió y limpió todo lo que pudo. Una de las sillas con respaldo de mimbre se rompió. Y un trozo de la mesita de teca estaba arrancado. Y el espejo estaba roto en mil pedazos.

Sonny meneó la cabeza y lanzó un silbido suave a través de sus labios apretados.

—La vieja es muy fuerte —comentó George—. Pero la oigo acercarse, así que vamos a dejarlo, Harry. Esta noche podremos seguir hablando.

Harry asintió.

12

Después de la cena, una vez que Maryrose se fue a dormir (el hospital le había concedido dos noches de permiso), Harry estaba sentado en la mesa de la cocina frente a George, que evidentemente tenía algo que decirle. Sonny se había pulido seis botellas de cerveza mientras miraba la televisión, y luego subió al dormitorio. Albert había desaparecido poco después de la cena, y su padre no salió en ningún momento de su cubículo junto al cuarto de los trastos.

—Me alegro de que viniera Pete Petrosian —dijo George—. Es un buen tipo. Y se llenó el plato dos veces.

Harry se sorprendió al oír a George utilizar el nombre de pila de su vecino; Harry ni siquiera estaba seguro de haberlo oído hasta entonces.

El señor Petrosian fue el único que los visitó aquella noche. Harry se dio cuenta de que su madre, aunque agradeció la visita, y a pesar de sus preparativos, no deseaba más compañía una vez que se hubo marchado el señor Petrosian.

—Creo que voy a tomarme una cerveza; bueno, en el caso de que Sonny no se las haya bebido todas —dijo George. Se levantó y abrió la nevera. El uniforme parecía estar pintado encima de su cuerpo, y sus músculos sobresalían y se movían como los de un caballo—. Quedan dos. Tienes suerte de ser menor de edad.

George hizo saltar las chapas de las dos botellas y regresó a la mesa. Guiñó un ojo a Harry, luego se acercó la primera botella a los labios y bebió un buen trago.

—¿Qué diablos estaba haciendo Little Eddie allí arriba? ¿Probándose vestidos?

—No lo sé —contestó Harry—. Yo estaba durmiendo.

—¡Maldita sea! Ya sé que perdí bastante el contacto con Little Eddie, pero tengo la impresión de que se asustaba de su propia sombra. Me sorprende que tuviera el valor de subir allí y armar aquel follón con los tesoros de mamá.

—Sí —respondió Harry—. A mí también.

—Tú no subirías con él, ¿verdad? —George se llevó la botella a la boca y volvió a guiñar el ojo a Harry. Harry se limitó a devolverle la mirada. Sentía que su rostro empezaba a arder—. Sólo estaba pensando que quizá tú viste cómo le pasó aquello a Little Eddie y te entró tanto miedo' que no se lo dijiste

a nadie. Nadie te echaría la bronca, Harry. Nadie te culparía de nada. Tú no podías saber cómo ayudar a alguien que estaba sufriendo una ataque de epilepsia. Little Eddie se tragó la lengua. Incluso aunque hubieras estado junto a él cuando lo hizo y hubieras tenido la sangre fría de avisar a una ambulancia, él hubiera muerto antes de que llegara. Salvo que hubieras sabido lo que le sucedía y cómo remediarlo, lo cual nadie podía esperar ni remotamente. Nadie te echaría la culpa, Harry, ni siquiera mamá.

—Yo estaba durmiendo —replicó Harry. —Vale, vale. Yo sólo quería que lo supieras. Permanecieron sentados en silencio durante un rato. Luego se pusieron a hablar a la vez. —¿Sabías…?

—Tuvimos… Lo siento —dijo George—. Continúa. —¿Sabías que papá estuvo en el Ejército? ¿En la Segunda Guerra Mundial?

—Sí, claro que lo sabía.

—¿Sabías que una vez cometió el crimen perfecto?

—¿Que cometió qué?

—Papá cometió el crimen perfecto. Cuando estuvo en Dachau aquel campo de muerte.

—¡Por el amor de Dios, Harry! Así que estás hablando de eso… Tienes una manera muy peculiar de ver las cosas. Él disparó sobre un enemigo que intentaba escaparse. Eso no es un crimen. Es la guerra. Existe una diferencia descomunal entre ambas cosas.

—Me gustaría ir a la guerra algún día —dijo Harry—. Me gustaría estar en el Ejército como papá y tú.

—Para el carro, para el carro… —respondió George, sonriendo—. Esta es una de las cosas sobre las que te quería hablar. —Puso la botella de cerveza en la mesa, la rodeó con las manos e inclinó la cabeza para mirar a Harry. Aquello iba realmente en serio—. Yo estaba loco y era un estúpido, ¿sabes?, ésa es la única forma de llamarlo. Acostumbraba buscar camorra. Llevaba encima muy mala leche, y para mí pasar un buen rato era zumbar a algún gilipollas hasta dejarlo sin sentido. El Ejército me ha hecho mucho bien. Me ha hecho madurar. Pero no creo que sea eso lo que tú necesites, Harry. Tú eres demasiado listo para eso; si tienes que ir, pues vas, pero de todos nosotros tú eres el único que realmente podría llegar a ser algo en la vida. Podrías ser médico. O abogado. Tú tienes que recibir la mejor formación posible, Harry. Lo único que debes hacer es no meterte en líos e ir a la universidad.

—Oh, la universidad —respondió Harry.

—Escúchame, Harry. Yo gano bastante dinero y no tengo en qué gastarlo. No me voy a casar ni a tener hijos, te lo aseguro. Así que quiero hacerte una propuesta. Si no te metes en follones y consigues pasar el bachillerato, yo te ayudaré para que vayas a la universidad. Tal vez consigas una beca. Yo creo que eres lo suficientemente inteligente, Harry, y sería fabuloso si consiguieras una beca. Pero pase lo que pase, me encargaré de que lo consigas. —George vació la primera botella, colocó el envase en la mesa y lanzó a Harry una mirada curiosa—. A ver si conseguimos que por lo menos un miembro de esta familia vaya por el camino adecuado. ¿Qué contestas?

—Supongo que lo mejor es que continúe leyendo.

—Espero que leas como un animal, coleguilla —dijo George, y cogió la

segunda botella de cerveza.

13

Al día siguiente de que Sonny se marchara, George guardó en una caja todos los juguetes y las ropas de Little Eddie y la colocó en el trastero. Dos días después, George cogió el autobús para Nueva York, para poder tomar el vuelo a Munich desde Idlewild. Una hora antes de coger el autobús, George fue con Harry a Big John's, lo atiborró de hamburguesas y patatas fritas y le dijo:

—Seguro que echarás mucho de menos a Eddie, ¿no?

—Supongo —contestó Harry, pero lo cierto es que para él ahora Eddie sólo representaba un vacío, un espacio en blanco. Algunas veces oía cerrarse una puerta y Harry se imaginaba que Little Eddie acababa de llegar, pero cuando se volvía a mirar, únicamente encontraba un vacío. Harry oyó pronunciar por última vez el nombre de su hermano cuando George le hizo aquella pregunta, hacía exactamente una semana.

Siete días después de la memorable tarde en Big John's y la partida de George Beevers en autobús en dirección al sur, todo parecía haber vuelto a la normalidad, pero Harry sabía que en realidad todo había cambiado. Antes ellos eran una familia deshecha, dividida, de cinco miembros: los padres y tres hijos. Ahora precian ser una familia de tres miembros, y Harry incluso opinaba que en realidad la familia se había reducido a dos: él y su madre.

Edgard Beevers había abandonado el hogar (también se notaba su ausencia). Después de dos visitas de la policía, que dejaron aparcados sus vehículos enfrente mismo de la casa, después de encontrar a su madre refunfuñando de indignación, después de la visión de su padre pálido, agotado, pero sobrio y bien afeitado, intentado hacerse el nudo de la corbata frente al espejo del cuarto de baño, Harry aceptó finalmente el hecho de que a su padre lo hubieran descubierto robando en una tienda. Su padre tuvo que comparecer ante un tribunal y estaba asustado. Le temblaban las manos de tal forma que no podía ni afeitarse, y al final Maryrose le tuvo que hacer el nudo de la corbata, en uno, dos, tres rápidos movimientos tan bruscos que parecía como si estuviera clavándole un cuchillo, y todo sin quitarse en ningún momento el cigarrillo de la boca.

«HOMBRE DESCONSOLADO DE LA ZONA ABSUELTO DE LOS CARGOS DE HURTO EN UNA TIENDA», decían los titulares que encabezaban la pequeña reseña del periódico de la tarde, que por fin explicaba el delito que había cometido su padre. A Edgar Beevers lo habían detenido al salir de la tienda Livermore Avenue National Tea, con dos chuletas escondidas dentro de la camisa y una botella de cerveza Rhinegold en cada uno de los bolsillos delanteros. ¡Había robado dos chuletas! ¡Se había llevado botellas de cerveza escondidas en los bolsillos! A Harry esto le hizo sentirse como si estuviera sudando por dentro. El juez lo envió a casa, pero no se fue precisamente a casa. Durante un tiempo, Harry creyó que su padre frecuentaba la calle Oldtown, barrio bajo de Palmyra, y que dormía en

los solares vacíos junto a borrachos y vagabundos. (Luego se supone que una mujer lo dejó entrar en su casa.)

Albert era otro misterio. Era como si alguna criatura de otro planeta lo hubiera escogido y se hubiera apoderado de su cuerpo, como en *La invasión de los ladrones de cuerpos.* Albert tenía el aspecto de quien pensaba que siempre tenía a alguien detrás vigilando cada uno de sus movimientos. Todavía no había escupido aquel trozo de lengua, y muy pronto, creía Harry, estaría tan acostumbrado a ella que se olvidaría de que la tenía dentro.

Tres días después de que George se marchara de Palmyra, Albert siguió a Harry de cerca mientras se dirigía a Big John's. Harry se volvió en la acera y vio a Albert con sus téjanos negros y la camiseta ennegrecida por la grasa, con las manos en los bolsillos y mirando fijamente al suelo. Era la manera en la que Albert fingía ser invisible. Cuando Harry se volvió de nuevo, Albert dijo gruñendo:

—Sigue andando.

En cuanto llegó a Big John's, Harry se fue a jugar a la máquina del millón. Albert entró pocos minutos más tarde y se dirigió directamente al mostrador, donde cogió uno de los papeles manchados que anunciaban el menú, que estaban amontonados al lado de un distribuidor de servilletas, y lo examinó como si nunca lo hubiera visto en su vida.

—¡Eh, muchachos, dejadme que os presente! —dijo Big John, apoyado sobre el otro extremo del mostrador.

Al igual que Albert, Big John vestía téjanos negros y botas de motorista, pero su cabello oscuro, demasiado atrevido para los años cincuenta, le caía sobre las orejas. Debajo de su delantal blanco manchado llevaba una camisa negra de manga larga con un estampado de palmeritas azul celeste.

—Vosotros sois los muchachos Beevers, Harry y Bucky. Saludaos, tíos.

Bucky Beaver era un roedor dentudo que salía en un anuncio de la televisión Ipana. Albert se sonrojó, y siguió examinando el menú con el ceño fruncido.

—Llámame Beans —dijo Harry, y notó que Albert lo miraba con sorpresa.

—Beans y Bucky, los muchachos Beevers —dijo Big John—. Bueno, Buck, ¿qué vas a tomar?

—Una hamburguesa, patatas fritas y un batido —pidió Albert.

Big John se volvió y gritó el pedido a través de la ventanilla que daba a la cocina de mamá Mary. Durante unos momentos, los tres guardaron silencio. Después, Big John dijo:

—Ya he oído que vuestro viejo ha encontrado otro sitio donde colgar el sombrero. Su nueva amiga está loca, según he oído. Pasó un tiempo en el hospital del Condado; dicen que captaba pequeños mensajes del exterior del espacio a través de un aparato Philco. ¿Habéis oído esto?

—Volverá pronto a casa —replicó Harry—. No tiene ninguna nueva amiga. Está en casa de una vieja amiga, una señora rica que quiere ayudarlo porque sabe que ha tenido muchos problemas; ella le va a conseguir un trabajo realmente bueno, y entonces él regresará a casa y nos podremos trasladar a un lugar mejor y todo eso.

Harry ni siquiera se había dado cuenta de que Albert se moviera, pero de repente se materializó a su lado. Su rostro estaba desfigurado por la ira,

la rabia y el sufrimiento. Harry sólo tuvo tiempo de gritar una vez; luego Albert le propinó un puñetazo en el pecho y lo hizo caer hacia atrás encima de la máquina del millón.

—Seguro que esto te ha sentado muy bien —dijo Harry, incapaz de reprimir su propia rabia—. Seguro que te gustaría matarme, ¿eh, Albert? ¿A que sí?

Albert retrocedió dos pasos y bajó las manos, volviendo a recobrar su aspecto impasible, de nuevo encerrado en sí mismo.

Durante un instante en el que le costó respirar y sus ojos se vieron cegados por una luz deslumbrante, Harry vio el rostro tranquilo y confiado de Little Eddie ante él. Luego Big John apareció de repente de algún sitio con una gran hamburguesa y un montón de patatas fritas en una bandeja y dijo:

—Sentaos chicos. Es la hora de la cena de Rocky.

Aquella noche Albert no hizo ningún comentario a Harry cuando ambos estaban en la cama. Ni tampoco durmió. Harry sabía que durante la mayor parte de la noche Albert se limitó a cerrar los ojos y hacer ver que dormía, como un marsupial en apuros. Harry trató de permanecer despierto el tiempo suficiente para poder descubrir el momento en que el sueño fingido de Albert se convertía en sueño real, pero se durmió mucho antes de que aquello sucediera.

Corría a toda velocidad por el pasillo de un castillo de piedra, atravesando salas con armaduras y antorchas que se derretían sobre los candelabros de las paredes. Su vejiga estaba a punto de estallar. Tenía unas ganas terribles de orinar; casi no podía aguantarse. Al fin llegó a la puerta abierta del cuarto de baño y entró corriendo en aquel espléndido lugar reluciente. Empezó a manipular la cremallera de sus pantalones y miró a su alrededor buscando al mayordomo y la hilera de urinarios de mármol. Entonces se le heló la sangre en las venas. Frente a él tenía a Little Eddie, y no al mayordomo uniformado. La sangre brotaba de una herida en lo alto de la frente, resbalaba a borbotones por su mejilla y continuaba descendiendo por su cuello, formando rayas chillonas tan nítidas como si fuera pintura. Little Eddie hacía gestos frenéticos a Harry con la mano; sus ojos estaban brillantes e histéricos, y la boca se movía sin emitir sonido alguno por haberse tragado la lengua.

Harry se incorporó en la cama, a punto de soltar un alarido, y luego se dio cuenta de que estaba en su dormitorio y que Little Eddie había desaparecido. Bajó a toda prisa al cuarto de baño.

14

Al día siguiente, a las dos de la tarde, Harry Beevers tenía otra vez ganas de orinar, pero esta vez se hallaba muy lejos del cuarto de baño situado al otro lado del cuarto de los trastos y el viejo cubículo de su padre. Harry estaba de pie, a la bochornosa luz del sol, frente al número cuarenta y

cinco de la travesía Oldtown. Esa calle corta el lugar de confluencia de vagabundos, hoteles de ínfima categoría, bares y sórdidos cines de la calle Oldtown, con los hoteles, grandes almacenes y restaurantes más respetables de la avenida Palmyra, el verdadero centro de la ciudad. El número cuarenta y cinco de la travesía Oldtown era un edificio de ladrillo de cuatro pisos, con una escalera de incendios. Las ventanas de la planta baja estaban protegidas por barras de hierro negras. A uno de los lados del número cuarenta y cinco de la travesía Oldtown se hallaban los amplios escaparates con cristales embadurnados de jabón de una zapatería que había quebrado, y al otro lado había un solar donde los ladrillos sueltos y las botellas rotas anidaban entre dientes de león y zanahorias silvestres. El padre de Harry vivía ahora en aquel edificio. Todo el mundo lo sabía, y desde que Big John se lo había dicho, Harry también.

Harry permaneció allí un rato, dando saltitos primero sobre una pierna y luego sobre la otra, esperando a que saliera una mujer por la puerta principal. La puerta estaba tan astillada y rozada como la de su casa, y encima de ella había un montante de abanico roto que se balanceaba. Harry había examinado la hilera de buzones abollados de la pared de ladrillos, justo al lado de la puerta, buscando el nombre de su padre, pero en los buzones no figuraba nombre alguno. Big John no sabía cómo se llamaba la mujer que se había llevado al padre de Harry, pero le había dicho que era corpulenta, morena, que estaba loca y que tenía dos hijos dados en adopción. Aproximadamente media hora antes, una mujer de cabellos negros había cruzado la puerta, pero Harry no la siguió porque no le pareció especialmente corpulenta. Ahora empezaba a tener dudas. ¿Qué había querido decir Big John con eso de «corpulenta»? ¿Tan corpulenta como él? ¿Y cómo se podía saber si alguien está loco? ¿Se notaba en algo? Tal vez debería haber seguido a aquella mujer. Aquel pensamiento le hizo sentirse todavía más inquieto y juntó las piernas, apretándolas.

Su padre estaba ahora en aquella casa, pensó. Y Harry se imaginó a su padre acostado en una cama sin hacer, envuelto en su abrigo marrón y con el sombrero encasquetado hasta los ojos como el de *Lepke* Buchalter, fumándose un cigarrillo, mirando malhumorado por la ventana.

La necesidad de orinar se hizo tan acuciante que atravesó corriendo la calle y se introdujo en el solar. Cerca de la valla trasera, la maleza impedía que lo vieran desde la calle. Se bajó la cremallera frenéticamente y dirigió la corriente amarilla hacia un montón de ladrillos rotos. Harry miró hacia arriba de la parte el edificio que estaba junto a él. Le pareció muy alto, y tuvo la impresión de que se inclinaba ligeramente hacia él. Las cuatro ventanas vacías de cada piso le devolvían la mirada. En el momento en que se estaba subiendo la cremallera, oyó que la puerta principal de la casa se cerraba de un portazo.

Su corazón también dio un portazo. Harry se escondió detrás de la maleza blanca. La preocupación de que ella pudiera tomar el otro camino, el que iba hacia el centro de la ciudad, le hizo retorcer y doblar los dedos. El calculaba que si esperaba unos cinco segundos podría saber si ella se dirigía a la avenida Palmyra, y le daría tiempo a cruzar el solar para ver si torcía a la izquierda o a la derecha. Le crujieron los nudillos. Se sentía como un soldado escondiéndose en la selva, como un arma asesina.

Se puso de puntillas preparándose para volver a cruzar la calle porque en aquel momento pasaba por la parte delantera del edificio un carro de comestibles vacío, seguido de cerca por una barriga que se balanceaba, con una diminuta cabeza y zapatillas de baloncesto, y un cigarrillo colgando de la boca como si fuera una bandera. Podía retroceder y esperar al otro lado de la calle. Harry se puso cómodo y vio cómo la barriga descendía por la acera pasando por delante de él. De repente una sombra se separó del hombre gordinflón y se convirtió en una mujer morena que llevaba un vestido largo y holgado, que en aquel momento pasaba junto al carrito de comestibles. La mujer sacudió la cabeza hacia atrás y Harry vio que era tan alta como una reina y que su piel era muy oscura, con profundas arrugas a lo largo de las mejillas. Tenía que ser la mujer que se había llevado a su padre. Sus pasos rápidos y largos le permitieron adelantar al carrito de comestibles del hombre gordo. Harry corrió por los escombros del solar y empezó a seguirla calle arriba.

La mujer de su padre andaba con firmeza y resolución. Bajaba a la calzada para adelantar a los grupos de gente que caminaban más despacio que ella. En la esquina de la calle Oldtown se abrió paso a través de un grupo de hombres harapientos que se pasaban de uno a otro una botella metida en una bolsa de papel, y luego pasó por en medio de dos niños negros que regateaban con una pelota de baloncesto en plena calle. La mujer caminaba muy deprisa, y Harry tuvo que apresurarse para no perderla de vista.

«Seguro que no me va a creer», se dijo para practicar, y pasó bordeando el grupo de borrachos de la esquina. Fue acelerando el paso hasta casi echar a correr. Los dos niños negros con la pelota de baloncesto lo ignoraron por completo mientras Harry caminaba a su lado, y luego siguieron andando hacia adelante. Aquella mujer alta con cabellos negros que ondeaban estaba pasando frente a un letrero fluorescente encendido en el escaparate de un bar, en la otra punta de la manzana. Su trasero se movía a un lado y a otro dentro del vestido holgado, asombrosamente grande; su espalda parecía tan larga como la de un león. «¿Qué diría si le dijera…?», se decía Harry.

Una manzana y media más adelante, la mujer volvió sobre sus pasos y entró en el supermercado A & P. Harry se apresuró a cubrir el resto del camino, empujó la puerta de madera amarilla que tenía el letrero ENTRADA, y se adentró en la atmósfera densa y húmeda de la tienda de comestibles. Quizás otras tiendas de la cadena A & P tenían aire acondicionado, pero ése no era el caso de la tiendecita de la calle Oldtown.

¿Qué significaba tener niños dados en adopción? ¿Te dan dinero si entregas a tus hijos?

Una buena persona nunca daría sus hijos en adopción a un extraño, pensaba Harry. Vio a la mujer que pasaba por delante de la caja y que giraba en el tercer pasillo. Tuvo que admitir, aunque con cierta sorpresa, que era más alta que su padre. «Si se lo digo no me va a creer.» Dobló despacio la esquina del pasillo. Ella estaba de pie sobre el suelo de madera pálido, medio metro delante de él, sosteniendo un cesto de alambre en la mano. Harry avanzó unos pasos. «Lo que tengo que decirle puede parecer…» Para invocar a la buena suerte tocó el alfiler de sombrero que llevaba clavado en la parte interior del cuello de la camisa. Ella estaba mirando algo en un estante lleno

de bolsas de patatas fritas de vivos colores. Harry se aclaró la garganta. La mujer se agachó, cogió una bolsa grande y la colocó en el cesto.

—Perdone —dijo Harry.

Ella volvió la cabeza para mirarlo. Su rostro era tan ancho como largo, y a la luz mortecina de las bombillas de baja potencia de la tienda su piel parecía tener una tonalidad ligeramente marrón.

Harry sabía que se estaba enfrentando a un igual. Parecía como si ella pudiera hacer magia, como si sus feroces ojos negros pudieran disparar fuego y chispas.

—Seguro que no me va a creer —dijo Harry—, pero un niño puede hipnotizar a la gente tan bien como un adulto.

—¿El qué?

Harry había estado ensayando aquellas palabras que ahora le parecían carentes de sentido, pero se aferró a su guión.

—Un niño puede hipnotizar a la gente. Yo puedo hipnotizar a la gente. ¿Puede usted creerlo?

—Ni siquiera creo que me importe —respondió ella, y se dio la vuelta hacia la parte trasera del pasillo.

—Seguro que no cree que yo pueda hipnotizarla —repitió Harry.

—Oye, chaval, esfúmate.

Harry comprendió de repente que si continuaba hablando de hipnotismo, la mujer torcería por el próximo pasillo y pasaría de él, independientemente de lo que él le dijera, o bien empezaría a decir en voz alta que iba a llamar al encargado de la tienda.

—Me llamo Harry Beevers —le dijo a la espalda—. Edgar Beevers es mi padre.

Ella se detuvo, se dio la vuelta y lo miró a la cara con ojos inexpresivos.

Harry, aturdido, vio frente a él una alambrada de espino y una hilera de árboles verde oscuro al otro extremo de un campo yermo.

—Tal vez usted lo llame Beans —dijo Harry.

—¡Qué bien! —replicó ella—. Así que tú eres uno de sus chicos. Estupendo. Beans quiere patatas fritas. ¿Y tú qué es lo que quieres?

—Yo quiero que usted se desplome y que se rompa la cabeza, que se trague la lengua, que se muera y la entierren, y que la gente le eche mierda encima —contestó Harry. La mujer se quedó boquiabierta—. Después quiero que se hinche de gases y que se pudra. Quiero que se vuelva verde y negra. Quiero que la piel se le desprenda de los huesos.

—¡Estás loco! —le gritó la mujer—. ¡Toda tu familia está loca! ¿Tú crees que tu madre aún quiere que vuelva?

—Mi padre nos disparó por la espalda —contestó Harry, se dio media vuelta y se dirigió a toda velocidad por el pasillo hacia la puerta de salida.

Ya en la calle, empezó a correr por la sórdida calle Oldtown. En la travesía Oldtown dobló a la izquierda. Cuando pasó corriendo ante el número cuarenta y cinco, miró hacia cada una de las ventanas vacías. Su rostro, sus manos, su cuerpo entero ardía y sudaba. De pronto sintió una punzada en el costado. Harry parpadeó y vio una hilera oscura de árboles y una alambrada de espinos frente a él. Al final de la travesía Oldtown giró hacia la avenida Palmyra. Desde allí podía continuar corriendo por delante de los escaparates de cartón piedra de los almacenes Allouette's, por delante

de todas las tiendas nuevas y antiguas, hasta la esquina de la calle Livermore, y desde allí, justamente en aquel momento se dio cuenta, a la casita del señor Petrosian.

15

Once años después, en una tarde de calor sofocante en un campamento de la región montañosa central del Vietnam, el teniente Harry Beevers cerró la aleta de la tienda de campaña para impedir que entraran los mosquitos y se sentó en el borde de su camastro improvisado para contestar una carta con mucho retraso a Pat Caldwell, la joven con la que deseaba casarse, y con la que estuvo casado durante un tiempo después de su regreso de la guerra al estado de Nueva York.

Esto es lo que escribió después de muchas vacilaciones y tachaduras. Un tiempo después, Harry destruyó esta carta.

Querida Pat:

En primer lugar quiero que sepas lo mucho que te echo de menos, cariño, y que si alguna vez consigo salir de este país, bello y a la vez terrible, lo cual conseguiré, voy a perseguirte sin misericordia y sin descanso hasta que aceptes casarte conmigo. Puede que motivado por la euforia de mi liberación (¡¡¡Sí!!!) haya resuelto el futuro, Pat, y tú constituyes una parte muy importante de ese futuro. Faltan ochenta y seis días hasta el DEROS cuando ellos me den una palmadita en la cabeza y me embarquen en ese gran pájaro para salir de aquí. Ahora que mi expediente vuelve a estar*

*Nota del T.: En términos militares: «Día previsto para el regreso del extranjero.»

limpio, no hay duda de que la Facultad de Derecho de Columbia me aceptará. Como ya sabes, obtuve notas bastante buenas en los exámenes de derecho (¡qué modesto soy!) que cursé en Adelphi. Estoy casi seguro de que incluso podría acceder a la Facultad de Derecho de Harvard, pero me interesa Columbia porque así los dos podremos estar en Nueva York.

Mi hermano George ya me ha dicho que me ayudará con el dinero que necesite, que necesitemos. George me ayudó en Adelphi. No creo que supieras esto. En realidad nadie lo sabía. Cuando miro hacia atrás, en la escuela, yo era un estúpido. Quería que todo el mundo creyera que provenía de una familia de posición acomodada, o al menos de clase media. Lo cierto es que éramos más pobres que las ratas, lo que a mi parecer hace que mis logros sean más meritorios, más dignos de elogio.

¿Sabes? Esta experiencia, a pesar de los momentos desagradables, dudosos y humillantes, me ha hecho mucho bien. No me equivoqué

al venir aquí, incluso aunque yo no tenía ni idea de lo que esto era en realidad. Creo que necesitaba la experiencia de la guerra para realizarme, y te digo esto aunque sé que tú detestas esta idea.

En realidad una gran parte de mí adora el hecho de estar aquí, y en cierto modo y a pesar de todos los problemas recordaré siempre este año como uno de los más importantes de mi vida. Ya ves, Pat, que estoy decidido a ser sincero, a ser un hombre sincero. Si voy a ser abogado, tengo que ser sincero, ¿no crees? (¡o puede que lo contrario sea la realidad[1]). Algo que aquí ha significado mucho para mí ha sido lo que yo llamo el compañerismo de mis amigos y de mis hombres. En general prefiero los soldados rasos a los oficiales, lo que significa, por supuesto, que obtengo más lealtad y un mejor rendimiento de mis hombres de lo que obtiene un teniente normal. Me gustaría que algún día conocieras a Mike Poole, a Tim Underhill, a Pumo el Puma *y al más asombroso de todos, M. O. Dengler, que por supuesto estuvo involucrado conmigo en el asunto de la cueva la Thuc. Estos chicos permanecieron a mi lado. Incluso tengo un apodo, Beans. Ellos me llaman* Beans *Beevers, y eso me gusta.*

El consejo de guerra no podía haberme causado problemas en modo alguno, porque tanto los hechos como mis propios hombres estaban de mi parte. Además, ¿puedes imaginarme matando niños? Esto es Vietnam y se mata a la gente, que es precisamente lo que estamos haciendo, matamos a vietcongs. Pero no somos asesinos de bebés ni de criaturas. Ni siquiera en el calor de la guerra, y en la Thuc hacía muchísimo calor.

Bueno, ésta es mi manera de explicarte que en el consejo de guerra me hicieron justicia total y absoluta. A Dengler también se la hicieron. Incluso corrían rumores extraoficiales de que nos iban a conceder medallas por todo lo que hemos tenido que pasar durante las últimas seis semanas, incluyendo aquella asombrosa historia en la revista Time. *Antes de que la gente empiece a quejarse de las atrocidades, debería conocer los hechos reales. Afortunadamente las revistas de las últimas semanas han puesto fin a todas esas mentiras.*

Además, yo siempre he sabido mucho sobre el efecto que la muerte tiene en las personas.

Nunca te he contado que una vez tuve un hermanito llamado Edward. Cuando yo tenía diez años, mi hermanito subió una noche a la planta de arriba de nuestra casa, y allí sufrió un ataque epiléptico que le costó la vida. Aquel suceso destruyó prácticamente mi familia. Fue la causa directa de que mi padre abandonara nuestro hogar. (Él había sido un héroe en la Segunda Guerra Mundial, algo que tampoco te había contado.) Hizo cambiar por completo, incluso diría que dañó, a mi hermano mayor Albert. Albert intentó alistarse en el Ejército en 1964, pero no lo admitieron porque alegaron que no era psicológicamente apto. Mi madre también estuvo totalmente destrozada durante un tiempo. Acostumbraba subir al desván y llorar, y se negaba a bajar de allí. Puede decirse por tanto que mi familia fue destruida, se vino abajo, o como lo quieras llamar, debido

a una muerte repentina. Aquello y el abandono de mi padre fue muy duro para mí. Estas cosas no son fáciles de superar.

El consejo de guerra duró exactamente cuatro horas. Una pasada, como solíamos decir en Palmyra, ¿verdad? Teníamos un vecino llamado Pete Petrosian que acostumbraba decir cosas como ésa, y contra todo pronóstico —se puede decir que en estos casos hay una probabilidad entre un millón—, murió exactamente de la misma manera que mi hermano unas dos semanas después. Realmente se puede decir que la piedra cayó dos veces sobre el mismo tejado. Supongo que es una tontería pensar ahora en eso, pero puede que una de las cosas interesantes de la guerra es que te familiarizas con la muerte: cómo sucede, qué efectos tiene sobre la gente, qué significa, cómo todos los muertos que ha habido en tu vida están unidos de alguna manera, identificados como parte de tu familia eterna. Éste es un sentimiento profundo, Pat, y ningún maldito consejo de guerra exagerado y fallido puede cambiarlo. Si allí, en aquella cueva, había algún niño inocente, entonces esos niños formarán parte de mi familia para siempre, como el pequeño Edward y Pete Petrosian, y el resto de mi vida es un poema dedicado a ellos. Pero el Ejército dice que allí no había niños, y yo digo lo mismo.

Te quiero, te quiero y te quiero. No tienes ya de qué preocuparte y debes empezar a pensar en casarte con un estudiante de derecho de Columbia, con un futuro muy prometedor ante él. Nunca te explicaré historias de la guerra a menos que quieras oírlas. Y esto es una promesa, ya se trate de historias sobre Vietnam o Palmyra.

Siempre tuyo,
HARRY
(alias Beans)



INTERLUDIO

EN EL REINO DE LOS SUEÑOS

Durante mucho tiempo después de la guerra estuvo soñando con su infancia. Oía alaridos procedentes del dormitorio o del cuarto de baño del pequeño dúplex donde vivía su familia cuando era chiquillo, y cuando miraba aterrorizado por la ventana sabía que la calle con su césped y su álamos altos no era más que una fachada tras la que se ocultaba un terrible incendio. En los sueños, tenía la certeza de que nada de aquello tenía relación con la guerra. Todo había ocurrido antes. Los alaridos flotaban en el interior de la casa marrón y amarilla, y el humo y las llamas ondeaban bajo las calles.

Los alaridos cesaban tan pronto como tocaba el pomo de la puerta del cuarto de baño. Cuando la abría veía que la cortina de la ducha estaba corrida. Estaba salpicada de sangre, y esparcidos por el suelo y por el asiento blanco del inodoro había bucles y rizos de sangre. Lo que más miedo le daba era correr la cortina de la ducha, pero la bañera siempre estaba vacía; sólo había una gran mancha de sangre que se deslizaba hacia el desagüe como si fuera una masa viva. Eso era exactamente lo que había ocurrido, durante la guerra y antes de ella.

EL ENEBRO

Es el patio de una escuela de mi región del Medio Oeste de solares vacíos, ondeando verdes y brillantes con sus lirios atigrados, horribles construcciones nuevas tipo rancho colocadas en hileras sobre el barro reluciente, avenidas sin árboles tostándose al sol. El patio de nuestra escuela es de asfalto negro: en el mes de junio, algunos trozos de asfalto se despegan y se adhieren como chicle a las suelas de nuestras botas de baloncesto.

El patio de recreo es en su mayor parte un espacio negro y vacío, del que irradia calor hacia arriba, como las imágenes defectuosas en una pantalla de televisión averiada. Está rodeado por altas alambradas de espinos. De pie a mi lado se encuentra un chico nuevo llamado Paul.

Aunque ahora casi estamos en el último mes del semestre, Paul, cabello color zanahoria, ojos claros, tan tímido que ni se atreve a preguntar dónde está el retrete, se unió a nosotros hace sólo seis semanas. Las clases le desconciertan, y tiene un tremendo acento sureño. Los alumnos más

populares, con murmullos velados y burlones, difunden la terrible noticia de que Paul «habla como un negro». Sus voces suenan casi atemorizadas porque son conscientes de la importancia de lo que están diciendo, de la trascendencia de sus consecuencias.

Paul lleva una camisa de color rojo brillante, demasiado gruesa, demasiado envolvente para el tiempo que hace. Él y yo estamos a la sombra, en la parte trasera de la escuela, ante el muro de ladrillos color crema en el que a nivel de la vista hay una ventana de cristales verdes parecidos a guijarros, acabada de romper, reforzada con trenzado de alambre de cobre.

A nuestros pies están esparcidos algunos pedacitos de vidrio de color verde de apariencia comestible. Los cristalitos se clavan en la suela de nuestros zapatos, son demasiados duros para poderlos romper contra el asfalto blando. Paul, con su voz lenta y melodiosa, me repite que él nunca tendrá amigos en esta escuela. Yo coloco un pie encima de uno de los cristalitos verdes que parecen caramelos y noto cómo se me clava, duro como una bala, en el pie. «Los niños son muy crueles», dice Paul como sin darle importancia. Yo pienso en dejar que el pedacito de cristal se deslice por mi cuello, rebanándolo a lo ancho para permitir que por ahí penetre la muerte.

Paul no regresó a la escuela en otoño. A su padre, que había apaleado a un hombre hasta matarlo en Mississippi, lo habían detenido cuando salía de un cine llamado el Orpheum-Oriental, cercano a mi casa. El padre de Paul había llevado a su familia a ver una película protagonizada por Esther Williams y Fernando Lamas, y cuando salieron, con los labios irritados por las palomitas de maíz saladas, las manos del pequeñín pegajosas después de que le cayera coca-cola encima de ellas, la policía los estaba esperando. Ellos eran gente de Mississippi, y ahora me imagino a Paul sentado ante un escritorio, en una de las plantas de un edificio de oficinas en Jackson, lleno de hombres como él, sentados ante sus escritorios, con sus corbatas impecablemente anudadas, con sus zapatos brillantes de cuero cordobés y una necesaria pero inconsciente expresión de reserva en la comisura de los labios.

En aquel tiempo yo acostumbraba pasar días enteros en el Orpheum-Oriental.

Yo tenía siete años. Dentro de mí sentía la necesidad de desaparecer tal y como había hecho Paul, de no volver a ser visto nunca jamás, de convertirme en un ser ausente, una sombra, un lugar donde una vez había habido algo que ya no era visible.

Antes de conocer a aquel joven-viejo cuyo nombre era «Frank» o «Stan» o «Jimmy», cuando me sentaba ávido de cultura a contemplar las películas del Orpheum-Oriental, observaba a Alan Ladd, Richard Widmark, Glenn Ford y

Dañe Clark. *El misterio de una desconocida.* Martin y Lewis, enredados en el mismo paracaídas en *A la guerra con el Ejército.* William Boyd y Roy Rogers. Boquiabierto, yo devoraba películas de espías y criminales, deseando que las apasionadas y las de terror consiguieran su objetivo, se saciaran de todo aquello que necesitaban.

La mirada febril de Richard Widmark, la ira de Alan Ladd, los ojos furtivos de Berry Kroeger, de mirada aniñada y observadora, vivaces, con una elegancia absoluta.

Cuando yo tenía siete años, mi padre entró una vez en el cuarto de baño y me descubrió mirándome al espejo. Me dio una bofetada, no con todas sus fuerzas pero sí con bastante dureza, con ira repentina.

—¿Qué te crees que estás mirando? —Tenía la mano preparada para abofetearme otra vez—. ¿Qué te crees que estás viendo?

—Nada —dije yo.

—Nada es lo correcto.

Mi padre era carpintero y trabajaba como un animal, ya derrotado, y nunca tuvo suficiente dinero, como si, aunque fuera de su alcance, existiera alguna cantidad de dinero que pudiera satisfacerle. Por las mañanas iba a su trabajo endurecido como el cemento, con una ira que él apenas percibía. Algunas noches traía a casa a hombres de las tabernas. Llevaban botellas transparentes de Miller High Life envueltas en bolsas de papel y las colocaban sobre la mesa con un golpe violento que parecía significar: «¡Han llegado los hombres!» Mi madre, que había regresado de su trabajo como secretaria pocas horas antes, nos daba de comer a mis hermanos y a mí, lavaba los platos y nos acostaba a los tres en la cama mientras los hombres gritaban y reían en la cocina.

Se le consideraba un carpintero excelente. Trabajaba despacio y con mucha paciencia, y ahora me doy cuenta de que todo el amor que pudiera tener dentro de él lo volcaba en el garaje alquilado donde tenía su taller. En sus ratos libres escuchaba los partidos de béisbol por la radio. Su vanidad era profesional, no personal, y él creía que un rostro como el mío no tenía que contemplarse.

Como yo vi a «Jimmy» en el espejo, pensé que mi padre también lo había visto.

Un sábado, mi madre nos llevó a los gemelos y a mí en el transbordador que cruzaba el lago Michigan hasta Saginaw —el propósito del viaje era el viaje en sí mismo—, y en Saginaw el barco atracó en el muelle durante veinte minutos antes de volver a cruzar el lago de regreso. Junto con nosotros había mujeres como mí madre: eran sus amigas, liberadas de sus tareas durante el fin de semana, algunas de ellas acompañadas de hombres como mi padre, con sombreros de fieltro y pantalones holgados de fin de semana, que caían acampanados sobre sus zapatos de fin de semana. Las mujeres usaban lápiz de labios de un rojo brillante como la sangre, que dejaba huellas en los cigarrillos y manchaba los dientes. Aquellas mujeres se reían mucho y repetían las palabras que les habían hecho gracia: «perrito caliente», «resbalando y patinando», «cantante de ópera». Treinta minutos después de la salida, los hombres desaparecieron para dirigirse al bar de

cubierta; las mujeres, mi madre entre ellas, colocaron las tumbonas en círculo, unidas por risas, atenciones y cotilleos. Hacían ondear los cigarrillos en el aire. Mis hermanos hacían carreras por la cubierta, con las camisas al viento, y el pelo pegado a la cabeza por el sudor, como si fuera pegamento. Cuando empezaban a pelearse, mi madre les obligaba a sentarse en las tumbonas vacías. Yo estaba sentado en la cubierta, contra la barandilla, silencioso. Si alguien me hubiera preguntado: «¿Qué quieres hacer esta tarde? ¿Qué quieres hacer durante el resto de tu vida?», yo le habría respondido: «Quiero quedarme exactamente aquí, quiero quedarme aquí para siempre.»

Después de un rato me levanté y me separé de las mujeres. Crucé la cubierta y entré en el bar por una puertecita. Las paredes estaban recubiertas de material oscuro y veteado que imitaba a la madera. El olor a cerveza y a tabaco y el sonido de las voces de los hombres llenaban aquel espacio cerrado. En el bar había aproximadamente unos veinte hombres, hablando y gesticulando, con los vasos a medio llenar.

De repente, un hombre con una mata de pelo rubio y sucio se separó de los demás. Vi moverse sus hombros y se me pusieron los pelos de punta; se me encogió el estómago y pensé: Jimmy. «Jimmy.» Pero cuando el hombre se dio la vuelta, hundiendo sus hombros en algún éxtasis provocado por la cerveza y la compañía masculina, me di cuenta de que era un extraño, de que después de todo no era «Jimmy».

Yo estaba pensando: «Algún día, cuando sea libre, cuando haya salido de este cuerpo y esté en una ciudad cuyo nombre ni siquiera sé ahora, recordaré esto desde el principio hasta el fin, y entonces me liberaré de ello.»

Las mujeres flotaban por encima del lago vacío, riéndose y exhalando nubes de humo de los cigarrillos. Los hombres también, tan alborotados como los niños en el patio de la escuela de asfalto pegajoso, con sus trocitos de cristal verde con aspecto de caramelos esparcidos por el suelo.

* * *

En aquellos días yo sabía que era diferente del resto de mi familia, como un islote entre mis padres y los gemelos. Aquellas parejas que me envolvían como paréntesis dormían en camas dobles, en habitaciones contiguas, en la parte trasera de la planta baja del dúplex, propiedad del ciego que vivía en el piso de arriba. Mi cama, un catre codiciado por los gemelos, estaba en la habitación de éstos. Una línea invisible de gran autoridad dividía mi territorio y mis posesiones de las de ellos.

Esto es lo que sucedía cada mañana en nuestra mitad del dúplex. Mi madre era la primera en levantarse. La oíamos ducharse, y luego oíamos ruidos de cajones que se cerraban y de tazones y jarras de leche que se colocaban sobre la mesa. El olor del tocino friéndose para mi padre, que aporreaba la puerta y gritaba los nombres de mis hermanos: «¡No me obliguéis a entrar ahí!» El alboroto ruidoso e infantil de mis hermanos levantándose de la cama. Nosotros tres entrando en tromba en el cuarto de baño tan pronto como salía mi padre. El cuarto de baño estaba lleno de vapor, con un fuerte hedor a mierda y el olor más penetrante, casi palpable, del afeitado, un olor a espuma y a pelos del bigote amputados. Todos

hacemos pipí al mismo tiempo en el retrete. Mi madre se irrita cada vez más mientras intenta vestir a los gemelos para poderlos bajar a la calle y llevárselos a la señora Candee, a quien se le entrega semanalmente un billete de cinco dólares para que cuide de ellos. Se supone que yo tengo que dedicarme a correr todo el día de un lado a otro del patio de recreo de la Escuela de Verano, vigilado por dos muchachas adolescentes que viven a una manzana de nosotros. (Yo sólo fui dos veces a la Escuela de Verano.) Después de ponerme ropa interior y calcetines limpios, la camisa de diario y los pantalones, entro en la cocina mientras mi padre acaba de desayunar. Está comiendo Ionchas de tocino y tostadas de color marrón dorado untadas con mantequilla. En un cenicero situado frente a él se está consumiendo un cigarrillo. Todos los demás ya se han ido. Mi padre y yo podemos oír al ciego aporreando el piano en su sala de estar. Yo me siento ante un tazón de cereales. Mi padre me mira, desvía la mirada. Furioso con el ciego por tocar el piano a estas horas de la mañana, empieza a sudar. Sus mejillas y su frente brillan como las tostadas doradas. Mi padre me lanza una mirada, y sabiendo que no puede retrasar esto por más tiempo, se mete la mano en el bolsillo de mala gana y deposita dos monedas de veinticinco centavos sobre la mesa. Las chicas de la escuela superior cobran veinticinco centavos al día, y los otros veinticinco son para mi comida. «No pierdas el dinero», dice cuando cojo las monedas. Mi padre se acaba el café, coloca el plato y la taza dentro de la fregadera abarrotada, me mira otra vez, se palpa el bolsillo para ver si tiene las llaves y dice: «Cierra la puerta cuando salgas.» Le digo que cerraré la puerta. Coge su caja de herramientas gris y su cesto negro con la comida, se encasqueta el sombrero y se marcha, golpeando la caja de herramientas contra el marco de la puerta.

La caja deja una amplia marca gris como la mancha que dejaría a su paso la piel de alguna criatura furiosa.

Entonces me quedo solo en casa. Regreso al dormitorio, cierro la puerta, coloco una silla bajo el pomo de la puerta, y me pongo a leer las historietas de *El Halcón Negro, Henry* y *El Capitán Marvel,* hasta que al fin se hace la hora de ir al cine.

Mientras estoy leyendo, todo en la casa parece vivo y peligroso. Puedo oír el teléfono del vestíbulo repiqueteando en su soporte, la radio haciendo chasquidos mientras intenta ponerse en marcha y hablarme. Los platos se agitan y tintinean en la fregadera. En esos momentos, todos los objetos, incluso las pesadas sillas y el sofá, cobran vida, violentos como el fuego que envuelve el firmamento que yo no puedo ver y que se extiende a toda velocidad atravesando callejones y pasadizos secretos por debajo de las calles. En esos momentos otras personas se esfuman como el humo.

Cuando retiro la silla de la puerta, la casa se queda inmediatamente en silencio y recobra la quietud, como un animal salvaje que finge dormir. Todas las cosas, tanto de dentro como de fuera, se vuelven a colocar hábilmente en su sitio, los fuegos se aplacan y los hombres y las mujeres vuelven a aparecer en las aceras. Tengo que abrir la puerta y lo hago. Cruzo velozmente la cocina y la sala de estar hasta llegar a la puerta principal, sabiendo que si miro con demasiada atención alguno de los objetos lo volvería a despertar inmediatamente. Tengo la boca muy seca y la lengua muy pesada. «Me voy», le digo a nadie. Todas las cosas de la casa me oyen.

* * *

La moneda de veinticinco céntimos entra en la ranura situada bajo la ventanilla, y la entrada sale por la ranura. Durante mucho tiempo, antes de conocer a «Jimmy», creí que a menos que conservaras el resguardo de la entrada sin doblar y guardado en un bolsillo de la camisa, en cualquier momento, en medio de la proyección de la película, podía aparecer el acomodador por el pasillo, agarrarte y echarte a la calle. Así que me lo meto en el bolsillo, atravieso rápidamente las grandes puertas que conducen al recinto refrigerado, cruzo el vestíbulo, y entro por una puerta giratoria con una ventanilla.

La mayoría de los clientes asiduos de las sesiones diurnas del Orpheum-Oriental ocupa cada día los mismos asientos. Yo soy uno de los que vienen a diario. Un grupito de vagabundos charlatanes se sienta en el extremo derecho de la sala, en las filas situadas bajo los candelabros, sujetos a las paredes como antorchas de bronce. Los vagabundos escogen esos asientos para así poder examinar sus papeles, sus «documentos», y enseñárselos unos a otros durante el pase de la película. Siempre están obsesionados con la posibilidad de haber perdido alguno de esos documentos, por lo que con frecuencia comprueban si aún siguen en el interior de los sobres mugrientos donde los guardan.

Yo me acomodo en el asiento de la punta, en el lado izquierdo del grupo central de butacas, justo frente al amplio pasillo horizontal del centro. Así puedo estirar las piernas. Otras veces me siento en el centro de la última fila, o en la primera; algunas veces, cuando el anfiteatro está abierto, subo y me siento en la primera fila, porque ver una película desde allí es como ser un pájaro y volar hacia abajo para introducirme en la película. Resulta delicioso estar solo en el cine. Las cortinas cuelgan pesadamente, rojas, anticipantes; las antorchas simuladas resplandecen en las paredes. En la pintura roja hay remolinos dorados enroscados. Los días en que me siento cerca de la pared, toco con mi mano el material rojo, que parece cálido y suave, pero mis dedos sólo encuentran una humedad helada. La alfombra que cubre el Orpheum-Oriental debió de ser en otro tiempo de un color marrón vivo; ahora es oscura, de un color indeterminado, salpicada de manchas rosas y grises, como tiritas derretidas que no son más que restos de chicle. Del interior de aproximadamente una tercera parte de los asientos sale espuma de lana gris sucia procedente de los cortes en la felpa gastada.

En un día ideal veo dibujos animados, un documental sobre viajes, unas secuencias de las próximas películas, una película, más dibujos animados y otra película, antes de que alguien más entre en el cine. Este ciclo completo es tan satifactorio como una comida. Otras mañanas, cuando entro, hay diseminadas por el cine unas cuantas viejas con sombreros estrafalarios, algunas mujeres jóvenes ocultando los rulos bajo un pañuelo, y unas pocas parejas de adolescentes. Ninguna de estas personas presta atención a nada que no sea la pantalla, y en el caso de los adolescentes sólo prestan atención a su pareja.

Una vez, un hombre de unos veinte años, con el pelo como un manojo de paja, estaba sentado en el amplio pasillo central cuando yo me coloqué en mi asiento. Gimió. Tenía sangre seca con aspecto de oxidada en el mentón y en su sucia camisa blanca. Gimió otra vez y luego se puso a cuatro patas. La alfombra que tenía debajo estaba manchada con lo que parecían miles de gotas rojas. El joven se levantó tambaleándose y empezó a andar pasillo arriba haciendo eses. Le envolvía una nube de luz solar, brillante y superficial, hasta que entró en ella y desapareció.

A principios de julio le dije a mi madre que las chicas de la escuela superior habían aumentando el número de horas de asistencia a la Escuela de Verano, porque yo quería tener la seguridad de poder ver las dos películas dos veces antes de regresar a casa. Después de aquello logré aprenderme el ritmo de las costumbres del cine, lo cual no sucedió de la noche a la mañana, sino que se fueron revelando gradualmente, de modo que a mediados de la primera semana ya sabía cuándo empezarían los vagabundos a colocarse en los asientos situados debajo de los candelabros de pared. Solían venir los martes y los viernes poco después de las once de la mañana, que era la hora en que la tienda de bebidas que había un poco más abajo, en la misma manzana, abría para abastecerlos con las medianas y los quintos de cerveza que les servían de alimento. Hacia el final de la segunda semana ya sabía cuándo se marchaban los acomodadores del interior del cine para sentarse en los bancos acolchados del vestíbulo y encender los Luckies y Chesterfields, y cuándo empezaban a aparecer los viejos y las viejas. Al final de la tercera semana, me sentía simplemente como la pieza más pequeña de una máquina grande y ordenada. Antes de empezar la segunda proyección de *Hermoso Hawaii* o *Curiosidades de continentes lejanos,* salía afuera, al mostrador, y con la segunda moneda de veinticinco centavos me compraba una bolsa de palomitas de maíz o una bolsa de caramelos Good & Plenty.

En un cine no hay nada fortuito, excepto los clientes y los problemas con la cámara de proyección. Las cintas de películas se rompen y las luces fallan; el encargado de la proyección se emborracha o se queda dormido, y la pantalla presenta una superficie blanco amarillenta al público que silba y da patadas en el suelo. Estas inconsecuencias se asemejan a las tormentas de verano: se olvidan tan pronto como acaban.

Las luces, los encargados de proyección, las bolsas de palomitas de maíz y de caramelos, las películas, todo se ve agrandado cuando se ha contemplado una y otra vez. Poco a poco me di cuenta de que esta profundización y ampliación, este agrandamiento, era el motivo por el que las películas se proyectaban una vez tras otra durante todo el día. La máquina se revelaba con más seguridad en las repeticiones exactas y límpidas de las palabras y los gestos de los actores cuando se movían a través del argumento. Cuando Alan Ladd preguntaba a «Blackie Frachot», el gángster moribundo: «¿Quién lo hizo, Blackie?», su voz se ensanchaba como

un río, se hacía más dulce, con una ternura prácticamente evidente que yo había aprendido a oír: la voz dentro de la voz que hablaba.

* * *

El misterio de una desconocida relataba la investigación llevada a cabo por un periodista llamado «Ed Adams» (Alan Ladd), sobre la tragedia de una joven misteriosa, «Rosita Jandreau», que había muerto de tuberculosis cuando se encontraba sola en la habitación de un hotel de ínfima categoría. El periodista pronto se entera de que ella tenía muchos nombres, muchas identidades. Había estado enamorada de un arquitecto, de un gángster, de un profesor tullido, de un boxeador y de un millonario, y a cada uno de ellos le había mostrado una faceta diferente de su persona. De una forma demasiado fácil de prever, se lamenta mi yo adulto, el obsesionado «Ed» se enamora de «Rosita.» Cuando yo tenía siete años había pocas cosas fáciles de prever —todavía no había visto *Laura*—, y veía a un hombre guiado por la necesidad de comprender, lo que equivalía a la necesidad de proteger. «Rosita Jandreau» era la personificación de la memoria, lo que significaba misterio.

A través de las secuencias de sus identidades, de las diversas personalidades que había mostrado al hermano, al boxeador, al millonario, al gángster y a todos los demás, mantenía íntegra su memoria. Yo estuve viendo dos veces al día, durante dos semanas, antes y durante «Jimmy», a la máquina dentro de la máquina. No existía diferencia entre el amor y la memoria. Tanto el amor como la memoria nos preparaban para la muerte. (Esto no lo entendí, pero lo vi.) El periodista, Alan Ladd, con su sucio cabello rubio, su mandíbula perfecta, su sonrisa brillante y herida, animaba la vida de la mujer, haciendo que la memoria de ella fuera también la de él.

«Creo que tú eres el único que la ha comprendido», dice Arthur Kennedy, el hermano de «Rosita», a Alan Ladd.

La mayoría de la gente exige el estímulo de la sensación, la mayoría de la gente debe reunir y gastar dinero, luchar por encontrar formas más fáciles y temporales del amor, debe alimentarse por sí misma, vender periódicos, destruir las conspiraciones de los enemigos mediante las propias conspiraciones...

«No sé lo que quieres —dice "Ed Adams" al director del periódico *The Journal*—. Tienes dos asesinatos...»

* * *

«... y una mujer misteriosa», digo al mismo tiempo que él. Su voz es dura e indiferente, la voz de un hombre herido que está actuando. El hombre sentado a mi lado se ríe. A diferencia de esta voz normal, su risa es intensa y aguda. Es la segunda vez en el día de hoy que proyectan *El misterio de una desconocida,* estamos a primera hora de la tarde, y después del próximo pase *de A la guerra con el Ejército,* tendré que irme pasillo arriba y salir del cine. Serán las cinco menos veinte y el sol todavía estará brillando por

encima de los edificios color crema a lo largo del amplio y solitario bulevar Sherman.

Encontré al hombre, o mejor dicho, él me encontró a mí, en el puesto de caramelos. A primera vista sólo era una figura alta, rubia vestida de oscuro. No me preocupé de él en absoluto, no me importaba lo más mínimo. Era impreciso incluso cuando hablaba.

—Son buenas las palomitas de maíz. —Le dirigí una mirada. Tenía ojos azules pequeños, y dientes careados que me sonreían. Llevaba barba de unos días. Desvié la mirada y el hombre uniformado que estaba detrás del mostrador me dio mis palomitas—. Son buenas para ti. Quiero decir que están hechas de algo bueno, que viene directamente de la tierra. Crece en plantas tan altas como yo, igual que los demás cereales. ¿Sabías eso?

Al ver que yo no le contestaba, se echó a reír y se puso a hablar con el hombre que estaba detrás del mostrador.

—Él no lo sabía, el chico creía que las palomitas de maíz crecían dentro de los palomitones. —El hombre del mostrador se alejó.

—¿Vienes a menudo por aquí? —me preguntó el desconocido.

Me puse unas cuantas palomitas en la boca y me volví hacia él. Me estaba enseñando sus dientes careados.

—Sí que vienes —dijo él—. Tú vienes mucho por aquí.

Yo asentí.

—¿Cada día?

Volví a asentir.

—Y en casa decimos mentirijillas sobre lo que hemos estado haciendo todo el día, ¿no es verdad? —preguntó, apretando los labios y alzando las cejas como un mayordomo de una película cómica. De repente cambió de actitud y todo en él se volvió serio. Me miraba pero no me veía—. ¿Tienes algún actor favorito? Yo tengo uno: Alan Ladd.

Y vi —ambos vimos y comprendimos— que él creía que se parecía a Alan Ladd. En realidad sí que se parecía, al menos un poco. Cuando me di cuenta del parecido, lo vi como una persona diferente, con mucho más encanto. Estaba lleno de encanto, como si estuviera actuando, representado el papel de un joven andrajoso con dientes irregulares y careados.

—Me llamo Frank —dijo, a la vez que alargaba la mano—. ¿Me das la mano?

Le di la mano.

—Las palomitas son buenas de verdad —dijo, e introdujo la mano dentro de la bolsa—. ¿Quieres que te cuente un secreto?

Un secreto.

—Yo he nacido dos veces. La primera vez fallecí. Fue en una base del Ejército. Todo el mundo me decía que debería haberme alistado en la Marina, y todo el mundo tenía razón. Así que me vi obligado a nacer en otro sitio. No todo el mundo encaja en el Ejército, ¿sabes? —Me sonrió—. Ahora ya te he contado mi secreto. Entremos, me sentaré contigo. Todo el mundo necesita compañía y tú me caes bien. Pareces un buen chico.

Me siguió hasta mi asiento y se sentó a mi lado. Cuando yo repetía las frases al mismo tiempo que los actores, él se reía.

Luego dijo…

Luego se inclinó hacia mí y dijo…

Se inclinó hacia mí, con su aliento de vino amargo sobre mí y cogió…

—No.

—Allí fuera te estaba tomando el pelo —dijo—. Mi verdadero nombre no es Frank. Bueno, era mi nombre. Antes. ¿Comprendes? Durante un tiempo mi nombre era Frank. Pero ahora mis amigos de verdad me llaman Stan. Este nombre me gusta. Stanley *el Vigoroso.* El Gran Stan. Stan *el Capitán.* ¿Lo ves? Suena muy bien.

* * *

—Nunca serás carpintero —me dijo—. Nunca serás nada que se le parezca, se te ve en la cara. A mí me pasaba lo mismo, así que sé lo que digo, lo sé todo de ti con sólo mirarte.

Dijo que había sido oficinista en Sears; después había trabajado como vigilante de unos edificios de apartamentos propiedad de un individuo que había sido amigo suyo en algún tiempo, pero que ya no lo era. Luego fue conserje de un instituto de enseñanza media, precisamente aquel al que mi escuela enviaba sus alumnos.

—Me pusieron de patitas en la calle por culpa de la bebida; es la historia de mi vida —dijo—. Aquellas hijas de puta me sorprendieron bebiendo abajo, en el sótano, en una habitación que yo utilizaba, y me echaron sin decirme ahí te pudras. Tío, era mi habitación. Mi hogar. Las mejores cosas del mundo te pueden hacer las peores cosas, ya te darás cuenta de eso algún día. Y cuando vayas a esa escuela, espero que recuerdes lo que me hicieron allí.

En estos días se dedicaba a descansar. Holgazaneaba, iba al cine.

—Tienes algo especial —dijo—. Los tipos como yo somos algo raros, vemos esas cosas.

Estuvimos sentados juntos mientras duró la segunda película, con Dean Martin y Jerry Lewis, a gusto y riéndonos.

—Esos tipos son todavía más gandules que nosotros —comentó.

Yo pensaba en Paul, envuelto en su camisa roja, apoyado en la pared de la escuela, aprisionado por su incapacidad de ser como los demás que le rodeaban.

—¿Volverás mañana? Si estás por aquí, te buscaré.

—Eh, confía en mí. Sé quién eres.

—¿Sabes, esa cosita con la que haces pis? —dijo inclinándose hacia un lado y susurrándome al oído—. Eso es lo mejor que posee un hombre. Confía en mí.

* * *

El gran parque providencial situado cerca de nuestra casa, dos calles más allá del Orpheum-Oriental, está dividido en tres zonas diferentes. Muy cerca de las amplias puertas de hierro que dan al bulevar Sherman, por las que entramos en el parque, accedemos a un estanque vadeable, separado de un parque infantil con una estructura para trepar, columpios y una fila de balancines, por un seto verde de poca altura de aspecto tan elástico que parece artificial. Cuando yo tenía dos y tres años, me zambullía en el estanque de agua tibia y trepaba por las cadenas de los columpios, subiendo cada vez más alto, con una mezcla de pánico, gozo y obligación fastidiosa tan estrechamente unidos que nadie los podía separar.

Más allá del estanque y del parque infantil estaba el zoo. Mi madre nos llevaba a mis hermanos y a mí al parque infantil y al estanque vadeable, y ella se sentaba en un banco a fumar mientras jugábamos. Mis padres nos llevaban al zoo. Un elefante extendía la trompa hasta la palma de la mano de mi padre y con mucha delicadeza aspiraba los cacahuetes para llevárselos al buche. La jirafa se estiraba hacia las hojas, cada vez más escasas, que se hallaban por encima de su jaula. Los leones dormitaban sobre ramas rotas y paseaban por detrás de los barrotes, mirando no lo que había en el exterior sino las extensas praderas cubiertas de hierba impresas en su memoria. Yo sabía que los leones tienen el poder de no vernos, de mirar directamente a África a través nuestro. Pero cuando en vez de ver África te veían a ti, miraban directamente a tus huesos, veían la sangre circulando por tu cuerpo. Los leones eran de un color marrón dorado, pacientes y de ojos verdes. Me reconocían y podían leer mis pensamientos. A los leones yo ni les gustaba ni les disgustaba, no me encontraban a faltar durante los largos días laborables, pero me incorporaron al círculo de seres conocidos.

(«No deberías haberme mirado de esa manera», dice June Havoc, «Leona», a «Ed Edams». No es su intención, en absoluto.)

Pasado el zoo y al otro lado de una calle estrecha del parque por la que los trabajadores del parque vestidos de color caqui empujaban carritos cargados de flores, había una amplia e inesperada extensión de césped bordeada de parterres y álamos altos, un espacio abierto oculto como un secreto entre las jaulas de los animales y los álamos.

Mi padre era el único que me llevaba a esa parte del parque. Allí trataba de convertirme en un jugador de béisbol.

—Despega el bate de los hombros —ordenó—. Por el amor de Dios, ¿vas a conseguir darle a la bola o no?

Cuando de nuevo no le doy a la bola que él me lanza, con un tiro lento e impecable, da una vuelta sobre sí mismo, levanta el brazo y de un modo teatral pregunta a todos los que están por allí:

—¿De quién es hijo este muchacho? ¿Alguien me lo puede decir?

Mi padre nunca me ha preguntado sobre la Escuela de Verano a la que se suponía que yo asistía, y yo nunca le hablé del Orpheum-Oriental; nunca llegaré a estar tan cerca de él como ahora para hablarle, porque «Stan»,

Stanley *el Vigoroso,* me ha dicho cosas que no pueden ser ciertas, que deben de ser invenciones y fábulas que forman parte del mundo de los niños que andan perdidos por el bosque, de gatos que hablan y botas de plata llenas de sangre. En ese mundo, los niños descuartizados, enterrados bajo los enebros, pueden levantarse y hablar, volver a recomponerse otra vez. Las fábulas están llenas de explosiones subterráneas y fuegos ocultos, y por esta razón la memoria las rechaza, las aparta de su vista, deben repetirse una y otra vez. Yo no puedo recordar el rostro de «Stan», ni siquiera estoy seguro de poder recordar lo que dijo. Dean Martin y Jerry Lewis son vagos como nosotros. Sólo estoy seguro de una cosa, de que mañana voy a ver otra vez a mi amigo, mi último amigo, el que más miedo me da, el más interesante.

—Cuando yo tenía tu edad —dice mi padre—, mi mayor deseo era dedicarme profesionalmente al béisbol Y en cambio tú eres tan miedoso o perezoso que ni siquiera te atreves a despegar el bate de tu hombro. ¡Por Dios! No soporto mirarte ni un minuto más.

Se da media vuelta y empieza a andar rápidamente hacia el sendero estrecho del parque y hacia el zoo, para regresar a casa, y yo le sigo corriendo. Recupero la pelota blanda que él ha lanzado entre los arbustos.

—¿Qué cono crees que vas a hacer cuando seas mayor? —pregunta mi padre, con sus ojos todavía fijos en la distancia—. ¿En qué crees que consiste la vida? Lo cierto es que nunca te daría trabajo. Nunca te confiaría las herramientas de carpintero, ni siquiera me fiaría de que pudieras sonarte correctamente. A veces me pregunto si en el hospital no nos darían un bebé por otro.

Yo lo sigo, arrastrando el bate con una mano, y con la otra acunando la pelota en el bolsillo del guante de béisbol.

A la hora de cenar, mi madre me pregunta si me divierto en la escuela, y yo le respondo que sí. Del cajón del armario de mi padre ya he cogido lo que «Stan» me dijo que le consiguiera, y el objeto quema en mi bolsillo como si estuviera ardiendo. Yo quiero preguntar: ¿de verdad es real y no sólo un cuento? ¿Es que siempre lo peor tiene que ser lo verdadero? Por supuesto, no puedo preguntarlo. Mi padre no sabe nada sobre cosas peores; él ve lo que desea ver, o lo intenta con tanto empeño que cree que lo ve.

—Supongo que algún día conseguirá parar una pelota lanzada desde mucha distancia. Lo que necesita el chico es practicar más. —Intenta sonreírme, a mí, al chaval que algún día aprenderá a parar una bola lanzada desde lejos.

Está empuñando el cuchillo, a punto de untar el filete que tiene en el plato con un poquito de mantequilla. Ni siquiera es capaz de verme. Mi padre no es un león, él no puede desconectar y ver lo que tiene realmente delante de él.

Por la noche, Alan Ladd estaba arrodillado junto a mi cama. Vestía un elegante traje de color gris y su aliento olía a clavo. —¿Te encuentras bien, hijo?

Yo asentí.

—Sólo quería decirte que me gusta verte allí fuera cada día. Eso significa muchísimo para mí.

—¿Te acuerdas de lo que te estaba hablando?

Y yo lo sabía: era cierto. Él había dicho aquellas cosas y las repetiría como un cuento de hadas, y el mundo iba a cambiar porque iba a ser visto con ojos nuevos. Me sentía enfermo, atrapado en el cine como en una jaula.

—¿Piensas en lo que te dije?

—Claro —respondí yo.

—Eso está muy bien. ¿Sabes una cosa? Tengo ganas de cambiar de asiento. ¿Tú también quieres cambiar de asiento?

—¿Adonde quieres ir?

Inclinó la cabeza hacia atrás y me di cuenta de que él quería cambiarse a la última fila.

—Vamos. Quiero enseñarte una cosa.

Nos cambiamos de sitio.

Estuvimos mucho rato mirando la película desde la última fila, prácticamente solos en el cine. Poco después de las once, entraron tres vagabundos y se dirigieron a sus asientos habituales al otro extremo del cine: un tipo desgreñado de barba gris al que ya había visto muchas veces con anterioridad, un hombre gordo con un rostro rechoncho y aplastado que también me era familiar, y uno de los harapientos, uno de los jóvenes de aspecto salvaje que frecuentaba tanto la compañía de los vagabundos que ya no se le podía distinguir de ellos. Empezaron a pasarse una botella plana marrón de mano en mano. Después de un segundo recordé al joven: una mañana le había sorprendido despierto, desfallecido y manchado de sangre en el pasillo central.

Entonces me pregunté si «Stan» era quizás el joven a quien yo había visto aquella mañana; se parecían como si fueran hermanos gemelos, aunque yo sabía que no lo eran.

—¿Quieres un trago? —preguntó Stan, enseñándome su mediana de cerveza—. Te irá bien.

Con valentía, sintiéndome privilegiado y adulto, agarré la botella de Thunderbird y me la llevé a la boca. Quería que me gustara, deseaba compartir aquel placer con «Stan», pero tenía un gusto horrible, a basura, y el sorbito que me tragué me ardía por toda la garganta.

Hice una mueca y él me dijo:

—Este mejunje no es realmente tan malo. Sólo hay una cosa en el mundo que te pueda hacer sentir mejor que esto. Colocó una mano sobre mi muslo y lo apretó. —Te estoy dando un pequeño empujoncito, ¿sabes? Sólo porque me caíste bien la primera vez que te vi. —Se inclinó hacia mí y me miró—. ¿Me crees? ¿Te crees las cosas que te digo? Yo le respondí que suponía que sí.

—Tengo pruebas. Te demostraré que es verdad. ¿Quieres ver mi prueba?

Al ver que yo permanecía silencioso, «Stan» se inclinó más cerca de mí, envolviéndome con el hedor a cerveza Thunderbird.

—¿Sabes, esa cosita con la que haces pis? ¿Recuerdas que te conté lo grande que se pone cuando uno tiene trece años? ¿Recuerdas que te conté la sensación tan increíble que se tiene? Bueno, pues ahora tienes que confiar

en Stan, porque Stan va a confiar en ti. —Puso su rostro junto a mi oído—. Después te contaré otro secreto. Retiró la mano de mi muslo y la cerró con fuerza alrededor de mi mano, empujándola hacia su entrepierna. —¿Sientes algo?

Asentí, pero no podría describir lo que sentí mucho mejor de lo que un ciego puede describir a un elefante.

«Stan» sonrió con los labios apretados y se bajó la cremallera de un modo que hasta yo pude darme cuenta de que estaba nervioso. Se metió la mano en los pantalones, estuvo manipulando algo y seguidamente extrajo de allí una porra sólida y gruesa, cuya apariencia no tenía nada de humana. Yo estaba tan asustado que pensé que iba a vomitar, así que me puse a mirar de nuevo la pantalla. Cadenas invisibles me retenían sujeto a mi asiento. —¿Lo ves? Ahora puedes entenderme. Entonces se dio cuenta de que yo no lo estaba mirando. —Chico, mira aquí. Te he dicho que mires. No te va a hacer ningún daño.

Yo no podía mirar hacia abajo. No veía nada. —Vamos, tócalo, mira qué tacto tiene. Moví la cabeza en señal de negación.

—Voy a decirte una cosa. Me caes muy bien. Creo que somos amigos. Esto que estamos haciendo no lo encuentras normal porque es la primera vez; sin embargo la gente lo hace constantemente. Tu mamá y tu papá lo hacen con mucha frecuencia, pero ellos no te hablan de eso. Nosotros somos amigos, ¿no es así?

Asentí estúpidamente. En la pantalla, Berry Kroeger le decía a Alan Ladd: «Déjala, olvídate de ella, ella es puro veneno.»

—Bueno, esto es lo que hacen los amigos que se gustan, como tu mamá y tu papá. Mira esta cosa, ¿quieres? Vamos.

¿Se gustaban mi mamá y mi papá? Me apretó el hombro y miré.

Ahora aquella cosa se había doblado sobre sí misma y estaba inclinada hacia un lado contra la tela de los pantalones. Casi en el momento que miré, se empezó a mover y a abrirse camino hacia afuera, como la vara de un trombón.

—¡Así! —dijo él—. Le gustas, lo has puesto en marcha. Dime que a ti también te gusta.

El terror me impedía hablar. Mi cerebro se había convertido en polvo.

—Ya sé… vamos a llamarle Jimmy. Digamos que se llama Jimmy. Ahora que ya os conocéis, dile hola a Jimmy.

—Hola, Jimmy —saludé, y a pesar de mi terror no pude evitar soltar una risita tonta.

—Ahora continúa, tócalo.

Extendí la mano lentamente y apoyé la punta de los dedos sobre «Jimmy».

—Acarícialo. Jimmy quiere que lo acaricies.

Con las puntas de los dedos di dos o tres palmaditas a «Jimmy» y éste se alzó unos pocos centímetros más y se quedó tan rígido como una tabla de surf.

—Desliza tus dedos por encima de él hacia atrás y hacia adelante.

«Si echo a correr —pensé—, me cogerá y me matará. Si no hago lo que dice, me matará.»

Restregué la punta de los dedos hacia atrás y hacia adelante, moviendo

la fina piel por encima de las venas.

—¿Puedes imaginarte a Jimmy penetrando a una mujer? Ahora puedes ver lo que tendrás cuando seas un hombre. Sigue así, pero agárralo con toda la mano. Y dame lo que te pedí.

Inmediatamente retiré mi mano de «Jimmy», y de mi bolsillo trasero extraje el pañuelo limpio de mi padre.

Cogió el pañuelo con su mano izquierda y con la derecha agarró mi mano guiándola otra vez hacia «Jimmy».

—Lo estás haciendo estupendamente bien —murmuró.

En mi mano, «Jimmy» tenía un tacto caliente y ligeramente pegajoso. No podía rodearlo completamente con los dedos debido a su anchura. Me zumbaba la cabeza.

—¿Es Jimmy tu secreto? —me atreví a preguntar.

—Mi secreto viene después.

—¿Puedo parar ya?

—Te cortaré en pedacitos si lo haces —dijo. Y como me quedé petrificado, me despeinó el cabello y murmuró—: Eh, ¿no te das cuenta cuando alguien bromea? De verdad que ahora me siento muy feliz contigo. Eres el mejor chico del mundo. Tú también querrías que te lo hiciera si supieras lo bien que uno se siente.

Después de lo que me pareció una eternidad, mientras Alan Ladd saltaba de un taxi, «Stan» arqueó bruscamente la espalda, hizo una mueca y susurró: «¡Mira!» Todo su cuerpo se movió espasmódicamente, y yo, demasiado asustado para soltarlo, seguí sosteniendo a «Jimmy» y observé como de éste salía un chorro de leche espesa, color marfil, que caía casi incesantemente sobre el pañuelo. La espesa leche empezó a despedir un olor totalmente extraño, pero tan familiar como el del retrete o el de la orilla del lago. Stan suspiró, dobló el pañuelo y volvió a colocar a «Jimmy», que se estaba volviendo blando, dentro de sus pantalones. Se inclinó sobre mí y me besó en la cabeza. Creo que casi me desmayé. Me sentía ligeramente, inútilmente muerto. Todavía percibía a «Jimmy» latiendo sobre la palma y los dedos de mi mano.

Cuando llegó la hora de regresar a mi casa, me reveló su secreto: su nombre verdadero no era Stan sino Jimmy. Había estado ocultando su verdadero nombre hasta saber si podía confiar en mí.

—Mañana —dijo él acariciando mi mejilla con sus dedos—. Mañana nos volveremos a ver. Pero no tienes que preocuparte por nada. Confío en ti lo suficiente como para revelarte mi verdadero nombre. Tú confiaste en que yo no te haría daño, y no te lo hice. Tenemos que confiar el uno en el otro y no decir a nadie nada sobre esto, o los dos vamos a tener muchos problemas.

—No diré nada —respondí yo.

—Te amo.

—Te amo, sí, te amo.

—Ahora compartimos un secreto —dijo, doblando el pañuelo en cuatro dobleces y colocándolo nuevamente en mi bolsillo—. Un gran amor tiene que permanecer en secreto, sobre todo cuando un muchacho y un hombre se están conociendo y aprendiendo a hacerse felices y a ser buenos amigos que se quieren; no hay mucha gente que lo pueda entender, así que hay que proteger la amistad. Cuando salgas de aquí —continuó diciéndome—, debes olvidar lo que ha sucedido. En caso contrario la gente intentará hacernos daño.

Después de aquello yo sólo podía recordar la confusión de *El misterio de una desconocida,* cómo la historia había empezado a avanzar muy deprisa, saltándose personajes y escenas enteras, cómo durante varios intervalos los actores habían movido sus labios sin pronunciar palabra. Pude ver a Alan Ladd saliendo de un taxi, mirándome a los ojos fijamente a través de la pantalla, demostrando que me conocía.

Mi madre comentó que me veía pálido, y mi padre replicó que era porque no hacía bastante ejercicio. Los gemelos miraron por encima de sus platos y luego continuaron llevándose a la boca cucharadas de macarrones con queso.

—¿Has estado alguna vez en Chicago? —pregunté a mi padre, quien me preguntó a su vez para qué quería saberlo—. ¿Has conocido alguna vez a algún actor de cine? —le pregunté.

—Este muchacho debe tener fiebre —contestó mi padre.

Los gemelos soltaron unas risitas.

Ya entrada la noche, Alan Ladd y Donna Reed entraron juntos en mi dormitorio, moviéndose con una teatralidad brusca y serena a la vez, y se arrodillaron al lado de mi cama. Me sonrieron. Sus voces eran muy tranquilizadoras.

—Hoy he visto que te has perdido algunas cosas —dijo Alan—. No debes preocuparte por nada, yo cuidaré de ti.

—Lo sé —respondí yo—. Soy tu más ferviente admirador.

Entonces la puerta se abrió de golpe y mi madre asomó la cabeza. Alan y Donna sonrieron y se levantaron para dejarle paso. No me di cuenta de en qué momento habían retrocedido.

—¿Estás todavía despierto?

Asentí.

—¿Te encuentras bien, cariño?

Asentí otra vez, temiendo que Alan y Donna se marcharan si ella se quedaba mucho rato.

—Tengo una sorpresa para ti —dijo ella—. El sábado de la semana que viene os llevaré a ti y a los gemelos al lago Michigan con el transbordador. Vamos a ser un grupo muy grande, será muy divertido.

—Qué bien, me gustará.

* * *

—He estado pensando en ti toda la noche y toda la mañana.

Cuando entré en el vestíbulo, él estaba reclinado sobre uno de los bancos acolchados en los que se sentaban los acomodadores a descansar y fumar. Tenía los codos sobre las rodillas y se sujetaba la barbilla con la mano, mirando en dirección a la puerta. De uno de sus bolsillos laterales sobresalía la punta metálica de una botella plana. Junto a él había un paquete envuelto en papel marrón. Me guiñó el ojo, señaló con la cabeza hacia la puerta que conducía a la sala de proyecciones, se levantó y entró haciendo ver que no iba conmigo, lo cual formaba parte de una complicada charada. Yo sabía que él estaría detrás mismo de la puerta, sentado en el centro de la última fila, esperándome. Entregué la entrada al aburrido acomodador, quien la rompió en dos trozos y me entregó el resguardo. Yo sabía exactamente lo que había ocurrido el día anterior, como si en ningún momento me hubiera olvidado de aquello lo más mínimo, y mis entrañas empezaron a temblar. Todos los colores del vestíbulo, el rojo y el raído dorado, parecían mucho más intensos de lo que yo recordaba. Podía percibir el olor de las palomitas de maíz en el palo-mitón, y el de la mantequilla grasienta calentándose en la máquina. Mis piernas me transportaron unos metros sobre la caliente alfombra marrón hasta pasado el puesto de caramelos. El cabello de Jimmy brillaba en el cine vacío que se estaba oscureciendo. Cuando me senté a su lado, me despeinó con la mano, me sonrió y me dijo que se había pasado toda la noche y toda la mañana pensando en mí. El paquete envuelto en papel marrón era un bocadillo para mí; un chico tenía que comer algo más que palomitas de maíz.

Las luces se apagaron en cuanto se empezaron a descorrer las diversas cortinas que cubrían la pantalla. De repente, de los altavoces comenzó a sonar música a gran volumen, que se iniciaba a mitad de una nota, y empezó la proyección de los dibujos animados de Tom y Jerry, *El toro sesteante.*

Cuando me eché hacia atrás, Jimmy me rodeó con su brazo. Sentí frío y calor al mismo tiempo, y mis entrañas siguieron estremeciéndose. De repente me di cuenta de que una parte de mí se sentía feliz por estar en aquel lugar, y también me alarmé al descubrir que toda la mañana había estado esperando que llegara aquel momento y que al mismo tiempo lo había estado temiendo.

—¿Quieres el bocadillo ahora? Es de morcilla de hígado, mi embutido favorito.

Le dije que «no, gracias». Iba a esperar hasta que se terminara la primera película.

—De acuerdo —dijo él—, con tal de que te lo comas. Mírame —añadió luego. Su rostro se hallaba exactamente encima del mío, y parecía el hermano gemelo de Alan Ladd—. Quiero decirte una cosa —prosiguió—. Eres el mejor chico que he conocido en mi vida. —El hombre me estrujó contra su pecho envolviéndome en aquella mezcla mareante de olor a sudor, a suciedad y a vino junto con un rastro (¿imaginario?) de aquel otro olor de origen más animal que había despedido el día anterior. Luego me soltó.

—¿Quieres que hoy juege con tu pequeño «Jimmy»?

—No.

—De todos modos es demasiado pequeño —comentó sonriendo. Estaba de un humor excelente—. Seguro que te gustaría que fuera del mismo tamaño que el mío.

Aquel deseo me horrorizó y sacudí la cabeza.

—Hoy nos limitaremos a ver juntos la película —dijo—. No estoy hambriento.

Excepto en los momentos en que alguno de los acomodadores subía por el pasillo, estuvimos así sentados todo el día, su brazo alrededor de mis hombros, mi nuca descansando sobre el hueco de su codo. Cuando en la pantalla apareció el reparto *de A la guerra con el Ejército,* me sentí como si hubiera estado durmiendo todo el tiempo y me lo hubiera perdido todo. No podía creer que ya fuera hora de volver a casa. Jimmy apretó más su brazo alrededor mío y con voz divertida me dijo:

—Tócame. —Miré hacia arriba, hacia su rostro—. Continúa —ordenó—. Quiero que me hagas aquella cosita. —Con el dedo índice toqué la bragueta de sus pantalones. «Jimmy» se movió bajo la presión de mis dedos. Parecía tan largo como mi brazo, y durante un segundo de desdicha vi a los otros niños corriendo arriba y abajo por el patio de recreo de la escuela persiguiendo a las chicas de la manzana de al lado—. Continúa —ordenó de nuevo.

* * *

—Confía en mí —dijo él, revistiendo a «Jimmy» de una identidad más concentrada, más enfocada que la suya. «Jimmy» deseaba «hablar», «dar su opinión», «estaba hambriento», «se moría por que le diera un beso». Todas aquellas palabras significaban lo mismo—. Confía en mí. Yo confío en ti, así que debes confiar en mí. ¿Te he hecho daño alguna vez? ¿No te he traído un bocadillo? ¿No te quiero? Sabes que no voy a contarles a tus padres lo que haces mientras sigas viniendo aquí. No voy a decir nada a tus padres porque no voy a tener que hacerlo, ¿verdad? Y tú también me quieres, ¿no es así? ¿Ves? ¿Te das cuenta de lo mucho que te quiero?

Soñé que vivía bajo tierra, en una habitación de madera. Soñé que mis padres rondaban por el mundo superior gritando mi nombre y llorando porque los animales me habían capturado y devorado. Soñé que estaba enterrado debajo de un enebro y que los miembros de mi cuerpo descuartizado se llamaban unos a otros y lloraban porque estaban separados. Soñé que bajaba corriendo por la senda de un bosque oscuro en dirección a mis padres, y cuando finalmente llegué al pequeño claro donde estaban sentados ante un fuego brillante, mi madre era Donna y mi padre Alan. Soñé que podía recordar todas las cosas que me estaban ocurriendo, cada segundo de ellas, y cuando el maestro me reprendía en clase, y cuando mi madre entraba por la noche en mi habitación, y cuando un policía pasó por mi lado mientras yo caminaba bulevar Sherman abajo, sentí la

necesidad de contarlo todo. Pero cuando intentaba hablar no podía recordar qué era lo que tenía que recordar, sólo que había algo que recordar, y así andaba una y otra vez hacia mis hermosos padres en el claro del bosque, repitiéndome a mí mismo como si se tratara de tratara de una fábula, como los chistes de las mujeres en el transbordador.

—¿No te amo? ¿No te lo demuestro? ¿No te das cuentas de que te amo? ¿No me amas? ¿No puedes amarme tú también?

Él me observa mientras yo miro la película. Me podía ver con los ojos cerrados, como yo a él. Me conoce de memoria. Ha acariciado mi pelo, mi cara, mi cuerpo en su memoria, caricia tras caricia, hasta robarme de mí mismo. Finalmente me tomó en su boca, y su boca también la conocí de memoria, y yo sabía que él deseaba que pusiera mis manos sobre su sucia cabeza rubia que descansaba sobre mis rodillas, pero yo era incapaz de tocarle la cabeza.

Pensé: «Ya lo he olvidado, quiero morirme, ya estoy muerto, sólo la muerte puede hacer que esto no haya sucedido.»

«Cuando seas mayor, seguro que saldrás en las películas, y yo seré tu más ferviente admirador.»

* * *

Durante el fin de semana me parecía como si aquellos días del Orpheum-Oriental hubieran transcurrido bajo el agua, o bajo tierra. El oso hormiguero, el ave lira, el canguro, el diablo tasmano, el murciélago monja y el lagarto arrugado eran criaturas que sólo existían en Australia. Australia era el continente más pequeño del mundo, pero la isla más grande. Estaba aislado de las enormes masas de la Tierra.

Hermosas muchachas de cabellos rubios se pavoneaban por las playas de Australia, y allí las Navidades eran cálidas y estaban bañadas por el sol; todo el mundo salía afuera y saludaba a la cámara con la mano, intercambiando regalos desde las tumbonas. La parte central de Australia, su corazón y sus entrañas, era un desierto. Los chicos australianos eran deportistas fuera de serie. El gato Tom amaba al ratón Jerry, aunque intentara asesinarlo una y otra vez, y el ratón Jerry amaba al gato Tom, si bien para salvar su vida tenía que correr tan veloz que formaba surcos de fuego sobre la alfombra. Jimmy me amaba y algún día desaparecería, y entonces yo lo echaría mucho de menos.

—¿No es así? Dime que me echarás de menos.

—Yo te…

—Yo te echaré…

—Creo que sin ti me volvería loco.

—Cuando seas mayor, ¿te acordarás de mí?

Cada vez que salía del cine y pasaba por delante del acomodador, que estaba allí de pie rompiendo en dos mitades las entradas de la gente que acudía al cine, para luego entregarles el resguardo, cada vez que abría la puerta para salir a la acera del bulevar Sherman, castigada por el calor, y veía el sol reflejarse sobre los edificios al otro lado de la calle, perdía la noción de lo que había sucedido en el interior de la oscuridad del cine. No sabía lo que quería. Tenía dos asesinatos y un... Mi mano derecha se sentía como si hubiera estado sujetando la mano pegajosa de un niño chiquitín, muy apretada entre la palma y los dedos de mi mano. Si yo viviera en Australia, mi cabello sería rubio como el de Alan Ladd y correría por las playas tostadas el día de Navidad.

* * *

Mi estancia en la escuela secundaria fue como un paseo: leía novelas, soñaba despierto mientras asistía a clases que no me gustaban pero obtenía buenas notas sin tener que esforzarme en conseguirlas. A mitad del último curso, la Universidad Brown me concedió una beca completa. Dos años después sorprendí y decepcioné a todos mis viejos profesores, a mis padres y a los amigos de mis padres, al dejar la escuela poco antes de suspender todas las asignaturas excepto inglés e historia, en las que siempre conseguía sobresalientes. Tenía la absoluta certeza de que nadie podía enseñar a nadie a escribir. Yo sabía exactamente lo que iba a hacer, y lo único que iba a añorar de la universidad sería la vida social.

Durante cinco años viví bastante precariamente en Providence. Me ganaba el pan llenando las estanterías de la biblioteca de la escuela y cometiendo hurtos sin importancia. Me dedicaba a escribir cuando no estaba trabajando o escuchando a las bandas de música locales. Después rompía lo que había escrito y lo volvía a escribir.

Siguiendo este ritmo me encontré con que había terminado una novela, como el que atraviesa un parque en una dirección, vuelve y después recorre el mismo parque una y otra vez en una y otra dirección hasta haber contemplado cada descascarillado de cada columpio, cada pelo dorado de la piel de cada león, y haberlo hecho cobrar vida o haberlo dejado hundirse de nuevo en el árido campo de los detalles del que había salido. Cuando la novela fue rechazada por el editor al que se la había enviado, me trasladé a Nueva York y empecé a escribir otra novela, y por las noches reescribía la primera de cabo a rabo. Durante aquel tiempo, una felicidad casi impersonal, parecida a la felicidad de un extraño, yacía bajo todas las cosas que realizaba. Envolvía paquetes de libros en la librería Strand. Durante unos pocos meses, sólo me alimenté de sémola de trigo y manteca de cacahuete. Cuando aceptaron publicar mi primer libro me trasladé de mi vivienda en el Lower East Side a otra más amplia, un estudio en la Novena Avenida de Chelsea, donde todavía vivo. Mi apartamento es lo

suficientemente grande para que quepa mi escritorio de madera, un sofá cama, dos estanterías grandes repletas de libros, un equipo de alta fidelidad y docenas de cajas de cartón llenas de discos. En este apartamento cada cosa está en su sitio y hay un sitio para cada cosa.

Mis padres no han estado nunca en este sitio pequeño y ordenado, pero cada dos o tres meses hablo con mi padre por teléfono. En los últimos diez años sólo he vuelto una vez a la ciudad donde pasé mi infancia. Lo hice para visitar a mi madre en el hospital después de que sufriera un ataque de apoplejía. Durante los cuatro días que pasé en casa de mi padre dormí en mi antigua habitación. Mi padre dormía arriba. Después de que falleciera el ciego, mi padre compró el piso de arriba. En la primera noche que pasé en casa, mi padre me dijo que ambos habíamos triunfado. Ahora, cuando hablamos por teléfono, me cuenta las victorias de los equipos locales de béisbol y baloncesto y me pregunta respetuosamente por los progresos de «mi nuevo libro». Yo pienso: «Éste no es mi padre, no puede ser el mismo hombre.»

Mi viejo catre desapareció hace tiempo, y por la noche, ya tarde, me acosté en la cama doble de los gemelos. Al igual que la casa en su conjunto, al igual que todas las cosas de mi antiguo barrio, el dormitorio era más grande de lo que yo recordaba. Pasé mis dedos por el papel de la pared y después miré hacia el techo. Me vino a la memoria la imagen de dos hombres enredados en las cuerdas del mismo paracaídas, regañándose mutuamente de una forma cómica mientras caían al vacío, y me pregunté si podía haber sitio para aquella imagen en la novela que estaba escribiendo o si sería un regalo para la novela que iba a seguir a aquélla y que todavía no había empezado. Oía crujir el suelo cuando mi padre subía los peldaños que conducían al territorio que antaño había pertenecido al ciego. De repente cambió mi estado de ánimo y empecé a meditar sobre Mei-Mei Levitt, a quien yo había conocido hacía quince años en Brown como Mei-Mei Cheung.

Divorciada, jefa de redacción de una editorial de libros de bolsillo, me llamó una vez para felicitarme después que de mi segunda novela obtuviera elogios y críticas favorables en el *Times,* y sobre esta base, endeble pero bien intencionada, empezamos a construir una larga y tormentosa relación amorosa. De vuelta al ambiente de mi infancia me sentí profundamente incómodo pues, después de haber pasado el día en el hospital junto a la cama de mi madre sin saber si ella me entendía o si ni siquiera me reconocía, empecé a pensar en Mei-Mei con repentina nostalgia. Necesitaba tenerla entre mis brazos y anhelaba mi práctica y soñadora vida de adulto en Nueva York. Quería telefonear a Mei-Mei pero en el Medio Oeste ya era más de medianoche, una hora más tarde en Nueva York, y Mei-Mei, que distaba mucho de ser un ave nocturna, ya debía de estar acostada desde hacía horas. Luego me acordé de mi madre postrada en la estrecha cama del hospital y se apoderó de mí un sentimiento de culpabilidad por estar pensando en mi amante. Por un ilusorio momento imaginé que era mi deber instalarme de nuevo en casa e in- • tentar que mi madre volviera a la vida, mientras hacía lo que podía por mi padre ya jubilado. En ese momento recordé, como hacía con frecuencia, a un muchacho de cabello color

zanahoria envuelto en una camisa de lana roja. El sudor me resbalaba por la frente y por el pecho.

Entonces, de repente, me sucedió una cosa horrible. Intenté levantarme de la cama para ir al cuarto de baño y descubrí que era incapaz de moverme. Mis piernas y brazos estaban como aprisionados en cemento, inertes y sin querer moverse. Pensé que estaba sufriendo un ataque de apoplejía como mi madre. Ni siquiera podía gritar; también tenía la garganta paralizada. Hice un esfuerzo por empujar mi cuerpo fuera de la cama estrecha, y de repente mi olfato me dijo que alguien que se hallaba muy cerca, alguien que podía encontrarse a la vuelta de la esquina, estaba haciendo palomitas de maíz y calentando mantequilla. Otra ola de sudor volvió a inundar mi cuerpo inerte e hizo que tanto la sábana como la almohada se volvieran húmedas y frías. Me vi a mí mismo —como si lo estuviera escribiendo— cuando tenía siete años, vacilante antes de entrar en un cine situado a unas pocas manzanas de casa. La luz del sol, ardiente, dorada y uniforme, envolvía todas las cosas, cociendo la vida del amplio bulevar. Me vi dar media vuelta y sentí mi estómago agitarse con el humo de los fuegos subterráneos; me vi echar a correr. El vómito se agolpaba en mi garganta. Mis brazos y piernas se convulsionaron, me caí de la cama y me las arreglé para arrastrarme fuera de la habitación y pasillo abajo para vomitar en el retrete situado detrás de la puerta cerrada del cuarto de baño.

En el momento de escribir estas líneas tengo cuarenta y tres años. He escrito cinco novelas en unos veinte años, «sólo» cinco, cada una de ellas más compleja, más difícil de escribir que la anterior. Para mantener este ritmo lento de una novela cada cuatro años, tengo que estar sentado ante mi escritorio durante seis horas diarias como mínimo; tengo que gastar cientos de paquetes de folios, montones de blocs de notas amarillos, bosques de lápices, kilómetros de cinta negra. Es una actividad feroz y voraz. Hay que probar cada frase de tres o cuatro maneras distintas, hacerle saltar todos los obstáculos como si de un caballo se tratara. El propósito de cada frase es que sea una flecha dirigida al centro secreto del libro. Para encontrar el camino hacia el centro secreto debo retener en la memoria el libro entero, cada detalle y el ritmo de éste. Este ejercicio de memorización tan profusa es la tarea más importante de mi vida.

Mis libros obtienen críticas halagadoras, las cuales por lo general parecen referirse a otras novelas más lineales que las mías, y de vez en cuando ganan algún premio: yo soy uno de esos escritores cuyos progresos se financian con los torrentes de dinero que proporcionan los best-sellers. Últimamente he tenido la impresión de que la idea general que se tiene de mí, suponiendo que exista tal cosa, es la de un pintor hermético que plasma cientos de detalles pequeños, fantásticos y grotescos sobre cada centímetro de un gran lienzo. (Mis libros son extensos, al contrario de lo que se estila en la actualidad.) Imparto clases de técnicas de redacción en varias facultades, donde doy conferencias de vez en cuando, y me enriquezco modestamente gracias a las subvenciones, que me conceden. Esto es suficiente, más que suficiente. De vez en cuando me deprime y al mismo tiempo me divierte descubrir que algún escritor joven que he conocido en una recepción PEN

(Asociación de Poetas, Escritores y Novelistas), o en algún taller, envidia mi vida, aunque la envidia está aquí completamente fuera de lugar.

—Si usted me tuviera que dar un consejo —me pidió una joven en una conferencia—, quiero decir un consejo real, no el obvio de que siga escribiendo, ¿cuál sería? ¿Qué me aconsejaría que hiciera?

—No se lo diré de palabra sino por escrito —le respondí; cogí un programa de la conferencia y en el dorso escribí unas cuantas palabras—. No lo lea hasta después de salir de esta sala —le dije, y la observé mientras doblaba la hoja y la introducía en su bolso.

Lo que había escrito al dorso del programa de la conferencia era: vaya mucho al cine.

El domingo siguiente al del viaje en el transbordador no acerté a darle ni a una sola bola en el parque. No podía mantener los ojos abiertos, y tan pronto como se me cerraban los párpados, empezaba a tener visiones como en las películas, sueños rápidos, automáticos. Sentía los brazos demasiado pesados para levantarlos. Después de caminar penosamente hasta casa detrás de mi desanimado padre, me desplomé en el sofá y estuve durmiendo de un tirón hasta la hora de la cena. En un sueño me veía confinado en una caja espaciosa, y en las paredes de la misma dibujaba imágenes en colores de álamos, el sol, campos extensos, ríos y montañas. A la hora de la cena me despertaron los ruidos que nunca escaseaban cuando los gemelos rondaban por allí. «Este chico no está bien, te lo juro», comentó mi padre. Cuando mi madre me preguntó sí quería ir el lunes a la Escuela de Verano, mi estómago se cerró como si fuera un puño. «Tengo que ir —respondí—, de verdad que estoy bien, tengo que ir.» Las frases brotaban de mi boca carentes de significado o significando lo contrario de lo que quería expresar. En un momento de confusión creí realmente que iba a ir a la Escuela de Verano y vi el asfalto negro, profundo como un campo, donde unos cuantos niños, empequeñecidos por la perspectiva, se apiñaban al fondo del patio. Me fui a la cama inmediatamente después de cenar. Mi madre bajó las persianas, apagó la luz y finalmente me dejó solo. De arriba llegó un sonido —semejante a una aproximación a la música por parte de una bestia— de notas musicales tocadas al azar en el piano. Lo único que yo sabía era que estaba asustado, pero no sabía por qué. Al día siguiente tenía que ir a un lugar determinado, pero no podía precisar a cuál hasta que mis dedos recordaron la tapicería aterciopelada del asiento del extremo junto al pasillo central. Luego acudieron a mi mente las imágenes en blanco y negro impregnadas de amenazas intencionadas procedentes de los *trailers* que había estado viendo durante dos semanas: *El autostopista,* protagonizada por Edmund O'Brien. El oso hormiguero y el murciélago monja eran animales que sólo existían en Australia.

Anhelaba que Alan Ladd, «Ed Adams», entrara en mi habitación con su lápiz y su cuaderno de notas de periodista, y sabía que tenía algo que recordar, pero no sabía qué era.

Después de mucho rato, los gemelos entraron en tromba en el dormitorio, se desnudaron, se pusieron el pijama y se lavaron los dientes. La puerta principal se cerró de un portazo. Mi padre se había ido por ahí de

copas. En la cocina, mi madre planchaba camisas y hablaba para sí en un tono familiar y lleno de rencor. Los gemelos se durmieron. Oí a mi madre guardar la tabla de planchar y dirigirse hacia la sala de estar por el pasillo.

Vi a «Ed Adams» paseando tranquilamente arriba y abajo de la acera situada enfrente de casa, tan guapo como un dios con su elegante traje gris. «Ed» fue hasta el final de la manzana, se puso un cigarrillo en la boca, y de repente lo envolvió un brillante fulgor antes de que exhalara el humo y se alejara. Sólo supe que me había dormido cuando la puerta principal se volvió a cerrar de un portazo por segunda vez en la noche y me despertó.

Por la mañana, mi padre golpeó con el puño la puerta del dormitorio y los gemelos saltaron de la cama y empezaron a chillar por todo el dormitorio, que al momento se llenó de energía. Como en una película de dibujos animados, en la habitación penetraban nubes del olor a tocino frito. Mis hermanos se empujaban para entrar en el cuarto de baño. Se oía correr el agua en la pila del lavabo y en el retrete, y mi madre entró apresuradamente, con el rostro tenso e inclinado sobre su cigarrillo, y empezó a embutir a los gemelos en sus ropas. «Tú tomaste la decisión —me dijo—, así que espero que puedas llegar a la escuela a tiempo.» Se abrieron y cerraron puertas de golpe. Mi padre gritó desde la cocina y yo me levanté de la cama. Finalmente me senté ante mi tazón de cereales. Mi padre estaba fumando y no me miró para nada a los ojos. Los cereales sabían a hojas muertas.

«Tu aspecto es igual que el sonido del piano cuando lo toca el capullo del piso de arriba», comentó mi padre. Dejó caer las monedas de veinticinco centavos sobre la mesa y me dijo que no perdiera el dinero.

Cuando se hubo marchado, me encerré en mi dormitorio. El piano resonaba torpemente por encima de mi cabeza como una banda sonora. Oí que las tazas y los platos tintineaban en la fregadera, que los muebles cobraban vida propia y buscaban algo para perseguir y matar. «Quiéreme, quiéreme», suplicaba la radio desde su lugar junto a una familia de spaniels de porcelana blanca y marrón. Oí cómo algo ligero y susurrante, una lámpara o una revista, empezaba a deslizarse de un extremo a otro de la sala de estar. «Todo esto es sólo fruto de mi imaginación», me dije, y traté de concentrarme en una historieta de El Halcón Negro. Las ilustraciones daban saltitos y se mezclaban en sus viñetas. «¡Quiéreme!», gritó El Halcón Negro desde la carlinga de su caza mientras descendía en picado para exterminar un nido de villanos amarillos de ojos oblicuos. En el exterior, el fuego rugía debajo de las calles, tratando de romper el mundo en pedazos. Cuando dejé caer la historieta y cerré los ojos, cesaron los ruidos y pude percibir en el aire la calma de la perfecta concentración. Incluso El Halcón Negro, atado a su avión por medio de un cinturón, estaba escuchando lo que yo estaba haciendo.

* * *

Inmerso en una luz solar brumosa, sofocante, bajé por el bulevar Sherman en dirección al Orpheum-Oriental. A mi alrededor, el mundo se hallaba inmóvil, como congelado en el marco de un cómic. Al cabo de un

rato me di cuenta de que los vehículos del bulevar y las escasas personas que se hallaban en la acera no se habían quedado realmente petrificadas en el sitio sino que se movían con gran lentitud. Podía ver las piernas de los hombres avanzando dentro de sus pantalones, la rodilla adelantándose para atrapar la raya del pantalón, la vuelta de éstos levantándose ligeramente por encima del zapato, el cual se elevaba como la garra del gato Tom cuando quería abalanzarse sigilosamente sobre el ratón Jerry. La piel ardiente y apedazada del bulevar Sherman... Yo pensé en caminar eternamente a lo largo del bulevar Sherman, dejando atrás a vehículos y transeúntes casi inmóviles, dejando atrás el cine, la tienda de licores, a través de las puertas de entrada, dejando atrás el estanque vadeable y los columpios, dejando atrás la jaulas de los elefantes y los leones que estiraban el cuello para ser alimentados, por el parque secreto donde mi padre sufría un ataque de decepción, por lo álamos, hacia afuera por la puerta situada en el otro extremo, por las casas grandes que daban al extremo opuesto del parque, por los escaparates, por las extensiones de césped con las bicicletas y las piscinas de plástico, por las calles en pendientes y los aros de baloncesto, dejando atrás a los hombres que salían de los vehículos, por los patios de juegos donde los niños hacían carreras de un lado a otro sobre una superficie con brillo negro. Después por delante de los campos y los mercados abarrotados, por los altos tractores amarillos con barro seco como lana vieja dentro de los enormes ejes de las ruedas, por delante de gatos elocuentes y leones feroces que viajaban en vagones llenos de heno hasta arriba, por los bosques frondosos donde los niños perdidos seguían el rastro de las migajas de pan hacia una puerta recargada de adornos, dejando atrás otras ciudades donde nadie me vería porque nadie sabría mi nombre, dejando atrás todas las cosas, todas las personas.

Me detuve de repente frente al Orpheum-Oriental. Tenía la boca seca y la mirada desenfocada. Todo lo que me rodeaba, que un momento antes estaba tan tranquilo y en calma, cobró vida en cuanto me detuve.

Los cláxones de los coches sonaban estridentes, los vehículos bajaban rugiendo por el bulevar. Yo oía el martilleo de grandes máquinas, debajo de estos sonidos, y los fuegos engullían el oxígeno debajo de la calle. Como si me los hubiera tragado con el aire, el fuego y el humo se agolparon en mi estómago. Las llamas subían por mi garganta y cerraban la parte posterior de mi boca. En mi mente me vi a mí mismo sacar del bolsillo la primera moneda de veinticinco centavos, cambiarla por una entrada, empujar la puerta y entrar en el recinto refrigerado.

Me vi entregar la entrada para que la rompieran en dos mitades, avanzar por una interminable alfombra marrón en dirección a la puerta interior. Desde la última fila de butacas situada al otro lado de la puerta interior, dentro del cine en penumbra pero no todavía en completa oscuridad, un monstruo deforme cuya húmeda boca negra decía «Ámame, ámame», alargando sus brazos anhelantes hacia mí. Debido al sobresalto, los zapatos se me quedaron clavados en la acera, y luego sentí un golpe fuerte en la región lumbar y me encontré corriendo manzana abajo, incapaz de gritar porque tenía que mantener los labios apretados para evitar que el

humo y el fuego que se agolpaban en mi boca salieran disparados por ella.

Sólo recuerdo vagamente lo que hice el resto de la tarde. Estuve caminando por las calles, no de la manera que me había imaginado, tranquilamente y con la mente despejada, sino casi a ciegas, de una forma febril y vacilante. Recuerdo el sabor del fuego en mi boca y los fuertes latidos de mi corazón. Al cabo de un rato me encontré ante el cercado del elefante en el zoo. Un periodista que vestía un elegante traje gris atravesó el espacio que estaba frente a mis ojos, y yo lo seguí, sabiendo que él llevaba en su bolsillo un cuaderno de notas y que los gángsters le habían pegado una paliza, que él podía desvelar el secreto parlante que se oculta bajo los trozos desmembrados y desunidos del mundo. Iba a disparar su revólver sin balas en la recámara y engañaría al malvado «Solly Wellman», Berry Kroeger, con sus ojos aniñados y observadores. Y cuando «Solly Wellman» saliera satisfecho de entre las sombras, el periodista le dispararía un tiro mortal.

Mortal.

Donna Reed sonrió hacia abajo desde una ventana situada en lo alto de una casa. ¿Ha existido alguna vez una sonrisa como ésa? Yo estaba en Chicago y, tras una puerta cerrada, «Blackie Frachot» se desangraba sobre una alfombra marrón. «Solly Wellman», algo parecido a «Solly Wellman» me llamaba incesantemente desde la tumba adornada donde él yacía como un secreto. Finalmente, el hombre vestido de gris entró con su cuaderno de notas y su revólver por una puerta principal, y me di cuenta de que sólo estaba a unas pocas manzanas de mi casa.

Paul está apoyado contra la alambrada de espinos que rodea el patio de recreo, mirando hacia afuera, mirando hacia atrás. Alan Ladd se quita de encima a «Leona» porque ella no tiene una historia interesante y sólo existe en un mundo de trabajo y placer, de cigarrillos y cocteleras.

Debajo de este mundo existe otro, y la vida de «Leona» es una negación ciega y persistente de ese otro mundo.

Mi madre me colocó la mano sobre la frente y comentó que no sólo tenía fiebre sino que la había estado incubando durante toda la semana. Al día siguiente no me dejarían ir al patio de juegos; tenía que pasarme todo el día acostado en el sofá de la señora Candee. Cuando ella levantó el auricular para llamar a una de las chicas de la escuela superior, le dije que no era necesario, que otros chicos estaban ausentes todo el tiempo, y ella volvió a colocar el auricular en su sitio.

* * *

Yacía en el sofá de la señora Candee contemplando el techo de su sala de estar oscurecida. Los gemelos se peleaban afuera y la maternal y no demasiado lista señora Candee me trajo un jugo de naranja. Los gemelos corrieron hacia el cajón de arena para juegos, y la señora Candee lanzó un quejido mientras se dejaba caer en una tumbona coja. El periódico de la mañana que estaba doblado debajo de la tumbona anunciaba que en el

Orpheum-Oriental habían estrenado *El autostopista* y *Traición, El misterio de una desconocida* ya había cumplido con su cometido y siguió su recorrido por otros cines. Había partido al mundo por la mitad y arrastrado al monstruo a lo más profundo de su interior, donde no podía moverse. Yo era el único que sabía aquello. Arriba y abajo de la manzana los aspersores daban vueltas rociando con agua el césped seco. Los hombres que circulaban despacio en ambas direcciones de la calle sacaban los codos por la ventanilla. Durante un momento, sin remordimientos y casi sin emoción de ninguna clase, comprendí que yo me pertenecía totalmente a mí mismo. Al igual que todo lo demás, me habían hecho pedazos y vuelto a pegar los trozos de nuevo con conmoción, vómito y jugo de naranja. De repente me di cuenta de que estaba completamente solo. «Stan», «Jimmy», cualquiera que fuera su verdadero nombre, nunca volvería a ir al cine. Tendría miedo de que yo hubiera hablado de él a mis padres y a la policía. Yo sabía que olvidándole le había matado, y luego le olvidé otra vez.

Al día siguiente volví al cine, atravesé la puerta interior y vi una hilera tras otra de asientos vacíos que descendían hacia la pantalla cubierta de cortinas. Estaba completamente solo. El tamaño y la grandiosidad del cine me sorprendieron. Bajé por el largo pasillo y me senté en el último asiento del lado izquierdo que daba al amplio pasillo central. La fila de delante parecía estar casi a una distancia equivalente a un patio de recreo. Las luces se fueron apagando gradualmente y las cortinas dejaron visible la pantalla. La música que precedía a la película llenaba el aire, y aparecieron los primeros títulos en la pantalla.

Lo que soy, lo que hago, por qué lo hago. Yo soy al mismo tiempo un hombre de poco más de cuarenta años, esa época traicionera de la vida, y un niño de siete años cuya valentía no podrá alcanzar jamás. Vivo en un sótano, en una habitación de madera y decoro las paredes con una concentración paciente y gozosa. Ante mí, medio oculta, se cierne una visión compleja, amplia y asombrosa, que debo explorar, memorizar y contemplar una y otra vez para localizar su centro oculto. A mi alrededor todas las cosas ocupan su lugar adecuado. Mi máquina de escribir está encima de la mesa robusta. Al lado de la máquina de escribir se consume un cigarrillo que eleva una corriente de humo gris. En el tocadiscos hay un disco dando vueltas, y el ambiente de mi pequeño apartamento es denso debido a la música *(Bird o/Prey Blues,* con Coleman Hawkins, Buck Clayton y Hank Jones). Más allá de mis paredes y de mis ventanas-se extiende un mundo que me esfuerzo por alcanzar con mis brazos extendidos y un corazón ambicioso y dividido. Como si el *Bird o/Prey Blues* las hubiera evocado, las voces de las frases que escribiré esta tarde, mañana o el próximo mes, se agitan y susurran, empezando a hablar, y yo me inclino sobre la máquina de escribir hacia ellas, acercándome tanto como puedo.



INTERLUDIO

CAMINO DE CASA

Habían vuelto a su ciudad natal para ayudar a su padre a instalarse en un asilo de ancianos situado en un edificio alto que parecía un hotel de lujo. Las habitaciones tenían una impersonalidad discreta que hacía que incluso los muebles viejos de los residentes tuvieran el aspecto de los de una suite de hotel, y a todo el mundo le gustaba mucho aquel asilo. La mayoría de los nuevos residentes experimentaba un periodo de euforia después de trasladarse allí. Por las mañanas, una chica sentada detrás de un escritorio apretaba un botón que hacía que en todas las habitaciones sonara un zumbido. Si alguien no contestaba al zumbido, enviaban a un hombre a la habitación a ver qué había ocurrido. La comida era sustanciosa e insípida, y el gran comedor siempre estaba abarrotado de gente. Había reuniones para rezar y grupos de debate. Todo el mundo veía a menudo la televisión. Ella y su esposo estaban sentados en la nueva salita de estar de su padre, en unos muebles que ella conocía de toda la vida, y escuchaba a su padre hablar, con el ruido de la televisión de fondo.

Una tarde atravesaron la ciudad en coche para dirigirse al barrio donde había vivido una vez su marido, el barrio en que había pasado su infancia antes de que su familia se trasladara aún más lejos, a las afueras. Salieron del coche y caminaron manzana arriba, luego manzana abajo; cruzaron hasta introducirse en el callejón, y pasaron una y otra vez frente a la parte trasera de la casa donde él había vivido. Estaba tal como él la recordaba: una casa marrón y amarilla de dos plantas, con un patio trasero pequeño e irregular. La casa se hallaba en buen estado. En cambio el barrio no estaba como él lo recordaba. Todos los álamos se habían muerto, y el barrio parecía misteriosamente más grande, todo era más grande de lo que él recordaba,

todo estaba más limpio y resplandeciente. Era él el que era ahora más pequeño. Se alejaron unos metros en dirección a otra de las callejuelas laterales que desembocaban en una larga avenida, y allí todo estaba también cargado de una familiaridad brillante y resplandeciente. Sintió una emoción repentina que se agitaba en su pecho como una fuerza extraña: un conjunto de sensaciones enorme y prácticamente sin rasgos distintivos que le dificultaba la respiración y que hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas. No sabía si el sentimiento era de alegría o de pena, o alguna mezcla insoportable de ambos. El había estado viviendo allí de niño, en aquel lugar, y aquel sentimiento insoportable provenía del centro de su infancia.

Volvieron al coche. Ella condujo otra vez de vuelta a través de la ciudad. El se pasó todo el camino llorando, con un llanto demasiado enraizado en el sentimiento como para poderlo comprender o tan sólo identificar. Cuando se marcharon de la ciudad, él sintió por primera vez en su vida que estaba alejándose de su ciudad natal, de su hogar.

GUÍA SUCINTA DE LA CIUDAD

El asesino del viaducto, nombre con el que se le conoce por haberse descubierto en dicho lugar los cuerpos de sus víctimas, todavía sigue en libertad. Hasta la fecha son seis las personas asesinadas, y sus cadáveres han sido encontrados por niños, por gente que saca a sus perros a pasear, por enamorados, e incluso en una ocasión por la policía.

Los cuerpos se hallaron tendidos en el suelo; tenían el cuello rebanado y estaban parcialmente resguardados por algunos de los soportes macizos de cemento situados en lo alto de la pendiente bajo el gran puente. Suponemos que el asesino del viaducto es un miembro del excelente sistema de enseñanza pública de la ciudad, quizás incluso sea el padre de algún niño que ahora asiste a alguna de sus siete escuelas elementales, tres institutos de enseñanza media, dos escuelas religiosas o a la única escuela privada no religiosa. Tal vez sea el propietario de un barco o pertenezca al Club del Libro del Mes; quizá frecuente alguno de los muchos bares y tabernas de la ciudad, y tal vez tenga un abono para los conciertos de la orquesta sinfónica de la ciudad. Quizá trabaje en una fábrica y tenga un carnet de la biblioteca. Es posible que posea un coche, o quizá dos. Puede que vaya a nadar a alguna de las piscinas municipales o al enorme lago, salpicado de barcos de vela durante el sofocante mes de agosto de esta ciudad.

Y es que ésta es una ciudad del Medio Oeste, norteña, con cambios bruscos de estación. Las temperaturas extremas, que van de veinte grados bajo cero en invierno hasta aproximadamente treinta y siete en verano, fomentan una actitud de aceptación, de aislamiento, entre sus ciudadanos; la ciudad mira hacia el interior, no hacia el exterior, y pocos de sus niños se marchan a las ciudades de clima más moderado, más problemáticas y experimentales, de la costa este u oeste. La ciudad se siente orgullosa de su modestia, se regocija en la normalidad o en lo que ella ve como normal y no lo es. (Ha tenido el mismo alcalde durante veinticuatro años, un hombre de inteligencia entre baja y normal que ha envejecido con elegancia y jamás ha tenido ninguna otra ocupación.)

Aquí no se fomentan la ambición, el anhelo por conseguir fama, la posición y el éxito. Uno de sus ciudadanos llegó a ser el jefe de un pequeño estado extranjero, otro un famoso líder de un conjunto musical, y otro un asiduo de Hollywood que durante décadas estuvo representando el papel del mejor amigo y confidente de la estrella. Se tiene la impresión de que esto ya es suficiente, y además toda esa gente ya está muerta. La ciudad carece de tradición literaria. El único espejo en que se mira son sus dos periódicos, los cuales cuentan con extensas secciones dedicadas a los deportes, y gracias a

su tamaño incluso se pueden leer en la cama.

La actitud característica de la ciudad es el rechazo. Por esta razón, una extraña creencia en las fantasías, una receptividad hacia las fábulas, hacia lo que, indocumentado, impregna cada barrio de la ciudad.

Un río atraviesa el centro del barrio comercial, a semejanza del Liffey en Dublín, el Sena en París, el Támesis en Londres y el Danubio en Budapest, si bien nuestro río es más pequeño y por consiguiente menos importante que cualquiera de los citados.

Nuestras vidas son normales y ejemplares, como dirían los habitantes del lugar. Participamos en la vida de la nación; la historia discurre a través de nosotros gracias a nuestra inmunidad a las enfermedades nacionales: incluso hasta es posible que en nuestras vidas comunes y corrientes... A nosotros también nos han tomado el pulso los grandes profetas nacionales y acuñadores de opiniones, porque en nosotros se puede encontrar...

Hace cuarenta años, en invierno, se encontró el cuerpo de una mujer en la orilla del río: la habían violado y asesinado, marginado de la comunidad humana —una prostituta que nunca llegó a ser identificada—, y los ruidos de la lucha que debieron de acompañar su muerte pasaron desapercibidos para los clientes de la taberna Green Woman situada directamente sobre aquel punto del río donde se descubrió su cuerpo. Aquel año el invierno fue más frío de lo normal, un invierno de desdicha compartida, y en el interior del Green Woman la música sonaba a todo volumen, febril, con aire festivo.

Se comenta que en esa comunidad, que es irlandesa y vive encima de las tiendas y bares que dan directamente al río, unos niños del barrio encontraron a un hombre alado acurrucado en un cajón de embalaje, un anciano medio muerto de hambre que hablaba un idioma extraño que ninguno de los niños conocía. Sus alas estaban harapientas y sucias, muchas de sus plumas tan rotas y raídas como las de una paloma vieja, y tenía los pies sucios e hinchados. «¡Ull! ¡Li! ¡Gack!», le gritaban los niños, imitando burlonamente los sonidos que salían de su boca. Le arrojaron piedras y bolas de nieve, imaginándose que el hombre había salido arrastrándose de aquel mismo río que les enviaba una humedad fría, tan gélida como el cáncer, que penetraba en sus huesos y en sus dormitorios, que les producía dolor de oídos y sabañones, y que en verano provocaba la aparición de ratas y mosquitos.

Uno de los periódicos de la ciudad es demócrata, y el otro republicano. Los dos periódicos apoyan religiosamente al alcalde, quien a pesar de ser un político consumado carece de unas directrices políticas claras. Los dos periódicos de la ciudad también apoyan al jefe de policía, y afirman que éste mantiene la ciudad libre de la clase de violencia que ha minado tantas otras ciudades norteamericanas. Ninguno de nuestros ciudadanos va armado, y nuestra asistencia a la iglesia todavía está por encima del promedio nacional.

Somos ambivalentes en cuanto a la violencia.

Tenemos muy pocas estatuas públicas, y la mayoría es de generales de la guerra civil. En la parte delantera del lago, separada del resto de la ciudad por una autopista de seis carriles, se halla el edificio en forma de cubo del centro cultural, también llamado el War Memorial. De las paredes de sus salas cuelgan pintura mediocres ante las cuales desfilan grupos de escolares

acompañados de sus profesores, la mayoría de los cuales ha sido educado en nuestro sistema de enseñanza local.

Nuestros profesores están satisfechos, son gente decente, y las estadísticas sobre el abuso del alcohol y de las drogas, tanto entre estudiantes como entre profesores, son muy alentadoras.

No hay necesidad de detenerse demasiado tiempo en el War Memorial.

Continuando directamente hacia el norte, pronto nos encontramos entre los barrios impresionantes y tranquilos de la gente acaudalada. Fue en este sector de la ciudad, conocido generalmente como el East Side, donde los cerveceros y los curtidores que hicieron las primeras grandes fortunas de nuestra ciudad construyeron sus mansiones. Sus casas tienen un aspecto germánico, incluso báltico, lo cual se ajusta por completo a nuestro clima. Estas mansiones, hechas de piedra gris o de ladrillo rojo, del tamaño de fábricas o prisiones, parecen ocultar esa vena de la fantasía que es en realidad nuestra herencia más preciada. Pero es posible que el estilo de vida —la vida invisible y oculta— de estos comerciantes natos sea en sí misma fantástica: multitud de criados, doncellas, cocheros, cocineros y lavanderas, zoos privados, matrimonios dinásticos preparados con todo detalle, flotas de coches, habitaciones cubiertas con papel de seda, comidas de veinte platos, bodegas subterráneas y refugios contra los bombardeos... Por supuesto, no sabemos si todas estas cosas son ciertas, ni siquiera si lo son algunas. Los que pertenecen a la alta sociedad sólo se relacionan con personas de su clase, y lo que sabemos de ellos es sobre todo por los periódicos, donde aparecen fotografiados en sus bailes con sus bellas hijas antes fuentes de champán. Hace tiempo que desaparecieron los zoos privados. Como ciudadanos, somos libres de pasear por las avenidas, pararnos ante las impresionantes mansiones y echar un vistazo a sus cocheras y jardines a través de las verjas. Un hombre uniformado lava un automóvil, cuatro jóvenes altos vestidos de blanco juegan al tenis en una pista privada.

Todas las víctimas del asesino del viaducto eran mujeres adultas.

Mientras se continúa subiendo hacia el norte, se descubre que a medida que las casas disminuyen de tamaño la distancia entre ellas va en aumento. A través de las casas, ahora sin verjas ni cocheras, se puede vislumbrar una lámina uniforme de color azul grisáceo: el lago. El aire es puro, se respira bien. Eso es libertad, respirar este aire del lago. La gente libre puede inventarse cualquier imagen sobre sí misma, y usted puede imaginarse que es un príncipe de la Tierra caminando a paso tranquilo. Su mesa está dispuesta con mantelerías de lino, porcelana, cristal y plata, y mientras come, mientras los criados pasan por entre ustedes con las bandejas, la conversación es educada, culta, sin prejuicios de ninguna clase. En la mesa se habla principalmente sobre ideas, es cierto, ideas sobre una casta conservadora. Se deplora la violencia, no se la reconoce.

Aún más hacia el norte se hallan los suburbios, que carecen de interés.

Si desde el War Memorial continuamos hacia el sur, cruzaremos el viaducto. Por debajo de nosotros se extiende un valle. Posiblemente sea en pleno invierno cuando mejor puede verse el valle. Al llegar el invierno, todos en nuestra ciudad le dan la bienvenida, porque nuestros edificios públicos son fortificaciones de piedra gris que en los días en que la temperatura es inferior a cero grados y los restos de nieve sucia de tormentas anteriores se

amontonan en las avenidas, parecen mezclarse con el aire plomizo y convertirse en irreales y nebulosos. Y ésta es la manera en la que se supone que hay que verlos. Al valle lo llaman... lo llaman el Valle. Llamaradas rojas se inclinan y ondean en la cima de las columnas, y el humo surge por las chimeneas de las fábricas. Los árboles parecen negros. En invierno el humo de las fábricas se solidifica como oscuros glaciares grises y queda suspendido en el aire oscuro desafiando las leyes de la gravedad, como alas cuyas plumas son ligeramente grises en la punta y se van oscureciendo imperceptiblemente hasta adquirir un color negro, un negro oscuro como boca de lobo, en el punto en el que estos grandes glaciares, estos dirigibles, se unirían al cuerpo por el hombro. Los cuerpos de los grandes pájaros a los que van unidas estas alas sólo existen en la imaginación.

En los viejos tiempos de la ciudad, en la época en que existían los zoos privados, los lobos se criaban en el Valle. En aquellos días había una gran demanda de lobos. Ahora los criaderos de lobos han sido sustituidos por fábricas, por vulgares tabernas propiedad de capataces jubilados, por las vías de una línea de ferrocarril local, por calles estrechas en las que se alinean casas destartaladas y talleres de zapateros. La mayoría de los criadores de lobos era polaca, y aunque han desaparecido sus perreras, sus patios cubiertos de hierba y cercados de alambradas de espino que servían para ejercitar a los animales, al menos perdura un recuerdo de su existencia: los letreros de las calles del Valle están escritos en polaco. Se advierte a los turistas que no se adentren en el Valle, y siempre se les recomienda que se limiten a fotografiar las vistas interesantes que se pueden contemplar desde el viaducto. A los visitantes más valientes, los que van en busca de experiencias emocionantes, se los encamina cautelosamente a las tabernas de los capataces jubilados, en particular a las más antiguas (la Rusty Nail y la Brace'n'Bit), donde los suelos de madera están tan reblandecidos y descoloridos de tanto lavar y frotar que las tablas parecen pieles de animales alargados y estrechos de pelo corto. A los intrépidos se les aconseja que no vistan de forma llamativa y que lleven poco dinero encima. También se les recomienda que tengan algunos conocimientos básicos de polaco.

Continuando más hacia el sur se llega al barrio polaco propiamente dicho, que a su vez también alberga a estonios y lituanos. Más que el centro comercial de la ciudad, que en la actualidad se halla en triste declive, es este barrio el que siempre se ha considerado el corazón de la ciudad, y ha permanecido inalterado durante más de cien años. Aquí el visitante puede pasear a sus anchas entre los mercados y las ferias callejeras, deleitándose con la presencia de niños bien abrigados que juegan con sus aros, patriarcas con sombreros altos de pieles y barbas largas, y mujeres que se reúnen alrededor de las numerosas bombas de agua comunitarias. Las salchichas y la col rellena que se venden en los puestos de comidas se pueden comer sin problemas, y la cerveza local tiene fama de una pureza sin igual. En este barrio la violencia es invariablemente doméstica, y el visitante puede participar con libertad en las frecuentes discusiones políticas que en cualquier caso están revestidas de un carácter nostálgico. A finales de enero o principios de febrero, el South Side está en su mejor momento, con los jóvenes vestidos con multitud de prendas de lana gruesas, decoradas con

motivos de «renos» y «copos de nieve», y las mujeres ancianas de la comunidad parece que rivalicen para ver cuál de ellas viste las prendas exteriores más gruesas, negras y pesadas, y cuál el más austero pañuelo tradicional conocido como *babushka.* Al finalizar el invierno se puede contemplar en todo su esplendor la pulcritud y disciplina de este pueblo lleno de color, porque el turista errante verá con frecuencia a los barbudos cabezas de familia barriendo y quitando la nieve no sólo de su inmaculado trozo de acera (porque estas casas están tan juntas como las de la zona rica frente al lago, tan cerca unas de otras que hasta hace muy poco tiempo se consideraba innecesario tener teléfono), sino también de su pequeña porción de césped situada delante de su vivienda, con sus altares dedicados a la Virgen, pesebres y objetos de adorno tales como duendecillos, gnomos, mensajeros, etc. Entre los que viven aquí, es corriente invitar al viajero a visitar sus casas para exhibir el estado inmaculado de la cocina, con sus estufas de madera bien ennegrecidas y los azulejos brillantes, y quizás incluso para ofrecer un diminuto vasito de licor de melocotón o ciruela al visitante sediento.

El alcohol, con sus asociaciones de calor y bienestar, está aquí plenamente aceptado, y es rara la familia que no dedica algún tiempo durante el verano a la preparación de estos licores en abundancia para el invierno.

Para estas gentes la violencia es un asunto interno que se tiene que resolver dentro o practicar en propio cuerpo y alma o en algún miembro cercano de la familia. Los habitantes de estas casitas pulcras y ordenadas con sus imágenes de la Virgen María y sus azulejos de catedral, los descendientes de los curtidos criadores de lobos de otra época, hace tiempo que han abandonado la práctica de lisiar a sus hijos para asegurar la influencia continua de los valores paternos, pero se ha comprobado que la automutilación resulta más difícil de erradicar. Actualmente hay pocos que se provoquen la ceguera, pero aún se ven muchos abuelos que ocultan una mano de tres dedos dentro de sus mitones bordados. Los dedos de los pies son otro de los blancos frecuentes de la automutilación, y el hecho de que aún existan tiendas alegres, incluso bulliciosas, siempre abarrotadas de viejos que narran historias, que venden piernas de madera talladas a mano conocidas como «patas de palo» o «muñequitas», indica que sigue habiendo otros blancos para la automutilación.

Nadie ha sugerido nunca que el asesino del viaducto sea un residente del South Side.

Los habitantes del South Side viven en estrecha relación con la violencia y sus efectos son invariablemente más implosivos que explosivos. Una o dos veces cada diez años, un miembro de una familia se dará cuenta, aunque el forastero no pueda ni imaginarse de qué profundidades de la necesidad cultural pueda provenir eso, de que la familia entera debe morir, ser sacrificada, para decirlo de un modo más preciso. Hachas, cuchillos, cachiporras, botellas, *babushkas,* viejas pistolas de bolsillo, prácticamente cualquier herramienta imaginable, han sido utilizados para llevar a cabo este cometido. El vecindario entero, actuando de común acuerdo, limpia inmediatamente, si no al instante, las casas en las que ha tenido lugar este sacrificio. Los cuerpos reciben un entierro católico en cementerios

consagrados y se celebra una misa en honor de las víctimas y de su asesino. En la iglesia que linda con Market Square se coloca un retrato de la familia desaparecida, y durante un año las abuelas del barrio mantienen la casa limpia y sin polvo. Los hombres, tanto jóvenes como viejos, entran silenciosamente en la casa, se beben el coñac de los «eliminados», como ellos los llaman, meditan, de vez en cuando encienden la radio o la televisión, y reflexionan sobre la oscuridad de la vida terrenal. Se dice que los difuntos se aparecen a los amigos y vecinos, y con frecuencia predicen con exactitud la llegada de tormentas y ayudan a localizar objetos domésticos extraviados, un botón muy apreciado o la aguja de coser de mamá. Después de transcurrido ese año se vende la casa, generalmente a una pareja joven, a un joven herrero o a un vendedor del mercado y su novia, quienes aceptan agradecidos los muebles e incluso las ropas de los «eliminados», puesto que estas pertenencias pasan a engrosar sus escasas posesiones domésticas.

Siguiendo más hacia el sur están los suburbios y las aldeas pobres, que no merece la pena visitar.

Justo al oeste del War Memorial se halla el centro comercial de la ciudad. Antes de su decadencia, éste era el barrio comercial y administrativo de la ciudad, y aún se conservan los monumentos construidos en tiempos de opulencia. Yendo directamente hacia el oeste por la amplia avenida que empieza en la autopista nos encontramos con el Edificio Federal, Correos y el gran edificio del Ayuntamiento. Todos ellos ocupan una manzana y están construidos con bloques de granito que se extraen más al norte del estado. Escaleras de mármol conducen a las puertas macizas de estas construcciones, y las arañas de cristal pueden verse a través de cualquiera de las múltiples ventanas. Las fachadas son clásicas y austeras, en sintonía con un paisaje arquitectónico de revestimientos de granito y columnas. (El interior de estos edificios enormes e inhumanos hace tiempo que se ha dividido en colmenas iluminadas por bombillas desnudas o tubos fluorescentes parpadeantes, cada oficina pequeña con su vetusto mostrador de atención al público y un letrero que anuncia su función: Arbitrios e Impuestos, Licencias para Perros, Pasaportes, Gráficos y Mapas, Registro de Notaría Pública, y similares. Las salas más grandes con arañas de cristal que dan directamente a la avenida, reservadas para recepciones públicas y banquetes, se usan en muy raras ocasiones.)

En el siguiente tramo de edificios están el Archivo Municipal, la Comisaría de Policía y el edificio del Tribunal para Asuntos Penales. De nuevo nos encontramos con escaleras de mármol amplias y vacías que conducen a unas puertas de bronce macizo, hileras de columnas y ventanas resplandecientes que en los días fríos de invierno reflejan el cielo gris vacío. Los artesanos locales, muchos de ellos descendientes de los colonizadores franceses de la ciudad, forjaron e instalaron las barras de hierro y rejas de adorno en la fachada del Tribunal para Asuntos Penales.

Después de dejar atrás las fachadas de ladrillo de los edificios macizos con escasas ventanas de la Compañía del Gas y la Electricidad, llegamos al arqueado puente levadizo de metal sobre el río. Mirando río abajo podemos ver sus riberas llenas de barro y las luces de la terraza del Green Woman, actualmente un popular lugar de reunión de funcionarios de la ciudad. (Unos cuantos metros más hacia el este se encuentra el lugar donde un

lunático descontento intentó sin éxito asesinar al presidente Dwight D. Eisenhower.) Más allá se encuentran los altos muros de cemento de varias fábricas de cerveza. El puente levadizo no se ha abierto desde el año 1956, en que lo atravesó un yate comercial.

Después del puente levadizo se halla el antiguo centro comercial de la ciudad, con sus librerías para adultos, cines de películas pornográficas, cafeterías y grandes almacenes. Éstos albergan actualmente tiendas baratas donde se venden tejas, silenciadores y otros accesorios para coches, equipos de fontanería y ropa de saldo; la mayoría de sus escaparates están ahora cubiertos con tablas de madera o con ladrillos, desde los disturbios ciudadanos de 1968. Han fracasado varios proyectos municipales destinados a hacer revivir esta zona, aunque todavía puede verse la mayor parte de los adoquines y las farolas de luz de gas de la calle, instalados a mediados de los optimistas años setenta. Los nostálgicos desearán disponer de un momento para disfrutarlos, pero deberían encontrar la manera de evitar las bandas de niños harapientos que frecuentan esta zona al anochecer, porque, aunque estos niños son inofensivos, pueden llegar a hacerse pesados suplicando que les den algunas monedas.

Muchos de estos niños habitan en viviendas que ellos mismos han construido en solares desocupados, entre las librerías para adultos y bares de comida rápida del viejo barrio comercial. Las «casas árbol» situadas sobre pilas de neumáticos, la mayoría de varios pisos de altura y construidas utilizando escaleras de incendios y tramos de escaleras rescatados de entre los desechos de los viejos almacenes, tienen cierto interés arquitectónico. Los turistas no deberían penetrar en estas «ciudades de niños», y en todo caso no deberán ofrecerles nada, salvo las pocas monedas que les pidan, ni exhibir tampoco cámaras fotográficas, joyas, ni relojes valiosos. El turista realmente intrépido que busque emociones fuertes puede alquilar los servicios de alguno de estos niños para que lo guíe por los lugares de su elección. Dos dólares es lo que se suele pagar por este servicio.

No es aconsejable comprar las mercancías que los niños les ofrezcan, aunque éstos también se han visto afectados por la misma autoconciencia tan patente en los impresionantes edificios situados al otro lado del río, y venden postales de sus construcciones más grandes y excéntricas. Es posible que la arquitectura ingenua de estas «casas árbol» representen la expresión artística más auténtica de esta ciudad, y las postales, aunque estén hechas en su mayoría por aficionados, proporcionan una documentación interesante y hasta valiosa de esta expresión de lo que se puede denominar arte popular.

Estos niños hacendosos de la zona comercial han ritualizado su violencia por medio del tatuaje altamente formalizado y las incursiones y ataques por sorpresa «espontáneos» al interior de las «casas árbol» de bandas rivales, en las que sólo se producen heridas superficiales, y no se sospecha que el asesino del viaducto pueda provenir de ese grupo.

Más hacia el oeste están los restos del museo y la biblioteca, devastados durante los disturbios populares, y más allá de estos cascarones pintorescos y aún humeantes se encuentra el gueto. No es aconsejable entrar a pie en el gueto, si bien el turista que ha alquilado un coche puede circular sin peligro por ese lugar después de haber gestionado el peaje en la caseta de entrada.

Los habitantes del gueto se autoabastecen totalmente, y el visitante observará la multitud de tiendas de campaña que albergan hospitales, almacenes de comestibles y productos farmacéuticos al por mayor y similares. Se cree que en el interior del gueto viven muchos y buenos poetas, pintores y músicos, además de los historiadores conocidos como «memoristas», que son los archivos y las enciclopedias vivientes de la zona. Las tareas del «memorista» incluyen la memorización de las obras de los poetas, pintores, etc., de la zona, porque el barrio carece de imprentas y tiendas de artículos para pintura, y estas gentes creativas e independientes han inventado este método para conservar sus obras. No se cree que un pueblo capaz de inventar el género de la «pintura oral» pueda haber engendrado al asesino del viaducto y, en cualquier caso, al residente del gueto no se le permite acceder a ninguna otra zona de la ciudad.

Se desconoce la relación del gueto con la violencia.

Más hacia el oeste, la cantidad de nieve que cae al año es muy superior a la del resto de los barrios, ya que durante siete meses al año caen cada mes aproximadamente unos setenta y cinco centímetros de nieve sobre las avenidas comerciales y las fábricas de papel que se concentran allí. Las tormentas de polvo son habituales durante el verano, y algunos virus infecciosos, contra los cuales los habitantes están inmunizados, son transportados por el agua.

Más hacia el oeste aún, se halla el complejo deportivo.

Al turista que se ha aventurado a ir tan lejos se le aconseja dar media vuelta y regresar a nuestro punto de partida, el War Memorial. Puede dejar el coche en el aparcamiento amplio y bien señalizado que se encuentra al este del War Memorial. Desde las amplias terrazas vacías del Memorial, ustedes están invitados a mirar hacia el sureste, donde un gran puente inacabado cruza la mitad del trayecto que conduce a las aldeas de Wyatt y Arnoldville. La construcción de este noble proyecto municipal, que posteriormente se imitó en muchas ciudades de nuestros estados occidentales y también en Australia y Finlandia, se abandonó inmediatamente después de los disturbios del año 1968, cuando se hizo evidente su falta de utilidad. Cuando se observó que muchas familias elegían ir de picnic a las terrazas del Memorial situadas en el lado del lago para poder contemplar silenciosamente el gran arco interrumpido, se adoptó el puente como símbolo de la ciudad y su imagen decora las numerosas banderas y medallas de la ciudad.

El «Tramo Roto», como se le denomina comúnmente, que se halla suspendido en el aire como las grandes alas congeladas sobre el Valle, no tiene más utilidad que la simbólica. Por pura casualidad, este gran no-tramo conmemora la violencia, y no sólo porque haga recordar a los obreros que perdieron sus vidas durante su construcción (su no-construcción). No se han redondeado sus bordes ni se ha terminado en forma alguna, porque los trabajos en el puente finalizaron de repente, se puede decir que de una forma brutal, y de su extremo truncado flotante cuelgan trozos de entramados de vigas de hierro oxidado, cables de grueso alambre cargados con masas pesadas de cemento y trozos de tablas viejas. Antes de que se colocara una valla electrificada para impedir el acceso al no-puente, dos o tres ciudadanos elegían cada año este lugar para suicidarse, saltando desde

el extremo del tramo; y uno se ve obligado a recurrir a una cierta violencia léxica para referirse a él. Se dice que los habitantes del gueto lo denominan «Blanquito», y los niños de las casas-árbol lo llaman «Úrsula», en honor de una de sus compañeras que murió en los disturbios. Los habitantes del South Side lo llaman «El fantasma», los funcionarios, «La bestia», y los del East Side, sencillamente «esa cosa». El «Tramo Roto» posee la violencia de las cosas inacabadas, de las cosas que se han interrumpido o abandonado. A menudo la violencia va acompañada de un anhelo, el anhelo por completarse. Por cerrarse. Por aquello que está ausente y que si estuviera presente cumpliría su objetivo. Por el cuerpo sin el cual el ala es un ornamento inútil y sin movimiento. No se debe olvidar que la mayoría de los habitantes de la ciudad no ha visto nunca «el puente», salvo en sus representaciones, y para esta mayoría el puente es, poco más o menos, un mito, el ser sin referencia real. Es una idea pura.

La violencia, se siente aunque no se diga, es la forma física de la sensibilidad. La ciudad cree en esto. El carácter de algo inacabado, la falta de una referencia que nos aprisiona en el reino de la idea pura, pide su autoliberación. Nosotros somos ante todo una ciudad norteamericana, y lo que nosotros creemos más profundamente lo...

Las víctimas del asesino del viaducto, ese ciudadano que es el foco de nuestra atención, que nos deja estupefactos de rabia ante la atrocidad y provoca que nuestra fuerza pública registre a fondo las humildes viviendas a lo largo de las riberas del río, eran todas ellas mujeres adultas. A estas mujeres de mediana edad alguien les ha arrebatado sus vidas y las ha colocado como estatuas al lado de los pilares del puente. Cada mañana hay más peatones sobre el viaducto; en las gélidas mañanas, los hombres (principalmente los hombres) vienen con su comida en bolsas de papel, pasean despacio a lo largo de las aceras de cemento sin mirarse los unos a los otros, sin apenas saber lo que están haciendo, miran hacia abajo desde el borde del viaducto, apartan la mirada, matan el tiempo y finalmente se inclinan sobre la baranda como hacen los pescadores, esperando hasta que no pueden demorar por más tiempo la vuelta a su trabajo.

El visitante que ha visto ya tanto y que ha llegado tan lejos en esta ciudad puede volverse de espaldas al «Tramo Roto», el símbolo del orgullo ciudadano, y mirar en dirección suroeste más allá de los seis carriles de la autopista, quizá de puntillas (puede que los niños tengan que subirse a uno de los muros convenientemente resguardados). En este momento, los flancos deslustrados del viaducto deberían de ser visibles, con las cabezas y los hombros de los hombres que están esperando recortándose en el aire gris como pinceladas. Incluso desde aquí se puede ver la intensidad de su anhelo, su expectación.



INTERLUDIO

LA LECTURA DE POESÍA

El presidente del departamento pronunció su nombre, y el famoso poeta se levantó y se dirigió con paso inseguro hacia el estrado. La joven que le había escrito unos días antes (sin haber recibido respuesta) aguantó la respiración; durante un segundo tuvo la impresión de que el poeta iba a abandonar el escenario o a desplomarse. Parecía más viejo y más débil de lo que ella se había imaginado. De haberlo visto por la calle, habría pasado de largo. Parecía pertenecer al tipo de anciano que lleva las uñas sucias, que ya no es capaz ni de afeitarse correctamente. Llegó hasta el atril, se apoyó en él, abrió la carpeta, frunció el ceño y se secó la frente. Estaba sudando. Empezó a leer, y su voz fue una sorpresa gloriosa. Era como si otro hombre más joven y vigoroso estuviera leyendo desde dentro de él. Este hombre joven hablaba con la voz de una orquesta, con las voces de los trombones y de las trompetas. El viejo poeta no levantó en ningún momento la mirada de los papeles, pero ella pensó que sus ojos tenían un aspecto vidrioso, como si el hombre estuviera borracho o casi dormido.

Al día siguiente ella todavía recordaba el sonido de su voz, pero los poemas sólo eran un borrón dorado en su memoria. Se alegraba de que él no hubiera contestado a su carta. No podía imaginar ni un solo lugar al que pudiera ir acompañada de un hombre como aquél. ¿Adonde podía llevar a un individuo que parecía un vagabundo?

EL CAZADOR DE BÚFALOS

A Rona Pondick

A las palabras del campesino... ideas indefinidas pero llenas de significado parecieron brotar del mismo modo que habían sido encerradas, y todas rivalizaban para alcanzar una meta, llegaban en tropel dando vueltas a través de su cabeza, cegándole con su luz.

LEÓN TOLSTOI,
Ana Karénina

A Bob Bunting le sorprendieron sus padres con una llamada telefónica el domingo en que cumplía treinta y tres años, aunque durante ese tiempo había recibido una carta suya cada mes, además de postales en cada cumpleaños. Éstas solían reflejar el estilo humorista y mordaz de su padre. Bunting les había contestado con la misma frecuencia, y a él le parecía que había logrado una relación perfecta con sus padres. La separación significaba salud; la independencia, riqueza.

Entre los veinte y los treinta años, en los períodos en que había dejado un trabajo y estaba esperando conseguir otro y solía andar escaso de dinero, tomaba un avión desde Nueva York para pasar el Día de Acción de Gracias y el de Navidad con sus padres en Michigan, en Battle Creek, Michigan. Primero perdió la costumbre de ir el Día de Acción de Gracias, cuando por fin obtuvo un trabajo que le gustaba, y al cumplir los treinta ya se le había ocurrido cómo podía eludir e! temido viaje de Navidad al Medio Oeste oscuro y helado. Fue precisamente a esta idea a la que se refirió su padre después de desearle lo que a Bunting le sonaba como un insincero y rutinario feliz cumpleaños, además de aludir a sus escasas conversaciones telefónicas.

—Supongo que Verónica te tiene muy ocupado, ¿verdad? Debéis de salir mucho, ¿no es así?

—Bueno, ya sabes —contestó Bunting—, lo normal.

Verónica era una invención de pies a cabeza. Bunting no había tenido ninguna cita con nadie del sexo opuesto desde ciertas experiencias desastrosas en la escuela superior. En el decurso de un gran número de cartas, Verónica había evolucionado de ser una «amiga», definida sin muchos detalles, a una muchacha suiza alta, esbelta y de cabellos negros que tenía un cargo de ejecutiva en la DataComCorp, la empresa para la que trabajaba Bunting. Aunque la descripción seguía siendo imprecisa, por lo visto la joven tenía cierto parecido con Sigourney Weaver y también con una mujer con gafas de concha que él había visto un par de veces en el autobús M104.

—Bueno, hay algo que te tiene muy ocupado, porque nunca contestas al teléfono.

—Oh, Robert —dijo la madre de Bunting, refiriéndose más a la insinuación de su marido que a sus palabras concretas.

Se suponía que Bunting, que también se llamaba Robert, estaba

teniendo por ahí algunas aventuras amorosas, inimaginables tiempo atrás.

—Algunas veces creo que simplemente estás ahí tumbado y que dejas que suene el teléfono —insinuó su padre, apaciguador y crítico al mismo tiempo.

—El muchacho está ocupado —suspiró tolerante su madre—. Ya sabes cómo funcionan las cosas en Nueva York.

—¿Ah, sí? —dijo su padre—. O sea que fuisteis a ver *Cats,* ¿eh Bobby? ¿Os gustó?

Bunting suspiró.

—Nos fuimos en el entreacto. —Esto era lo que él tenía pensado escribir en la siguiente carta—. A mí me gustaba bastante, pero a Verónica le pareció horrible. De todos modos, unos amigos suizos de ella estaban en la ciudad y tuvimos que ir al centro para reunirnos con ellos.

—¿Chicas o chicos? —preguntó su padre.

—Una pareja joven, los dos muy guapos —replicó Bunting—. Fuimos a un restaurante nuevo muy agradable llamado El Ganso Azul.

—¿Es un restaurante suizo, Bobby? —preguntó su madre, y él miró al otro lado de la habitación, hacia la repisa de la inútil chimenea de su única habitación, donde junto a un espejo viejo se hallaba colocado el viejo biberón que él había usado en su infancia. Sobre la marcha, él acostumbraba inventar detalles sobre restaurantes imaginarios, y la improvisación le hacía sentirse incómodo.

—No, es un restaurante norteamericano —replicó.

—A propósito de Verónica, ¿hay alguna posibilidad de que te acompañe cuando vengas aquí estas Navidades? Nos gustaría mucho conocer a tu chica.

—No... no... no, Navidad no es un buen momento para traerla, ya lo sabéis. Tiene que volver a Suiza para ver a su familia. Eso es realmente importante para ella; suelen bajar en grupo hasta la iglesia en la nieve...

—Bueno, pero también es muy importante para nosotros —contestó su padre.

Bunting empezó a notar que le sudaba la cabeza. Se desabrochó el cuello de la camisa y se aflojó la corbata, al tiempo que lamentaba haber contestado el teléfono.

—Ya lo sé, pero...

Durante unos momentos se produjo un silencio.

—Te estamos muy agradecidos de que nos escribas con tanta frecuencia —dijo finalmente su madre.

—Iré a casa uno de estos días, ya sabéis que quiero hacerlo. Simplemente estoy esperando el momento adecuado.

—Bueno, pero te sugiero que lo hagas rápido —replicó su padre—. Nos estamos haciendo viejos.

—Pero, gracias a Dios, gozáis de muy buena salud.

—La semana pasada tu madre se desmayó en el aparcamiento Red Owl. Se dio un golpe en la cabeza y se quedó inconsciente. Y además se hizo daño en la rodilla.

—¿Se desmayó? ¿Por qué te desmayaste? —preguntó Bunting. Él ya se imaginaba a su madre envuelta en vendajes.

—Oh, no quiero hablar de eso —contestó ella—. De verdad que no tiene

importancia. Todavía puedo ir a todas partes, aunque siempre con el bastón.

—¿Qué quieres decir con que «no tiene importancia»?

—Me entra dolor de cabeza cuando pienso en todos los huevos que rompí —contestó ella—. No tienes por qué preocuparte por mí, Bobby.

—Y ni siquiera has ido al médico, ¿verdad?

—¡Por todos los santos, Bobby! No necesitamos ningún médico —replicó su padre—. Te cobran un ojo de la cara por no hacer nada. Hace veinte años que ninguno de los dos hemos puesto los pies en casa de un médico.

Se produjo un silencio durante el cual Bunting podía oír a su padre calculando el precio de la conferencia.

—Bueno, vamos a dejar todo esto, ¿de acuerdo? —dijo su padre finalmente.

Esta conversación, con sus insinuaciones, sospechas y juicios no expresados con palabras dejaron a Bunting nervioso y extenuado. Colgó el teléfono, se restregó la cara con las manos y se levantó para atravesar su habitación, sucia y abarrotada de trastos, en dirección a la repisa de la chimenea inútil. Se inclinó para mirarse en el espejo. Su cabello, que empezaba a escasear, estaba erizado en forma de pequeñas crestas en los lugares en que él lo había estado torturando mientras hablaba con sus padres. Sacó un peine del bolsillo de la chaqueta y alisó los mechones sobre la cabeza. Su rostro rosado e inquisitivo lo miró de forma tranquilizadora por encima del cuello de la camisa blanca almidonada. Por ser el día de su cumpleaños se había puesto una corbata nueva y uno de sus mejores trajes, de estambre gris, que inmediatamente le dio el aspecto de un ejecutivo de una compañía Fortune 500. Posó durante unos momentos frente al espejo, doblando las rodillas para contemplar la imagen de su torso, cuello y cabeza infantil con calvicie incipiente. Luego se incorporó y consultó el reloj. Eran las cuatro y media, no demasiado temprano para tomar una copa para celebrar su cumpleaños.

Bunting cogió su viejo biberón de la repisa y seguidamente pasó por encima de un montón de revistas para entrar en su diminuta cocina y abrir el congelador del frigorífico. Colocó el biberón encima del diminuto mostrador situado junto a la fregadera, y sacó del congelador una botella de litro de vodka Popov, que puso al lado del biberón. Bunting desenroscó la tetina del biberón, examinó esa tetina rosada con aspecto de haber sido mordida y el interior de la botella para ver si había polvo o sustancias extrañas. Sopló dentro de cada uno, y luego volvió a poner el biberón y la tetina en el mostrador. Quitó el tapón de la botella de vodka y la inclinó sobre el biberón. Una corriente de líquido como melaza plateada pasó de un recipiente al otro. Bunting llenó la mitad del biberón con vodka muy frío y luego, por ser su cumpleaños, añadió otro chorrito para celebrarlo, llenando así prácticamente tres cuartos del biberón. Tapó la botella de vodka y la colocó de nuevo en el congelador, que por lo demás estaba vacío. Extrajo del refrigerador una botella de plástico de tónica Schweppes, la abrió y añadió la tónica hasta acabar de llenar el biberón. Enroscó otra vez la tetina en el cuello de la botella y la agitó dos veces con fuerza. Un chorrito de la mezcla se escapó a través del orificio de la tetina, que Bunting había agrandado con la punta de una navaja de plata. El biberón de cristal se enfrío en sus manos.

Bunting bordeó el sillón que marcaba el límite de su cocina, volvió a pasar por encima del montón de periódicos viejos, dejó caer el biberón sobre su cama hecha precipitadamente, se quitó la chaqueta del traje, la colgó sobre el respaldo de una silla de madera y se sentó en la cama. Había una novela de Luke Short sobre el asiento de mimbre de la silla de madera, la cogió y estiró las piernas sobre la cama. Cuando se recostó sobre las almohadas, el biberón se ladeó y una gota transparente de vodka y tónica fue a parar sobre el cubrecama azul arrugado. Bunting agarró el biberón, abrió el libro con torpeza y gruñó de satisfacción cuando las palabras se salieron de la página, llenas de consuelo y excitación. Se llevó el biberón a la boca y empezó a succionar el vodka frío a través del agujero de la tetina rosada y esponjosa.

En una de las visitas que hizo a su ciudad por Navidad, Bunting había desenterrado el biberón mientras revolvía unas cajas en el desván de la casa de sus padres. Al principio ni siquiera lo había visto: un objeto alargado de cristal en el fondo de una bolsa de papel que contenía una cartilla de racionamiento vacía de la época de la guerra, dos pares de mocasines pequeños usados y un mono de peluche parcialmente descuartizado. Había subido allí para escaparse de las preguntas de su padre y de las miradas de preocupación de su madre —en aquel tiempo Bunting tenía un trabajo en el departamento de correspondencia de una revista dedicada a fantasías masturbatorias—, y se había quedado absorto con los recuerdos de familia que contenía el desván. Había montañas de abrigos viejos, álbumes de fotografías empaquetados que contenían retratos diminutos de desconocidos, de calles vacías y perros que habían muerto hacía ya mucho tiempo, montones de periódicos amarillentos del tiempo de la guerra con grandes titulares (ROMMEL APLASTADO y VICTORIA EN EUROPA), novelas de bolsillo colocadas en hileras en una pared inclinada, bolsas llenas de cosas extraídas del fondo de los armarios.

El mono pertenecía sin duda a esta categoría, al igual que los zapatos, aunque Bunting no estaba seguro respecto a la cartilla de racionamiento. Apretada debajo de los mocasines, la botella tubular de cristal lanzaba destellos desde el fondo de la bolsa. Bunting desechó el mono, un juguete que apenas recordaba, y sacó el grueso y sorprendentemente pesado biberón. La parte superior del biberón tenía enroscado un aro de plástico color marfil con un amplio orificio para una tetina de goma. Bunting lo examinó, pensando que cuando era un niño indefenso había apretado este objeto contra su pecho infantil. Sus propios dedos diminutos se habían extendido sobre el cristal grueso mientras se estaba alimentando. Este sustituto, esta imitación y simulación de una teta, lo había mantenido vivo. Era una pieza de la época, algo parecido a un objeto cotidiano de arte popular, y había sobrevivido, en tanto que su infancia, recordada ahora sólo como una pequeña serie de momentos estáticos que parecían extraídos de una oscuridad inmensa, no lo había hecho. Por encima de todo, quizá, le hizo sonreír. Lo mantuvo agarrado mientras andaba por el pequeño desván —no quería soltarlo—, y cuando bajó al piso de abajo lo escondió en su maleta. Y luego se olvidó de que estaba allí.

Cuando regresó a su casa, la presencia del biberón en su maleta, envuelto en un revoltijo de camisas sucias, le produjo un sobresalto: era

como si el tubo de cristal lo hubiera seguido por sí solo desde Battle Creek hasta Manhattan. Luego recordó que lo había metido entre las camisas la noche anterior a su partida, una noche en que su padre se había emborrachado durante la cena y dijo tres veces consecutivas, cada vez elevando más el volumen de su voz: «Creo que nunca llegarás a nada en este mundo, Bobby.» Su madre se puso a llorar, y su padre se enfadó con los dos y salió afuera haciendo eses y tambaleándose en la nieve. Su madre subió al dormitorio y Bunting encendió la televisión y se sentó con indiferencia ante las descripciones de las Navidades de otros pueblos. Finalmente su padre regresó y se sentó con él frente a la televisión, sin dirigirle la palabra y ni siquiera mirarlo. Al día siguiente por la mañana, en el aeropuerto, su padre le rascó la cara con el bigote al abrazarlo y le dijo que se había alegrado mucho de volverlo a ver; su madre parecía valiente y afligida. Eran dos ancianos, y la clase obrera de Michigan parecía insufriblemente fea, poseía una fealdad que él recordaba muy bien.

Colocó el biberón dentro de un armario, en un estante alto, y volvió a olvidarse de él.

En los años siguientes, Bunding sólo veía el biberón cuando tenía que coger algo del estante. La mayor parte de las veces comía en los restaurantes baratos del barrio o encargaba la comida en el Empire Szechuan, por lo que usaba muy poco las cazuelas y sartenes que guardaba allí. En el transcurso de esos años encontró un trabajo en el departamento de correo de la DataComCorp, se inventó a Verónica para el deleite de sus padres y el suyo propio, fue espaciando cada vez más las visitas a Michigan hasta suprimirlas por completo, cumplió los treinta años y se estableció en lo que él imaginaba que eran los hábitos de su vida adulta.

Ahorraba dinero de su sueldo, ya que tenía muy pocos gastos. Cada otoño y cada primavera iba a una tienda de ropa masculina de categoría y se compraba dos trajes, varias camisas nuevas y tres o cuatro corbatas: estas excursiones constituían para él grandes aventuras y se preparaba para ellas a conciencia, examinando anuncios y comparando las ventajas de los artículos expuestos en Barneys, Paul Stuart, Polo, Armani y en dos o tres tiendas más que él consideraba de similar categoría. Leía las mismas novelas del oeste y de misterio que su padre había leído en otros tiempos. Comía dos veces al día de acuerdo con la moda que imperaba. Iba a cortarse el pelo una vez cada dos semanas a un barbero japonés que había a la vuelta de la esquina, el cual hacía comentarios sobre la suavidad del cuello de su camisa cuando le ajustaba la sábana protectora. Sólo fregaba los platos cuando estaban ya todos usados, y aproximadamente una vez al mes barría el suelo y apilaba las cosas. Echaba insecticida para matar cucarachas, colocaba ratoneras, y cerraba los ojos cuando se deshacía de los cadáveres. Nadie excepto él había entrado jamás en su apartamento, pero en el trabajo hablaba algunas veces con Frank Herko, el hombre que se sentaba en el procesador de textos de al lado. Frank envidiaba el guardarropa de Bunting y fanfarroneaba sobre su propia vida sexual, que tenía lugar en bares y discotecas, en contraste con las narraciones más sosegadas de Bunting sobre las veladas pasadas con Verónica.

A Bunting le gustaba leer estirado y beber mientras leía. En su pequeño apartamento hacía frío en invierno, y el único lugar para tumbarse era la

cama, de modo que durante cuatro meses al año Bunting pasaba una gran parte del fin de semana y la mayoría de las tardes envuelto en las sábanas, completamente vestido, con un vaso de vodka frío (sin tónica, porque esto era después del Día de Trabajo) en una mano y una novela en la otra. La única dificultad que presentaba este sistema, que por lo demás se adaptaba perfectamente a los deseos y a las necesidades de Bunting, eran los ocasionales derramamientos de vodka. Tenía problemas técnicos respecto a la verticalidad del vaso mientras volvía las páginas del libro. Una solución consistía en colocar el vaso contra su costado cuando volvía la página, pero este método le fallaba con frecuencia, al igual que la técnica de hacer que el vaso aguantara el equilibrio sobre su pecho. Si hubiese quitado todos los libros, los kleenex nuevos y usados, los frascos de píldoras, las bolitas de algodón, los bastoncitos para limpiarse los oídos, el frasco de vaselina y el espejo de mano de la silla situada junto a la cama, habría podido colocar el vaso sobre el asiento entre sorbo y sorbo, pero no quería tener que alargar la mano para coger el vaso. Bunting deseaba tener sus satisfacciones rápidamente y a mano.

Según el momento del día, la bebida que Bunting elegía para acompañar a *Una nueva pistola en la dudado Sillas de montar y artemisa* podía ser infusión de té, zumo de naranja o leche caliente, Tab, Pepsi-Cola o agua mineral. ¿Es que no tenía derecho a disfrutar de bebidas tan agradables e inofensivas sin separar la vista de la página? Los demás ámbitos de su vida estaban llenos de dificultades y compromisos; éste, el de la cama y el libro, tenía que ser perfecto.

Dio con la solución un mes de noviembre después de una experiencia misteriosa y terrorífica que le ocurrió cuando estaba escribiendo la carta mensual a su casa.

> *Queridos mamá y papá:*
>
> *Todo me sigue yendo tan bien que a veces creo que estoy soñando. Verónica dice que nunca ha visto a un trabajador que haya progresado tanto en tan poco tiempo. Ayer por la noche fuimos a bailar al Rainbow después de cenar en Quaglino's, un restaurante nuevo que está recibiendo últimamente muchos elogios. Mientras la acompañaba a Park Avenue por entre la multitud elegante de la Quinta Avenida, me dijo que realmente me necesitaría una vez más a su lado en Suiza estas Navidades; para ella resulta muy difícil defenderse de las acusaciones de su hermano de que ha traicionado a su país natal, y la aristocracia del lugar está contra ella también...*

La sola mención de las Navidades le hacía ver, como si estuviera impresa en una postal, la imagen de la casita blanca y sucia de Battle Creek, con sus padres de pie frente a los escalones de la puerta principal, su padre con el ceño fruncido bajo la visera de una gorra a cuadros escoceses, y su madre parpadeando con aprensión. Miraban hacia adelante como la pareja de *Gótico americano.* Dejó de escribir y su imaginación pasó veloz por delante de ellos, subió los peldaños, cruzó la puerta y subió las escaleras hasta llegar a un vacío pavoroso.

Por un momento creyó que iba a desmayarse o que ya se había desmayado. Luces blancas lejanas giraban por encima de él, y empezó a caer al vacío. Un conocimiento sólido se movió hacia el interior de su persona, empujando poderosamente hacia arriba desde la oscuridad donde había estado aprisionado, y de repente entendió que su vida dependía de mantener este conocimiento encerrado en su interior, en un ataúd de oro metido en un ataúd de plata metido en un ataúd de plomo. Era una bestia salvaje con garras y dientes: un tigre. Y este tigre amenazaba con apoderarse del interior de su mente consciente y destruirlo. Bunting estaba jadeante tanto por la fuerza como por la actitud amenazadora del tigre encerrado en su interior, y tenía su mirada fija en el papel blanco, en el lugar donde su pluma había hecho un pequeño garabato después de la palabra «también», consciente de que no se había desmayado.

Sin embargo, en aquel momento y tan sólo durante un segundo, fue como si hubieran arrojado su cuerpo a través de alguna barrera oscura.

Agotado, se volvió a recostar sobre la cabecera de la cama e intentó recordar lo que le acababa de suceder. Ya se había quedado borroso por la distancia. ¿Había visto a sus padres y había volado...? Recordó la expresión de la cara de su madre, los ojos parpadeantes y casi simiescos, y las arrugas profundas y paralelas en su rostro, y sintió latir su corazón con alivio por haber huido de lo que quiera que fuese y que había surgido a la superficie desde su interior. Había logrado escapar de una forma tan total y absoluta que ahora se preguntaba sobre la realidad de su experiencia. Un escudo macizo se había cerrado de golpe y se había colocado en su sitio, en el lugar al que pertenecía sin duda alguna.

Y entonces le llegó la revelación.

Se acordó del viejo biberón colocado en el estante del armario y se le ocurrió cómo utilizarlo. Apartó la carta y atravesó la habitación para bajar el biberón del estante alto. El biberón salió del estante haciendo un leve sonido parecido al de un beso.

La botella estaba cubierta de pelusilla gris y la base se hallaba rodeada de una sustancia pegajosa marrón del estante. Bunting vertió un poco de lavavajillas dentro de la botella y la mantuvo durante un rato bajo un chorro de agua caliente. Frotó el fondo de la botella hasta que quedó limpio, desenroscó el aro de plástico y lavó las estrías de éste y del cuello del recipiente. Mientras estaba secando el biberón caliente con un paño de cocina limpio, vio a su madre inclinada sobre la fregadera de su diminuta cocina oscura, con los brazos sumergidos en el agua jabonosa y el vapor elevándose por encima de su cabeza.

Bunting apartó esta imagen de su mente y contempló el biberón. Tenía un aspecto sorprendentemente hermoso para ser un objeto tan funcional. La botella era un cilindro perfecto de cristal transparente que centelleaba mientras se iba secando. Por extraño que pudiera parecer, su peso suave y acariciante le produjo una sensación tan agradable en su mano adulta como debió sentir de niño en su mano infantil. El aro de plástico se enroscaba elegantemente hacia abajo sobre la O moldeada de la boca de la botella. Una burbujita de aire había sido apresada al ascender por el grueso contorno del fondo del biberón. El nombre del fabricante, Prentiss, figuraba en gruesas letras transparentes rodeando la parte superior del biberón.

Lo colocó en la parte más limpia del mostrador y se puso en cuclillas para admirar mejor su obra. El biberón era un obelisco de piel milagrosamente transparente. La pared situada detrás del biberón adquirió una consistencia borrosa, hormigueante y elástica. Por un momento, Bunting deseó que sus dos ventanas, que daban a una hilera de decrépitas piedras areniscas de color pardo del lado oeste de Manhattan, estuvieran hechas del mismo cristal grueso y distorsionante.

Salió a la Octava Avenida a buscar tetinas y las encontró en un drugstore, colgadas un poco por encima de la altura de los ojos, envueltas en paquetes de tres unidades como los preservativos, y rodeadas de una gran variedad de biberones. Arrancó el primer paquete de tetinas del gancho y se dirigió a la caja para pagar. Estuvo pensando en lo que respondería si la chica puertorriqueña le preguntaba por qué compraba tetinas para biberones —«el maldito crío se da una prisa enorme en estropear estas cosas»—, pero ella marcó noventa y seis centavos, introdujo el paquete en una bolsa, cogió el dólar que él le dio y le devolvió el cambio sin hacer ningún comentario y sin ni siquiera mirarlo con curiosidad.

Transportó alegremente la bolsa a su casa como si se hubiera escapado por los pelos de un gran peligro. El hielo no se había quebrado bajo sus pies: él dominaba su vida.

Ya en casa extrajo el paquete de las tetinas de la bolsa y se dio cuenta de que estaban colocadas una encima de otra, como los niveles de una pagoda, y que eran tetinas Evenflo, «diseñadas especialmente para tomar zumos». Le pareció estupendo; las utilizaría para beber zumos.

«Queridos padres —leyó en el dorso del paquete—, cada bebé es único.» Bunting felicitó a los sabios patriarcas de la Compañía Evenflo Products. El sistema Evenflo permite graduar la cantidad de líquido de salida para asegurarse de que el bebé siempre lo reciba regularmente y de manera uniforme. «De este modo el bebé traga menos aire.» Las tetinas Sure-Seal poseían dos válvulas de aire idénticas. Se llamaban «dosificadoras», como si se tratara de miembros de una familia ágil y segura.

Bunting leyó la advertencia de que no introdujera las tetinas en el microondas y que cada tetina se gastaba. Si tenía alguna duda, podía llamar al número 800.

Sacó del congelador la botella de litro de Popov y vertió cuidadosamente vodka dentro del biberón destellante. El líquido transparente saltó hacia la parte superior del biberón y formó un menisco vibratorio por encima de la boca de cristal. Bunting abrió el paquete de las tetinas con la navaja, teniendo cuidado de seguir las instrucciones de uso, y extrajo el nivel más alto de la pagoda. La tetina tenía un tacto asombrosamente firme y elástico entre sus dedos. Ajustó con impaciencia la tetina en el aro y enroscó éste en el cuello de la botella.

Entonces la inclinó hacia su boca y succionó.

La tetina se encontró con los dientes y la lengua de Bunting, que instantáneamente la aceptaron, porque ¿qué cosa se adapta mejor a una boca que una agradable tetina nueva? Sin embargo, sólo un frustrante hilo de vodka atravesó la incisión transversal de la abertura. Bunting chupó con más fuerza, hincando los dientes en la tetina como si fuera chicle, pero el vodka continuaba saliendo a través de la abertura en la misma proporción

uniforme y deliberada.

Bunting sacó del bolsillo su navajita de plata, en realidad de Frank Herko. Bunting la había visto durante varios días encima del escritorio de Herko antes de tomarla prestada. Tenía la intención de devolvérsela algún día, pero nadie podía discutir que la elegante navaja armonizaba mejor con alguien como Bunting que con Frank Herko; de hecho, Herko probablemente se la había encontrado en la acera o debajo de la mesa de algún restaurante (porque Frank Herko sí iba a restaurantes, de cuyos nombres Bunting se apropiaba para incluirlos en las historias que inventaba sobre Verónica), y por consiguiente era tan suya como de Frank. Con mucha cautela, Bunting insertó la delicada hoja dentro de una de las suaves incisiones transversales. Alargó el corte en la goma aproximadamente unos tres centímetros, y luego realizó la misma operación en el otro extremo del corte transversal. De nuevo colocó la tetina en el aro, ajustó éste al biberón y probó su experimento. Un chorro de vodka se deslizó a través del orificio alargado y le dejó los dientes helados.

Bunting se llevó directamente a la cama su nuevo y maravilloso invento, y se quitó la corbata y la chaqueta al tiempo que se dirigía hacia la misma. Cogió la novela de Luke Short y empezó a succionar vodka a través de la tetina. Cuando volvió la página, agarró la tetina entre los dientes y dejó que la botella quedara suspendida como un enorme puro de su labio inferior. Le asaltó una sensación de discontinuidad, de haber dejado un asunto inacabado. Cabalgaba a lomos de un caballo pardo llamado Shorty por una meseta cubierta de hierba. Miró hacia una manada de búfalos que pacían. La botella quedó colgando nuevamente cuando la mitad inferior de la carta que estaba escribiendo a sus padres se deslizó por entre sus piernas hacia el interior de la manada de búfalos.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Ah, sí!

Con la inspiración de lo que le había acontecido mientras escribía la carta, el biberón la había reemplazado. Lo único que Bunting quería era recrearse en su cama, cabalgando a lomos del viejo Shorty, agarrando su fiel biberón en busca de la piel de los búfalos, pero algo más fuerte que un sentido del deber le obligó a doblar la punta superior de la página y cerrar el libro sobre Shorty y la manada de búfalos que pacían. El corazón de Bunting se había aliviado. Cogió el bloc donde había estado escribiendo al lejano Battle Creek, encontró la pluma entre los pliegues de la manta y reanudó la escritura.

Así que tendré que ir con ella otra vez, escribió, y luego siguió más abajo en la página para empezar un párrafo dictado desde el centro de su nueva satisfacción.

> *Papá, mamá, ¿os he hablado alguna vez realmente de Veronica? Quiero decir si os he hablado realmente de ella. No podéis imaginaros lo hermosa, lo inteligente que es, y cuánto éxito tiene en la vida. Estoy seguro de que no pasa ni un día sin que algún fotógrafo le pida que pose para él, o un editor la pare en la calle para pedirle que aparezca en la portada de su revista. Tiene el cabello negro y los pómulos salientes y anchos, y algunas veces me parece un gato enorme a punto de saltar. Tiene un título*

universitario en administración de empresas y se lee una novela en un día. Hace todos los crucigramas con bolígrafo y no con lápiz. ¡Y entiende mucho de modas! ¡No es de extrañar que parezca una modelo! Mirad a esas top models *en los anuncios de los periódicos, las que tienen cabellos largos y oscuros y labios carnosos, y la veréis a ella, veréis qué porte tan elegante tiene Verónica. La forma en que se inclina, la forma en que se mueve, la forma en que sujeta las gafas con una mano y lo guapa que está cuando mira a través de esas gafas, como un suave gatito. Y ella ama este país, papá, deberías oírla hablar de las ventajas que Estados Unidos proporciona a su pueblo. Sinceramente, nunca ha existido una chica como ésta y yo agradezco a mi buena estrella el haberla encontrado y ganado su amor.*

Con esta carta, Bunting se convirtió en su propio dueño. A pesar de todos las mentiras que había dicho sobre ella, mentiras que habían pasado a formar parte de su vida de una forma tan profunda que sentía como si una sombra hermosa lo acompañara de aquí para allá en el autobús cuando se dirigía al trabajo, Verónica nunca había estado tan presente en su vida, tan visible. Ella había surgido de las sombras.

Continuó:

De hecho, mi relación con Verónica es cada vez mejor. Ella me da lo que me hace falta, ese bienestar y estabilidad que uno necesita cuando regresa a casa después de la jornada de trabajo, cierra la puerta y desea olvidarse de los problemas y tensiones del día. ¿Os he contado cómo se enfurruñó conmigo en mitad de una reunión importante con un cliente de DataComCorp, sólo mediante un leve gesto que nadie sino yo podía notar? Papá, mamá, eso me produce escalofríos. Y ella me ha enseñado muchas cosas de la vida y del ambiente de esta ciudad, todos los detalles para divertirse en la Gran Manzana. ¡Creo realmente que esto durará, y un buen día probablemente le haré la pregunta! Ella dirá que sí enseguida, me consta, porque me ama tanto como yo a ella.

2

Bunting se despertó con resaca el lunes siguiente a su cumpleaños e inmediatamente decidió que no era preciso ir al trabajo.

Su habitación reflejaba una noche de juerga. La botella de Popov casi vacía estaba sobre el mostrador junto a la nevera, y una de las lámparas se había quedado encendida toda la noche, proyectando un círculo amarillo de luz sobre una masa de dobleces y arrugas, que era en lo que se había convertido el traje de estambre gris de Paul Stuart. Evidentemente había apartado la chaqueta a un lado, se había desabrochado el cinturón y quitado los pantalones, de camino hacia la cama. Los zapatos estaban muy distantes

uno del otro, como si los hubiera lanzado lejos. Más cerca de la cama yacían la corbata, la camisa blanca y la ropa interior, como puntos de una línea que conducía hacia su cuerpo intoxicado. A su lado tenía el biberón Prentiss vacío y un ejemplar de bolsillo de *El cazador de búfalos* abierto encima de la sábana. Era evidente que había tratado de leer después de haberse desprendido por fin de la ropa y logrado llegar a la cama: su cuerpo había seguido sus costumbres, aunque su mente había dejado de funcionar.

Sacó las piernas de la cama, y una náusea repentina le hizo temer que vomitaría antes de conseguir llegar al lavabo. La lucidez que había experimentado al principio, al despertar, se había esfumado y convertido en dolor de cabeza y otras molestias físicas. Otro cuerpo más deteriorado había sustituido al que él conocía. Cuando desapareció la náusea se levantó de la cama. Miró hacia abajo, hacia unas piernas largas, delgadas y muy blancas. Esas piernas no eran desde luego las suyas. Las piernas lo llevaron al cuarto de baño, donde se sentó en el retrete. Se oyó gemir. Finalmente logró entrar en la ducha, donde el agua caliente empezó a chisporrotear sobre el cuerpo de aquel extraño. Las manos arrugadas del extraño aplicaron jabón sobre su piel blanca y champú sobre su cabello sin vida.

Con movimientos lentos se puso un traje oscuro, una camisa blanca limpia y una corbata azul marino con rayas blancas, las ropas que habría llevado para asistir a un funeral. Su cabeza parecía flotar más lejos del mundo de lo que él recordaba, y sus brazos y piernas eran larguiruchos y quebradizos. Bunting experimentaba una felicidad fantasmal, un regocijo siniestro liberado por la desaparición de una buena parte de su personalidad cotidiana.

El espejo le mostró la imagen de un Bunting pálido y envejecido, con ojos brillantes. Se dio cuenta de que todavía estaba un poco borracho, pero no recordaba la razón por la que había bebido tanto vodka. Se preguntó si había existido algún motivo especial, y finalmente llegó a la conclusión de que había celebrado su cumpleaños con demasiado entusiasmo. «Treinta y cinco», le explicó al pálido espectador que se reflejaba en el espejo. «Treinta y cinco y un día.» Bunting no estaba acostumbrado a celebrar los cumpleaños ni los aniversarios, ni siquiera los suyos, y sólo la llamada desde Battle Creek le había recordado que alguien más, aparte de él, sabía que ese día era extraordinario. Ni siquiera se había regalado nada.

Así es como iba a pasar aquella extraña mañana: se compraría un regalo para su treinta y cinco cumpleaños. Después, si se sentía más centrado, iría al trabajo.

Bunting localizó las gafas de sol en la mesa donde solía comer. Las introdujo en el bolsillo superior de la chaqueta y salió de la habitación. El pasillo parecía tener un aspecto más penoso que de costumbre. De las junturas y esquinas de la pared se desprendían trozos del papel, y en todas las secciones de la pared aparecían palabras humorísticas carentes de sentido pintadas con spray: BANGO SKANK. JEEPY. Se sintió más frágil. Recorrió el camino a través del pasillo lóbrego hacia el ascensor y apretó el botón varias veces. Pocos minutos después salió del ascensor y respiró profundamente. Después del ascensor, el vestíbulo olía como un campo de heno recién segado. Dos sofás desgarrados de imitación de cuero estaban uno frente a otro sobre un suelo de piedra sucio. Contra una pared gris,

milagrosamente sin graffiti, había una mesa de madera vacía con cajones. Junto a la mesa se veía un enorme helecho de un tono marrón pálido, que se estaba secando.

Bunting se abrió camino a través de las puertas de cristal manchadas, y luego a través de las pesadas puertas de madera situadas frente a la hilera de timbres, y salió por fin a la brillante luz del sol que instantáneamente rebotó en el interior de sus ojos desde los techos de una docena de coches, desde los escaparates limpios, desde las cadenas de acero de los relojes de pulsera y los pendientes deslumbrantes, y desde cientos de cosas grandes y pequeñas que relucían. Bunting sacó de su bolsillo las gafas de sol y se las puso.

Cuando pasó por delante del drugstore recordó que necesitaba otro paquete de tetinas y entró. En el interior, un espejo inclinado le mostró una versión distorsionada de su persona: tan sólo una frente abultada y unas gafas siniestras. Parecía un ser extraño disfrazado. Atravesó los pasillos resplandecientes hasta llegar a la parte trasera de la tienda donde estaba la sección de artículos para bebés.

Allí estaban los maravillosos hermanos de la familia de dosifica-dores, pero cuando los tuvo en sus manos vio lo que se había perdido la primera vez que entró allí. En el drugstore no sólo se vendían las tetinas de color naranja con el corte transversal en el orificio, sino que a ambos lados de las tetinas para zumo había hileras de tetinas color carne para beber una mezcla de leche en polvo y agua, tetinas blancas para beber leche normal y tetinas azules para beber agua.

Bajó dos paquetes de cada clase de tetinas y luego se dio cuenta de que había regalos perfectos para su cumpleaños colgando frente a él, en la pared. Durante su primera compra ni siquiera había visto todos los biberones expuestos junto con las tetinas. Entonces aún no le interesaba más biberón que el suyo. Ni siquiera se hubiera podido imaginar que le interesarían otros biberones. Y en otros aspectos también había estado equivocado. Había dado por sentado que los modelos de biberones no cambiaban con el tiempo, como las camisas blancas de vestir, los zapatos negros y los libros de cubiertas duras. Había dado por supuesto que la forma se había perfeccionado a principios del siglo XX, y que setenta u ochenta años más tarde simplemente se reproducía en grandes cantidades. Esto había sido un error: los biberones eran objetos como los automóviles y los cereales del desayuno, capaces de sufrir asombrosas modificaciones.

Sonriendo con placer y sorpresa, Bunting anduvo arriba y abajo por toda la sección transportando sus paquetes de tetinas blancas, naranjas, azules y de color carne. La primera transformación de las botellas había afectado a la forma, la segunda al material y la tercera al color. También se había producido un cambio inexplicable de fabricantes. Ninguno de los biberones que se hallaban ante él era de marca Prentiss. Todos estaban fabricados por Evenflo o bien por Playtex. ¿Qué le había ocurrido a la marca Prentiss? Los fabricantes de su biberón tan resistente, duradero y tremendamente práctico ya no estaban en el mercado: habían fracasado, quebrado, los habían barrido.

Bunting sintió una repentina vergüenza por sus padres: habían respaldado a unos perdedores.

La mayoría de los biberones ni siquiera conservaba su forma redonda. Eran todos hexagonales, excepto los Coge-Fácil que parecían donuts alargados y que tenían un óvalo largo y estrecho en el centro a través del cual podían deslizarse, según parecía, los dedos del bebé, y los redondos, los biberones Playtex, no eran más que caparazones que rodeaban bolsas de plástico deshinchables. Aquellos híbridos impregnados de edad menopáusica hicieron estremecer a Bunting. En lo referente a los biberones hexagonales —«nodrizas», como se les denomina en la actualiad—, algunos eran amarillos, otros de color naranja, y algunos tenían una hilera de caritas sonrientes desfilando hacia arriba por los indicadores de las medidas. Algunos de estos nuevos tipos de biberones eran de cristal, pero la mayoría estaban confeccionados con plástico fino y transparente.

Bunting se dio cuenta al instante de que tenía que adquirir biberones de todos los tipos, excepto de los que contenían el pecho que se deshinchaba. Incluso tenía la sensación de que el dolor de cabeza se había atenuado. Había encontrado el regalo perfecto para su cumpleaños. Ahora que los había visto, no le quedaba otra alternativa que comprar un ejemplar de cada una de aquellas variedades de «nodrizas». De repente tuvo otra idea brillante, como si le fuera enviada por una flecha desde un reino celestial.

Se imaginó alineados sobre el mostrador de la cocina un biberón para café, otro para té, un biberón para vodka frío, otro para leche calentita, biberones para refrescos y diferentes clases de cerveza y uno para agua mineral: una biblioteca de biberones. Podría haber biberones para la mañana, biberones para el atardecer y biberones para la madrugada. Se dio cuenta de que necesitaría muchas más tetinas, y se dispuso a descolgar unos cuantos paquetes de sus ganchos.

De regreso a su apartamento, Bunting lavó sus regalos de cumpleaños y los colocó sobre el mostrador. La colección no parecía tan impresionante como él la había imaginado. En total sólo había siete biberones: su viejo Prentiss y seis nuevos. Siete parecían muy pocos. Recordó todos los biberones que había dejado en la tienda. Tendría que haber comprado más biberones. Una fila doble de biberones «nodrizas» sería el doble de imponente. Al fin y al cabo era su cumpleaños, ¿no?

Pero ya tenía una colección, una pequeña colección. Recorrió con los dedos la fila de biberones y seleccionó uno de plástico transparente para medir la diferencia entre éste y el viejo Prentiss redondo de cristal. Como empezó a sentirse ligeramente deshidratado, lo llenó con agua del grifo y le colocó una tetina para agua, de color azul. La tetina nueva le proporcionó una agradable sensación resbaladiza al contacto con la lengua. Bunting bostezó, y medio inconscientemente cogió el biberón con la tetina azul nueva y se lo llevó a la cama. Se prometió que sólo estaría acostado unos minutos, y se desplomó sobre la cama sin hacer. Abrió el libro, empezó a succionar agua a través de la tetina nueva y se durmió tan rápida y profundamente como si le hubieran dado un mazazo en la cabeza.

Cuando despertó, dos horas después, no podía recordar dónde estaba ni tampoco quién era exactamente. Nada de lo que le rodeaba tenía un aspecto familiar. La luz, o con más exactitud la relativa oscuridad, no era la que él había esperado. No comprendía por qué llevaba puesto un traje, una camisa, una corbata y zapatos. Y en su fuero interno se sentía

misteriosamente avergonzado. Se había traicionado a sí mismo, se sentía descubierto, y ahora había caído en desgracia. Tenía un sabor horrible en la boca. Gradualmente, la habitación empezó a tomar forma a su alrededor, pero no era la hora correcta para estar en aquella habitación. ¿Por qué no estaba en el trabajo? El corazón le empezó a latir más deprisa. Bunting se sentó refunfuñando y vio la hilera de resplandecientes biberones nuevos, cada uno con su tetina nueva, al lado de la fregadera. La sensación de vergüenza e ignominia por lo sucedido se desvaneció. Recordó que se había tomado la mañana libre, y pensó por un momento que realmente tenía que escribir una carta a sus padres tan pronto como su mente se despejara.

Pero acababa de hablar con sus padres. De nuevo se había librado de ir a pasar las Navidades a su casa, aunque esto quedaba compensado con algunas noticias alarmantes que le había comunicado su padre. Todavía no recordaba del todo la naturaleza exacta de aquellas noticias: era como una magulladura tierna y grande, y su mente rechazó el recuerdo del dolor.

Consultó el reloj y se sorprendió al ver que sólo eran las once y media.

Bunting se levantó de la cama pensando que aún podría ir a trabajar. En el cuarto de baño se echó agua por la cara, se lavó los dientes, teniendo cuidado de no salpicar agua o dentrífico sobre la chaqueta o la corbata. Mientras hacía gárgaras recordó que su madre se había caído en el aparcamiento del supermercado. ¿Le había insinuado su padre que regresara a Battle Creek? No, no hubo tal insinuación. De eso estaba seguro. ¿Y cómo podría ayudar a su madre, incluso aunque regresara? Ella estaba bien, lo único que le preocupaba de verdad era que había roto una gran cantidad de huevos.

3

A Bunting le invadió un intenso alborozo, como si hubiese escapado de un gran peligro por los pelos, cuando volvió a salir a la luz del sol. Al ver que el autobús no llegaba inmediatamente, se echó a andar hacia las oficinas de la DataComCorp. En cierto modo aún sentía que aquel cuerpo no era el suyo habitual, pero era capaz de caminar a buen paso calle abajo por la acera en dirección a Columbus Circle, y luego hacia el centro de la ciudad. El aire de mediados de otoño se notaba puro y fresco, y el recuerdo de los seis biberones nuevos en su apartamento era como una primavera interior burbujeante que salía a la superficie de sus pensamientos para luego desaparecer bajo tierra antes de volver a aflorar de nuevo.

¿Era posible que alguna vez hubiera entrado una joven madre en un drugstore buscando un biberón para su bebé recién nacido y no hubiera encontrado ninguno apropiado?

Bunting llegó a la puerta del departamento de Introducción de Datos justo en el momento en que uno de sus compañeros salía a encargar bocadillos y bebidas para todos. Eran pocos los que se gastaban el sueldo en comer en restaurantes, y casi todos preferían comerse sus bocadillos comprados en la charcutería, bien en grupo junto a la máquina de café, o

solos en sus mesas. Bunting solía comer en su pequeño cubículo o en el de Frank Herko, ya que Frank, al igual que Bunting, despreciaba a la mayoría de sus compañeros de oficina. Aunque algunos habían asistido a escuelas técnicas o de comercio, Bunting y Frank Herko eran los únicos que habían ido a la universidad. Bunting había hecho dos cursos en la Universidad de Lansing, y Herko dos en Yale. Frank Herko no se parecía en absoluto a la imagen que Bunting tenía de un estudiante de Yale. Era rechoncho, con el tórax en forma de barril; lucía una barba negra y tenía el cabello largo, negro y rizado. Normalmente vestía pantalones anchos y jerseys raídos, algunos incluso con agujeros. Herko tampoco se comportaba de acuerdo con la idea que tenía su compañero de oficina de un *Yalie,* porque era agresivo, hablaba en voz alta y era sincero hasta el punto de resultar grosero. Durante sus primeros meses en la empresa, Bunting se había sentido importunado por Herko y molesto con él, una actitud que se fue desvaneciendo finalmente por la deferencia curiosamente delicada del otro hombre, su amabilidad y curiosidad persistente.

Herko parecía haber llegado a la conclusión de que aquel hombre mayor que él era una especie de tesoro, una auténtica rara avis que merecía un trato especial.

Bunting pidió que le trajeran un bocadillo de pan integral de queso suizo y jamón de la Selva Negra con mostaza, mayonesa, lechuga y tomate.

—¡Ah!, y café —dijo—. Un café solo.

Herko se estaba encaminando hacia la puerta y le sonreía alegremente.

—Vaya, vaya, café solo... —comentó—. Tú sí que tienes aspecto de café solo. Es increíble que hayas logrado venir. Supongo que ayer por la noche te fuiste a la cama bastante más tarde de lo normal.

—Algo por el estilo.

—Claro, claro, y nos presentamos a trabajar habiéndonos acabado de levantar de la cama, ¿verdad? Con nuestro hermoso traje arrugadísimo como resultado de la juerga de anoche.

—Bueno —contestó Bunting, echando un vistazo hacia su traje.

Unas arrugas muy pronunciadas recorrían la americana de arriba abajo, cruzándose con otras transversales a juego con las de la corbata. Estaba demasiado desorientado para fijarse en ellas cuando se despertó de su cabezadita matinal.

—Acabo de levantarme —añadió, e intentó alisar las arrugas de la americana.

Frank dio un paso hacia él y olfateó en el aire.

—El olor a alcohol todavía te rezuma por los poros. Tuvimos una pequeña fiesta, ¿eh? —Se inclinó hacia Bunting y entornó los ojos, mirándolo a la cara—. ¡Dios mío! Tienes un aspecto espantoso, no sé si lo sabes. De todas formas, ¿por qué has venido a trabajar, gilipollas? Podías haberte tomado un día de vacación.

—Quería venir a trabajar —replicó Bunting—. Ya me he tomado la mañana libre.

—Revoleándote en la cama con Verónica, ¿eh? —dijo Herko—. Date prisa y métete en tu cubículo antes de que alguna de esas carrozas te huela el aliento y se caiga de espaldas.

Empujó a Bunting hacia su despachito. Bunting abrió la puerta y se

desplomó sobre la silla que estaba frente a su terminal de ordenador. Alguien había colocado un montonazo de papeles al lado de su teclado.

Herko sacó un frasco de Binaca en spray del bolsillo del pantalón.

—Por el amor de Dios, échate un poco de esto en los dientes.

—Ya me he lavado los dientes —protestó Bunting—. Dos veces.

—De todos modos, es mejor que lo utilices. Guárdatelo. Vas a necesitarlo.

Bunting, obediente, se echó un chorro con sabor a canela sobre la lengua y se metió el frasco en el bolsillo de la americana.

—Bunting se desmadra —bromeó Herko—. Bunting va y hace guarradas. Bunting el animal de las fiestas. —Le sonreía irónicamente—. ¿Te hizo Verónica un numerito o se lo hiciste tú a ella? —Bunting se frotó los ojos—. Oye tío, no puedes aparecer aquí con la ropa que llevabas ayer por la noche, todavía hecho polvo por la juerga que te has corrido, y para colmo tres horas tarde, y no suponer que me voy a morir de curiosidad. —Se inclinó hacia adelante y extendió los brazos, agrandando el jersey azul holgado—. Venga, cuéntamelo. ¿Qué cono ocurrió? ¿Celebrasteis algo o tuvisteis alguna pelea?

—Ni una cosa ni la otra —replicó Bunting.

Herko se puso las manos en las caderas y movió la cabeza, suplicándole en silencio que le contara más detalles de la historia.

—Bueno, estuve en otro sitio —contestó Bunting.

—Es evidente. Está más claro que el agua que anoche no fuiste a dormir a casa.

—Y no estuve con ella —contestó Bunting.

Herko gritó con entusiasmo, cerró el puño y sacudió el brazo con el codo doblado.

—¡Tralarí, tralará, Bunting tiene una buena racha!

Bunting vio nuevamente a sus padres de pie delante de su casa destartalada como la pareja de *Gótico americano,* su padre a punto de pronunciar alguna crueldad trivial y su madre prácticamente retorciéndose de preocupación. Bunting se dio cuenta de que eran insignificantes, como muñecos.

—He estado saliendo con un par de chicas nuevas. Pero sólo de vez en cuando.

—Un par de chicas nuevas… —repitió Herko.

—Dos o tres. En realidad tres.

—¿Y Verónica que dice a todo esto? ¿Lo sabe por lo menos?

—La relación entre Verónica y yo se está enfriando un poco. Nos estamos distanciando. Probablemente ella también sale con otros tipos, aunque afirma que no.

Bunting, a quien se le ocurrieron fácilmente aquellas mentiras, apoyó la barbilla en la palma de la mano y miró fijamente a los ojos brillantes de Frank Herko.

—Supongo que me estaba empezando a cansar, o algo por el estilo. Me apetece cambiar un poco. Uno necesita cosas nuevas.

—No quieres caer en la monotonía —replicó Herko rápidamente—. Uno cae en la monotonía si sale siempre con la misma persona.

—A Verónica siempre le ha resultado difícil relajarse. La gente como ella

no afloja el ritmo ni toma las cosas con tranquilidad. Siempre están pensando en ir hacia adelante, en la forma de ganar más dinero, en conseguir una posición mejor.

—No creía que Verónica fuera así —contestó Herko. Se había forjado una imagen muy distinta de la novia de Bunting.

—Incluso yo he tardado mucho tiempo en darme cuenta. Cuesta admitirlo. —Se encogió de hombros—. Pero en cuanto empiece a mirar a su alrededor, encontrará a alguien que le pueda interesar más. Eso no quiere decir que ya no nos queremos, pero...

—No funcionaba, eso es evidente —añadió Herko—. Ella no era la persona apropiada para tí, no tenía los mismos valores, era algo que nunca hubiera podido acabar bien. Estás haciendo lo correcto. Además, sales y te diviertes, ¿no es así? ¿Qué más quieres?

—Lo que quiero es que se me vaya el dolor de cabeza —contestó Bunting. Había ido desapareciendo el efecto de borrachera, y al mismo tiempo la sensación de que estaba habitando un cuerpo extraño.

—¡Pero hombre, por qué no lo has dicho! —exclamó Herko, y se metió en su cubículo.

Bunting podía ver la parte superior de la cabeza de Herko flotando hacia atrás y hacia adelante como un peluquín, por encima de la mampara divisoria. Se oyeron cajones que se abrían y cerraban. Herko regresó casi al instante con dos aspirinas que colocó encima de la mesa de Bunting antes de salir a buscar agua fresca. Bunting estaba sentado tan tieso como un miembro de la familia real. Herko regresó con un vaso de papel rebosante de agua justo en el momento en que entraba la mujer con una caja de cartón que contenía los encargos que le habían hecho para la tienda de comestibles.

—Danos nuestro menú de cuatro estrellas y déjanos solos —dijo Herko.

Desenvolvieron los bocadillos y empezaron a comer. Herko dirigía miradas inoportunas y anhelantes al otro hombre. Bunting comía con remilgos deliberados y Herko masticaba ruidosamente. Se produjo un largo silencio.

—Este bocadillo está muy bueno —dijo finalmente Bunting.

—Sí, sí —respondió Herko—. En estos momentos incluso Alpo te parecería bueno. ¿Qué hay de la chica? Dime algo sobre ella.

—¿Sobre Carol?

—¡Pero qué rollo te traes! ¿Es que te crees que conozco a esa chica? Cuéntame algo sobre ella: dónde la has conocido, cuántos años tiene, cómo se gana la vida, si tiene buenas piernas y buenas tetas, ya sabes, todo eso.

Bunting masticaba deliberadamente despacio, sin dejar de mirar a Herko. Aquel hombre más joven parecía un cachorro grande y peludo.

—La conocí en una galería de arte.

—Estás hecho un demonio.

—Pasaba por allí delante y cuando miré por la ventana la vi sentada detrás de una mesa. Al día siguiente, cuando pasé de nuevo, ella estaba otra vez allí así que entré y me di una vuelta, haciendo ver que miraba los cuadros. Empecé a hablar con ella, acudí con asiduidad a la galería, y después de un tiempo le pedí que saliera conmigo.

—Estas chicas de las galerías de arte son increíbles —comentó Herko—. Ésa es la razón por la que trabajan en galerías de arte. Un cardo borriquero

no puede estar vendiendo cuadros hermosos, ¿verdad?

Sacudió la cabeza. De su bocadillo rezumaba un líquido blancuzco que caía sobre el grueso papel blanco, y le quedaron adheridos algunos restos del líquido en la comisura de los labios.

—¿Sabes lo que eres, Bunting? Eres un arma secreta. —Le resbaló un poco más de líquido blancuzco por los labios—. Eres un condenado silo de misiles.

—Carol es más de mi estilo, eso es todo —replicó Bunting. Aquella descripción le excitaba secretamente—. Es una persona más artística, no tan enfrascada en su carrera profesional y todo eso. Está dispuesta a centrar más su interés en mí.

—Lo que significa que es cien veces mejor en el catre, ¿quizá me equivoco?

—Bueno —respondió Bunting, pensando vagamente que después de todo Verónica era muy buena en la cama.

—Es evidente, es algo que se ve a la legua —comentó Herko—. No tienes ni que decírmelo.

Bunting se encogió de hombros.

—¿Cómo se apellida?

—Even —le contestó Bunting—, Carol Even. Es un apellido inglés.

—Al menos el inglés es su lengua materna. Ella es un producto de tu propia cultura. Desde luego ésa es más tu tipo que una máquina suiza de hacer dinero. Cuéntame cosas de las otras dos chicas.

—Bueno, ya sabes —contestó Bunting, bebiendo un sorbo de café Styrofoam—. Nada especial.

—¿Todas trabajan en galerías de arte? ¿Te las tiras a todas al mismo tiempo, o de una en una? ¿Adonde vais? ¿A clubs? ¿Conciertos? ¿O sólo las invitas a tu casa para tener una agradable charla sentimental? —Mientras hablaba masticaba con avidez, balanceando la mano que le quedaba libre. Tenía la boca llena de una pasta rosada, una masa de carne asada, mayonesa y pan integral—. Estás loco, Bunting, estás como una cabra. Siempre lo he sabido. Supe que estabas chiflado desde el primer momento en que entraste aquí. Puedes engañar a todas esas carrozas con tus trajes elegantes, pero yo puedo ver tus colmillos, amigo mío, y son colmillos largos, muy largos. —Herko se tragó la comida que tenía en la boca y le guiñó un ojo.

—Te has dado cuenta, ¿eh?

—Desde el primer momento. Colmillos largos, amigo mío. Ahora háblame de las otras mujeres. —Reprimió un eructo—. Continúa, sólo nos quedan unos minutos.

La comida finalizó veinte minutos más tarde y el día prosiguió. Aunque Bunting se sentía cansado, había recuperado su extraño entusiasmo, un entusiasmo que parecía la liberación de alguna pesada y dolorosa responsabilidad. Y mientras sus dedos se movían por el teclado de su ordenador, pensaba en las mujeres que había descrito a Frank Herko. Imágenes de los nuevos y maravillosos biberones situados en su habitación fluían hacia adentro y hacia afuera de sus fantasías.

Se dio cuenta de que estaba cometiendo una cantidad increíble de errores de máquina.

Hacia el final de la tarde, la cabeza de Herko apareció por encima de la mampara divisoria que separaba los dos cubículos.

—¿Cómo va?

—Despacio —replicó Bunting.

—Olvídate de eso, todavía estás convaleciente. Oye, tengo una gran idea. Ya no sales con Verónica, ¿verdad?

—Yo no he dicho eso —replicó Bunting.

—Tú ya sabes lo que quiero decir. En principio eres un hombre libre, ¿no es verdad? Mi novia Lindy tiene una amiga, Marty, que desea salir con alguien nuevo. Marty es una gran chica. Te gustará. Te lo prometo. Si yo pudiera saldría con ella, pero Lindy me mataría si lo hiciera. No es broma, no te iba a engañar en una cosa así. Creo que te gustaría mucho y que te lo pasarías muy bien con ella, y si todo funciona, y no veo por qué no ha de funcionar, podríamos salir los cuatro a alguna parte.

—¿Marty? —preguntó Bunting—. ¿Quieres que salga con alguien que se llama Marty?

Frank soltó una risita tonta.

—Oye, de verdad que es guapa, no te pongas así conmigo. De hecho la idea ha sido de Lindy. Supongo que le hablé de ti y ella pensó que podías ser un buen tipo, ya sabes, así que cuando su amiga Marty empezó a decir que si esto que si aquello, que si había roto con un tío, ella me preguntó si tú podrías salir con ella. Yo le dije «de ninguna manera, ese tipo ya está liado». Pero ya que. te has desmadrado, deberías probar con Marty. No estoy bromeando.

No bromeaba. Su cabeza parecía incluso más grande que de costumbre, su barba daba la impresión de estar a punto de saltar fuera de su piel, su cabello surgía espumeante de su cuero cabelludo y los ojos se le salían de las órbitas. Bunting tuvo una imagen breve e inquietante de cómo se podía sentir una chica defendiéndose de toda esta insistente energía masculina.

—Lo pensaré —replicó.

—Estupendo. Tengo tu número de teléfono, ¿verdad?

Bunting no recordaba haber dado a Herko su número de teléfono —raramente lo daba a alguien—, pero se lo recitó a la cabeza ansiosa que le miraba desde arriba y que desapareció tras la mampara divisoria para anotar el número. La cabeza reapareció un momento después.

—¡No te arrepentirás, te lo prometo! —Herko volvió a desaparecer por detrás de la mampara divisoria.

Bunting se quedó helado.

—Espera un segundo. ¿Qué vas a hacer? —Sentía que su corazón se disparaba.

—¿Qué te crees que voy a hacer? —dijo Herko por encima de la mampara divisoria.

—¡No puedes dar mi número a nadie! —Bunting percibió que su voz subía de volumen hasta convertirse en un lamento chillón, y se dio cuenta de que todo el mundo que estaba en el departamento de introducción de datos también lo había oído.

La mitad superior del cuerpo de Herko apareció por la puerta del cubículo de Bunting. Tenía el ceño fruncido.

—Oye, ¿acaso te he dicho que le iba a dar a alguien tu número de

teléfono?

—Bueno, no lo hagas —replicó Bunting. Se sentía como si unos segundos antes le hubiera caído un rayo encima. Miró sus manos y vio que habían cobrado un tono rojo langosta salpicado con manchas blancas; tal vez el cuerpo lo tenía igual.

—Me vas hacer cabrear, cono. Ya deberías saber que te puedes fiar de mí. Yo no soy un plasta, Bunting. Estoy tratando de hacerte un favor.

Bunting miró hacia el teclado con furia.

—Me estoy empezando a mosquear —dijo Herko en voz baja y tranquila.

—De acuerdo, me fío de ti —rectificó Bunting, y continuó mirando fijamente al teclado hasta que Herko hubo regresado a su cubículo.

Al finalizar el día, Bunting se marchó rápidamente de la oficina y bajó por la escalera para no tener que esperar el ascensor. Cuando llegó a la planta baja notó que se estaban abriendo simultáneamente dos ascensores a su derecha y se apresuró hacia la puerta, temiendo que alguien lo llamara. Bunting cruzó la puerta y caminó rápidamente en dirección a la esquina, donde al girar entró en una calle transversal que se encontraba a la sombra. Sacó las gafas de sol del bolsillo y se las puso. Los desconocidos pasaban por su lado, e incluso las tiendas de alfombras orientales y los restaurantes hindúes alineados a lo largo de la calle parecían intercambiables y anónimos. Redujo el paso. Cayó en la cuenta de que sin pretenderlo conscientemente se estaba alejando de la parada del autobús. Bunting tuvo una intensa sensación de que estaba huyendo de algo, aunque no sabía a ciencia cierta de qué. Todo era una ilusión: no había nada de qué huir. ¿De Herko? La idea era absurda. Él no tenía por qué huir del peludo y ruidoso Frank Herko.

Bunting se puso a deambular sin prisa, demasiado cansado para volver a pie a su casa, pero consciente de una nueva dimensión, una expectación que anticipaba algo en su vida, que hacía que resultara agradable caminar por aquella calle transversal.

Atravesó Broadway y continuó andando, pensando que incluso podría buscar un metro que lo llevara a la parte alta de la ciudad. Bunting sólo había cogido el metro una vez, poco después de llegar a Nueva York, y en el vagón caluroso y abarrotado de gente se había sentido en peligro de muerte. Cada centímetro de las paredes estaba lleno de pintadas de lunáticos; todos los hombres que viajaban en el metro parecían atracadores. Pero Frank Herko cogía el metro cada día en Brooklyn. Según los periódicos, había desaparecido todo el graffiti del metro. Bunting había vivido en Nueva York durante diez años sin que le hubieran atracado; siempre caminaba solo por calles oscuras, así que el metro no tenía por qué resultarle tan amenazador. Y además era mucho más veloz que el autobús.

Bunting entró en una estación del metro mientras se hacía estas reflexiones y se detuvo para echar una ojeada. Unas escaleras descendentes conducían a una zona oscura, llena de humo y ruido ensordecedor. En la parte superior de las escaleras inmundas olía a tigre, olía a las partes íntimas de la gente.

Bunting se erizó como un gato y empezó a caminar en dirección oeste, para dirigirse a la Octava Avenida. Pero de repente se sintió tan mal que estuvo a punto parar un taxi y gastarse cinco dólares para que lo llevara

hasta casa. Se acordó de que Frank Herko y su amiga Lindy iban a prepararle una cita con una chica llamada Marty, y que posiblemente éste había sido el placer indefinido que le había puesto de buen humor unos minutos antes.

Nada de esto le parecía bien; en conjunto, la idea era una pesadilla grotesca.

¿Pero por qué la idea de una cita le habría de parecer grotesca? Él era un hombre bien vestido, con un trabajo estable. Tenía un aspecto correcto, realmente correcto. Hay gente peor que ha tenido millones de citas. Sobre todo Verónica le había proporcionado una especie de historia, un nivel de experiencia que ningún otro trabajador de Data podría ni soñar. Había pasado cientos de horas hablando con Verónica en los restaurantes, y cientos más en los aviones. Había viajado a Suiza y se había hospedado en lujosos hoteles.

Bunting se dio cuenta de que si algo ocurría en la mente, había ocurrido realmente; se conservaba una memoria del hecho y se podía hablar sobre ello. Le cambiaba a uno como sucedía con un acontecimiento del mundo real. A la larga existía muy poca diferencia entre lo que ocurría en la realidad y lo que inventaba la mente, porque en ambas cosas habitaba una realidad. Él había sido el amante de una sofisticada suiza llamada Verónica, y con toda seguridad podría desenvolverse en una cita con una desaliñada conocida de Frank Herko llamada Marty.

En realidad, él podía verla, podía imaginársela. Su nombre y su amistad con Frank evocaban a una chica bajita, de cabello oscuro, poco exigente, a quien le gustaba pasar buenos ratos. Sería relativamente guapa, usaría minifaldas y jerseys de angora e iría mucho al cine. Su buen corazón compensaría su ocasional tosquedad. Bunting le iba a parecer un aristócrata, distante, irónico, un hombre sofisticado de más edad.

Él podría invitarla a salir una vez, en un futuro indeterminado. Las diferencias entre ellos hablarían por sí mismas, y él y Marty se separarían con una mezcla de arrepentimiento y alivio. Ése era el escenario infinitamente aplazable que había revoloteado sobre él con tan deliciosa vaguedad.

Bunting torció hacia arriba en la Octava Avenida, sonriendo para sí. Cuando se dio cuenta de que estaba pasando por delante de un drugstore entró y recorrió los pasillos hasta que llegó a una extensa exposición de biberones. Allí, al lado de las tres clases de Evenflo y de Playtex colgaban biberones de los que nunca había oído hablar —no eran burdos Prentiss sino biberoncitos azules regordetes con dibujos, banderas y ositos de felpa, toda una serie nueva de biberones fabricados por una empresa llamada Ama. Bunting se dio cuenta al instante de que Ama era una empresa maravillosa. La sede estaba en Florida, y poseía inventiva y una sensibilidad luminosa propia de Florida. Bunting empezó cogiendo los biberones y terminó por llevarse todos los que le cupieron en el brazo hasta el mostrador.

—¿Cuántos bebés tiene usted? —le preguntó la joven cajera.

—Son para un proyecto —contestó Bunting.

—¿Como una colección? —le preguntó ella. Su cabeza se inclinó de forma armoniosa en la luz polvorienta que entraba por los enormes cristales del escaparate de la Octava Avenida.

—Sí, como una colección —le respondió Bunting—. Exacto —añadió, sonriendo a la joven de cabello espeso y ojos perplejos.

Al salir del drugstore se situó en el bordillo de la acera y alzó una mano para llamar a un taxi. Con la misma sensación de superioridad que le acompañaba cuando iba a comprar sus espléndidos trajes, volvió a su apartamento en un taxi maloliente, destartalado, con los asientos traseros raídos, derrochando cincuenta centavos más cada vez que el contador corría un paso.

4

Aquella noche cenó un plato Lean Cuisine calentado en el microondas y dividió su atención entre las noticias de la televisión y la colección de biberones recién lavados que había colocado a ambos lados de la tele. Las noticias parecían repetitivas y anticuadas; los biberones, variopintos y flamantes. Las noticias versaban sobre hechos ocurridos previamente: los mismos asesinatos, explosiones, declaraciones y manifestaciones que el día anterior, que hacía dos días, una semana, un mes, pero los biberones existían ahora, sin precedente y extraordinarios. Las noticias eran rutinarias; los biberones poseían algo maravilloso. Le resultaba muy difícil apartar su mirada de los biberones.

¿Cuántos biberones, pensó, se necesitarían para llenar toda la mesa? ¿Y para llenar la cama?

Por un instante vio su habitación festoneada, atiborrada de biberones cilíndricos de cristal y de plástico: una pared cubierta de biberones azules, otra de biberones amarillos, un caminito tortuoso entre los biberones situados en el suelo, un almohadón blandito de biberones con tetinas sobre su cama. Bunting sonrió mientras masticaba el pavo. Tomó un sorbo de borgoña español de uno de los nuevos biberones de cristal Evenflo.

Después de tirar la bandeja de Lean Cuisine a la basura y de depositar la vajilla plateada en la fregadera, lavó el biberón, enjuagó la tetina y los colocó en el escurreplatos. Puso agua a calentar en una tetera, dos cucharaditas de café soluble en uno de sus biberones nuevos, y le añadió agua hirviendo y leche fría antes de enroscar la tetina. Vertió un chorro generoso de coñac dentro de otro de los biberones nuevos, un pequeño Ama regordete, rosado y de aspecto bondadoso, y se llevó los dos biberones a la cama junto con un bolígrafo y una libreta.

Bebió café y luego coñac, y dejó que el pequeño y rosado Ama colgara de su boca mientras escribía.

Queridos mamá y papá:

> *Han sucedido unas cuantas novedades sobre las que quisiera hablaros. Hace algún tiempo que Verónica y yo hemos empezado a tener problemas, de los que no os he dicho nada para no preocuparos. Supongo que todo se debe a que me sentía algo así como asfixiado por nuestra relación. Esto ha sido muy duro para*

los dos, después de todo el tiempo que hemos estado juntos, pero finalmente la cosa se ha resuelto y ahora Verónica y yo sólo somos amigos algo distanciados. Por supuesto que ha sido doloroso, pero creo que mi libertad valía ese precio.

últimamente he estado saliendo con una chica llamada Carol, una chica estupenda de verdad, ha conocí en la galería de arte donde ella trabaja, y desde el primer momento congeniamos perfectamente. Carol hace que me sienta querido y atendido. Yo la amo, pero no voy a cometer el error de atarme tan pronto, despues de mi ruptura con Verónica. También salgo con otras dos chicas maravillosas. En las próximas cartas os hablaré de ellas.

Desgraciadamente no podré ir por Navidad, porque Nueva York cada vez se está poniendo más caro, el alquiler del apartamento ha subido de una forma astronómica...

Si nadie oye cómo el árbol cae en el bosque, ¿hace algún ruido?

¿Puede oír el aire?

Cuando Bunting concluyó la carta, la dobló y la introdujo en el interior de un sobre y la dejó aparte para echarla al correo por la mañana. Faltaban dos horas para irse a dormir. Se quitó la americana, se aflojó la corbata y se descalzó. Pensó en Verónica sentada en el borde de la cama, en un apartamento del lado este de la ciudad. A su lado tenía un teléfono Merlin con un cordón largo. Los ojos de Verónica eran oscuros y penetrantes, y una profunda linea vertical entre sus cejas espesas y duras le dividía la frente. Bunting se dio cuenta por primera vez de lo flacas que tenía las pantorrillas y de que las bolsas de debajo de sus ojos eran de un tono más oscuro que el resto de su rostro. Verónica había envejecido sin que él se hubiera dado cuenta. Se había ido endureciendo y secando como algo abandonado al sol. De repente pensó que él siempre había sido poco adecuado para ella, y que ésa era la razón por la que ella lo había elegido. En su vida personal ella planteaba situaciones destinadas al fracaso desde un principio.

Había pasado muchos años «con» Verónica, pero hasta ahora no había sido consciente de todo ello.

Él había sido un actor en un drama psíquico y no había hecho otra cosa que representar su papel.

Se dio cuenta de que Verónica lo había introducido delibera-mente en un estilo de vida que él no podía permitirse, para después privarle de él. Si no hubiera roto con ella, tarde o temprano ella lo hubiera dejado. Verónica era un caso patético. Aquellos guiños de ojo y las exhibiciones fugaces de sus piernas en las reuniones de trabajo eran simplemente aspectos de un plan más amplio, diseñado inconscientemente para abandonarlo lleno de dolor. Sin Bunting, ella encontraría a otro, un joven poeta empobrecido, por ejemplo, y volvería a hacer todas las cosas que había hecho con él, cenas en el Ganso Azul y viajes a Suiza en primera clase (Bunting no le había contado a sus padres lo de los viajes a Suiza en primera clase), butacas de platea en Broadway, hasta que algo retorcido dentro de ella le obligase a plantarlo.

Bunting sintió una especie de... temor. Él conocía a alguien parecido.

Lavó el Evenflo, volvió a llenar el biberoncito rosa con coñac, cogió su novela y regresó a la cama para leer. Se retorció un momento encima de las

sábanas hasta que encontró una posición cómoda. Succionó un poco de coñac y abrió el libro.

Las letras impresas se agolpaban para reunirse con él, y al instante se encontró cabalgando a lomos de un caballito gris y veloz llamado Shorty, mirando hacia abajo desde la empinada ladera de una colina, donde había una manada de búfalos pastando. Por encima de él se extendía un cielo enorme casi sin nubes. Hacia adelante, tan lejos que resultaban incoloras y desdibujadas, una hilera desigual de montañas se *alzaba* por encima de la llanura amarilla. Shorty empezó a descender la colina, y Bunting observó que llevaba zahones de cuero manchados sobre los pantalones, una camisa azul oscuro, un chaleco de piel de oveja y botas marrones cubiertas de barro, con espuelas deslustradas. En las pistoleras situadas encima de sus caderas había introducido dos biberones con las tetinas hacia abajo, y desde la perilla de la silla de montar colgaba un rifle dentro de una vaina. Los músculos de Shorty se movían bajo sus piernas, y a Bunting le llegó de pronto un intenso olor a caballo que desapareció poco después dentro de una oleada de olores frescos y vivos que procedían de toda la panorámica que se extendía ante sus ojos. Dominaba un fuerte olor a hierba, más intenso que el olor penetrante de los búfalos. Desde mucha distancia, Bunting percibía un olor a agua fresca. En dirección este, alguien estaba quemando césped seco en una chimenea. La fuerza y la intensidad de estos olores casi le hicieron caer del caballo, y Shorty se detuvo, y se volvió para mirarlo con sus grandes ojos de color marrón claro. Bunting sonrió y espoleó a Shorty, y el caballo continuó descendiendo tranquilamente por la colina, y tanto a su alrededor como en su interior percibía la asombrosa frescura del aire. Era el aire normal de este mundo, el aire que él conocía.

Shorty alcanzó la falda de la colina y empezó a marchar despacio bordeando la gran manada de búfalos. Quería ir al galope, pasar por entre los búfalos y separarlos, y Bunting tiró de las riendas. La piel de Shorty se estremeció, y Bunting sintió los pelos cortos y ásperos rozando contra los zahones. Era importante actuar lentamente y colocarse a una distancia adecuada para disparar antes de que los búfalos se dispersaran. Unas cuantas cabezas enormes y barbudas se aproximaron a Bunting y Shorty mientras se desplazaban con dificultad hacia la cabeza de la manada. Una de las hembras dio un bufido y se dirigió hacia el centro de la manada, y los animales gruñeron y se apartaron para dejarle paso. Bunting desenvainó su rifle, comprobó si estaba bien cargado y lo colocó sobre sus rodillas. En cada uno de los bolsillos del chaleco de piel de oveja tenía seis balas de repuesto.

Shorty estaba en aquel momento pasando lentamente por delante de la *cabeza* de la manada, a unos cincuenta metros de los animales más próximos. Unos pocos búfalos lo observaban. Sus hocicos peludos humedecían la hierba. Cuando salió de su inmediato campo de visión, los búfalos acercaron de nuevo su hocico a la espesa hierba, sin volver la cabeza. Bunting continuó avanzando hasta que estuvo lo suficientemente lejos de la cabeza de la manada, y luego hizo dibujar un amplio círculo a Shorty por detrás de los búfalos.

La manada se apartó un poco. En ese momento los machos ya habían notado su presencia y lo observaban para ver qué iba a hacer. Bunting sabía que si se bajaba del caballo y se quedaba de pie bajo el sol durante unos

minutos, los machos se dirigirían hacia él, se colocarían a su lado y encontrarían en él el olor de todos los lugares donde había estado en su vida. Entonces, aquellos a los que les gustaran aquellos olores se quedarían merodeando por allí y los demás se alejarían un poco. Eso era lo que hacían los búfalos, y hasta cierto punto resultaba agradable si uno era capaz de soportar el mal olor.

Bunting preparó el rifle, y un macho grande levantó la cabeza y la sacudió como si tratara de librarse de una pesadilla.

Bunting hizo que Shorty siguiese avanzando en diagonal hacia el centro de la manada, y los búfalos empezaron a apartarse con mucha lentitud.

El macho grande que había estado contemplándolo parecía que acabase de despertar de su sueño y comenzó a avanzar hacia él. Bunting se hallaba a unos diez metros de distancia del macho grande y a unos veinte del grueso de la manada. No estaba demasiado mal; podría haber sido mejor, pero se podía conseguir.

Bunting levantó el rifle y apuntó al centro de la frente del macho grande. El búfalo se paró en seco y dejó escapar un profundo sonido de alarma que hizo agitarse a toda la manada. Fue como si un impulso eléctrico recorriera a la vez los cuerpos de todos los animales alineados ante Bunting. Éste apretó el gatillo y del rifle salió un estallido uniforme que se extendió por toda la amplia llanura cubierta de hierba. El macho grande cayó doblando sus rodillas delanteras, y luego se desplomó hacia un lado.

El resto de la manada huyó despavorido. Los búfalos corrieron hacia la colina y se dispersaron por toda la llanura. Bunting espoleó a Shorty para que se moviera y cabalgó por entre los búfalos disparando al mismo tiempo. Al instante cayeron otros dos y luego un tercero, que su caballo sorteó. Dos de los búfalos más veloces habían alcanzado la colina, y Bunting los derribó de sendos disparos. Volvió a cargar el rifle cuando una hilera de búfalos aterrorizados huyó de la colina para adentrarse más en la pradera. El jefe de la manada cayó rodando, y Shorty condujo a Bunting junto al segundo de la hilera. Bunting disparó al segundo búfalo en los ojos, y éste se desplomó. Bunting se dio la vuelta sobre la silla de montar y derribó a dos más que corrían con dificultad hacia el extremo opuesto de la infinita pradera.

La hierba estaba salpicada de sangre y el aire se había vuelto espeso con los lamentos de los animales moribundos y el zumbido de las moscas. Bunting también tenía las manos manchadas de sangre, y por los zahones le resbalaban largos chorretones de sangre. Continuó disparando hasta agotar la carga del rifle. Lo cargó de nuevo y volvió a disparar mientras Shorty arremetía contra los búfalos que huían en estampida, separándolos, y finalmente pensó que sólo habían logrado escapar algunos de los más rápidos. Por toda la pradera había cuerpos de búfalos muertos y moribundos, machos y hembras, como enormes sacos de lana marrón. Unos cuantos cachorros de búfalo que habían sido pisoteados en la estampida yacían aquí y allí entre la alta hierba.

Bunting se apeó de un salto y empezó a moverse por entre los búfalos tumbados boca abajo, abriendo en canal los vientres de los muertos. Una gran cantidad de vísceras de color púrpura y plateado salió de las cavidades de los cuerpos de los búfalos muertos, y los brazos de Bunting se iban manchando cada vez más de sangre seca. Finalmente llegó ante una hembra

joven que luchaba por levantarse. Sacó uno de los biberones de la funda, colocó el cañón del arma detrás del oído del animal y apretó el gatillo. La hembra dio una brusca sacudida hacia adelante, y su hocico húmedo fue a dar contra la hierba. Seguidamente, Bunting abrió el vientre del animal.

Arrancó la piel de la hembra y luego se acercó a otro animal. Logró despellejar a cuatro búfalos, la tercera parte de los que había matado, antes de que hubiera oscurecido demasiado para seguir trabajando. Sentía dolor en los brazos y en los hombros del esfuerzo de arrancar la piel gruesa de la carne sebosa de los animales. Toda la pradera estaba bañada en sangre y muerte. Bunting encendió una pequeña hoguera, desenrolló la manta para colocarla en el suelo y se tumbó para dormitar hasta la llegada de la mañana.

Entonces la pradera, la noche y los montones de animales muertos volvieron a la nada, convirtiéndose en un espacio en blanco, y la cabeza de Bunting dio una sacudida. Estaba tumbado en su cama y allí no había ninguna hoguera, y por unos momentos no acertó a comprender por qué no podía ver el firmamento. Le rodeaba un olor a espacio cerrado, mal ventilado, su propio olor y el de su habitación. Bunting volvió a mirar el libro y vio que había llegado al final de un capítulo. Movió la cabeza, se frotó el rostro y vio que llevaba puesta la camisa, la corbata y los pantalones de uno de sus trajes caros.

Habían pasado más de tres horas desde que se había puesto a leer *El cazador de búfalos.* Había estado leyendo un solo capítulo de una novela de Luke Short. El capítulo le había parecido incomparablemente más real que su propia vida. Ahora Bunting consideraba el libro como si fuera una bomba, un arma secreta; lo había secuestrado y alejado del mundo. Mientras había estado en el interior del libro, se había sentido más vivo que en cualquier otro momento del día.

Bunting no pudo evitar adentrarse de nuevo en el libro. Tenía la boca seca y el corazón le latía con tanta fuerza que la cama casi se movía. Levantó el libro y succionó coñac del biberoncito rosa para armarse de valor. El libro se abrió en una página que contenía las palabras CAPÍTULO TRES. Fijó su mirada en la primera línea impresa y leyó: «El sol lo despertó…» y en un instante se encontró tumbado en un lecho de espesa hierba al lado de una hoguera casi apagada y humeante. El caballo relinchaba suavemente. El sol, que ya calentaba bastante, penetró oblicuamente en sus ojos y lo deslumbró. Apartó la manta y se puso en pie. Sentía dolor en las caderas. Un espeso enjambre de moscas cubría los montones de vísceras. La sangre oscura resplandecía sobre la hierba y Bunting cerró los ojos, salió violentamente de la página y regresó a su propio cuerpo. Respiraba con dificultad. El mundo del libro parecía estar todavía presente, como si acabara de desaparecer en aquel momento, llamándolo.

Colocó el libro precipitadamente en el asiento de la silla y se levantó. La habitación se balanceó dos veces, de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, y Bunting extendió el brazo para recuperar el equilibrio. Se había perdido por el interior del libro sólo durante unas pocas horas pero se sentía como si hubiera pasado una noche entera durmiendo en una pradera ensangrentada, vigilando con inquietud la manada de búfalos masacrada. Dio la vuelta al libro de forma que su cubierta quedara boca abajo en la silla

y llevó el biberón a la cocina. Lo volvió a llenar de coñac y dio dos tragos largos antes de enroscar otra vez la tetina.

Lo que le había ocurrido era profundamente inquietante y al mismo tiempo seductoramente agradable. Era como si hubiera estado viajando hacia atrás en el tiempo, penetrando en otro cuerpo y en otra vida, y allí hubiera vivido con un grado de sensibilidad y apertura a los que no podía acceder en su vida cotidiana. De hecho, había sentido que aquello era mucho más real que su vida real. Bunting empezó a temblar de nuevo recordando la pureza y la frescura del aire, el contacto del pelo áspero de Shorty contra sus piernas, la forma en que el voluminoso búfalo macho se le había acercado lentamente cuando los otros habían empezado a alejarse: en ese mundo todas las cosas tenían una lógica. No se desperdiciaba ningún detalle porque cada detalle rebosaba de significado.

Volvió a beber coñac, preocupado por otra cosa que se le acababa de ocurrir.

Bunting ya había leído *El cazador de búfalos* tres o cuatro veces; poseía una pequeña estantería llena de novelas de misterio y del oeste que leía una y otra vez. Lo que le preocupaba era que en *El cazador de búfalos* no había una matanza de búfalos. Bunting podía recordar vagamente, no con detalle, unas pocas escenas en que el cazador cabalgaba entre los búfalos y los mataba, pero ninguna en la que los masacrara y se abriera camino por entre sus vísceras sanguinolentas.

Bunting dejó que el biberón colgara entre sus dientes, sujeto por la tetina, y miró alrededor en su pequeña habitación desordenada y atiborrada de trastos. Por un momento —tal vez ni siquiera una fracción de segundo—, su miseria habitual parecía temblar prometedora, como los labios de alguien a punto de narrar una historia. Bunting sintió una cierta esperanza inimaginable que luego se desvaneció de repente, tan de repente que apenas tuvo tiempo de dejar atrás el rastro de una curiosidad llena de asombro.

Se preguntaba si se atrevería a leer de nuevo *El cazador de búfalos,* y enseguida supo que no podría resistir la tentación de hacerlo. Leería unas cuantas horas más y luego saldría del libro y dormiría el tiempo suficiente.

Bunting se quitó el resto de la ropa y colgó su excelente traje. Se cepilló los dientes y dejó correr agua caliente sobre los platos en la fregadera para desanimar a las cucarachas. Luego apagó la luz de la lámpara del techo y de la otra lámpara, y se acostó. Su corazón volvía a latir alocado. Era él quien temblaba con una expectación casi sexual y se pasó la lengua por los labios mientras cogía el libro del abarrotado asiento de la silla. Se acurrucó entre las sábanas, dobló la almohada y finalmente abrió el libro de nuevo.

5

Fue leyendo sin descanso desde que se despertó por la mañana; cada vez que tenía que volver la página se ponía tenso. Despellejó a los búfalos, improvisó una especie de trineo para que Shorty arrastrara las pieles para venderlas a un comerciante sin escrúpulos, y fue víctima de una emboscada

en la que casi le matan para robarle el dinero. Bunting fue encarcelado pero se escapó, encontró a Shorty atado en un solar y durmió dos noches a la intemperie. Consiguió un trabajo como jornalero en un rancho, y allí pudo enterarse de que el comerciante sin escrúpulos en pieles era el amo de la ciudad; después de aquello Bunting mató a tiros a un hombre en una pelea, se escapó otra vez de la cárcel y robó sus pieles de un almacén cerrado, mató a dos hombres más en otra pelea con pistolas, se enfrentó al comerciante en pieles y le ofrecieron el puesto de sheriff de la ciudad, pero rechazó la oferta. Salió cabalgando de la ciudad hacia la ansiada libertad, y dos días más tarde estaba de nuevo contemplando a los búfalos que pastaban en una extensa llanura. Shorty empezó a trotar hacia ellos, moviéndose en ángulo para situarse por delante de la cabeza de la manada. Bunting palpó las municiones de repuesto que guardaba en los bolsillos de su chaleco de piel de oveja y desenfundó lentamente el rifle. Shorty sintió un tirón muscular en un flanco. Una hembra de búfalo lanuda irguió la cabeza y miró a Bunting sin alarmarse. Bunting sabía que algo estaba llegando al final, algún estilo de vida, algún relato fruto del destino intachable de lo que significaba estar vivo en aquel .momento. Una brisa fresca le hacía llegar el intenso olor de los búfalos, y la belleza pura y la precisión —una precisión formal, ineludible y exacta— de quién era y dónde estaba pasó a través de Bunting como la música, y cuando estaba llegando al último espacio en blanco, el más intenso y lleno de significado, no pudo reprimir su llanto por más tiempo.

Bunting dejó caer el libro de sus manos, ya de vuelta a un mundo empequeñecido. Experimentó una larga sensación de pura pérdida, de la que sólo conseguían distraerle el hambre atroz que sentía y ciertas necesidades físicas. Precisaba con urgencia ir al lavabo; se le habían dormido las piernas, le dolía el cuello, y las rodillas le crujían de dolor. Cuando finalmente se sentó en el retrete empezó a gritar: era como si se hubiera pasado días enteros sin moverse. Se dio cuenta de que estaba increíblemente sediento, y mientras se hallaba allí sentado hizo un esfuerzo por alcanzar la pila del lavabo, coger el vaso y llenarlo de agua. Se tragó el líquido, que descendió con dificultad por su garganta, abriéndose camino hacia el interior de su cuerpo. El mundo de Shorty, la interminable pradera verde y los búfalos pastando ya estaban nadando hacia atrás, como el sueño de una larga noche. Él se quedó atrás en su mundo más insignificante y menos elocuente.

Dejó correr el agua de la ducha y se metió dentro para remojar sus penas.

Después de secarse se dio cuenta de que había perdido la noción del tiempo. Ni siquiera estaba seguro de qué día era. Recordaba haber visto una oscuridad gris por las ventanas, de modo que probablemente pronto sería hora de ir a trabajar. Bunting se despertaba cada día a la misma hora, a las siete y media, y no necesitaba despertador. Pero ¿y si hubiera estado leyendo hasta muy entrada la noche y se hubiera emborrachado, como en la noche de su cumpleaños? ¿Había acabado realmente de leer el libro? ¿Había estado viviendo dentro del libro, como ahora le parecía? Eso significaría que no habría dormido en absoluto, aunque Bunting pensaba que había dormido, en hondonadas y en una cárcel pequeña, en un barracón, en la habitación trasera de una taberna y junto a una hoguera en una extensa pradera con millones de estrellas centelleando sobre su cabeza.

Se puso una camisa limpia, un traje a cuadros escoceses y un par de zapatos marrones viejos pero bien lustrados. Al colocarse el reloj se dio cuenta de que eran las seis y media. Había estado leyendo toda la noche, o la mayor parte de ella; supuso que habría dormido a ratos y soñado con ciertos pasajes del libro. El hambre acuciante le obligó a salir de la habitación cuando hubo acabado de vestirse, aunque aún le quedaba una hora de tiempo. Bunting pensó que podía ir otra vez andando al trabajo y llegar lo suficientemente pronto como para despachar todos los asuntos del lunes. Ahora que ya no estaba tan tenso, se sentía lleno de energía tanto física como mental, aunque en la superficie yacía una capa de cansancio como el que se siente después de realizar un ejercicio violento.

Parecía que el pasillo estaba más oscuro que de costumbre, y en el vestíbulo había dos adolescentes que se habían pasado toda la noche despiertos fumando crack y planeando fechorías, compartiendo un cigarrillo delgado liado a mano junto al helecho moribundo. Bunting pasó por entre ellos apresuradamente en dirección a la calle, que estaba sorprendentemente concurrida. Había recorrido ya medio camino en dirección al restaurante económico antes de que la visión de la multitud, la oscuridad y el ambiente de la ciudad en general se combinaran en su mente para hacerle llegar a la conclusión de que era de noche y no de día. Había transcurrido un día entero.

Antes de entrar en el restaurante compró un periódico, miró la fecha y descubrió que la situación era incluso peor de lo que se había imaginado. Era jueves y no martes, y no había salido del apartamento —ni siquiera de la cama— durante dos días y medio. Había vivido aproximadamente sesenta horas dentro de un libro.

Bunting entró en el restaurante iluminado. El cajero, quien en los últimos diez años lo había estado viendo por lo menos cuatro veces por semana, le dirigió una mirada extraña y llena de aprensión. Durante unos instantes el camarero pareció receloso de él. Luego el hombre lo reconoció, y su rostro fue relajándose. Bunting trató de sonreír y se dio cuenta de que todavía se le notaba la conmoción que había experimentado al ver que había perdido aquellas sesenta horas. Su sonrisa era como una máscara.

Bunting pidió una tortilla de queso fresco y una taza de café, y el camarero que servía en el mostrador se volvió hacia la máquina de café. Los titulares y las líneas impresas en negro parecían salirse del periódico que se hallaba doblado bajo el codo de Bunting y propagar las noticias en voz alta. Toda la luminosidad del restaurante se agitaba y repiqueteaba, como si quisiera decir: «Ten paciencia y espera, ten paciencia y espera», pero el hombre del mostrador se volvió con una taza blanca rebosante de café en la mano; la tinta se volvió a quedar quieta en el papel y la sensación de presagio y expectación se desvaneció en la superficie brillante y general de las cosas.

Bunting alzó la gruesa taza de porcelana. Su contorno estaba gastado de tanto utilizarla. Se hallaba ante un mostrador donde había comido miles de veces. La gente que le rodeaba poseía aquella combinación de anonimato y familiaridad que mejor representa la seguridad en la vida de la ciudad. Sin embargo, Bunting deseaba con todas sus fuerzas estar en su pequeña y abarrotada habitación, estirado sobre su cama sin hacer, con la tetina de un

biberón entre los dientes y un libro abierto entre sus manos. Si había una tierra prometida —una Tierra Prometida—, él había vivido en ella desde el lunes por la noche hasta el jueves al atardecer.

Todavía estaba conmocionado y se sentía atemorizado por la intensidad de lo que le había ocurrido, pero sabía mejor que nadie que su deseo era regresar allí.

La tortilla que le sirvieron estaba demasiado hecha y demasiado salada, pero Bunting la engulló tan apresuradamente que apenas la saboreó.

—Tenía hambre, ¿eh? —le dijo el camarero del mostrador, y le entregó la nota sin acercarse más de lo preciso.

Al salir del restaurante, Bunting se encontró inmerso en lo que a primera vista parecía una oscuridad completa salpicada aquí y allá por las farolas de la calle y los faros de los vehículos que descendían a toda velocidad por la parte alta de Broadway. Había luces rojas que se encendían y apagaban. Un policía fornido indicó a Bunting que se apartara hacia un lado, alejándolo de algún accidente que había ocurrido en mitad de la acera. Bunting miró hacia el lugar y vio el cuerpo de un hombre enroscado en el suelo, y el de otro tumbado boca abajo de una forma casi serena y con las manos esposadas. La mitad de la acera estaba cubierta por una capa de líquido negro y fluido. El policía se dirigió hacia él, y Bunting se alejó del lugar con rapidez.

Más sobresaltos, más alboroto: semblantes pálidos y feroces emergían de la oscuridad, y los vehículos pasaban a toda velocidad chirriando, tocando el claxon. El color rojo de los semáforos le ardía en los ojos. A su alrededor, por todas partes, había criaturas de otra especie, más animales, más instintivas, más brutales que él. Pasaban por su lado sin inmutarse, separando los labios y enseñando los dientes. Oyó pasos tras él e imaginó su propio cuerpo tendido sobre el cemento desportillado, con su cartera vacía flotando en un charco de su sangre. Se aceleraron las pisadas y un pánico blanco y helado se apoderó de su cuerpo. Se movió hacia un lado y de repente una mano se posó sobre su hombro.

Bunting dio un brinco, y una voz profunda dijo: —Espere un momento, por favor.

Bunting miró por encima de su hombro y vio una cara ancha y brutal llena de puntos negros —agujeraos llenos de oscuridad— y un bigote negro. Casi se desmayó.

—Sólo deseo hacerle unas preguntas, señor.

Bunting se percató del uniforme y al mismo tiempo de la mirada divertida en el rostro del policía.

—Usted acaba de salir del restaurante, ¿no es así?

Bunting asintió.

—¿Ha visto usted lo ocurrido?

—¿El qué?

—El tiroteo. ¿Ha visto usted el tiroteo?

Bunting se puso a temblar.

—Yo sólo he visto... —De repente se calló al darse cuenta de que iba a decir: «Me vi a mí mismo disparando a un hombre en un tiroteo, allí en el Oeste.» Miró frenéticamente hacia el restaurante. Había una docena de policías alrededor de una zona acordonada de la acera, y luces rojas girando

y lanzando destellos—. En realidad no he visto nada. Yo sólo he visto... —Hizo un gesto señalando hacia la gente.

El hombre asintió con aire de cansancio y cerró su bloc de notas con un chasquido desdeñoso e incrédulo.

—Ya —contestó—. Buenas noches.

—Yo no he visto... Yo no...

El policía ya se había alejado.

En el lado de la avenida donde se hallaba, el vestíbulo de su banco ofrecía acceso a las hileras de cajeros automáticos; al otro lado de la calle los escaparates del drugstore rebosaban de luz a través de una exposición de personajes de dibujos animados de peluche. Había un anuncio de cartón troquelado que representaba a una chica en bañador sosteniendo una cámara fotográfica. Bunting observó que el policía volvía a reunirse con sus colegas. Antes de que tuvieran ocasión de empezar a hablar de él, entró en el banco y sacó cien dólares de su cuenta corriente.

Al salir se dirigió hacia la esquina, cruzó la calle sin mirar los coches de policía que estaban alineados frente al restaurante y entró en el drugstore. Compró cien tubos de cola de pegar epoxi, y biberones y tetinas por valor de noventa dólares, los suficientes para llenar una caja grande. Transportó todo ello con torpeza a su casa, mirando por encima de la caja para ver por dónde iba.

Tuvo que dejar la caja en el suelo para apretar el botón del ascensor, y luego otra vez para entrar en su apartamento. Cuando por fin se encontró a salvo en su habitación, con el cerrojo de seguridad bloqueando la puerta, las luces encendidas y un pequeño biberón Ama de colores lleno de vodka en la mano, sintió que estaba regresando su verdadero yo, hecho jirones y destrozado por la pesadilla vivida en las calles. Salvo por la extraña expectación que le había invadido en el restaurante, todo lo que le había sucedido desde que se había visto obligado a salir de su habitación debido al hambre, le había hecho sentir como si le hubieran apaleado. Bunting ni siquiera recordaba haber comprado todos aquellos biberones y tetinas. Todo había sucedido en medio de un aturdimiento tenso y forzado.

Empezó a sacar los biberones de la enorme caja, y de vez en cuando se detenía para echar un trago de Popov frío del Ama. Cuando llegó a sesenta y cinco, vio que sólo le quedaba una hilera para llegar al fondo de la caja, e inmediatamente se arrepintió de no haber sacado otros cien dólares del cajero automático. Iba a necesitar al menos el doble de biberones si quería llevar a cabo su proyecto, a menos que los colocara más separados. Pero no deseaba ponerlos espaciados sino lo más juntos posible. Era esencial que estuvieran apretados unos contra otros; tenía que ser como una especie de manta.

Bunting pensó que aquella noche intentaría hacer tanto como pudiera con el material que tenía, y al día siguiente por la tarde sacaría más dinero del banco y vería hasta dónde llegaba con setenta u ochenta biberones más. Cuando acabara por la noche leería un rato, pero no *El cazador de búfalos* sino otra novela para comprobar si recuperaba el mismo estado de gracia increíble que había experimentado anteriormente.

Bunting no entendía por qué razón, pero lo que deseaba hacer con todos los biberones nuevos estaba relacionado con lo que le había ocurrido

cuando leyó la novela de Luke Short. Eso tenía que ver con... con la interioridad. Eso era la manera más aproximada para llegar a definir la conexión. Lo conducían hacia el interior, y en el interior era donde se hallaban todas las cosas importantes. Tuvo la impresión de que aunque todo su estilo de vida podía verse como una demostración de aquel principio, en realidad nunca había acertado a comprenderlo con anterioridad, nunca lo había visto claramente. Y pensó que esta percepción interior debió de ser lo que sintió acercarse hacia él en la cafetería: todo lo importante de su vida sucedía únicamente en aquella habitación.

Cuando hubo sacado todos los biberones de la caja, empezó a abrir los paquetes que contenían las tetinas y a enroscarlas en los biberones. Al acabar, abrió un tubo de pegamento epoxi y echó unas cuantas gotas sobre la base de uno de los biberones. Luego apretó con fuerza el biberón contra una pared vacía, en la esquina, hasta que quedó bien adherido a ella. Después se alejó unos pasos. El biberón con tetina rosa estaba pegado a la pared y sobresalía como una ilusión. Esta imagen le dejó sin aliento. El biberón parecía estar a punto de disparar o verter leche, jugo, agua, vodka o cualquier otra clase de líquido sobre quien se situara enfrente.

Echó unas gotas de epoxi sobre la base de otro biberón y lo colocó al lado mismo del primero.

Una hora y media más tarde había agotado los biberones nuevos y había conseguido forrar más de una tercera parte de la pared: biberones perfectamente alineados en sentido horizontal; con sus tetinas prominentes, avanzaban a lo largo de su superficie desde la entrada del hueco de la cocina hasta el marco de la puerta. Le dolían los brazos por el esfuerzo de apretar los biberones contra la pared, pero hubiera deseado terminar aquella pared y continuar con otra. Ahora ya resultaba hermosa, pero aún sería más hermosa cuando estuviera terminada.

Bunting se desperezó y bostezó, y fue a la fregadera a lavarse las manos. Un montón de cucarachas se dirigía a sus escondrijos, y Bunting decidió lavar los platos y los vasos apilados para evitar que las cucarachas empezaran a agolparse en el desagüe para salir de la fregadera. Mientras tenía las manos sumergidas en el agua jabonosa le asaltó un pensamiento muy inquietante. Desde que había comprado la caja de tetinas y biberones no había vuelto a pensar en que había perdido todo el martes, todo el miércoles y gran parte del jueves. ¿Y si la idea de cambiar radicalmente la decoración de su apartamento no era más que una reacción ante los días perdidos?

Sin embargo, aquél hubiera sido el punto de vista de otra clase de mente distinta de la suya. El mundo en el que iba cada día a trabajar y luego regresaba a su casa era el mundo de la vida pública. En aquel mundo, según la gente como su padre y Frank Herko, lo único importante era que uno «contara», «valiera tanto o cuanto», o no. Durante un segundo se imaginó a sí mismo renunciando por completo a aquel mundo superficial y sin valor alguno para convertirse en un Magallanes del mundo interior.

En ese momento sonó el teléfono. Bunting se secó las manos con el trapo grasiento de secar los platos, levantó el auricular y oyó a su padre que pronunciaba su nombre como si lo estuviera pulverizando. El corazón de Bunting se paró en seco. El mundo lo había oído. Esta sensación

desconcertante fue tan fuerte que le impidió comprender el significado de las primeras frases de su padre.

—¿Que se ha caído otra vez? —preguntó finalmente.

—Sí. ¿Es que estás sordo? Te lo acabo de decir.

—¿Se ha hecho daño?

—Como la otra vez —contestó su padre—. Pensaba simplemente que tenías que enterarte de estas cosas cuando ocurren.

—¿Pero se ha magullado? ¿Se ha hecho daño en la rodilla?

—No, esta vez se ha caído de cara, pero la rodilla continúa como antes. La lleva completamente vendada, ¿sabes?, y eso probablemente ha impedido que se destrozara la rodilla.

—¿Por qué se cae? —le preguntó Bunting—. ¿Y qué opina el médico?

__No lo sé, el médico apenas explica nada. El viernes la tengo que llevar para que le hagan algunas pruebas. Probablemente entonces encontrarán algo.

—¿Puedo hablar con ella?

—No, está en el sótano lavando ropa. Por eso he podido llamarte; tu madre no quería que te dijera lo que ha pasado. Ahora está con ese trasto para lavar la ropa, como siempre; lo utiliza dos o tres veces al día. Una vez la sorprendí bajando las escaleras con un trapo para los platos, iba a meterlo en la lavadora.

Bunting echó una mirada a su trapo sucio para los platos.

—¿Por qué hace...? ¿Qué es lo que trata de...?

—Se olvida de las cosas —replicó su padre—. Pura y simplemente. Se olvida.

—¿Quieres que vaya para allá? ¿Puedo hacer algo?

—Ya dejaste muy claro que te era imposible venir, Bobby. Recibimos tu carta sobre Verónica, Carol, el alquiler y todo eso. Nos dices que tienes una vida social muy activa, que tienes un trabajo estable, pero que no te sobra mucho dinero. Ésa es tu vida. Pero de todos modos, ¿qué podrías hacer?

—Creo que no mucho —replicó Bunting, sintiéndose herido y marginado con toda aquella letanía.

—Nada —añadió su padre—. Yo puedo encargarme de todo. Si hace la colada dos veces al día, ¿qué más da? A mí no me molesta. El médico nos ha dado hora para el viernes. ¿Pero qué nos va a decir? Tómeselo con calma, eso es todo, y nos costará treinta y cinco pavos oír cómo ese mamarracho le dice a tu madre que se lo tome con calma. Así pues, que sepamos, todo va bien. Sólo quería ponerte al día. Me alegro de haberte encontrado en casa. — Oh, claro. Yo también me...

—Porque debes de estar saliendo mucho estos días, ¿no? Incluso más de lo que tenías por costumbre, ¿no es así?

—No estoy seguro —replicó Bunting.

—Nunca he logrado sacarte una respuesta concreta, Bobby —le contestó su padre—. Algunas veces me pregunto si eres capaz de dar una. Te he estado llamando durante dos días y todo lo que contestas es «no estoy seguro». En fin, sigue enviándonos noticias tuyas.

Bunting prometió hacerlo, y su padre se aclaró la garganta y colgó sin decir realmente adiós.

Bunting permaneció sentado contemplando el auricular durante un

rato, apenas consciente de lo que estaba haciendo, sin pensar en nada y sin darse cuenta de que no estaba pensando. No podía recordar lo que estaba haciendo antes de que sonara el teléfono: se había sentido rebosante de orgullo, le parecía recordar, más hinchado que una rana. Se imaginó a su madre bajando a toda prisa la escalera que conducía al sótano en dirección a la lavadora, llevando en sus manos tan sólo un trapo para los platos. Su rostro magullado estaba contraído por la preocupación y le habían colocado una compresa gruesa en la rodilla sujeta con una venda Ace. Parecía tan desconsolada como si llevara un niño moribundo en brazos. La vio dejar caer el trapo en la lavadora, verter dentro una taza de Oxydol, cerrar la tapa y apretar el botón de arranque. ¿Y qué hizo después? ¿Se alejó satisfecha de haber colocado en su lugar un pequeño átomo del universo? ¿Subió arriba y miró a su alrededor buscando otro trapo para los platos, otro calcetín olvidado, un pañuelo?

¿Se habría caído dentro de casa?

Colocó nuevamente el auricular en su sitio y se levantó. Antes de darse cuenta de que tenía la intención de dirigirse allí, ya había atravesado la habitación y se había situado frente a las hileras de biberones. Extendió los brazos y se inclinó hacia adelante. Sintió que las tetinas de goma le presionaban la frente, los ojos cerrados, las mejillas, los hombros y el pecho. Volvió la cara hacia un lado, extendió los brazos y se apretó más contra las tetinas. Era algo así como acostarse sobre la cama de clavos de un faquir, pensó. Se estaba bastante bien. Mejor dicho, aquello no estaba nada mal. Le gustaba. Las tetinas eran más duras de lo que esperaba, pero no tanto como para producir dolor. No se movió ni un solo biberón; el epoxi los sujetaba a la pared. Nada podría despegar aquellos biberones de la pared excepto un soplete o un cortafrío. Bunting se sintió un poco atemorizado al contemplar su obra. Suspiró. «Ella se olvida de las cosas. Pura y simplemente.» Las tetinas duras y pequeñas apretaban ligeramente las palmas de sus manos. Empezó a sentirse mejor. La voz de su padre y la imagen de su madre lanzándose velozmente escaleras abajo para poner en la lavadora un solo trapo retrocedieron a una distancia prudencial. Se enderezó y pasó las manos por las hileras de tetinas, que se aplastaban al contacto con su piel y luego saltaban como un resorte para recuperar su posición. Al día siguiente iría al banco a sacar más dinero. Con otros cien o ciento cincuenta dólares podría terminar la pared.

De todos modos no podía ir a Battle Creek; sería una pérdida de tiempo. Su madre ya tenía hora concertada con el médico.

Se alejó de la pared. La imagen de la cama del faquir resurgió en su mente: clavos, sangre saliendo de la piel agujereada. Se liberó de la imagen tomando un trago largo de un Ama. El vodka le quemaba al descender por la garganta. Bunting se dio cuenta de que estaba ligeramente ebrio.

Aquella noche ya no podía hacer nada más; todavía le dolían los brazos y los hombros de pegar las botellas en la pared. Pondría un poco más de vodka en el Ama —otros dos centímetros y medio, lo suficiente para una hora de lectura— y se acostaría. Al día siguiente tenía que ir a trabajar.

Mientras colgaba la ropa que había usado aquel día, echó un vistazo a la hilera de libros, preguntándose si experimentaría otra vez sensaciones similares a las que había conseguido leyendo *El cazador de búfalos;* temía

que esta vez la lectura no fuera más que eso, una simple lectura.

Por otra parte también tenía miedo de que no lo fuera. ¿Quería penetrar en la madriguera del conejo cada vez que abría un libro?

Con la percha del traje en la mano, Bunting buscaba a tientas el perchero mientras contemplaba la hilera de libros. Finalmente se inclinó sobre el armario y colgó la percha para así poder mirar con libertad la hilera de libros. Había unos treinta o cuarenta, todos de bolsillo, y todos tenían al menos unos cinco o seis años. Algunos se remontaban a sus primeros días en Nueva York. Tenían las cubiertas medio dobladas, los lomos rotos y las páginas pulposas, como si hubieran estado sumergidas en una bañera. Casi la mitad eran novelas del Oeste, y muchas de ellas las había cogido en Battle Creek. La mayoría de las restantes eran de misterio. Finalmente seleccionó una de éstas: *La dama del lago,* de Raymond Chandler.

Sería un libro relativamente inofensivo para ver desde dentro: no era uno de aquellos libros en los que apalean, atiborran de medicamentos o encierran en un manicomio a Philip Marlowe. El lo había leído el año anterior y lo recordaba bastante bien. Podría ver si cambiaba algún detalle importante cuando hubiera entrado en el libro.

Bunting se cepilló cuidadosamente los dientes y se lavó la cara. Escudriñó a través de las persianas las deslustradas piedras marrones, preguntándose si alguna de las personas que vivían detrás de aquellas ventanas iluminadas habría sentido alguna vez algo similar a su expectación temerosa e impaciente.

Comprobó el nivel de la botella y apagó la otra lámpara. Luego la encendió otra vez y se sumergió en el armario para buscar el despertador que se había traído de Michigan pero que nunca había necesitado. Sacó el reloj de una bolsa que estaba detrás de los zapatos, lo programó para la hora que pensaba levantarse, apartó varias cosas de la silla situada junto a la cama para hacerle sitio y le dio cuerda. Después de poner el despertador para las siete y media, apagó la luz que estaba junto a la fregadera. Ahora la única luz encendida en su habitación era la lámpara de lectura situada en la cabecera de la cama. Apartó el cubrecama y la sábana con una ceremoniosidad casi formal y se metió en la cama. Dobló la almohada por la mitad y se la colocó detrás de la cabeza. Se pasó la lengua por los labios y abrió *La dama del lago* por el primer capítulo. Sentía latir la sangre en sus sienes, en las puntas de los dedos y en la nuca. La primera frase empezó a bailar ante sus ojos y se alejó del mundo real.

6

Casi todo era diferente: el aire lleno de nubes, los sonidos agudos y resonantes, la sensación de una gran tristeza. Él era más alto, estaba más despegado de sí mismo, y una de las mayores diferencias estribaba en que esta vez poseía una extensa memoria histórica, amplia e indagadora. Sabía que la ciudad que se extendía a su alrededor estaba cambiando, que el aire se hallaba mucho más contaminado que el aire puro y sano de la pradera en

la que pacían los búfalos, pero a pesar de todo era mucho más puro que el de la ciudad de Nueva York cuarenta y cinco años atrás: algún aspecto de sí mismo estaba familiarizado con un futuro en el que la violencia, la ignorancia y la codicia habían logrado ganar la batalla. Iba caminando por el centro de Los Ángeles y vio a unos obreros arrancando una acera de goma en el cruce de las calles Sexta y Olive. El mundo palpitaba dentro de él. Sus detalles precisos le instaban al conocimiento, y cuando entró en un edificio y se encontró de pronto en una oficina de la planta séptima, sus ojos confirmaron y desviaron aquel conocimiento al evaluar el flujo constante de detalles: puertas de doble cristal con bordes de platino, alfombras chinas, una vitrina con hileras de cremas, jabones y perfumes en cajas de fantasía. Un hombre llamado Kingsley quería que él encontrase a su madre. Kingsley era un hombre de semblante preocupado, de metro noventa de estatura, vestido elegantemente con un traje de franela gris a rayas anchas, y no dejaba de caminar arriba y abajo de la oficina mientras hablaba.

Su madre y su padrastro habían pasado la mayor parte del verano en su cabaña en las montañas, en Puma Point, y de repente dejó de recibir noticias de ellos.

—¿Cree usted que se fueron de la cabaña? —preguntó Bunting.

Kingsley asintió.

—¿Qué ha hecho usted al respecto?

—Nada. Nada en absoluto. Ni siquiera he subido allí arriba.

Kingsley esperaba que Bunting preguntase por qué, y Bunting se dio cuenta de la rabia y la impaciencia del hombre. Era como una pistola cargada y amartillada.

—¿Por qué? —preguntó.

Kingsley abrió un cajón del escritorio y sacó un telegrama. Se lo entregó a Bunting, quien lo desdobló ante la mirada indignada de Kingsley. El telegrama había sido enviado a Derace Kingsley, a una dirección de Beverly Hills, y decía lo siguiente:

ME DIVORCIO DE CHRIS STOP TENGO QUE ALEJARME DE
ÉL Y DE ESTA VIDA HORRIBLE STOP PROBABLEMENTE
PARA BIEN STOP BUENA SUERTE MAMÁ.

Cuando Bunting miró hacia arriba, Kingsley le entregó una fotografía mate de ocho por diez de un hombre y una mujer en traje de baño sentados en una playa bajo un parasol. La mujer, sonriente, era rubia y delgada, de unos sesenta años, todavía atractiva. Tenía el aspecto de una viuda guapa en un crucero de recreo. El hombre era un hermoso ejemplar de animal sin cerebro con una piel intensamente bronceada, cabello negro y fino, y hombros y piernas fuertes.

—Es mi madre —dijo Kingsley—. Crystal. Y Chris Lavery. Un antiguo gigoló. Es mi padrastro.

—¿Gigoló? —preguntó Bunting.

—De un montón de mujeres ricas. Mi madre fue la única que se casó con él. Es un hijo de puta, y entre nosotros nunca ha habido ni un ápice de amor.

Bunting preguntó si Lavery estaba en la cabaña.

—No se quedaría en ella ni un momento si mi madre no estuviera allí. Ni siquiera hay teléfono. Mi madre y él tienen una casa en Bay City. Le voy a dar la dirección.

En una hoja de papel rígido de las que tenía encima de su escritorio garabateó «Derace Kingsley, Compañía Gillerlain», y después la dobló por la mitad y se la entregó a Bunting como si se tratase de un secreto de estado.

—¿Se sorprendió usted de que su madre quisiera romper su matrimonio?

Kingsley estuvo considerando la pregunta mientras sacaba un puro de una caja de caoba y lo decapitaba con una guillotina plateada. Tardó un rato en encenderlo.

—Me sorprendió que quisiera casarse con él, pero no me sorprendió que tuviera la intención de librarse de él. Mi madre tiene su propio dinero, mucho dinero, de los negocios de petróleo de su familia, y siempre ha hecho lo que ha querido. Nunca imaginé que pudiera durar su matrimonio con Chris Lavery. Pero recibí este telegrama hace tres semanas y pensé que ya habría tenido noticias de ella hace tiempo. Hace dos días me llamaron de un hotel en San Bernardino para decirme que el Packard Clipper de mi madre estaba en el garaje del hotel desde hacía unas dos semanas, sin que nadie lo hubiera reclamado. Yo me imaginé que ella estaba fuera del estado, y les envié un cheque para recuperar el coche. Ayer me topé con Chris Lavery frente al Club de Atletismo y se comportó como si nada hubiera ocurrido, y cuando le expliqué lo que sabía lo negó todo y dijo que ella se estaba divirtiendo allí arriba, en la cabaña.

—Así que está allí... —dijo Bunting.

—Ese hijo de puta mentiría por puro placer. Pero todavía hay algo más: mi madre ha tenido problemas con la policía en algunas ocasiones.

En aquel momento el hombre parecía realmente incómodo, y Bunting intentó ayudarlo.

—¿Con la policía?

—Se lleva cosas de los grandes almacenes, sobre todo cuando ha tomado demasiado martinis a la hora de comer. Hemos tenido algunas escenas bastante desagradables en los despachos de algunos directores. Hasta ahora nadie ha presentado cargos contra ella, pero si le ocurriera algo en una ciudad extraña donde nadie la conoce...

Levantó las manos y las dejó caer sobre el escritorio.

—¿Le llamaría a usted si estuviera en apuros?

—Antes llamaría a Chris —confesó Kingsley—. O estaría demasiado avergonzada para llamar a nadie.

—Bueno, creo que podemos descartar la posibilidad del hurto en las tiendas —manifestó Bunting—. Si hubiera abandonado a su esposo y se hubiera metido en líos, probablemente la policía se habría puesto en contacto con usted.

Kingsley se sirvió una bebida para intentar ahogar sus preocupaciones.

—Usted me hace sentir mejor.

—Pero han podido ocurrir otras muchas cosas. Tal vez se haya escapado con otro hombre. Tal vez haya sufrido un repentino ataque de amnesia, tal vez se haya caído y se haya hecho daño y no pueda recordar ni su nombre ni dónde vive. Quizás esté metida en algún lío que no hemos

pensado. Quizás en algún asunto sucio.

—¡Por Dios, no diga eso! —suplicó Kingsley.

—Tiene usted que considerar todas las posibilidades —dijo Bunting—, absolutamente todas. Nunca se sabe lo que le puede pasar a una mujer de la edad de su madre. De repente muchas de ellas empiezan a comportarse de un modo extraño, créame, lo he visto millones de veces. Primero se ponen a lavar trapos de cocina en mitad de la noche. Se caen en los aparcamientos y se hacen daño en la cara. Se olvidan hasta de cómo se llaman.

Kingsley lo miró horrorizado. Bebió otro sorbo de su vaso.

—Cobro cien dólares al día y cien ahora para empezar —explicó Bunting.

Bunting condujo hasta la dirección de Bay City que la secretaria de Kingsley le había dado. El bungalow donde la madre de Kingsley había vivido con Chris Lavery se hallaba en el extremo de la V que formaba la parte interior de un gran cañón. Estaba construido hacia abajo, y la puerta principal se hallaba ligeramente por debajo del nivel de la calle. En el terrado había algunos muebles de jardín. Todas las habitaciones estaban en el sótano, y abajo de todo, como en el bolsillo de la esquina de una mesa de billar, se hallaba el garaje. Las piedras planas que conducían a la entrada principal estaban cubiertas de musgo coreano. En la puerta estrecha, bajo una reja metálica, había una aldaba de hierro.

Bunting golpeó la aldaba contra la puerta. Al no obtener respuesta, tocó el timbre. Luego volvió a martillear la puerta con la aldaba. Nadie acudió a abrir. Dio una vuelta a la casa y alzó la puerta del garaje hasta el nivel de los ojos. Dentro había un coche con laterales de color blanco. Regresó a la puerta principal.

Bunting tocó otra vez el timbre y aporreó la puerta, pensando que Chris Lavery podía estar dentro durmiendo la mona. Al no obtener respuesta, se movió frente a la puerta hacia adelante y hacia atrás, sin saber qué hacer a continuación. Tendría que conducir hasta el lago, de eso estaba seguro, pero tuvo la sensación de que iba a estar todo el día dentro del coche sin llegar a ninguna parte: en Puma Point se encontraría con otro edificio vacío, y se veía a sí mismo frente a otra puerta, golpeándola y llamando al timbre, pero nadie le iba a dejar entrar.

¿Cómo se había convertido en detective? ¿Qué es lo que le había impulsado a hacerlo? Ése era el misterio, y no el paradero de alguna estúpida ricachona que se había casado con un gigoló. Palpó el pequeño biberón rosa Ama situado en la pistolera de su sobaco para reconfortarse.

Bunting salió del porche y volvió a dar la vuelta a la casa hasta llegar al garaje. Abrió la puerta, entró y bajó la puerta tras él. El coche de laterales blancos era un gran descapotable deportivo que tragaba gasolina como si fuera vodka y que posiblemente alcanzaría los doscientos por hora en autopista. Bunting se dio cuenta de que si hubiese tenido la llave habría podido poner en marcha el motor, recostarse en el asiento, llevarse su querido biberón a la boca y dar un largo paseo. Podría haber puesto en práctica el largo adiós, aquel del que nunca se regresa.

Pero Bunting no tenía la llave del deportivo, y aunque la hubiera tenido,

había una tarjeta de negocios con una ametralladora en una esquina: tenía que investigar. Al fondo del garaje había una puerta de madera contrachapada que conducía a la casa. La puerta estaba cerrada con algo que el constructor había comprado en una tienda de baratijas, y Bunting estuvo dándole patadas a la puerta hasta que se rompió y abrió. El vestíbulo se llenó de trozos de madera y piezas metálicas. Bunting entró en la casa. Su corazón latía deprisa, y con una súbita lucidez mental pensó: «Ésta es la razón por la que soy detective.» No era sólo por la emoción sino por la sensación de descubrimiento inminente. La casa se extendía ante él como un corazón latiendo, y él estaba en un pasillo dentro de aquel corazón.

Le llegó de repente el olor cálido y semivelado de una mañana avanzada en una casa cerrada, junto al olor a Vat 69. Bunting empezó a caminar pasillo abajo. Echó un vistazo a una habitación de huéspedes con las persianas bajadas. Al final del pasillo entró en una habitación ostentosamente amueblada en la que había un galgo de cristal encima de una mesa grasienta con un espejo en su parte superior. En la cama deshecha había dos almohadas situadas una junto a la otra, y una toalla de color rosa con manchas de lápiz de labios colgando de la papelera. En una de las almohadas también había manchas de pintalabios rojo que parecían cuchilladas. En el aire flotaba el olor de un perfume fuerte y persistente.

Bunting se dirigió a la puerta del cuarto de baño y colocó la mano en el pomo.

No, no quería mirar en el cuarto de baño; de repente se dio cuenta de que le gustaría estar en una selva de Sumatra, en un casquete polar, o en cualquier otro sitio antes que en el lugar donde estaba. La mancha de lápiz de labios de la toalla goteó a la alfombra, y ésta adquirió un tono rojizo de masa pastosa. Miró hacia la cama y vio que la segunda almohada tenía un brillo rojo que había traspasado la sábana.

No, se dijo, otra vez no, por favor. Uno de ellos está ahí dentro, o tal vez los dos, y todo tendrá el aspecto de una carnicería, no quieres, no puedes, es demasiado...

Giró el pomo y abrió la puerta. Tenía los ojos casi cerrados. El suelo estaba lleno de bucles y salpicaduras de sangre. La cortina de la ducha también se hallaba ligeramente salpicada de sangre.

Sólo se trata de Bunting encontrando otro cadáver. «Un cadáver al día Bunting», le llaman.

Atravesó el suelo manchado de sangre y abrió la cortina de la ducha.

La bañera estaba vacía. En el fondo de la misma sólo había una capa espesa de sangre que se deslizaba lentamente hacia el desagüe. A través de las ventanas del cuarto de baño pudo oír el terrorífico tañido de una campana. Un espacio blanco de aire se llenó con el sonido de la campana. Bunting se tapó los oídos con las manos. Le dolían el cuello y la espalda. Quería huir del cuarto de baño, pero éste se había desvanecido convirtiéndose en un espacio blanco y vacío. No podía mover las piernas. El dolor tenía atrapado su cuerpo como el fuego de san Telmo, y empezó a lanzar quejidos. Cerró los ojos y los volvió a abrir para descubrir el recinto insoportable de su habitación y el despertador escandalizando.

Por un momento supo que las paredes de su habitación estaban manchadas con la sangre de alguien; dejó caer el libro y saltó de la cama,

jadeando de dolor y pánico. Las piernas no le respondieron y se cayó al suelo, tendido cuan largo era. Sus piernas gritaban, todo su cuerpo gritaba. No podía moverse. Empezó a dirigirse hacia la puerta, gimiendo, gritando y sólo paró al darse cuenta de que estaba de nuevo en su habitación. Estuvo tendido en la alfombra, jadeante, hasta que la sangre volvió a fluir por sus piernas y logró levantarse e ir al cuarto de baño. Lo pasó mal cuando se vio obligado a abrir la cortina de la ducha, pero ninguna de las numerosas manchas de los sanitarios y los azulejos era roja, y el agua caliente pronto le hizo volver a su vida cotidiana.

7

El siguiente acontecimiento significativo en la vida de Bunting ocurrió después de la extraña experiencia que se acaba de describir, como si se hubiera basado o inspirado en ella, y comenzó poco después de que saliese de casa para ir al trabajo. Tenía un ligero dolor de cabeza y le temblaban las manos. Mientras se hacía el nudo de la corbata le pareció que su cara había cambiado un poco de aspecto, y la culpa no era sólo de las bolsas descoloridas que tenía debajo de los ojos. Parecía que sus mejillas estaban hundidas, y su piel tenía una palidez que no parecía natural. Supuso que no había dormido en absoluto aquella noche. Parecía como si todavía estuviera contemplando la bañera llena de sangre.

Era como si le hubieran arrancado una capa de piel. Parecía más sensible a todos los ruidos y colores de la calle, más fuertes y vivos. Todo parecía estar más animado de lo normal: los coches que bajaban por la avenida, los hombres y las mujeres que caminaban a paso rápido por las aceras, los vagabundos harapientos con sus bolsas de papel. Incluso el polvo y los trozos de papel que arrastraba el viento parecían mensajes. Aunque nunca había sido del todo consciente de ello, Bunting siempre procuraba fijarse en la menor cantidad posible de cosas cuando se dirigía al trabajo. Se imaginaba a sí mismo en una burbuja transparente que le protegía de un dolor y una distracción innecesarias. Así era como se vivía en Nueva York: uno se movía por la ciudad envuelto en un sobre de barniz resistente. Un equipo de hombres con chaquetas gruesas y gorro color naranja estaban levantando la acera de cemento situada bajo el edificio en el que Bunting vivía, y el sonido de la taladradora le martilleó en los oídos. Durante un segundo el mundo tembló a su alrededor, y de repente él volvía a estar en la ciudad de Los Ángeles cuarenta años atrás, yendo a ver a un hombre llamado Derace Kingsley. Sintió un escalofrío y luego se acordó: en el primer párrafo de *La dama del lago* había visto obreros levantando una acera de goma.

De repente las nubes se separaron para dejar espacio a la luz del sol, que cayó sobre Bunting y sobre todo lo que tenía delante. Después el aire se oscureció.

El sonido de la taladradora cesó bruscamente y los obreros situados detrás de Bunting empezaron a gritar palabras confusas y urgentes. Habían

encontrado algo debajo de la acera, y puesto que Bunting tenía que alejarse de lo que habían encontrado, se dirigió rápidamente hacia la parada del autobús. Entonces se golpeó la cabeza contra una pared de agua; sin advertencia alguna, una lluvia espesa había empapado su ropa, su cabello, y todo y a todos los que se hallaban a su alrededor. El aire se oscureció en unos instantes, y el estallido de un fuerte trueno, seguido de cerca por un relámpago que iluminó la calle petrificada, amortiguó los gritos de los obreros. El relámpago hizo que el mundo se volviera blanco durante unos breves momentos eléctricos. Bunting no podía moverse. Su traje era un harapo mojado, y el pelo empapado le chorreaba por la cara. La tormenta repentina y el relámpago que iluminó el agua que resbalaba indiscriminadamente por el tejado de la marquesina de la parada del autobús, le hicieron salir disparado de su refugio. Por fin había sucedido lo que se había estado preparando durante días. De repente sintió que le habían lavado los ojos y que podía ver.

La gente lo empujaba al pasar frente a él para guarecerse en los portales o bajo la marquesina de la parada del autobús, pero él no podía ni quería moverse. Era como si toda su vida se hubiera abierto gloriosa ante él. Si hubiera podido moverse, se habría puesto de rodillas en señal de agradecimiento. Durante unos largos segundos después de que el relámpago se hubiera desvanecido, todo empezó a brillar y a arder rebosante de vida. Cada partícula del mundo estaba llena de vida: madera, metal, cristal o piel. Los coches, las bocas de incendio, los adoquines y las piedras machacadas de la calle, cada una de las gotas de lluvia, todo contenía la misma sustancia que también estaba dentro del propio Bunting, y esto era lo más significativo de sí mismo y de aquellas cosas. Si Bunting hubiera sido religioso habría pensado que había tenido una visión directa y sin intermediarios de Dios, pero como no lo era, su experiencia podía atribuirse a la santidad del propio mundo.

Todo esto ocurrió en unos pocos segundos, pero aquellos segundos estaban fuera del tiempo. Cuando la experiencia comenzó a desvanecerse y Bunting empezó a regresar de la eternidad hacia el tiempo real, se secó la mezcla de lluvia y lágrimas de la cara y empezó a caminar hacia la marquesina de la parada del autobús. Él también parecía haberse inundado. Se colocó bajo la marquesina. Algunas personas lo miraban de una forma extraña. Se preguntaba qué aspecto tendría; le parecía que podía estar ardiendo. Apareció el autobús en la oscuridad lluviosa de la avenida, dando sacudidas y avanzando a través de los baches como un transatlántico en el océano.

Se dio cuenta de que lo que le había ocurrido, lo que él ya estaba empezando a considerar «su experiencia» era similar a lo que sintió al entrar en *El cazador de búfalos.*

Suspiró ruidosamente y se secó los ojos. La gente que estaba más cerca de él se apartó.

8

Llegó a DataComCorp empapado e irritable, aunque no sabía por qué. Deseaba apartar a empujones a la gente que se cruzaba en su camino, vociferar a cualquiera que le entorpeciera el paso. Maldecía tener que llegar a la oficina con la ropa mojada. La verdad es que su malestar constituía sólo una mínima parte de su cólera. Bunting se sentía como si le hubieran obligado a estar encerrado en un lugar demasiado pequeño para él: había abandonado una mansión y regresaba a un cuchitril La visión de la mansión hizo que el cuchitril le pareciera insoportable. Salió disparado del ascensor y dirigió una mirada hostil a la recepcionista. Tan pronto como entró en su módulo de trabajo se quitó la chaqueta y la tiró sobre una silla. Se aflojó la corbata de un tirón y se frotó el cuello y la frente con su pañuelo humedecido. Dominado por una furia desconocida y depresiva dio un manotazo al interruptor del ordenador y empezó a introducir datos de mala gana. Si hubiera estado de mejor humor, su cautela natural le habría impedido cometer aquella equivocación después de que Frank Herko apareciera en su cubículo. Dadas las circunstancias, no tuvo elección: la cólera temeraria habló por él. —Por fin ha vuelto el Gran Conquistador —dijo Herko. —¡Déjame en paz! —replicó Bunting.

—Bunting el Infalible aparece todavía borracho después de una fiesta con su bomboncito, no viene a trabajar durante dos días, no contesta el teléfono, se presenta medio ahogado... —Lárgate, Frank —insistió Bunting.

—... y más enloquecido que un toro enchiquerado, probablemente con la gripe, en el caso de que no sea pulmonía... Bunting estornudó.

—... y espera que la única persona que lo comprende de verdad se calle y lo deje en paz. ¡Dios mío, estás empapado! ¿Es que no te das cuenta? Espera un momento, vuelvo enseguida.

Bunting se puso a gruñir. Herko salió del cubículo y unos minutos después regresó con las dos manos llenas de toallitas de papel marrones que había sacado del distribuidor automático del lavabo de caballeros.

—Sécate con esto, hombre.

Bunting refunfuñó y se enjugó el rostro con algunas de las toallitas; se secó el cabello, se desabrochó la camisa y se frotó el pecho húmedo con las toallitas.

—Bueno, ¿qué has estado haciendo? —le preguntó Herko—. ¿Cómo es que apareces con pulmonía doble?

Herko era un loco histérico. Además se pensaba que era el dueño de Bunting. Y él no estaba dispuesto a ser propiedad de nadie. —Gracias por las toallitas —le respondió—. Y ahora, sal de aquí.

Herko levantó los brazos.

—Sólo te quería decir que te he arreglado una cita con Marty para mañana por la noche. Supongo que estarás de acuerdo, ¿o también quieres matarme por esto?

El mundo que rodeaba a Bunting se volvió blanco de repente. La sangre dejó de circular por sus venas. —¿Que me has arreglado una cita...?

—Bueno, es que Marty estaba ansiosa por conocerte. A las ocho en el bar Uno, Quinta Avenida. Como estaréis en Greenwich Village, desde allí podéis ir a miles de sitios. —Herko se inclinó hacia adelante para examinar a Bunting más de cerca—. ¿Qué te ocurre? ¿Te vuelves a encontrar mal? Tal

vez sería mejor que te fueras a casa.

—Estoy bien. ¿Vas a hacer el favor de largarte de una puñetera vez? —dijo Bunting, dándose la vuelta y colocándose de cara al ordenador.

—¡Maldita sea! —exclamó Herko—. ¿Qué tal si me dieras las gracias?

—No quiero que me hagas más favores, ¿está claro?

Bunting siguió con los ojos en la pantalla y Herko se fue por fin.

A última hora de la tarde Bunting asomó la cabeza por el módulo de su amigo. Herko miró hacia arriba con una expresión enfurruñada.

—Lo siento —dijo Bunting—. Esta mañana estaba de mal humor. He sido grosero contigo y quiero disculparme.

—Está bien —le contestó Herko—, no te preocupes. —Todavía estaba algo tirante y herido—. Entonces estás de acuerdo en salir con ella, ¿no? ¿Mañana por la noche?

—Esto... —dijo Bunting, y vio que el rostro de Herko se ponía tenso—. Bueno, está bien. De verdad, es estupendo. Gracias.

—Te encantará el bar —comentó Herko—. Y estás en pleno Village, con miles de restaurantes a tu alrededor.

Bunting no había estado nunca en Greenwich Village, y sólo conocía los restaurantes, muchos de ellos inventados, a los que había llevado a Verónica. De repente se le ocurrió algo.

—A ti te gusta Raymond Chandler, ¿no? —le preguntó, acordándose de una conversación que habían mantenido con anterioridad.

—Me encanta Ray, es mi hombre.

—¿Te acuerdas del pasaje de *La dama del lago* en el que Marlowe va por primera vez a casa de Chris Lavery?

Herko asintió, recuperando al instante su buen humor.

—¿Qué es lo que encuentra allí?

—Encuentra a Chris Lavery.

—¿Vivo?

—Claro. ¿Cómo se las hubiera arreglado para hablar con él si no hubiese estado vivo?

—No encuentra un montón de sangre esparcida por todo el cuarto de baño, ¿verdad?

—¿Qué es lo que te ocurre? —preguntó Herko con sorpresa—. ¿Es que estás destrozando la gran literatura de nuestros tiempos, o qué?

—O qué —dijo Bunting, aunque le parecía que había mezclado, o tal vez destrozado realmente, las páginas que había leído. Salió del cubículo de Frank y se metió en el suyo.

Herko permaneció un momento sentado en silencio debido a la sorpresa, y luego empezó a gritar.

—¡Colmillos largos! ¡Colmillos largos, muy largos! ¡Bunting ha estado de ligue!

Aullaba como un lobo.

Algunas mujeres profirieron una risita tonta y una de ellas le dijo a Herko que no debía tomar el pelo a su compañero. Herko empezó a soltar risotadas estridentes.

Bunting estaba sentado frente a su ordenador e intentaba concentrarse en su trabajo. Herko dejó de reírse para coger aire y luego siguió con sus ruidosas carcajadas. El burbujeo del ruido que le envolvía le hizo evocar de

repente la imagen de los operarios que, un instante antes de la tormenta repentina, habían gritado algo al mirar hacia el interior del agujero que habían cavado en la acera: habían encontrado el cadáver de un hombre en aquel agujero.

Bunting lo supo con absoluta y repentina certeza. Los operarios que trabajaban en la acera habían mirado hacia abajo por el agujero y habían visto un cadáver en estado de putrefacción, o un montón de huesos y una calavera con un traje lleno de polvo, o un cuerpo en un estado intermedio. Bunting vio la boca abierta, el pelo enmarañado, los ojos abiertos y los gusanos retorciéndose. Intentó volver a la realidad en la que su cuerpo vivo, vestido con una camisa húmeda, estaba sentado frente a una pantalla de ordenador llena en aquellos momentos de algo que tenía el alarmante aspecto de un galimatías.

DATATRAX 30 CARTONES MONMOUTH NJ. CÓDIGO AZUL. CÓDIGO ROJO.

Jesucristo saltó por encima de la piedra que había sobre su tumba, extendió los brazos y salió volando con su túnica blanca y sucia hacia un cielo azul inmaculado.

«Ese es mi cuerpo —pensó él—. Mi cuerpo.»

Algo del tamaño de una nuez se movía dentro de su estómago. Creció hasta convertirse en algo del tamaño de una manzana que seguidamente sacó una punta que se transformó en una aguja. Bunting se apretó el estómago con la mano y salió del departamento de Introducción de Datos hacia el pasillo. Entró a trompicones en el lavabo de caballeros y se metió en un retrete no mucho más pequeño que su cubículo. Se acercó la corbata al pecho para evitar que se le ensuciara, se inclinó sobre la taza y vomitó.

A media tarde, Bunting apartó la vista de la pantalla y vio el reflejo de un vestido verde pasando por delante de su cubículo. El vestido era de un tono verde oscuro que contrastaba y armonizaba al mismo tiempo con las paredes claras de la oficina, y por un instante pareció flotar en dirección hacia Bunting, que había estado soñando despierto, aunque con nada en particular. El tono verde uniforme saltó hacia su punto de visión para desaparecer seguidamente. El aire que la mujer había llenado se intensificó con su ausencia, y de repente todo el mundo que Bunting podía ver prometía desbordarse con una existencia eterna y sagrada, al igual que lo había hecho aquella mañana. Bunting se abrazó a sí mismo y luchó contra la sensación creciente de expectación. No sabía por qué, pero tenía que resistir. El mundo perdió al instante aquella sensación de anticipación temblorosa que lo había inundado un momento antes: cada detalle volvió a su lugar. Jesucristo volvió otra vez a su sepulcro e hizo rodar la piedra para tapar la entrada. Los operarios que estaban bajo la lluvia miraban hacia el interior de un agujero. Bunting aún seguía vivo, o aún seguía muerto. Se había salvado. El árbol había caído en el bosque, y nadie lo había oído, así que aún seguía en pie.

Aquella noche Bunting puso el despertador y siguió leyendo *La dama del lago.* Iba en coche hacia las montañas, y cuando hubo llegado a un lugar llamado Bubbling Springs, el aire se hizo más fresco. En el lago Puma había canoas y barcas de remos que lo recorrían de un extremo a otro, y las

lanchas motoras llenas de chicas que chillaban pasaban a toda velocidad dejando amplias estelas de espuma. Bunting pasó por praderas salpicadas de iris blancos y lupinos púrpuras. Giró al llegar a un letrero que indicaba la dirección del lago Little Fawn, y pasó lentamente con el coche por delante de unas rocas de granito, después de una cascada, y se adentró por un laberinto de robles negros. Ahora todo lo que estaba a su alrededor cantaba lleno de significado, y él estaba vivo dentro de aquel significado, tan vivo como se suponía que debía estar, igual que el significado de cada detalle dentro del paisaje. Un pájaro carpintero asomó por detrás de un árbol. Un lago ovalado se arremolinaba al fondo de un valle, y una pequeña cabaña cubierta con corteza de madera se recortaba contra una hilera de robles. Le llegó esta información y entró en él en forma de corriente uniforme, y cada pluma brillante y roca que afloraba y cada centímetro de madera se desbordaban con su parte de su ser, y Bunting, el ojo alrededor del cual se aglutinaba este mundo parlante, se movía a través de esta corriente de información, impertérrito y sin perder la concentración.

Salió de su coche, llamó a la puerta de la cabaña y se encontró frente a un hombre llamado Bill Chess, que se acercaba cojeando. Bunting le dio a Bill Chess un trago de un frasco de whisky de centeno que guardaba en el bolsillo, se sentaron en una roca plana y se pusieron a conversar. Su esposa lo había abandonado y su madre había muerto. Se sentía solo en las montañas. No sabía nada sobre la madre de Derace Kingsley. Al final subieron los peldaños de madera que conducían a la cabaña de Kingsley. Chess abrió la puerta y entraron en aquel recinto en el que reinaba un bochorno silencioso. A Bunting le dio un vuelco el corazón. Todo lo que veía era como una postal de un mundo sin dolor. Los suelos estaban limpios y las camas hechas. Bill Chess se sentó encima de uno de los cubrecamas color crema mientras Bunting abría la puerta del cuarto de baño. Dentro, el aire estaba caldeado, y el olor a sangre lo detuvo en cuanto entró. Bunting se acercó a la cortina de la ducha, sabiendo que los restos de Crystal Kingsley estaban dentro de la bañera. Aguantó la respiración y agarró la cortina. Cuando la retiró hacia un lado, Bill Chess se puso a gritar detrás de él: «¡Muriel!, ¡Dios mío, es Muriel!» Pero no había ningún cadáver en la bañera, sólo una mancha de sangre que se solidificaba mientras se deslizaba hacia el desagüe.

9

A las siete y media del viernes por la noche, Bunting estaba sentado a una mesa de cara a la entrada del bar Uno, Quinta Avenida, controlando la hora en su reloj y mirando hacia la puerta, alternativamente. Había llegado quince minutos antes, vestido con uno de sus mejores trajes, recién duchado, recién afeitado, con zapatos negros puntiagudos y la boca exhalando olor a Binaca. Para ir a la barra, que ya estaba llena de gente, había que pasar por entre las mesas, y Bunting tenía la intención de echar un vistazo a la mujer antes de que ella lo viera. Después de eso él ya sabría

qué hacer. Se acercó la camarera y pidió otro vodka con martini. Bunting se sentía cómodo. El corazón le latía deprisa y le sudaban las manos, pero todo iba bien, pensó Bunting. Después de todo, ésta era su primera cita, su primera cita de verdad desde su ruptura con Verónica. En otro sentido, uno que él no deseaba considerar, ésta era la primera cita en veinte años. Cada dos minutos iba al lavabo de caballeros y se remojaba la cara. Se ahuecaba el cabello y se limpiaba los zapatos con toallitas de papel. Luego regresaba a la mesa, bebía unos sorbos del combinado y continuaba vigilando la puerta.

Lamentaba no haberse acordado de deslizar secretamente un Ama en uno de sus bolsillos. Incluso una tetina sería suficiente: podía metérsela en la boca cuando se sintiera inquieto. ¡O simplemente tenerla en el bolsillo!

Bunting tiró de los puños de la camisa, se pasó una mano por los cabellos y miró el reloj. Tenía los codos apoyados sobre la mesa y contemplaba a la gente del bar. La mayoría eran más jóvenes que él, y todos hablaban y reían. Volvió a comprobar la puerta. Acababa de entrar una mujer joven con cabello negro y gafas redondas, pero todavía eran las ocho menos veinte, demasiado temprano para Marty. Sacó el pañuelo y se secó la frente pensando que debería ir otra vez al cuarto de baño y echarse más agua sobre la cara. Estaba un poco acalorado. Seguía sintiéndose bien, pero tenía un poco de calor. Deliberadamente se puso a pensar en todas aquellas veces que había ido con Verónica a lugares imaginarios. Se metió las manos en los bolsillos y trató de recordar lo que había sentido exactamente al entrar en Quaglino's con su novia alta y ejecutiva...

—¿Bob? ¿Bob Bunting? —le dijo alguien al oído.

Bunting se echó hacia adelante como si le hubieran pinchado con un tenedor. Se dio en el pecho contra la mesa y el vaso sé tambaleó. Al levantar la mano para agarrarlo, volcó el vaso. El líquido transparente se derramó dejando una mancha oscura en el mantel. Dos aceitunas grandes salieron rodando por la mesa y una de ellas cayó al suelo. Bunting profirió un pequeño y ridículo chillido. La mujer que se había dirigido a él se estaba riendo. Cuando le puso una mano sobre el brazo, Bunting giró rápidamente sobre su silla, su codo chocó contra el borde de la mesa y se encontró con la mujer de cabello negro que acababa de entrar en el restaurante, mirándole con ojos interrogantes.

—Después de todo esto, espero que seas Bob Bunting —preguntó ella.

Bunting asintió.

—Yo también lo espero —contestó—. Parece que no estoy demasiado seguro, ¿verdad? Pero ¿quién es usted? ¿Nos conocemos?

—Soy Marty —replicó ella—. ¿No me estabas esperando?

—¡Oh! —dijo él, comprendiéndolo todo por fin. Era una mujer joven, de baja estatura y rostro redondeado, con un aspecto vivaz y enérgico que hizo que Bunting se sintiera cansado al instante. Sus ojos eran muy azules y su lápiz de labios muy rojo. La primera impresión fue como si por dentro se estuviera riendo de él—. ¡Perdona! —exclamó—. Claro que sí, por supuesto que sí, me alegro mucho de conocerte.

Se levantó y le tendió la mano.

Ella le dio la mano sin tomarse la molestia de ocultar su diversión.

—¿Hace mucho rato que estás aquí?

La chica tenía un fuerte acento neoyorquino.

—Un poco —confesó él.

—Querías verme antes, ¿verdad?

—Bueno, no. En realidad, no.

Pensó con nostalgia en su habitación, su cama, su pared llena de biberones y *La dama del lago.*

—¿Cómo has sabido que era yo?

—Frank me hizo una descripción de ti. Dijo que irías vestido como un abogado y que parecías un poco tímido. ¿Quieres que tomemos aquí otra copa, ya que te he hecho derramar la que bebías? Yo también tomaré una.

Bunting llevó el abrigo de la chica al guardarropa y cuando regresó encontró otro martini en su sitio, un vaso de vino blanco frente a Marty y un mantel limpio sobre la mesa. Ella le sonreía. Era incapaz de determinar si ella era insólitamente hermosa o sólo desconcertante.

—Viniste temprano para ver cómo era yo, ¿no es cierto? —preguntó ella—. Si no te hubiera gustado mi aspecto te podrías haber escabullido cuando yo entré en el bar.

—Nunca haría una cosa así.

—¿Por qué no? Yo lo haría. ¿Por qué piensas que he venido aquí tan temprano? Quería ver cómo eras. Las citas a ciegas me hacen sentir extraña. De todos modos he sabido quién eras desde el primer momento y no tenías tan mal aspecto. Por lo que Frank me ha dicho de ti, temía que fueras un tipo estirado, pero alguien que se pone tan nervioso como tú no puede ser un tipo estirado.

—Yo no estoy nervioso —replicó Bunting.

—Entonces ¿por qué saltaste como un resorte cuando pronuncié tu nombre?

—Me diste un susto.

—Bueno, yo no te habría podido dar un susto si tú no hubieras estado nervioso. No te preocupes. Tú tampoco me habías visto antes. Así que dime la verdad. Si me hubieras visto entrar por la puerta y yo no te hubiera visto, ¿te habrías ido o hubieras seguido con esto hasta el final?

Ella levantó su vaso y bebió. Sus ojos eran de un azul tan intenso que incluso había pasado al blanco dejando un tenue halo azul alrededor del iris. Por primera vez se dio cuenta de que ella llevaba un vestido negro muy ceñido y que sus cejas eran líneas negras y firmes. Parecía exótica, casi misteriosa, sorprendentemente guapa. Luego, de repente, la vio desnuda, una visión de piel blanca y tersa, y grandes y cálidos pechos.

—¡Oh! —dijo él—. Por supuesto que hubiera seguido hasta el final.

—¿Por qué te ruborizas? Se te ha puesto toda la cara roja.

Bunting se encogió de hombros, avergonzado. Estaba seguro de que ella sabía lo que había estado pensando. Dio un buen trago a su bebida.

—No eres exactamente como yo esperaba, Bob —comentó ella con una voz muy seca.

—Bueno, tú tampoco eres del todo como yo esperaba —fue todo lo que se le ocurrió decir. Incapaz de mirarla, estaba sentado muy erguido en la silla y de cara a la alegre multitud que inundaba el bar. ¿Cómo eran aquellos hombres capaces de estar tan despreocupados? ¿Cómo se les podía ocurrir algo que decir?

—¿Conoces bien a Frank y a Lindy? —preguntó ella.

—Trabajo con Frank. —Él le dirigió una mirada y seguidamente volvió a mirar a la gente del bar, feliz y sin problemas—. Estamos en la misma oficina.

—¿Eso es todo? ¿No lo ves después de trabajar?

Él movió la cabeza en señal de negación.

—Has impresionado mucho a Frank —contestó ella—. Él parece pensar que... Bob, ¿te importaría mirarme mientras te hablo?

Bunting se aclaró la garganta y volvió el rostro hacia ella.

—Lo siento.

—¿Hay algo que no va bien? ¿Algo que yo debería saber? ¿Es que me parezco a la persona que más odiabas en el cuarto curso?

—No, me gusta tu aspecto —dijo Bunting.

—Frank tiene la impresión de que eres un gran conquistador. Un salvaje. «Colmillos largos, Marty —me dice—. Ese tío tiene los colmillos muy, pero que muy largos.» Ya sabes cómo habla Frank. Eso significa que le caes bien. Así que yo me imaginé que si le gustabas tanto a Frank Herko no podías ser tan malo. Porque Frank Herko se comporta como un gilipollas, pero en el fondo es un bendito.

Tomó un sorbo de vino y continuó mirándolo serenamente.

—Así que me puse guapa y cogí el tren hacia Manhattan. Pensé que al menos esta noche me podría divertir un poco, ir a algún club, quizás a un buen restaurante, conocer a ese salvaje, y si me lo tengo que sacar de encima cuando todo haya terminado, pues bueno, lo haré. Pero no es así, ¿verdad? Tú no conoces ningún club; en realidad no sales mucho, ¿verdad, Bobby?

Bunting se levantó y sacó un billete de veinte dólares de su cartera. Estaba tan sofocado que tenía la impresión de que sus orejas eran el doble de grandes de lo normal. Puso el dinero encima de la mesa y dijo:

—Lo siento, no era mi intención hacerte perder el tiempo.

Marty sonrió burlonamente.

—Espera, ¿quieres? —Alargó la mano por encima de la mesa y lo agarró por la muñeca—. No te lo tomes así; lo que estoy intentando decirte es que eres diferente de lo que yo esperaba. Siéntate. Por favor. No seas tan...

Bunting se sentó y ella le soltó la muñeca. Él todavía sentía los dedos de ella presionando su piel. Esto le produjo un poco de mareo. Se puso a mirar su cara pálida, bonita e inteligente.

—Estás muy asustado —siguió ella—. Pero no hay motivo para eso. Quedémonos aquí sentados y charlemos. Dentro de un rato podemos salir y comer algo en algún sitio. O incluso podríamos quedarnos a comer aquí. ¿De acuerdo?

—Claro —replicó él, sintiéndose mejor—. Podemos quedarnos aquí sentados y charlar.

—Oye una cosa —dijo Marty frunciendo el ceño—, ¿siempre sudas tanto o es por mi culpa?

Él se limpió la frente.

—Yo, esto..., he tenido una semana muy extraña. Las cosas me han afectado de un modo muy peculiar. Hace poco que he roto con alguien.

—Me lo dijo Frank. Yo también. Por eso él pensó que podríamos conocernos. Pero creo que deberías pensar en otro tópico.

—Yo no tengo tópicos —replicó Bunting.

—Todos los tíos hablan de deportes. A mí me gustan los deportes. De verdad. En serio que me gustan. Soy una admiradora de los Yankees desde hace siglos. Y me gusta cómo juegan los Islanders.

Pero mi deporte favorito es el baloncesto. ¿A ti quién te gusta? Seguro que Larry Bird... tu te pareces a Larry Bird. A los tipos que les gusta Larry Bird nunca les gusta Michael Jordán, no sé por qué.

—¿Michael qué? —preguntó Bunting.

—Fútbol. Phil Simms. Los Jets. Los viejos Giants. Lawrence Taylor.

—Odio el fútbol.

—De acuerdo, ¿y qué me dices de la música? ¿Qué clase de música te gusta? ¿Has oído alguna vez música *house?*

Bunting se imaginó una casa como la que dibujan los niños, con dos ventanas a cada lado de una puerta sencilla, bailando al compás de las notas que salen de una chimenea sujeta a su tejado puntiagudo.

Marty inclinó la cabeza y sonrió.

—Pensándolo bien, seguro que la música que te gusta es la clásica. Te sientas cómodamente en tu casa y escuchas sinfonías y cosas por el estilo. Te preparas un martini corto y luego escuchas un ratito a Beethoven, ¿no es verdad? Y entonces ya estás en plena forma. A mí a veces también me gusta escuchar música clásica. Creo que es buena.

—La gente está demasiado interesada en música y deportes —replicó Bunting—. De lo único que sabe hablar es de algún partido que han visto en televisión, o de alguna serie, o de algún disco. Es como si no existiera nada más.

—Te has olvidado de una cosa —contestó ella—. Te has olvidado del dinero.

—Tienes razón, se presta mucha atención al dinero.

—Entonces, ¿a qué se debería prestar atención?

—Bueno... —Miró hacia arriba, olvidando por un momento su torpeza y malestar. A él le parecía que para esta pregunta existía una respuesta exacta y que él la sabía—. Bueno, a cosas más importantes. —Bunting levantó las manos como si pudiera agarrar la respuesta mientras pasaba volando por delante de él.

—A cosas más importantes que los deportes, la televisión y la música. Y por supuesto que el dinero.

—Sí, nada de esto es importante, no tiene ningún valor si te paras a pensarlo.

—¿Y qué es importante para ti? —Ella lo miraba con los ojos entornados detrás de las grandes gafas—. Me muero de ganas por saberlo.

—Bueno, lo que está dentro de nosotros.

—¿Lo que está dentro de nosotros? ¿Y eso qué significa?

Bunting hizo un gesto vago con las manos.

—Más o menos pienso que Dios está dentro de nosotros. —La frase le salió de la boca espontáneamente, y lo dejó tan sorprendido como a Marty—. Algo parecido a Dios está dentro de nosotros. También está en nuestro exterior. —Entonces encontró una forma para expresarlo—. Dios es lo que nos permite ver.

—Así que eres religioso.

—No, lo más curioso de esto es que no lo soy. Hace veinte años que no voy a la iglesia. —Bunting se tapó los ojos con las manos durante un momento y luego las retiró. Su rostro parecía desnudo, como si se acabara de quitar unas gafas—. Supongamos que estás bajando por una calle. Supongamos que no estás pensando en nada en particular. Estás tratando de llegar al trabajo e incluso estás muy preocupado por algo, por el alquiler del apartamento, por la forma en que se comporta tu jefe, o por alguna otra cosa. Tú estás completa y absolutamente inmerso en el mundo normal. Y de repente ocurre algo: se incendia un coche o una mujer con voz magnífica empieza a cantar detrás de ti, y de pronto eres consciente de lo que hay realmente a tu alrededor, de que todas las cosas, absolutamente todas, están vivas. El mundo entero es una cosa viva, rebosa de vida. Cada piedra, cada brizna de hierba, cada mota de polvo, cada gota de lluvia, incluso los limpiaparabrisas y los faros, es como si estuvieras flotando en el espacio, o mejor dicho, es como si te hubieras ido, como si hubieras desaparecido, como si realmente ya no existieras de la forma que lo hacías antes porque eres igual que cualquier otra cosa, ni más vivo ni más consciente, exactamente igual de vivo, exactamente igual de consciente, todo rebosa, la luz brota y se derrama sobre cada pequeño detalle…

Bunting luchaba por reprimir las ganas de llorar.

—Te diré una cosa, eso hace que un partido doble contra Los Angeles parezca insignificante.

—El partido doble también forma parte de ello —contestó él, comprendiéndolo entonces—. Nosotros, aquí sentados, también formamos parte de aquello. Estamos hablando, y eso representa una parte grande de aquello. Si las iglesias fueran lo que deberían ser, abrirían sus ventanas y se concentrarían en nosotros aquí sentados. Mirad eso, dirían, mirad toda esa belleza y sentimiento, mirad ese resplandor, ese resplandor increíble, eso es lo verdaderamente santo. Sin embargo, ¿sabes lo que dicen en lugar de eso? —Acercó más su silla a la de ella y dio otro trago largo a su bebida—. Es posible que ellos sepan todo esto, yo creo que algunos de ellos lo saben, debe de ser su secreto. Pero en vez de eso dicen exactamente lo contrario. El mundo es malvado y feo, dicen ellos… volvedle la espalda. Necesitáis sangre, dicen, necesitáis sacrificaros. Hemos retrocedido a los tiempos de los salvajes danzando en torno a una hoguera. Matad a ese niño, matad a esa cabra, el cuerpo es pecaminoso y el mundo es perverso. Ignoradlo el tiempo suficiente y en el cielo os recompensarán por ello. La gente envejece creyendo eso, enferma y se vuelve olvidadiza, empieza a desvanecerse fuera del mundo sin haberlo conocido jamás.

Marty lo miraba atentamente, boquiabierta. Parpadeó cuando él hubo terminado su discurso.

—Ahora comprendo por qué Frank está tan impresionado contigo. Él puede hablar así durante horas. Os lo debéis de pasar muy bien en el trabajo.

—Nunca hablamos de estas cosas en el trabajo. Yo nunca he hablado de esto con nadie hasta ahora.

De repente Bunting se acordó de que estaba sentado en una mesa con una mujer bonita. Él estaba en el mundo y gozaba de él. Tenía una cita, hablaba. No había ningún problema. Era como los hombres que estaban en

la barra detrás de él hablando con sus amigas. Se preguntó si sería buena idea contarle a Marty lo de los biberones.

—¿No hablabas de esto con tu novia?

Bunting negó con la cabeza.

—A ella sólo le interesaba su carrera profesional. Me hubiera tomado por loco.

—Bueno, yo también creo que estás loco —replicó Marty—. Pero es perfecto. Frank está loco en otro sentido, y entre otras cosas, menos inofensivas, mi ex novio estaba loco por la música *doo-wop.* ¿Te suena Johnny Maestro? Él creía que era la esencia de todas las cosas.

—Supongo que lo era —contestó Bunting—. Pero no más que cualquier otra cosa.

—¿Has sacado todas esas ideas de los libros? ¿Lees mucho?

En el cerebro de Bunting se produjo otra explosión y volvió a tomar otro trago largo mientras balanceaba su mano libre en el aire, dándole a entender que ella no había comprendido del todo la importancia de todo aquello, pero que él todavía tenía mucho que decir respecto a la pregunta.

—¡De los libros! —exclamó después de beber—. No te irás a creer que lo que yo... —Movió la cabeza. Ella le sonreía—. Piensa en lo que significa realmente tener un libro. Me refiero a una novela. Tú estás leyendo una novela. ¿Qué ocurre? Tú estás en otro mundo, ¿no es cierto? Alguien lo creó, alguien seleccionó todo lo que éste contiene, y de repente ya no estás en tu apartamento. Estás andando por un camino de montaña o estás sentado encima de un caballo. Miras hacia afuera y ves cosas. Lo que tú ves es parte de lo que el autor puso allí para que lo vieras, y parte de lo que tú te inventas a partir de aquella base. Todo posee un significado, porque todo ha sido seleccionado. Todo lo que ves, tocas, sientes, hueles, todo lo que percibes y todo lo que piensas está organizado para llevarte a algún sitio. ¿Lo ves? ¡Todo brilla! En las pinturas pasa lo mismo, ¿no te lo imaginabas? Hay alguna fuerza que empuja todos los detalles haciéndolos destacar, haciéndolos cantar. Porque el acto de pintar o escribir sobre una hoja o una casa o lo que sea, si el individuo sabe lo que se hace, equivale a decir: yo vi el asombroso renacer de la vida en este objeto y ahora tú también lo puedes ver. ¡Así que despierta! —Bunting gesticulaba con las manos como un director de orquesta pidiendo a los músicos que toquen más fuerte.

—¿Has pensado alguna vez en hacerte profesor? —preguntó Marty—. Te emocionas tanto, Bobby; encajarías muy bien en una clase.

—Sólo quiero decir una cosa. —Bunting colocó la mano sobre su corazón—. Ésta es la noche más grande de mi vida. Jamás me había sentido así. Al menos desde que era muy pequeño, cuando tenía tres o cuatro años más o menos. ¡Me siento maravillosamente!

—Bueno, lo cierto es que ya no estás nervioso —le contestó Marty—. Pero yo sigo opinando que eres religioso.

—Nunca he oído ninguna religión que predique esto, ¿y tú? Si sabes de alguna, dímelo y me convertiré a ella. Tiene que ser una religión que diga: No entres aquí, quédate fuera, a la intemperie. Despierta y abre los ojos. Lo que nosotros hacemos aquí con las cruces y todo lo demás es para recordarte lo que es verdaderamente sagrado.

—Eres un caso —replicó ella riendo—. Tú y Herko sois realmente tal

para cual. Los dos debéis de armar mucho alboroto en la oficina.

—Quizá deberíamos hacerlo.

Por un instante vertiginoso, Bunting se vio a sí mismo y al peludo y autoritario Frank Herko dirigiendo debates en voz alta por encima de la mampara divisoria del compartimiento. Él hablaría como lo estaba haciendo ahora, y Frank respondería con entusiasmo y desenfado, y los dos continuarían sus debates después del trabajo, en apartamentos, restaurantes y bares. Era la visión de una vida normal y feliz. Él llamaría a Frank Herko a su apartamento y Frank diría: «¿Por qué no vienes? Tráete a Marty, iremos a comer algo, lo pasaremos bien.»

Bunting y Marty se sonreían.

—Te pareces bastante a Frank, ¿sabes? A ti te gusta decir cosas extravagantes. No eres en absoluto como creía cuando entré. Quiero decir que me caíste bien y creía que eras interesante, pero tuve la impresión de que sería una larga velada. ¿No te importa que diga eso? De verdad que no quiero herir tus sentimientos y supongo que no lo estoy haciendo, porque ahora me pareces completamente diferente. Quiero decir que nunca he oído a nadie hablar de la manera que tú lo has estado haciendo, ni siquiera a Frank. Puede ser una locura, pero es fascinante.

Nadie la había dicho nunca a Bunting que era fascinante, y mucho menos una joven como aquella que en aquel momento lo miraba con unos maravillosos ojos azules más allá de una cascada de cabello negro.

El se dio cuenta —y ése fue uno de los momentos más gloriosos de su vida— de que muy probablemente podría llevarse a aquella asombrosa joven a su apartamento.

Entonces se acordó del aspecto que tenía su apartamento —su habitación— y lo que él había hecho allí.

—No empieces otra vez a sonrojarte —dijo Marty—. Sólo es un cumplido. Eres un hombre interesante y tú apenas te das cuenta.

Ella se inclinó a través de la mesa y colocó sus dedos con suavidad en el dorso de la mano de Bunting.

—¿Por qué no nos acabamos las bebidas y pedimos algo de comer? Es viernes. No hace falta que vayamos a ningún otro sitio. Aquí se está bien. Me estoy divirtiendo mucho.

Bunting sentía los dedos ligeros y fríos de Marty como si fueran yunques sobre su piel. Un arrebato de culpabilidad le hizo retirar la mano. Ella todavía le sonreía, pero una sombra pasó por detrás de sus maravillosos ojos.

—Tengo que hacer una cosa —dijo él—. Me había olvidado. Por ahí debe de haber un teléfono. —Empezó a mirar nervioso alrededor de todo el restaurante.

—¿Tienes que llamar a alguien?

—Es urgente. Lo siento. No puedo creer que me haya estado portando como...

Bunting se limpió el sudor de la cara, se levantó y se dirigió vacilante hacia la gente que estaba de pie en la barra.

—¿Como qué? —preguntó ella, pero él se estaba abriendo paso torpemente entre la gente.

Bunting encontró un teléfono público fuera del lavabo de caballeros.

Buscó monedas en sus bolsillos y las introdujo en el teléfono. Luego marcó el prefijo de Battle Creek y el número de sus padres. Dejó caer dentro del teléfono casi todas las monedas que llevaba. El teléfono sonó un buen rato. Bunting se puso nervioso y se tapó el oído con la mano para aislarlo del alboroto de las voces del bar. Finalmente contestó su madre.

—¡Mamá! ¿Cómo estás? ¿Cómo ha ido? —¿Quién es? —Bobby. Soy Bobby. —Bobby no está —respondió ella. —No. Yo soy Bobby, mamá. ¿Cómo te encuentras? —Bien, estoy bien, ¿por qué no iba a estarlo? —¿Has ido hoy al médico?

—¿Por qué había de ir? —Su voz sonaba áspera, casi enojada—. Eso fue una estupidez. Yo no tengo por qué ir al médico y escuchar a tu padre refunfuñar sobre el dinero durante el resto de su vida. —¿No tenías hoy hora con el médico? —¿Que yo tenía hora?

—Yo creo que sí —contestó él, sintiendo que perdía contacto con la realidad.

—Bueno, y si la tenía, qué. No estamos en Rusia. Tu padre quería darme la bronca por el dinero, eso es todo. Yo hice ver que... sólo estuve sentada en el coche, eso es todo lo que hice. Él quería humillarme, eso es lo que hay, treinta y siete años de humillación. —¿Él no fue contigo?

—Él no podía ir, y además no había concertado ninguna visita con el médico. Y cuando vine a casa, conduje y conduje. Todo el rato veía la empresa Kellog's y el sanatorio, pero en ningún momento supe dónde estaba, así tuve que seguir conduciendo y de repente, como si se tratase de un milagro, vi que estaba entrando en nuestra calle y me enfadé tanto con él que juré que nunca más volvería a ir a ese médico.

—¿Te perdiste al regresar a casa? —Bunting sentía que le ardía el cuerpo.

—Basta ya de hablar de eso. Estás hablando como él. Quiero saber algo sobre esa hermosa novia tuya. Háblame de Verónica. Algún día tienes que traer a esa chica a casa, Bobby. Queremos conocerla.

—Ya no salgo con ella —replicó Bunting—. Os lo decía en mi carta.

—Eres exactamente igual que ese viejo cascarrabias. Bestia es la palabra que más bien le va. Un bestia toda su vida, bestia, bestia, bestia. Dice cosas sólo para confundirme, y luego se enfada cuando quiero lavar un poco, y se comporta como si yo no hubiera sido su saco de arena durante los últimos treinta y siete años...

Durante un momento, Bunting solamente oyó una respiración fatigada.

—¿Mamá?

—No sé quién eres y quiero que dejes de llamarme —contestó ella. Bunting oyó la voz de su padre, fuerte y confusa, y su madre dijo—: ¡Y tú también déjame en paz! —Después oyó un alboroto inquietante.

—¡Eh!, ¿qué sucede? —preguntó Bunting.

Todos los sonidos de Battle Creek se habían desvanecido en un silencio ahogado por el ruido ensordecedor del bar. Su padre había tapado con la mano el auricular. Esto significaba casi con toda seguridad que estaba vociferando.

—¡Que alguien me diga algo! —insistió Bunting, y el alboroto del bar cesó de repente. Bunting se agachó un poco e intentó introducirse en el hueco de la cabina.

—Muy bien, ¿quién es? —preguntó su padre.

—Bob, soy Bobby —respondió él.

—Tienes mucho valor para llamar así de repente, pero a ti nunca te ha importado mucho lo que estuvieran pasando los demás, ¿no es así? Mira, yo sé que eres sensible y todas esas cosas, pero éste no es el mejor momento para explicarnos tus chorradas sobre tus amiguitas. Has conseguido que tu madre se disgustara, te lo aseguro, y ya estaba lo bastante disgustada antes de que llamaras.

Colgó el teléfono.

Bunting colgó a su vez. No tenía una idea muy clara de lo que estaba ocurriendo en Battle Creek. Parecía que su madre se había olvidado de que era él quien le hablaba durante la conversación inquietante que habían mantenido. Se abrió paso a empujones entre los hombres y mujeres que había en el bar y fue a parar al restaurante en el que una joven de rostro redondeado enmarcado por sus negros cabellos lo miraba con curiosidad desde una de las mesas de atrás. Le costó un poco acordarse del nombre de aquella joven. Trató de sonreírle, pero su rostro no le obedeció.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó ella.

—Esto no es..., no puedo... Me temo que debo marchar a casa.

El rostro de ella se endureció al creer que lo había comprendido todo de repente. En un instante se esfumó toda la simpatía de la joven hacia él.

—Nos lo estábamos pasando bien. Tú te marchas a hacer una llamada... ¿y de repente todo ha acabado?

Bunting se encogió de hombros y se miró los pies.

—Es algo personal... De verdad que no puedo explicártelo pero...

—¿Qué es eso de «pero»...? ¿Qué le ha pasado a «ésta es la noche más importante de mi vida»? —Ella le miró de soslayo—. Amigo mío, creo que ya lo tengo: has agotado tus existencias. Pensabas que podrías pasar una noche sin tomar nada, y luego te has dado cuenta de que no podías y has llamado a tu camello. Y cuando hablabas no eras tú el que hablabas sino los efectos de esa mierda que tomas. Me das lástima.

—No sé de qué me estás hablando —dijo Bunting desconcertado. Su sufrimiento crecía por momentos.

—Conozco a tipos como tú —continuó ella, mirándole con ojos iracundos—. A uno en particular. —Levantó una mano autoritaria para pedirle que le diera el ticket del guardarropa—. Conozco unos cuanto crios inútiles que no son capaces de mantener una relación, sobre todo uno, pero yo pensaba que ya se había acabado lo de salir con un tío que se pasa media noche haciendo llamadas telefónicas y la otra media en el lavabo... ¡Y de verdad que eso se ha acabado! ¡Porque yo me marcho!

Recogió su abrigo e introdujo con furia los brazos en las mangas. Los que estaban sentados en las otras mesas no les quitaban los ojos de encima.

—Creo que estás en un error —dijo Bunting.

—¡Ésta sí que es buena! —replicó ella. Se abrochó el abrigo. Su carita tenía el aspecto de una piedra blanca y fría con una mancha roja cerca de la parte inferior—. Consúltalo con la almohada, si es que puedes dormir, y a ver si mañana se te ocurre algo un poco más original.

Marty se marchó rápidamente por entre las mesas, pasó por delante del jefe de camareros que estaba holgazaneando por allí y salió a la calle.

Un aire gélido barrió el restaurante cuando la puerta se cerró sobre la vacía oscuridad.

Bunting pagó las copas y notó que la camarera evitaba mirarlo directamente. En el bar reinaba un silencio artificial. Bunting se puso el abrigo y se marchó, sintiéndose perdido y sin rumbo fijo. No tenía apetito. Se abrochó el abrigo y se puso a contemplar la corriente de coches que se acercaba hacia él en su descenso por la amplia avenida. A poca distancia, a su izquierda, la avenida terminaba en un arco macizo a la entrada de un parque. No tenía ni idea de dónde estaba. No importaba: todos los lugares eran el mismo. Los vehículos procedentes de la oscuridad continuaban acercándose a él, y se dio cuenta de que estaba en Battle Creek, Michigan, en Battle Creek, en el centro de la ciudad, en la zona comercial, muy lejos de casa.

10

Cuando Jesús ascendió a los cielos tenía heridas en las manos y en los pies, le habían desgarrado la carne y lo habían clavado en una cruz. Había sangre en el suelo, y cuando él levantó la losa vestido con su humilde túnica sus manos dejaron huellas ensangrentadas sobre la losa.

Jesús dijo:

—Bueno, Bobby, ¿así que tienes algunas jodidas dudas? Mira esto. —Y abrió la túnica y le mostró a Bunting la gran herida abierta en su costado—. Adelante. Mete aquí tu maldita mano, mete tu puño. ¿Y qué hay de las malditas manzanas, Bobby? ¿Lo has cogido, lo has cogido ahora, colega? Esta mierda es real.

Y Jesús caminaba con sus pies ensangrentados por Battle Creek, dejando pisadas de sangre sobre las aceras que no podían ser vistas por los hijos de puta a quienes nada les había hecho nunca daño, excepto el tercer martini que se habían bebido, y quienes jamás habían hecho daño a nadie con un arma más mortal que un insulto. Tenía una sonrisa feroz dibujada en su rostro. Con la palma de la mano dio un golpe violento contra la pared de una de aquellas casitas y la sangre salpicó la capa de pintura que se estaba resquebrajando. Santo, santo, santo. La huella de la palma de su mano era santa, los trocitos de pintura eran santos, los gritos de dolor y tristeza también.

—Vete a casa, gilipollas —dijo Jesús—. Nunca lo vas a conseguir, nunca. Pero la mayoría de la gente tampoco lo consigue, así que por ahí no hay problema. Vete a casa y lee un libro. Eso será suficiente. Es una forma tan pobre como una meada para alcanzar lo que buscas, pero supongo que es lo máximo que puedes hacer. Sufren los pequeñines —dijo Jesús—. El resto del mundo también. ¿Tú crees que esta mierda es fácil?

Todavía mascullando algo entre dientes, Jesús giró por un callejón lateral acompañado por sus huellas ensangrentadas, con su túnica

transparente ondeando e hinchándose con el viento, y Bunting vio a su alrededor las casas con marcos en las ventanas en las que habitaba la clase obrera de Battle Creek. Algunas tenían las paredes cubiertas de horribles ladrillos, otras de papel veteado de alquitrán que se despegaba en las junturas situadas alrededor de los marcos de las ventanas. La mayoría de las casas tenía un porche donde muebles desvencijados se deterioraban con el frío, y en algunos de los diminutos patios delanteros se veían pilas para pájaros y altares para la Virgen María. Frente a una de estas tristes casas de dos pisos con marcos en las ventanas habían posado en una ocasión los padres de Bunting para la única fotografía que se habían hecho en la vida los dos juntos, un testamento cargado de ignorancia, incompatibilidad, resentimiento, violencia y caos. Su padre tiene el ceño fruncido por debajo del ala de su sombrero; su madre está crispada. Santo, santo, santo. Desde este caos, desde esta protesta, surgía la abrumadora generosidad sagrada. Bunting estaba en la calle donde años atrás había vivido, el último vestigio de aquel mundo, parcial y empequeñecido, rebosante de vida real deslumbrante. La huella de la palma ensangrentada de Jesús brillaba desde la fea pared, incluso más fea de lo normal ahora en invierno, cuando la pintura sucia resquebrajada se asemejaba a una enfermedad de la piel. Aquí moraba su infancia, de la que él no estaba destinado a escapar; se suponía que su pequeñez e insignificancia siempre lo acompañarían.

Bunting dirigió una mirada al edificio ruinoso en el que había transcurrido su infancia y oyó los viejos gritos, gruñidos y alaridos de dolor y de pasión a través de aquellos muros delgados. Eso era la base de todo. Su infancia se inclinaba hacia adelante y lo tocaba con un dedo frío, muy frío. Ahora él no se veía capaz de superar aquello, ni siquiera podía soportar la visión de una décima parte del conjunto. Pero tampoco podía vivir sin ello.

Se dio la vuelta, vio que había dejado Battle Creek, y se puso a caminar desde Washington Square hacia el Upper West Side. Al otro lado de la calle, frente a centenares de vehículos que se abrían paso a bocinazos se alzaba el edificio en el que estaba su apartamento. Por fin de nuevo en casa.

11

El fin de semana de Bunting fue deprimente. Tuvo problemas para levantarse, y sólo se acordaba de comer cuando ya se había puesto el sol. Estaba tan cansado que incluso le resultaba difícil llegar al cuarto de baño, y se quedó dormido frente a la televisión, mirando programas que carecían de trama e interés. Todo era una larga historia sin forma, una historia sin conexiones internas, y aquella incoherencia hacía que mereciera la pena ver esos programas.

El domingo por la tarde se pasó la mano por la cara y recordó que no se había bañado ni afeitado desde el viernes por la tarde. Se quitó la ropa que llevaba puesta desde el sábado por la mañana, se duchó, se afeitó, se puso unos pantalones grises y una americana deportiva, y se enfundó en su abrigo. Dio la vuelta a la esquina, caminando bajo el frío y quebradizo aire

invernal, para dirigirse al restaurante económico. El cajero y el camarero del mostrador lo trataron normalmente. Pidió algo del extenso menú, se comió lo que pudo sin saborearlo, y lo olvidó tan pronto como terminó de comérselo. Cuando volvió a sentirse inmerso en el frío, pensó que podía comprar más biberones. Tenía que terminar la pared que había empezado, y había otra que podía cubrir con biberones si lo deseaba; no tenía obligación alguna de hacerlo, ya lo sabía, pero sería como finalizar un viejo proyecto. A Bunting siempre le había gustado terminar sus proyectos. Y además, cuando hubiera empezado, también podía hacer otras cosas con los biberones.

Se llegó hasta el cajero automático y sacó trescientos dólares, dejando sólo quinientos dólares y algo suelto en su cuenta. En el drugstore compró doce docenas de biberones variados y otras doce docenas de tetinas variadas, y pidió que se lo enviaran a casa. Después se puso a caminar bajo el frío invernal y regresó a su apartamento. Su actitud general hacia los biberones, incluso en lo que se refería al proyecto de nueva decoración, había cambiado. Aún podía recordar sus primeras y apasionadas adquisiciones, la prisa y la vergüenza que había sentido, el peso absoluto de la necesidad. Bunting supuso que ese estado de tranquilidad y pasividad era una versión aburrida de lo que la mayoría de la gente sentía en todo momento. Probablemente era lo que llamaban cordura. La cordura es lo que predomina cuando uno se siente demasiado cansado para hacer cualquier otra cosa. Se detuvo en la tienda de licores y compró dos litros de vodka y una botella de coñac.

Esta vez, cuando se volvió a encontrar caminando bajo el frío, de repente fue consciente de que Verónica no había existido nunca. Por supuesto que él siempre había sabido hasta cierto punto que su novia suiza, aquella ejecutiva, era una fantasía, pero le parecía que nunca lo había admitido por completo. Había vivido tanto tiempo con sus historias que había olvidado que se iniciaron con una excusa para no regresar a Batlle Creek.

En su lugar, hacía dos noches, se le había aparecido Battle Creek. «Sufren los pequeñines, sufre todo el mundo, sufrid, sufrid.» Aquel Jesús furioso y quejumbroso le había mostrado la realidad. Este mundo seco y reducido era lo que había quedado después de que El entrara en tromba en su sepulcro para volver a yacer allí muerto.

Bunting pasó por delante de las pintadas de BANGO SHANK y JEEPY y entró en su apartamento. Encendió la televisión y echó vodka frío en un Ama. De la televisión le llegaban palabras y frases increíblemente malsonantes, el lenguaje asesinado por el abandono y la indiferencia, el lenguaje muerto y sangrante. La gente de todo el país escuchaba porquerías como aquélla cada día y no se daba cuenta, no oía nada que le pareciera mal. Bunting contempló durante un momento la acción en la pantalla, tratando de descubrir al menos el significado primitivo de aquello. Un hombre rubio bajó volando las escaleras y propinó un puñetazo en el rostro a otro hombre. El segundo hombre, más alto y más fuerte que el primero, se desplomó y cayó rodando por las escaleras. Un coche bajaba a toda velocidad por una autopista con faros deslumbrantes. Bunting suspiró y apagó la televisión.

Pasó por encima de los periódicos y revistas y cogió *La dama del lago.*

Se preguntaba si el timbrazo del repartidor del drugstore lo haría salir del libro, pero entonces recordó con una sensación de intensa tristeza que probablemente no habría necesidad de sacarle del libro. Ahora él estaba cuerdo. O en caso de que eso fuera un error de terminología, ahora tenía con el mundo la misma relación que había tenido antes de que todo cambiara.

Bunting aguantó la respiración y abrió el libro. Dejó caer sus ojos sobre las líneas impresas, que no se movieron de la página. Suspiró otra vez y se sentó en la cama para leer hasta que llegaran los nuevos biberones.

Se trataba de otro libro: los detalles eran los mismos pero todo lo esencial había cambiado. Al parecer, Chris Lavery todavía estaba vivo y habían encontrado a Muriel Chess en el lago Little Fawn, no en el cuarto de baño de una cabaña. Crystal Kingsley era la esposa de Derace Kingsley, no su madre. Todos los detalles acerca del tiempo, la aparición de los personajes, los diálogos, toda la atmósfera del libro, le llegaban a Bunting de forma ordinaria e imperfecta, frase por frase. Para Bunting esa manera de leer significaba haber perdido la habilidad de volar, adquirida de forma misteriosa y breve. No encontraba continuidad en las frases y se acordaba de lo que había sentido días atrás. Cuando sonó el timbre dejó el libro con alivio y se pasó el resto de la noche pegando biberones en las paredes.

El lunes por la mañana Frank Herko entró en el cubículo de Bunting incluso antes de entrar en el suyo. Sus ojos parecían mucho más grandes de lo normal, casi el doble, y todavía tenía la frente enrojecida por el frío. La electricidad estática había dado a su cabello un aspecto vivo, enmarañado pero tieso, como si lo hubieran almidonado o freído demasiado.

—¿Qué demonios pasó? —gritó tan pronto como hubo entrado. Bunting se dio cuenta de que la atención de todos estaba centrada en su cubículo.

—No sé a qué te refieres —respondió él.

Herko le enseñó los dientes. Sus ojos se hicieron todavía mayores. Se bajó la cremallera de su anorak de plumas, se lo arrancó del cuerpo y lo lanzó al suelo. Bunting se quedó de piedra.

—Entonces trataré de explicártelo —replicó Herko, hablando en voz tan baja que casi parecía un murmurllo—. Mi novia Lindy tiene una amiga, una amiga que se llama Marty. Es una persona que le cae bien, muy bien. Incluso se podría decir que Marty es un ser muy querido para mi amiga Lindy, y lo que afecta a Marty afecta a mi novia Lindy. Así que los altibajos de la vida de Marty, a quien por cierto yo también quiero, aunque por supuesto no tanto como la pueda querer mi novia, pues estos altibajos afectan a Lindy y por consiguiente de una manera indirecta también me afectan a mí. —Frank inclinó la parte superior de su cuerpo hacia adelante y extendió los brazos—. ES DECIR, cuando Marty tiene una experiencia desagradable con un individuo al que ella describe como despreciable, y le echa la culpa de esta experiencia a su amiga Lindy Berman y al novio de Lindy Berman, Frank HERKO, entonces Frank HERKO acaba comiendo MIERDA. ¿Empieza todo a tener sentido para ti, Bobby? ¿Empiezas a captar por qué te he preguntado qué CONO pasó? —Se puso las manos en las caderas y lanzó una mirada furiosa a Bunting, luego sacudió la cabeza e hizo un gesto con el brazo implorando al universo que fuera testigo de su

frustración. —Simplemente no funcionó —se defendió Bunting. —¿De verdad? Supongo que piensas que no hace falta darme ningún detalle más, ¿no?

Bunting trató de recordar por qué había terminado su cita. —Mi madre tenía hora con el médico y no fue. A Herko se le salían los ojos de las órbitas. —¿Tu madre...? ¿Crees que esto tiene sentido? Sales con una chica, te lo estás pasando bien, y tú vas y le dices, «Dios mío, mamá no ha acudido a su cita con el médico, es mejor que ME LARGUE...» —Lo siento —replicó Bunting—. Ahora no estoy de muy buen humor. No me gusta que me grites. Haces que me sienta incómodo. Te agradecería que me dejaras en paz.

—Bueno, tú te lo has buscado —replicó Herko—. Te lo has buscado, Bobby, y vamos a llamar a las cosas por su nombre, porque hay una cantidad de información vital que es imprescindible que tengas, Bobby, y yo te la voy a dar.

Frank retrocedió y vio su anorak de plumas en el suelo. Alzó los ojos como si el anorak le hubiera desobedecido, se hubiera conjurado contra él para salirse del gancho del perchero y se hubiera arrojado sobre la alfombra. Lo recogió, lo dobló ostentosamente por la mitad y se lo colgó del brazo. A Bunting todo aquello le recordaba tan vivamente a su padre que le ponía enfermo. Aquella muestra de delicadeza había sido una parte decisiva del arsenal de desprecios de su padre. Probablemente Herko le había recordado a su padre desde el primer momento, pero no se había dado cuenta hasta ahora.

—Uno —dijo Frank—. Yo daba por sentado que te ibas a comportar como un hombre. Curioso, ¿eh? Yo pensaba que sabías que un hombre se acuerda de sus amigos y que un hombre se siente agradecido con sus amigos. Dos. Un hombre no deja a una mujer. Un hombre no abandona a una mujer en mitad de un restaurante, sino que actúa como un HOMBRE, cojones, y se comporta sabiendo lo que hace. Tres. Ella pensó que eras un drogadicto, ¿no te diste cuenta?

—Yo no la dejé sola; fue ella la que me dejó solo —protestó Bunting.

—¡Ella pensó que eras un yonqui! —Herko estaba gritando otra vez—. ¡Ella pensó que yo le había preparado una cita con un puerco cocainómano, justamente después de que acababa de romper con un individuo que perdió un restaurante, una casa y un coche por culpa de la cocaína! Eso es... —Herko elevó sus brazos y alzó la cabeza tratando de encontrar la palabra adecuada—. ¡Eso es INDECENTE! ¡REPUGNANTE!

Bunting se levantó y agarró su abrigo. Su corazón estaba a punto de estallar. No podía pasar ni un segundo más en su cubículo. Frank Herko medía ahora tres metros de altura, y con cada una de sus inhalaciones absorbía todo el aire de los pulmones de Bunting. Sus gritos le hacían daño a los oídos. Se abrochó el abrigo antes de darse cuenta de que estaba saliendo de su cubículo y que se marchaba a casa.

—¿Adonde cono crees que vas? —le gritó Herko—. ¡No puedes largarte!

Incapaz de articular ni una sola palabra, casi incapaz de ver a través de la bruma rojiza que le rodeaba, Bunting salió precipitadamente del departamento de Introducción de Datos y echó a correr como una flecha por el pasillo hacia el ascensor.

En cuanto salió del edificio se sintió un poco mejor, pero la mujer que

estaba de pie junto a él en el autobús que se dirigía hacia la parta alta de la ciudad se alejó de él de forma manifiesta.

Todavía podía oír la voz resonante y acusadora de Herko. El mundo pertenecía a gente como Frank Herko y su padre, y la gente como él estaba condenada a vivir en cuevas y rincones.

Bunting salió del autobús, y únicamente se dio cuenta de que estaba hablando solo cuando se vio reflejado en un escaparate. Se ruborizó y se hubiera disculpado, pero nadie a su alrededor lo estaba mirando.

Entró en el vestíbulo del edificio de su apartamento y se dio cuenta de que le sería imposible volver al trabajo. Nunca más podría volver a enfrentarse a Herko ni a la gente que había oído los gritos terribles de Frank. Eso se había terminado. Todo había terminado, como la fantasía de Verónica.

Entró en el ascensor, pensando que él parecía ser diferente de lo que él pensaba que era en realidad, aunque le resultaba difícil saber si era mejor o peor. En los viejos tiempos se hubiera puesto a pensar adonde podría ir a buscar otro trabajo, pero ahora lo único que deseaba era regresar a su habitación, prepararse una copa y abrir un libro. Por supuesto, todas estas cosas también habían cambiado: la habitación, la copa y el libro.

En el momento en que introdujo la llave en la cerradura se dio cuenta de que ya no estaba tan asustado. En el trasfondo psíquico, las olas de la voz de Frank Herko retumbaban y rompían contra una playa lejana. Bunting decidió concederse aproximadamente una semana para recuperarse de los sucesos de los últimos días, y luego saldría a buscar otro trabajo. Una semana era un espacio de tiempo consolador. De lunes a lunes. Colgó el abrigo y se preparó una copa en un Ama limpio. Seguidamente se desplomó sobre la cama y dejó caer la cabeza sobre la almohada. Emitió un gruñido de satisfacción.

Durante un rato estuvo simplemente succionando el biberón y dejando que su cuerpo se relajara entre las arrugadas sábanas. Al cabo de una semana, se dijo, se levantaría de la cama. Se afeitaría y se vestiría con ropa limpia y conseguiría un nuevo trabajo. Se sentaría frente a otro terminal de ordenador y estaría tecleando galimatías durante toda su vida. Pronto habría otra Verónica u otra Carol, una inglesa, una tejana o una cubana con un diploma universitario en Administración de Empresas de Wharton que estaría tratando de aclimatarse al Citibank. Todo volvería a ser igual que antes. Iba a ser terrible, pero ya estaba bien así. Algunas veces incluso podría llegar a ser hasta agradable.

Succionó aire, y levantó el biberón con sorpresa al comprobar que estaba vacío. Parecía como si acabara de declarar unas vacaciones privadas. Bunting se deslizó fuera de la cama, pasó por entre la basura hasta llegar a la nevera y echó un poco más de vodka dentro de aquel pequeño biberón. El vodka podía ayudar a uno a sobrellevar estos momentos de tristeza.

Bunting cerró la puerta del congelador, enroscó el aro en el biberón y sostuvo la tetina entre sus dientes mientras contemplaba la habitación. Una semana, y después regresaría al mundo. Bunting recordó su visión de aquel Jesús airado que había irrumpido en tromba en la vida de la clase obrera de Battle Creek. Sufren los pequeñines.

Cruzó de nuevo la habitación hasta llegar a la cama y descolgó el

teléfono.

—De acuerdo —dijo, succionando el biberón y sentándose—. ¿Por qué no? Tengo que hacerlo.

Marcó el prefijo de la zona de Battle Creek y luego las tres primeras cifras del número de sus padres.

—De repente se me ha ocurrido que podía llamar —dijo. Siguió introduciendo vodka en su boca—. ¿Cómo van las cosas? No quiero molestar a nadie.

Marcó la última de las cuatro cifras y oyó sonar el teléfono en aquella casita tan lejana. Finalmente contestó su padre, no diciendo «¡Diga!» sino «Sí».

—¡Hola papá, soy Bobby! Se me acaba de ocurrir que podía llamaros. ¿Cómo van las cosas?

—Bien. ¿Por qué no iban a ir bien? —le replicó su padre.

—Bueno, no quiero molestar a nadie.

—¿Por qué nos ibas a molestar? Tú sabes cómo nos sentimos tu madre y yo. Tus llamadas nos hacen felices.

—¿De verdad?

—Por supuesto, siempre nos parecen pocas. —Se produjo un momento de silencio—. ¿Quieres algo en especial, Bobby?

Era como si aquella noche de hacía tres días no hubiera existido nunca. Así es como funcionaban las cosas, recordó Bunting. Si te olvidas de algo, desaparece.

—Estaba pensando en mamá —dijo él—. La otra noche me pareció que estaba muy confundida.

—Creo que lo estaba —replicó su padre bruscamente, bajando la voz—. Eso le pasa de vez en cuando. Yo no puedo hacer nada al respecto, Bobby. ¿Cómo te va en el trabajo? ¿Todo bien?

—Podría irme mejor —replicó Bunting, e inmediatamente lamentó haberlo dicho.

—¿Ah sí? —Ahora la voz de su padre era dura y mordaz—. ¿Qué ha pasado? ¿Te han despedido? Te han despedido, a que sí-Has hecho alguna estupidez y te han despedido.

Podía oír a su padre respirando con dificultad, como el motor de una máquina.

Durante un segundo le pareció que su padre tenía razón: había hecho una estupidez y lo habían despedido.

—No —contestó él—. No es cierto. No me han despedido.

—Pero tampoco estás trabajando. Aquí son las nueve de la mañana, así que donde tú estás son las diez, y Bobby Bunting todavía está en su apartamento. O sea que has perdido tu trabajo. Ya sabía yo que eso pasaría.

—No, no es así —contestó Bunting—. Es que me he marchado pronto.

—Claro, te has marchado del trabajo a las ocho y media, un lunes por la mañana… Cómo le llamas tú a eso, ¿jubilación anticipada? Yo lo llamo ser despedido. No trates de engañarme, Bobby, ya sé la clase de persona que eres. —Inspiró profundamente—. Pues no esperes que los viejos te den dinero. Acuérdate de todas esas comidas en restaurantes de moda y todos esos viajes a Europa, y sabrás adonde ha ido a parar tu dinero… si es que alguna vez lo has tenido y si alguna de todas esas historias era cierta, de lo

cual tengo mis dudas.

—Me he tomado el día libre —replicó Bunting—. Y es posible que mañana también me lo tome. Tengo que encargarme de algunos asuntillos aquí.

—Esa clase de asuntillos serán los que con toda probabilidad tendrán que encargarse de ti, si no andas con cuidado.

—Mira —insistió Bunting algo dolido—. No me han despedido, ¿me oyes? Nadie me ha despedido. Me he tomado el día libre porque un tipo me estaba molestando. No sé por qué nunca te crees lo que te digo.

—¿Quieres que te recuerde lo que era tu vida cuando estabas aquí? Te conozco, Bobby. Dejémoslo estar. —Su padre volvió a inspirar de una forma tan ruidosa que parecía como si se hubiera puesto el teléfono dentro de la boca. Se estaba intentando calmar—. No me interpretes mal, tienes tus cosas buenas, como todo el mundo. Quizá lo único que deberías hacer es reducir esa vida social tan agitada que llevas para compensar que de adolescente nunca salías, eso es todo. Hay responsabilidades. Las responsabilidades nunca fueron tu punto fuerte. Pero es posible que hayas cambiado. Si es así, está bien, ¿de acuerdo?

Bunting se sentía como si lo hubieran asaltado en un callejón oscuro. Era como tener otra vez a Frank Herko gritándole sobre lo que era ser un hombre.

—Quiero preguntarte una cosa —dijo Bunting, y tomó otro trago de Popov del Ama—. ¿Has pensado alguna vez que has visto lo que era de verdad la realidad?

—Jesús lloraba.

—Espera. Quiero decirte algo con eso. ¿En ningún momento has tenido la impresión de que todas las cosas estaban vivas?

—Déjalo, Bobby. No quiero oír otra vez toda esa mierda. Cierra el pico si sabes lo que te conviene.

—¿Qué quieres decir? —Bunting casi gritaba—. ¿Quieres decir que no puedo hablar de eso? ¿Por qué no puedo hablar de eso?

—Porque es absurdo, estúpido —replicó su padre—. Quiero decirte una cosa, Bobby. Tú no eres nada especial. ¿Te enteras? Ya has molestado bastante a tu madre, así que cierra el pico. Por tu propio bien.

Bunting se sintió asombrosamente pequeño. La voz de su padre lo había hecho volver de golpe a su infancia, y ahora medía aproximadamente un metro de altura.

—Ya no puedo hablar más.

—Consúltalo con la almohada y luego enderézate —contestó su padre—. Lo digo en serio.

Bunting colgó el teléfono y cogió el Ama.

En el momento en que decidió levantarse de la cama estaba tan borracho que le costó trabajo atravesar la habitación y entrar en el cuarto de baño. Mientras orinaba le vino a la mente una de las frases de su padre, y el chorro de orina se desvió, rociando la pared: «No quiero oír otra vez toda esa mierda.» ¿Toda esa mierda? Si no estuviera borracho, pensó, sería capaz de entender algún detalle que ahora no lograba entender. Pero puesto que estaba borracho no podía, ni siquiera podía salir afuera. Bunting fue tambaleándose hacia su cama y se desplomó.

Se despertó en la oscuridad con dolor de cabeza y un sentimiento profundo y envolvente de vergüenza y tristeza. Su vida no tenía sentido, nunca lo había tenido ni nunca lo tendría. No podía haber liberación. Las cosas que él había visto, sus experiencias de éxtasis, el momento que había tratado de describir a Marty, todo era una ilusión. Al cabo de una semana iría de nuevo a DataComCorp y todo volvería a la normalidad. Probablemente lo admitirían otra vez; él no era tan importante como para que lo despidieran. La única diferencia sería que Frank Herko lo ignoraría.

Su gran problema era que siempre olvidaba que él no era nada especial.

Se prometió que no volvería a inventarse cosas. No habría más aventuras amorosas imaginarias. Bunting se acercó a la ventana y se puso a contemplar a los hombres y mujeres con abrigos y sombreros de invierno que estaban en la calle, la gente que tenía vidas realistas normales, sin encanto. Parecían tener frío. Volvió y se acostó en la cama, como si se metiera dentro de un ataúd.

12

A la mañana siguiente, Bunting echó todo el vodka y el coñac por la fregadera. Luego lavó todos los platos que se habían acumulado desde la última vez que había fregado. Miró los montones de basura diseminados por todas partes, puso lo que se hallaba en peor estado en bolsas grandes de plástico y las bajó a la calle. Al regresar a su apartamento estuvo barriendo y limpiando durante varias horas. Puso sábanas limpias en la cama y apiló las revistas y periódicos. Luego fregó el suelo del cuarto de baño y se sumergió en la bañera durante media hora. Después de secarse, se cepilló los dientes, se peinó y se fue directamente a la cama. Uno de estos días, se dijo, empezaría a hacer ejercicio con regularidad.

Al día siguiente luchó contra la tentación de comprar otra botella de vodka y fue al supermercado de Broadway para comprar una bolsa de zanahorias, una bolsa de apio, zumos de frutas y leche descremada, una barra de pan integral y una tarrina de margarina sin colesterol. Con una dieta así mantendría a raya al Jesús furioso.

Bunting pasó casi todo el martes acostado. Se comió dos zanahorias, tres troncos de apio y una rebanada de pan seco. El pan estaba especialmente bueno. Se bebió todo el zumo de frutas. Por la noche encendió la televisión, pero el lenguaje que salía del aparato era tan espantoso que chirriaba de dolor A las nueve y media se durmió, y hacia las tres de la madrugada se despertó con el sonido de unos disparos. Enseguida se volvió a dormir.

El miércoles se levantó, se duchó, se puso un traje gris clásico, se comió una zanahoria y se bebió casi un litro de zumo de papaya, se enfundó en su abrigo y salió por primera vez desde el lunes por la mañana. Era un día luminoso y fresco, y el aire, aunque no tan puro como el de las llanuras de Montana en 1878 o el de Los Ángeles de 1944, parecía asombrosamente limpio y sano. Pensó que percibía el olor a mar incluso en la parte alta de

Broadway. En una zona acordonada de la acera habían esbozado con tiza el contorno de un cuerpo, y cuando Bunting pasó por entre dos coches aparcados y bajó a un Broadway insalubre y sucio para seguir caminando en la dirección del tráfico bajo la luz deslumbrante del sol, simplemente echó una ojeada al contorno blanco del cuerpo y luego desvió de golpe la mirada y continuó andando hacia el semáforo y la acera no acordonada.

Bunting caminó varios kilómetros. Miró los relojes en los escaparates de Tourneau's, los zapatos de Church Brothers, las calculadoras de bolsillo y los compact discs en una hilera de escaparates de la parte baja de la Quinta Avenida. Llegó finalmente al Battery Park y se sentó durante un momento a contemplar la Estatua de la Libertad. Estaba en el mundo rodeado de gente y de cosas; la brisa que lo rozaba también rozaba a las demás cosas. Aquel mundo le pareció nuevo y casi intacto, árido en la forma que sólo una vez había conocido y que ahora casi deseaba olvidar.

Si un árbol cayese en el bosque no haría ningún ruido, no, ninguno.

Inició el camino de regreso hacia la parte alta de la ciudad, recordando cómo una vez había cabalgado cómodamente a lomos de un caballo llamado Shorty y cómo un ejecutivo perfumado, con traje de franela, le había entregado una fotografía de su madre. Estas experiencias también se podían encerrar en un ataúd de plomo y tirar por la borda hasta que se hundieran en un gran mar psíquico. Eran aberraciones: excepciones silenciosas e ingrávidas a una regla general. El envejecería en su pequeña habitación, bebiendo té helado y zumo de papaya sin utilizar los biberones. Él sobreviviría a sus padres. A los dos. A todo el mundo le ocurría así.

Cogió un autobús que le llevó calle Broadway arriba y se bajó varias manzanas antes de su casa porque tenía ganas de andar un poco más. En la esquina, un hombre con la cara enrojecida que vestía un abrigo de cuadros raído estaba sentado en una silla plegable detrás de un montón de libros de bolsillo de segunda mano. Bunting se detuvo para mirar los títulos buscando un Luke Short o un Max Brand, pero lo que encontró sobre todo fueron novelas de amor con títulos como *Servidumbre salvaje de amor* o *Dulce beso despiadado.* Estos títulos y sus cubiertas turbadoras amenazaban a Bunting con recordarle a Marty sentada frente a él en un restaurante de Greenwich Village, y se alejó de aquella hilera para borrar incluso el vestigio de este recuerdo. De repente sus ojos descubrieron una cubierta diferente de las demás y se fijó en el título: *Ana Karénina.* Recordó que había oído hablar de aquel libro en algún lugar. No lo había leído, por supuesto, no era el estilo de libros que él solía leer, pero estaba seguro de que era muy bueno. Se inclinó, lo cogió y lo abrió al azar. Se inclinó hacia la página a la luz de la farola y leyó: «Poco antes del amanecer quedaron en silencio. Sólo se oían los rumores nocturnos; el incesante croar de las ranas en los charcos y el resoplar de los caballos en los prados, cubiertos de niebla, que se elevaba.»

Un escalofrío recorrió su cuerpo, volvió la página y leyó otro par de frases: «Se levantó un vientecillo y el firmamento tomó un aspecto gris y lúgubre. Sobrevino ese momento sobrio que precede generalmente a la salida del sol, la victoria definitiva de la luz sobre las tinieblas.»

Bunting sintió un deseo extraño de llorar: él quería quedarse allí durante mucho rato hojeando aquel libro milagroso.

Una voz dijo:

—Es la mejor novela realista del mundo, sin duda alguna.

Bunting levantó la vista para encontrar la mirada inesperadamente inteligente del hombre regordete de cara enrojecida que estaba sentado en una silla plegable.

—¿De verdad?

—Todo el mundo dice cosas diferentes, está fuera de su jodida mente. —Se limpió la nariz con la manga—. Un dólar.

Bunting sacó un dólar del bolsillo y se inclinó sobre la hilera de cubiertas llamativas para dárselo al hombre.

—¿Por qué es tan bueno? —preguntó Bunting.

—Por la comprensión, por la profundidad de comprensión. Tiene una increíble sensibilidad para los detalles y al mismo tiempo una asombrosa capacidad de visión.

—Sí —respondió Bunting—. Sí, eso es. —Apretó el libro contra su pecho y se alejó hacia el edificio donde se hallaba su apartamento.

Colocó el libro sobre la silla y se sentó en la cama para contemplar la cubierta. Con sólo unas pocas frases, *Ana Karénina* le había traído pequeños pedazos radiantes del mundo. Era lo máximo con que uno podía acercarse a las experiencias de *El cazador de búfalos* sin dejar de estar cuerdo. Todas las cosas estaban tan íntimamente ligadas que era casi como estar dentro de ellas. Los dos breves pasajes que había leído habían hecho cobrar vida al otro mundo que yacía dentro de él, que una vez pareció estar conectado a una importante realidad secreta del universo como un todo: lo había despertado sólo con tocarlo. Bunting casi estaba asustado de este poder. Había sentido la necesidad de poseer el libro, pero no estaba seguro de poderlo leer.

Bunting saltó de la cama y se comió dos rebanadas de pan integral y un par de zanahorias. Luego se puso el abrigo y volvió a ir al cajero automático del banco y al drugstore situado al otro extremo de la calle.

Aquella noche estuvo acostado en la cama gozando del ligero dolor de piernas producido por la caminata, y bebiendo leche caliente de su viejo Prentiss. Debajo de su cuerpo, de una forma extraña e incómoda pero al fin y al cabo perfecta, se hallaba la obra que había realizado con ochenta Evenflos de plástico redondos y un tubo de epoxi: una manta apelmazada de biberones que se apretaba contra su cuerpo y se calentaba al contacto con él. Tiempo atrás, cuando pensaba en los faquires y en las camas de clavos, se le había ocurrido que podía confeccionar una manta de biberones, y el haberla hecho era una referencia extravagante a aquellos tiempos en los que él pensaba prácticamente sólo en biberones. A Bunting se le ocurrió que alguna vez podía quitar todas las tetinas y llenar cada uno de los Evenflos que estaban debajo de él con leche caliente. Sería como acostarse con ochenta botellitas de agua caliente.

Sostenía ante él el ejemplar algo deteriorado de *Ana Karénina* y contemplaba la ilustración de la cubierta que representaba un tren que se había detenido en una estación campestre para abastecerse de combustible, o de alimentos para sus pasajeros. Una tormenta de nieve formaba remolinos alrededor de la parte delantera de la locomotora. La ilustración

parecía estar llena de la misma realidad luminosa, casi alarmante, que las frases que había encontrado al azar dentro del libro, y Bunting sabía que esta sensación de promesa y proximidad procedía del recuerdo de estos pasajes. Abrir el libro parecía implicar un gran riesgo, pero si Bunting lo hubiera podido abrir en aquellas frases en las que los caballos relinchaban en medio de la niebla y se levantaba el vientecillo bajo un cielo gris matinal, lo habría hecho al instante. Sus ojos se cerraron y el pequeño tren de la ilustración despidió una nube blanca de vapor que se elevó, y comenzó a traquetear hacia adelante a través de la tormenta de nieve.

13

El jueves por la mañana sonó el teléfono con un estruendo exigente e inoportuno que anunciaba la presencia de Frank Herko al otro extremo de la línea. Bunting, que ya había conseguido mantenerse sobrio durante cuatro días, se imaginaba a Herko haciendo muecas y diciendo palabrotas al no obtener respuesta. Bunting continuó masticando una rebanada de pan seco y miró el reloj. Eran las diez de la mañana. Herko había admitido finalmente que él no regresaría nunca más al trabajo y estaba tratando de calentarle la cabeza para hacerle volver a DataComCorp. Bunting no tenía intención alguna de contestar al teléfono. Frank Herko y el puesto de trabajo en el departamento de Introducción de Datos se empequeñecían a medida que se hundían en el pasado. Se tragó el resto de zumo de papaya y se hizo el propósito de comprar más zumos de frutas aquella mañana. Al final, después de sonar trece veces, el teléfono enmudeció.

Bunting pensó en los caballos resoplando en medio de la fría bruma matinal cuando todo se hallaba en silencio salvo las ranas, y sintió un escalofrío.

Se levantó de la mesa y contempló la habitación. El cambio había sido radical. Pensó que su apartamento aún tendría mejor aspecto si se deshacía de todos los periódicos y revistas. Su habitación nunca más volvería a tener una apariencia normal, pero lo que había realizado podría adquirir más significado si toda la habitación estuviera un poco más limpia. De dos de las paredes sobresalían tetinas de biberones, y la cama estaba cubierta por una manta apelmazada de biberones a modo de sábana de cota de malla. Si hubiera menos cosas en la habitación, pensó Bunting, ésta tendría una finalidad tan determinada como la exposición de un museo. Podía deshacerse de la televisión. Lo único que necesitaba era una mesa, una silla, dos lámparas y su cama. Su habitación sería tan austera como un monumento. Y el monumento estaría dedicado a todo lo que faltaba. Pero Bunting estaba poco seguro de qué era realmente lo que faltaba, y no pensaba que aquello pudiera resumirse fácilmente.

Lavó el plato y el vaso y los colocó en el escurreplatos. Luego desenchufó la televisión, la cogió, abrió la puerta y la transportó hasta el vestíbulo. Luego la llevó abajo, más allá de los ascensores, y la depositó en el suelo. Después dio media vuelta y regresó precipitadamente a su

apartamento.

Bunting se pasó la mañana metiendo los periódicos y las revistas en bolsas negras de basura y bajándolas a la calle. Al cuarto o quinto viaje se dio cuenta de que la televisión había desaparecido del vestíbulo de entrada. Bango Skank o Jeepy tenían un nuevo juguete. Gradualmente la habitación de Bunting fue perdiendo su antigua apariencia de recinto cerrado. Había dos paredes cubiertas con biberones que sobresalían, otra pared con las ventanas que daban a las piedras marrones, y el hueco de la cocina. En la habitación sólo que daba la cama y junto a ella una silla. Frente al hueco de la cocina se hallaba la mesita donde comía. Había descubierto otra silla que se hallaba oculta debajo de una montaña de papeles y también la llevó al vestíbulo de entrada para que la cogieran sus vecinos.

Cuando subió a su apartamento después de haberse desprendido de la última bolsa de basura cerró la puerta con llave, colocó la barra de seguridad en su ranura e inspeccionó su territorio. Desde la pared exterior se extendía ante él un suelo de madera desnudo con marcas cuadradas de polvo en los lugares donde habían estado las pilas de periódicos. Sin los periódicos la distancia entre él y las ventanas parecía inmensa. Por primera vez, Bunting se dio cuenta de que los cristales tenían rayas. La brillante luz del sol las volvía plateadas y hacía que se proyectaran sobre el suelo en forma de rectángulos alargados. Los biberones rígidos sobresalían de la pared en ambos lados: hacia su derecha se extendían hacia la puerta del cuarto de baño y el hueco de la cocina, y hacia su izquierda en dirección a la cama. La pared situada por encima y más allá de la cama también estaba cubierta con una alfombra de biberones que sobresalían. Atravesada en la cama había una manta ancha de biberones que medio cubría una almohada plana y una manta blanca.

Después de la comida a base de zanahorias, apio y pan, Bunting puso agua caliente y jabón en un cubo y se puso a fregar el suelo. Después tiró el agua sucia, empezó de nuevo y lavó la mesa y los mostradores de la cocina. Luego fregó incluso el cuarto de baño, el lavabo, la taza del inodoro, el suelo y la bañera. Grandes manchas marrones de moho salpicaban la cortina de la ducha, y Bunting la descolgó con cuidado separándola de las anillas de plástico, hizo cuatro dobleces, la bajó a la calle y la introdujo en uno de los cubos de basura.

Al acostarse se sentía hambriento pero no hasta el punto de estar desesperado. Tenía la espalda y los hombros resentidos del trabajo y todavía le dolían las piernas tras el largo paseo por Manhattan. Se tumbó encima de la manta de biberones y estiró la sábana y la manta de lana sobre su cuerpo. Cogió el ejemplar usado de *Ana Yiarénina* y lo abrió con manos temblorosas. Por un momento le pareció que las frases iban a saltar de la página y a solicitarlo, y su corazón se encogió lleno de temor y expectación. Pero su mirada encontró la página y él permaneció dentro de su cuerpo y de su habitación, y leyó: «Y de repente ella recordó al hombre atropellado por el tren el día de su primer encuentro con Vronsky y comprendió lo que debía hacer. Con paso ligero y rápido bajó las escalerillas que iban desde el depósito del agua hacia la vía y se detuvo junto al tren que se aproximaba.»

Bunting se estremeció y se sumió extenuado en un sueño.

Atravesaba un paisaje con solares vacíos y muros de cemento en la calle de una ciudad que podía ser Nueva York o Battle Creek. En la calle había botellas rotas y hojas de periódicos viejos. Aquí y allí, en los solares llenos de maleza, se alzaban hacia el aire gris edificios de apartamentos baratos. Le dolían las piernas y los pies, y le resultaba difícil seguir al hombre que caminaba delante de él a bastante distancia, cuya túnica ligera ondeaba y se hinchaba al contacto con el viento frío. El hombre era ligeramente más alto que Bunting y su cabello negro revoloteaba alrededor de su cabeza. Imperturbable ante el viento invernal, el hombre caminaba hacia adelante y a cada paso aumentaba la distancia que le separaba de Bunting. Bunting no sabía por qué tenía que seguir a aquel hombre extraño, pero eso era lo que tenía que hacer. Perderlo de vista sería un desastre: se sentiría desamparado en aquel mundo muerto y feo. Y seguidamente se moriría. Sus pies parecían adherirse al suelo arenoso y un fuerte viento lo empujaba hacia atrás, como una mano. Cuando el hombre se hubo alejado unos cuantos metros más calle abajo, Bunting se dio cuenta que no estaba siguiendo a un hombre sino a un ángel, y lanzó un alarido de terror. De repente aquel ser se detuvo y se quedó de espaldas a Bunting. La túnica ligera ondeaba a su alrededor. Si no pronunciaba una determinada palabra, el ángel volvería a ponerse en marcha y abandonaría a Bunting en aquel mundo terrible. La palabra era esencial, y Bunting no sabía cuál era; no obstante abrió la boca y gritó la primera palabra que se le ocurrió. En el momento en que la hubo pronunciado, Bunting supo que era la palabra correcta. La olvidó tan pronto salió de su garganta. El ángel empezó a volverse lentamente, y Bunting tomó aire con fuerza. La parte delantera de la túnica estaba cubierta de sangre, y cuando el ángel extendió las palmas de las manos, Bunting vio que también las tenía ensangrentadas. El rostro del ángel expresaba cansancio y aturdimiento, y sus ojos eran los de un ciego.

14

El viernes por la mañana Bunting se despertó con lágrimas en los ojos por el ángel herido, el ángel a quien nadie podía ayudar, y tuvo un gran sobresalto al darse cuenta de que no estaba en su casa. Durante un momento se encontró completamente a la deriva en el tiempo y el espacio y pensó que podía estar prisionero en un desván: en la habitación no había más muebles que una mesa y una silla, y las ventanas parecían tener barrotes. Se le ocurrió pensar que quizá estuviera muerto. La vida después de la muerte poseía un fuerte y penetrante olor a jabón y a desinfectante. Después las barras de las ventanas se convirtieron en rayas y sombras, vio los biberones que sobresalían de la pared situada sobre su cabeza y recordó lo que había hecho. El ángel herido volvió de nuevo al reino de las cosas olvidadas donde yacía oculta una gran parte de la vida de Bunting. Este movió las piernas a través del paisaje irregular de biberones, su lecho de clavos de faquir, y se levantó de la cama. Le dolían las piernas, los hombros,

la espalda y los brazos.

Afuera, en la calle, Bunting se dio cuenta de que estaba disfrutando de su situación de desempleo. Durante días le había acompañado en todo momento una ligera sensación punzante de hambre, y el hambre era algo tan agudo que contenía una pequeña dosis de placer. Bunting se dio cuenta de que la tristeza era lo mismo: si uno puede convivir con su tristeza, puede apreciarla. Es posible que sucediera lo mismo con las grandes emociones, el amor, el terror y el dolor. El terror y el dolor serían las más duras de soportar, pensó, y por un momento se sintió inquieto al recordar a Jesús propinando un golpe violento, con la palma de la mano ensangrentada, contra la pared lateral de su vieja casa de Battle Creek. Santo, santo, santo.

Le invadió la idea extremadamente inquietante de que el terror y el dolor también eran santos, y que Jesús se le apareció en un Battle Creek que se hallaba en algún lugar del norte de Greenwich Village para transmitirle aquello.

Una nube blanca de vapor cuyo tamaño y aspecto recordaban a los de una mujer adulta, apareció por una boca de acceso del centro de Broadway y se desvaneció gradualmente hasta hacerse transparente.

Bunting sintió que el mundo empezaba a desmenuzarse a su alrededor y se apresuró a entrar en la tienda de frutas y verduras Fairway. Compró manzanas, pan, zanahorias, mandarinas y leche. Cuando esperaba junto a la caja para pagar, le vino a la mente la pequeña locomotora de la cubierta de la novela de Tolstoi despidiendo nubes blancas de vapor y lanzándose hacia la tormenta de nieve. Tuvo la extraña sensación, que por lo demás sabía que no era cierta, de que alguien lo estaba vigilando, y esta sensación le siguió en su camino hacia la amplia calle concurrida.

No había una nube de vapor blanca del tamaño de una mujer sobre Broadway, no se produjo ningún alboroto repentino ni había ningún contorno marcado con tiza que mostrase el lugar donde había muerto un ser humano.

Bunting empezó a caminar calle arriba hacia su casa. Una luz tenue y débil saltaba desde el techo de los coches, desde los gruesos collares de oro, desde los escaparates fulgurantes que exhibían compact discs. En toda esta brillantez y actividad moraba latente la sensación misteriosa de que aún había alguien que lo estaba vigilando, como si la calle entera estuviera aguantando la respiración para observar a Bunting mientras avanzaba hacia su casa. Acarreaba su bolsa de comida bajo el aire frío y luminoso. Al otro extremo de la manzana, alguien gritó algo con una cristalina voz de tenor, como un cuerno de caza, y la atención vacilante del mundo acogió aquel sonido maravilloso para que perdurara en los oídos de Bunting. Un taxi salió de la sombra a una lluvia de luz y mostró, con un repentino estallido de color, un color amarillo puro. El blanco de los ojos de una mujer china lanzaba destellos hacia Bunting, y su cabello negro ondeaba lustroso sobre su cabeza. Un hilo de vapor blanco salió de su boca. Era como si alguien hubiera pronunciado unas palabras secretas, olvidadas al instante, y las palabras pronunciadas lo hubieran transformado. La acera fría bajo sus pies parecía tensa como la piel de un león, resonante como un tambor.

Incluso el vestíbulo de su casa estaba cargado de un presagio.

Entró en su desnuda habitación, se llevó la bolsa de comida a la cama y

fue sacando con cuidado las manzanas, mandarinas, zanahorias y la leche. Hizo una pelota con la bolsa, la llevó con el envase de cartón de la leche hacia el hueco de la cocina, alisó la bolsa y la dobló cuidadosamente para luego verter la leche en tres biberones distintos. Los llevó al otro lado de la habitación a través del suelo resplandeciente y los colocó al lado de la cama. Se quitó los zapatos, el traje que llevaba puesto, la camisa y la corbata, y colgó todo cuidadosamente en el armario. Regresó a la cama en ropa interior y calcetines. Bajó las sábanas, se puso encima de su manta de faquir hecha de biberones y se envolvió en la sábana y la manta sin quitar ninguno de los objetos colocados sobre la cama. Dobló la almohada y encendió la lamparita, aunque todavía entraba la fría luz del exterior, proyectando rectángulos alargados sobre el suelo. Se recostó en la almohada bajo la lámpara de lectura y colocó las frutas, zanahorias, el pan y los biberones a su alrededor. Se acercó uno de los biberones a la boca y asió la tetina entre los dientes. Se percibía un agradable frescor en el aire que parecía proceder del mundo que contenía la ilustración de la cubierta del libro que estaba a su lado. Bunting succionó un poco de leche y cogió el ejemplar de *Ana Karénina* de la silla situada junto a la cama. Estaba temblando. Abrió el libro en la primera página y cuando fijó la mirada en las líneas impresas, éstas saltaron de la página para encontrarse con sus ojos.

15

El conserje del edificio miró hacia abajo mientras introducía la llave en la cerradura. Le dio una vuelta, y ambos hombres oyeron el chasquido de la cerradura al abrirse. El conserje seguía con la mirada en el suelo. Era tan corpulento como el padre de Bunting, y los dos jerseys que llevaba puestos para protegerse del frío le daban el aspecto de estar embarazado. El padre de Bunting iba enfundado en un abrigo, estaba encorvado y tenía las manos en los bolsillos. El aliento de los dos hombres se escapaba en forma de nubes blancas como la leche. Finalmente, el conserje fijó la mirada en el señor Bunting.

—Vamos, ábrala de una vez —dijo el señor Bunting.

—Ahora mismo, pero hay algunas cosas que usted probablemente ignora —contestó el conserje.

—Hay muchas cosas que ignoro —replicó el señor Bunting—. Como por ejemplo qué cono ha pasado aquí. Y supongo que usted no me puede ayudar mucho en este pequeño detalle. ¿Me equivoco?

—Bueno, también hay otras cosas —contestó el conserje, y abrió por fin la puerta. Seguidamente retrocedió unos pasos para dejar entrar al señor Bunting.

El padre de Bunting avanzó aproximadamente un metro y medio, y a continuación se detuvo. El conserje entró detrás de él y cerró la puerta.

—Odio el jodido Nueva York —dijo el señor Bunting—. Odio toda la mierda que hay por aquí. Perdóneme por hacer de esto algo general, pero en esta pocilga uno no puede ni mantener el calor.

En vez de mirar hacia la cama, el padre de Bunting estaba contemplando la pared situada encima de la cama en la que se hallaban varios biberones aplastados. La cama se había resquebrajado en diagonal, y las sábanas, marrones por la sangre seca, se habían endurecido de tal manera que formaban una V gigantesca y tiesa si se intentaba quitarlas. Alguien, probablemente la esposa del conserje, había tratado de limpiar la sangre situada junto a la cama rota y doblada. Astillas de madera y muelles aplastados y doblados del somier se hallaban esparcidos por el suelo manchado.

—Los inquilinos están todos locos, pero es una buena cosa que no tengamos calefacción —dijo el conserje—. Quiero decir que la tendremos cuando nos traigan la nueva caldera, pero él ya llevaba aquí diez días cuando lo encontré. Y le diré una cosa. —Se acercó cautelosamente hacia el señor Bunting, quien apartó los ojos de la pared para mirarlo ceñudo—. Él me facilitó las cosas. ¿Ve usted esa barra de seguridad? —El conserje gesticuló hacia la larga barra de hierro que estaba contra la pared junto al marco de la puerta—. Él la dejó así, abierta. Era como si me estuviera haciendo un favor. Si hubiera puesto ese trasto atravesado en la puerta, yo habría tenido que tirar la puerta abajo para conseguir entrar. Y probablemente no lo hubiera encontrado al menos hasta dos semanas después.

—Así quizá le facilitó el trabajo a quien lo hizo —replicó el padre de Bunting—. Algún favor.

—¿Lo vio usted?

El señor Bunting se volvió para contemplar los biberones de la pared situada sobre la cama, y después giró lentamente para mirar los biberones de la pared frontal.

—Claro que lo vi. Vi su cara. ¿Quiere usted conocer los detalles? A freír monas si los quiere conocer. Lo único que me dejaron ver fue su cara.

—Parecía como si no lo hubiera hecho nadie —dijo el conserje.

—Una observación muy inteligente por su parte... No lo hizo nadie. —Vio algo encima de la cama y se acercó más—. ¿Qué es esto?

Estaba mirando una bolita roja y arrugada que había caído en el fondo del pliegue. Casi al lado había otra bola negra y más pequeña, también arrugada.

—Creo que es una manzana —contestó el conserje—. Tenía algunas manzanas y mandarinas y un poco de pan. Si se fija bien, podrá ver algunos trozos pequeños de papel esparcidos por todas partes, como si hubiera explotado un libro. Toda la fruta se secó, pero el libro... Yo no sé qué pasó con el libro. Es posible que lo destrozara.

—¿Puede usted cerrar el pico?

Durante un buen rato, el señor Bunting mantuvo su mirada fija en los biberones situados encima de la cama. Después se volvió y contempló los biberones impolutos de la pared situada al otro extremo de la habitación. Finalmente dijo:

—Esto es lo que no puedo comprender. No comprendo esto de los biberones. —Miró al conserje, quien rápidamente movió la cabeza indicando que él tampoco lo entendía—. Quiero decir, si ha tenido usted aquí alguna vez otros inquilinos que hicieran este tipo de cosas.

—Nunca he visto a nadie que hiciera nada parecido —replicó el conserje—. Esto de los biberones es nuevo. Tendré que derribar las paredes para poder quitarlos.

El señor Bunting pareció no haberlo oído.

—Primero se muere mi esposa, el viernes hará tres semanas. Luego me dicen lo de Bobby, que siempre fue un gilipollas, pero era mi único hijo. Cuando deciden jugártela, realmente lo hacen a conciencia. Saben cómo hacerlo. Y ahora, para colmo de males, aquí tenemos esta mierda. Ojalá me hubiera mantenido al margen de todo esto.

—¿Le vio la cara?

—¿Eh?

—Usted dijo que le vio la cara.

El señor Bunting lanzó al conserje la mirada que dirigiría un peso pesado a su oponente al empezar el combate.

—Bueno, yo también vi su cara cuando lo encontré —explicó el conserje—. Creo que hay algo que usted debería saber. Al fin y al cabo es significativo.

El señor Bunting asintió, pero sin alterar la expresión.

—Cuando entré… quiero decir, su hijo estaba muerto, no había ninguna duda al respecto. Estuve en Corea y sé el aspecto que tiene un muerto. Parecía como si le hubiera atropellado un camión. Es absurdo, pero eso es lo que pensé cuando lo vi. Estaba aplastado contra la pared, y la cama totalmente destrozada. De todos modos, lo que me sorprendió fue la expresión de su rostro. Ocurriera lo que ocurriese, fue para bien, y perdóneme usted, pero no habrá forma de que la policía detenga a un par de tipos y les cargue con el mochuelo, porque no hay ningún par de tipos que puedan hacer lo que yo vi en esta habitación con mis propios ojos, créame…

El hombre tomó aliento. El padre de Bunting lo contemplaba con ira contenida.

—En fin, lo importante es la expresión que tenía su hijo. Parecía feliz. Parecía como si hubiera visto la cosa más importante del mundo antes de que ocurriera lo que ocurrió, cualquiera sabe.

—Tiene usted razón —contestó el señor Bunting, moviendo la cabeza—. Bueno, no tenía esa expresión cuando yo lo vi, pero lo que usted dice no me sorprende demasiado.

Sonrió por primera vez desde que había entrado en la habitación de su hijo y empezó a mover otra vez la cabeza. Al ver su sonrisa, al conserje se le encogió el estómago.

—Su madre nunca lo comprendió, pero puede estar seguro de que yo sí.

—¿El qué? —preguntó el conserje.

—Él siempre creyó que era una especie de iluminado. —El señor Bunting abarcó todo el apartamento con el gesto de su brazo—. Yo nunca lo vi así.

—Eso suele pasar.



INTERLUDIO

CHARLA DE BAR

Era un bar corriente de una calle secundaria. Su única peculiaridad consistía en estar situado en un segundo piso, encima de un restaurante hindú. Los clientes del bar nunca entraban en el restaurante, y los clientes y el personal del restaurante nunca subían al bar. A la gente que iba allí le gustaba la madera oscura y mate del mostrador del bar, el espejo, los paneles de madera y los viejos anuncios de cerveza en las paredes. Poca gente se molestaba en mirar las fotografías de poetas y novelistas que en otro tiempo fueron parroquianos habituales o los retratos de boxeadores y gente anónima del mundo del espectáculo, que también habían sido habituales. Nadie miraba nunca por las vulgares ventanas, que eran las de un apartamento antes de que lo convirtieran en bar. Era como si los nuevos parroquianos no desearan que se les recordara, una vez que habían subido las escaleras, que estaban por encima de la calle.

Estos parroquianos eran vecinos del barrio y utilizaban el bar para huir de sus casas. Ninguno de ellos era joven ni rico, y la mayoría parecía haberse acomodado a sus variopintas vidas. No hablaban mucho, excepto con Max, el camarero. Algunas veces parecía que estaban esperando a que volviera con ellos para poder continuar la conversación iniciada, y se mostraban impacientes hacia el cliente que le estaba entreteniendo. A

menudo Max era el más joven del local. Procuraba tener buen humor y le gustaba presentar su propia experiencia de una manera representativa y cómica.

En otoño, casi el primer día frío del año, empezó a subir al bar un nuevo cliente. Iba vestido con ropa militar de camuflaje y chaqueta de cuero, y calzaba zapatillas de deporte negras y usadas. La ropa militar parecía estar descolorida después de haber sido lavada miles de veces, y se veían algunas manchas más oscuras en los lugares donde antes había habido insignias y etiquetas, que habían sido arrancadas. Tenía el cabello negro, largo y espeso, y usaba gafas gruesas y redondas. El hombre siempre llevaba un libro en la mano y se sentaba en el extremo de la barra, pedía vodka con hielo, abría el libro y leía durante un par de horas. Se tomaba tres o cuatro copas. Después cerraba el libro, pagaba y se marchaba. Muy pronto empezó a ir allí cada día. Algunos de los habituales le saludaban con la cabeza a su llegada, y él les devolvía el saludo con un gesto de cabeza o con una sonrisa, pero nunca decía nada a nadie, ni a Max.

Después de un par de semanas apareció un día con un jersey de cuello alto y unos téjanos tan descoloridos que se habían vuelto casi blancos. Uno de los clientes habituales, una mujer de unos sesenta años llamada Jeannie, no pudo aguantar más y se acercó a él cuando abrió el libro.

—¿Qué ha pasado con su ropa militar? —preguntó la mujer—. ¿Es que al final se ha decidido a lavarla?

Max se echó a reír.

—Tengo mucha ropa —respondió el joven.

—Se nota que le gusta leer —siguió diciendo la mujer—. Siempre que le veo está leyendo alguna cosa.

—También tengo muchos libros —dijo él riendo, sorprendido por sus propias palabras.

Todos los clientes del bar, e incluso Max, los estaban observando, y de repente Jeannie, incomprensiblemente, se sonrojó. Se apartó del hombre, pero él puso su mano encima de la de ella, y la mujer volvió a colocarse a su lado. Max se movió hacia el otro lado de la barra y el resto de la gente volvió a sus conversaciones y silencios. Al cabo de un rato, Max se puso a hablar con un viejo marino mercante llamado Billy Blue, y Billy empezó a reírse. Max se volvió hacia otro de sus clientes habituales y le explicó la misma historia, y ambos clientes empezaron a reírse. Todo el mundo se olvidó de Jeannie al poco rato. Entonces Max, o tal vez otra persona, miró hacia el otro extremo del mostrador y vio que Jeannie estaba sentada sola. El hombre había dejado algunos billetes sobre la barra y se había marchado sin que nadie se diera cuenta. Jeannie tenía una expresión extraña en su rostro, como si estuviera recordando algo que prefiriese olvidar.

—¿Te ha dicho algo ese tipo, Jeannie? —preguntó Max—. ¿Se ha puesto impertinente?

—No, nada de eso —contestó Jeannie—. Ha sido muy amable, de verdad.

La mujer se levantó, se llevó el vaso a la ventana y miró hacia la calle.

—¿Ha sido amable? —repitió Max—. ¿Y eso qué quiere decir?

—No lo entenderías —dijo Jeannie.

Se alejó de todos y miró hacia abajo. Algunos clientes pensaron que

quizás estaba llorando, pero no podían asegurarlo. Todo el mundo se sintió un poco violento durante unos momentos, y por fin Jeannie se alejó de la ventana y volvió a su sitio de siempre en la barra. El hombre del libro no volvió a pisar el bar, y unas semanas después Jeannie empezó a frecuentar un bar que se hallaba a unos metros más abajo de la manzana.

ALGO DE MUERTE, ALGO DE FUEGO

El origen e incluso la naturaleza del Taxi Mágico de Bobo constituyen todavía un misterio, y el Taxi sigue siendo tan enigmático como cuando apareció por primera vez ante nosotros sobre el suelo de serrín. Por supuesto que no le faltan exégetas: estoy en posesión de varias carpetas de papel manila repletas hasta reventar de análisis relativos al Taxi y de especulaciones sobre su naturaleza y construcción. «La industria Bobo» amenaza con convertirse en una empresa gigante.

Como se recordará, durante muchos años el examen del Taxi por parte de mecánicos especializados e imparciales formaba parte de la representación. Este examen, tan minucioso como sólo los técnicos más expertos podían llevar a cabo, nunca reveló nada que lo diferenciara de los otros vehículos de su misma clase. Tampoco poseía ningún dispositivo ni mecanismo especial que lo capacitara para asombrar, deleitar o aterrorizar como aún sigue haciendo.

Cuando este examen aún formaba parte de la representación —el equivalente al mago subiéndose sus mangas brillantes—, Bobo siempre estaba situado cerca de los mecánicos, en un visible estado de preocupación. Se rascaba la cabeza, sonreía de forma estúpida, tocaba una bocina diminuta sujeta a su cinturón y daba volteretas en el aire. Su preocupación siempre provocaba grandes carcajadas entre los niños. Pero yo tenía la sensación de que aquella aparente preocupación era auténtica, que Bobo tenía miedo de que una noche el Einstein o el Freud de la mecánica pudiera descubrir el principio que hacía que el Taxi Mágico fuera único, y en consecuencia arruinara su efectividad para siempre. Porque ¿quién continúa impresionado por un truco una vez que sabe cómo se hace? Los mecánicos gruñían y sudaban, comprobaban el depósito de combustible, se colocaban boca arriba bajo el Taxi, examinaban el interior del motor, se llenaban de

grasa y carbón de modo que parecían vagabundos cómicos, y finalmente se daban por vencidos. No eran capaces de encontrar nada, ni siquiera números de registro en el bloque del motor, ni nombres comerciales de ningún tipo en ninguna de las partes que componían el motor.

Aparentemente era un taxi como los demás: alargado, negro, rechoncho como una casita de piedra, de las que generalmente se ven en Londres. Bobo estaba sentado al volante cuando el Taxi entraba en la pista del circo, con su cabeza cuadrada y cubierta por un sombrero vislumbrándose por detrás de la ventanilla de plexiglás que daba al compartimiento mayor de la parte trasera. En el interior de éste no había más que el asiento trasero tapizado, y frente a él dos asientos plegados. Era la viva imagen de lo respetable, y además producía la sensación de que Bobo no conducía el Taxi sino que éste lo conducía a él. Sin embargo, aunque nada podía parecer más mundano que un taxi negro, desde la primera representación el vehículo creó un clima de tensión e intranquilidad. He visto que sucedía así una y otra vez, siempre igual: las luces no disminuyen de intensidad, no hay redobles de tambor, no hay anuncios de ninguna clase, sólo se abre una cortina lateral y un Bobo con expresión seria sale conduciendo el Taxi (o éste conduciéndole a él) hasta el centro de la pista. En este momento el público enmudece, como si se quedara hipnotizado. Te sientes inseguro, con los nervios un poco de punta, como si hubieras olvidado algo que deseas, recordar especialmente. Luego vuelve a empezar la representación.

Bobo hace poca cosa en el transcurso de la representación. Esta modestia suya es la que nos ha hecho quererlo. Él podría ser uno de nosotros. Va vestido con un traje de fantasía y estruja la pera de su pequeña bocina cuando se siente desorientado o encantado. Al concluir la representación hace una reverencia, inclinando la cabeza hacia el torrente de aplausos, y desaparece con su Taxi a través de la cortina. Algunas veces, en el momento en que la cortina empieza a rozar el capó del coche, levanta su mano de tres dedos enfundada en un guante blanco y se despide. Parece que saluda con pesar, como si prefiriera salir del Taxi y reunirse con nosotros en los incómodos asientos. Así que saluda con la mano. Es el final de la representación.

Hay poco que decir sobre la representación porque siempre es la misma. Pero difiere ligeramente de un espectador a otro. Los niños, a juzgar por sus comentarios, ven algo así como un castillo de fuegos artificiales. El Taxi proyecta en el espacio una gran explosión de formas y colores que no se desvanecen sino que persisten en el aire y ejecutan algún tipo de obra escénica. Cuando los adultos insisten, los niños pronuncian algunas palabras poco precisas sobre «El soldado», «La dama» y «El hombre del abrigo». Cuando les preguntan si encuentran divertido el espectáculo, asienten con la cabeza y parpadean, como si pensaran que el que les interroga es imbécil.

Los adultos raramente hablan de la representación, excepto por escrito, lo cual es menos arriesgado. Nosotros hemos considerado conveniente suponer un máximo de coincidencia entre lo que hemos visto por separado, porque esto permite a nuestros eruditos hablar de «nuestra comunidad», «la comunidad». Los exégetas han dividido la representación en tres partes (los Actos Básicos) que corresponden a las tres grandes olas de emoción que nos

abruman mientras el Taxi se halla ante nosotros. Todos estamos de acuerdo en que cualquier persona mayor de dieciocho años experimenta inexorablemente estas tres fases, inducida por las misteriosas habilidades del Taxi Mágico.

El primer acto es La Oscuridad. Durante esta parte, que es bastante breve, parece como si nos adentráramos en una especie de nube o niebla en que todas las cosas, excepto el Taxi y su conductor, se vuelven confusas. Las luces situadas por encima de nuestras cabezas no disminuyen de intensidad, ni siquiera parpadean. Pero no se puede negar que se consigue crear una atmósfera de tristeza. Estamos separados, perdidos en nuestra separación. Al llegar a este punto recordamos nuestros pecados, nuestra mezquindad, nuestros sufrimientos. Algunos lloramos. Bobo solloza invariablemente, las lágrimas se incrustan en su maquillaje blanco y toca su diminuta bocina una y otra vez. Su figura maquillada está muy próxima a las nuestras, y sin embargo es tan absurda, tan teatral en su dolor, que hace que nos olvidemos de nuestros recuerdos. Dejamos de sentirnos infelices gracias al amor que sentimos por ese hombrecillo desamparado y teñido, Bobo el ignorante, y empieza el segundo acto. A esta parte se le conoce como La Caída debido a la sensación física que provoca. Cada uno de nosotros, sujetos a los bancos de madera desvencijados, parecemos caer al vacío. De los tres actos, éste es literalmente el más parecido a un sueño. Mientras persiste la sensación de caída, somos testigos de una puesta en escena que parece proyectarse directamente desde el Taxi hacia el interior de nuestros ojos. Esta representación, «la película», es también como un sueño. La sensación que produce difiere de una persona a otra, pero siempre parece implicar a nuestros padres de la forma que eran antes de que naciéramos. En ella hay algo de muerte, algo de fuego. Aparece nuestra propia imagen, radiante, sobre el contorno de un campo. Algunas veces hay una batalla, y más a menudo se asciende por la senda de una montaña a través de árboles nórdicos de hoja caduca. Es Irlanda o Alemania o Suecia. Nos hallamos en el país de los padres de nuestros tatarabuelos. Es el lugar de donde procedemos. Finalmente estamos en casa. Es el país que nos ha estado llamando durante toda nuestra vida mediante mensajes que sólo conocen nuestras células. En éste se nos ha concendido un breve momento para convertirnos en héroes, una larga vida para ser morales. Esta representación escénica nos llena de entusiasmo y nos prepara para la parte final de la representación, Los Estratos.

El rayo de luz procedente del Taxi desaparece en el interior de nuestros ojos como un cable transparente. Cuando la luz ha llenado nuestros ojos, el Taxi, Bobo, la dama sudorosa sentada a tu derecha y el hombre con jersey de cuello alto situado exactamente frente a ti, desaparecen. La primera sensación es de somnolencia. Entonces empiezan los estratos. Para algunos se trata de capas de luz y color a través de las cuales asciende el espectador; para otros, de capas de piedras, grava y arenisca. Un arqueólogo que conocí una vez me insinuó que en esta parte de la representación él se eleva invariablemente a través de varios estratos de civilizaciones: la de los hombres de las cavernas, los constructores de cabañas, los que inventaron las armas, los que inventaron el hierro, hasta ascender a través de ciudades y pueblos que habían sido sumergidos en el interior de la tierra. Por lo que a

mí respecta, me parece ascender interminablemente a través de escenas de mi propia vida: me veo a mí mismo jugando entre las hojas, haciendo bolas de nieve, haciendo los deberes de la escuela, comprando un libro. Lloro de felicidad al contemplar la insignificancia de mi imagen y la estupidez de todas mis alegrías, porque son todas muy inofensivas. A continuación se extiende ante nosotros el mundo exterior, y Bobo saluda con la mano, desaparece a través de la cortina, y finaliza la representación.

Durante los primeros años, cuando el Taxi sólo interesaba a unos pocos, no nos preocupábamos mucho de los significados. Lo considerábamos un espectáculo, una revelación, una atracción especial extra, como decían los carteles anunciadores. Después los eruditos de la Universidad de C. publicaron un trabajo en el que afirmaban que el Taxi de Bobo era la representación del «milagro común», la señal de que el mundo estaba infundido de un espíritu. Los eruditos de las universidades de B. y Y. estuvieron de acuerdo y publicaron un ensayo titulado *El esplendor ordinario.*

No obstante, G. y O. discrepaban. Apuntaban hacia la sordidez del ambiente y las ropas andrajosas de los otros actos, la diminuta bocina de Bobo, sus lágrimas, los bancos desvencijados, el olor a algodón dulce, y su libro de ensayos, *El día vacío,* estaba dedicado especialmente a analogías con Darwin, Mondrian y Beckett. Al igual que muchos otros, hojeé los libros pero no tuve la sensación de que éstos hubieran captado al Bobo real, al Taxi real: sus argumentos resonantes, formulados con tanto tacto y autoridad, batallaban a lo lejos, como las polillas que chocan con sus pesadas alas contra una puerta de rejilla metálica. Un comentario hecho por un amigo mío señala con mucha más precisión que ellos la calidad real de la representación del Taxi.

—Me gusta pensar en Bobo —me dijo— antes de que se hiciera famoso. Seguramente habrás oído decir que era un hombre corriente con un trabajo corriente. Era médico, contable o profesor de matemáticas. Mi cuñada está segura de que era el vicepresidente de una compañía de tabaco. «Se le nota», dice mi cuñada. De todos modos, lo que me gusta imaginar es la mañana en que Bobo salió de su casa como de costumbre para ir al trabajo y encontró el Taxi esperándolo junto a la acera, sin saber que ese Taxi era su destino, completamente imprevisto, negro y ronroneando dulcemente, impregnado de algo milagroso.



INTERLUDIO

EL VETERANO

Después de dos divorcios, actualmente vive en una casa de dos habitaciones de un suburbio de Columbus, Ohio, con un terrier americano llamado Lurp. La mayor parte de sus ropas tiene referencias a Vietnam: una extensa colección de camisetas con grabados de dragones muy historiados y eslóganes tales como SI NO ESTUVISTE ALLÍ, CIERRA TU ASQUEROSO PICO. El segundo dormitorio lo utiliza como gimnasio; cada mañana y cada tarde se entrena con pesas. Aunque durante su juventud nunca leyó por placer, y de hecho todavía lee muy poco, se gana la vida escribiendo novelas de aventuras y acción sobre Vietnam.

Escribe de cara a una pared de su sala de estar forrada con las cubiertas enmarcadas de sus propios libros, con fotografías de mujeres asiáticas, fotografías de él y de su vieja unidad, y con un póster, enmarcado, que en una ocasión publicaron sus editores. A la izquierda, justo a la altura de sus ojos, sobre el monitor del ordenador, hay un cuadro con las medallas que ganó en Vietnam. Las cortinas de la sala de estar siempre están cerradas.

Trabaja once o doce horas al día y sale muy poco, lo menos posible. Sus esposas querían que asistiera a sesiones de psicoterapia, o al menos que se hiciera miembro de una asociación de veteranos, pero él alegaba que sus libros eran su psicoterapia. Controla la bebida como controla todo lo demás; piensa que un hombre que no se controla no es un hombre de verdad.

Cada noche se despierta de repente bañado en sudor y mirando hacia la oscuridad. Algo enorme y escamoso se retuerce hacia la nada. «Ya estamos otra vez, —piensa—, ya estamos otra vez, viejo amigo.»

LA DIOSA DE ESSWOOD HOUSE

A Lila Kalinich

1

Coge una línea. ¿De qué se trata? ¿A qué se refiere? ¿En qué imagen puedo pensar para reemplazarla?
……
Es como si yo no le importara, y sólo me mirara fijamente. (Él, Ella…) (Árboles, Rocas, Planetas, Estrellas.) Sin embargo, estoy tan dentro de ello como debajo o a través. Vuelvo la mirada hacia mí mismo.

CHARLES BERNSTEIN,
Content's Dream

Standish no se dio cuenta de lo tenso que estaba hasta que el reactor despegó finalmente del suelo y su cuerpo comenzó a relajarse. Nada podía hacerle retroceder, ni la preocupación de Jean ni sus propias reservas. Ya estaba decidido: se había puesto en camino. El mapa de luces asombrosamente gráfico que era la ciudad de Nueva York apareció en su ventanilla, a la izquierda, para luego perderse de vista. Se hallaban en una posición alarmante y de ensueño al mismo tiempo respecto a la Tierra, que en tiempos de Isobel Standish hubiera podido significar la muerte. Sin embargo, ¿hubiera cambiado algo para Isobel, en cuyo nombre su casi nieto había abandonado su hogar y su esposa embarazada de siete meses, si hubiera tenido la experiencia de volar por encima de la Tierra en un tubo metálico?

La preocupación de los últimos meses continuaba alejándose de él. A semejanza del sudor o del semen, la preocupación era una sustancia que brotaba de un pozo interno que se llenaba por sí solo. Por supuesto que hizo bien en marcharse; incluso Jean había admitido finalmente que Esswood era una oportunidad maravillosa para ambos. Tres o cuatro semanas en Esswood podrían significar el punto de partida para conseguir una plaza fija en la universidad, para escribir un libro sobre Isobel, su casi abuela, es decir, para la siguiente etapa de su vida. Cuando regresara debería llevar en su maletín el germen de un futuro seguro, tan seguro como que Jean llevaba de nuevo otra clase de vida futura dentro de su vientre. Y para decirlo crudamente, el futuro de él iba a asegurar el de ella.

Se sintió animado por aquellas perspectivas y pidió un martini a la azafata. Era indiscutible que parte de su preocupación estaba motivada por el propio Esswood. Éste tenía fama de revocar sus becas en momentos a veces muy difíciles para los futuros becarios. Los Seneschal, propietarios de Esswood, parecían increíblemente ajenos a los detalles de la vida académica norteamericana, pero Standish había conocido a dos hombres que después de alardear discretamente durante un tiempo por haber sido aceptados para pasar una temporada en Esswood, de repente habían dejado de hablar sobre ello. Los habían expulsado de Esswood, incluso antes de llegar allí.

Diez años atrás, Chester Ridgeley era uno de los profesores titulares de la pequeña Universidad de Popham, en Popham, Ohio, donde Standish había iniciado su carrera académica. Desde tiempo inmemorial pertenecía al departamento de inglés. Era un personaje excéntrico de una forma ceremoniosa, y estaba prematuramente envejecido. Ridgeley fue invitado a pasar un semestre sabático en la famosa biblioteca de Esswood para trabajar sobre los apuntes y borradores de poemas del prácticamente desconocido poeta georgiano Theodore Corn, sobre el que había escrito su tesis treinta años atrás. Por lo visto Theodore Corn había sido un huésped habitual en Esswood, y en una ocasión había dicho que nadie que no hubiera visto Esswood House y sus tierras —«el campo lejano y el molino de viento perezoso más allá del estanque vibrante»— podría llegar a comprender por completo su poesía.

«No hay nada como ese lugar», le dijo a Standish —al entonces joven y confiado Standish— otro miembro de la universidad, al que en aquellos

momentos Standish aún consideraba un amigo. «El lugar es casi secreto a pesar de todas las cosas que al parecer posee esa biblioteca. Sigue siendo propiedad privada y los Seneschal sólo aceptan cada año la visita de uno o dos investigadores. Por lo visto han cambiado muchas cosas desde los días gloriosos en que Edith Seneschal era quien dirigía el cotarro y los artistas se divertían en el Ala Oeste, por no mencionar el pajar. La familia todavía vive allí, pero en circunstancias menos festivas, incluso más bien en circunstancias extrañas, según los datos recogidos.» Él era, en todos los sentidos, un gran recolector, un traidor que se hacía llamar amigo. De forma furtiva, como si fuera un zorro, iba recogiendo sin parar. «Ridgeley ha tenido suerte, seis meses curioseando por esa enorme biblioteca, descubriendo cajones repletos de material inédito escrito por aquel memo de Theodore Corn. Podrá empaparse del paisaje que rodea a Esswood House, que al parecer es imponente. Y es posible que descubra el secreto. Porque se supone que hay un secreto, ¿sabes? Muy listo nuestro Chester.»

Debido a que aún no estaba seguro, Standish no había explicado a este astuto falso amigo, cuyo nombre y persona evocaban unas pastillas para la tos, que la hermana de su propia abuela, la primera esposa de su abuelo, había sido huésped de los Seneschal en Esswood. No estaba seguro de que la alusión a guardar silencio y a un secreto le metiera esa idea en la cabeza. Pero él creía recordar que la hermana de su abuela había muerto en una casa de campo inglesa, cuyo nombre era similar a la del benefactor de Ridgeley; aún no podía establecer más conexiones que estas dos pequeñas coincidencias. En aquellos días en Popham, la coincidencia todavía era posible.

Justo antes de finalizar el semestre de otoño, Standish vio a Ridgeley en el departamento de inglés, y tuvo que reprimir un gemido involuntario de consternación. El gesto encorvado de los eruditos hombros de Ridgeley se había convertido en una auténtica joroba, sus mejillas fofas tenían un aspecto gris y sus párpados se hundían para revelar arrugas rosadas muy profundas. Aunque nunca pareció que se sostuviese completamente bien sobre sus piernas, ahora arrastraba los pies como un viejo enfermo. Según la información del hipotético amigo de Standish, Ridgeley ya había subarrendado su apartamento y dispuesto que sus pertenencias se guardaran en un almacén cuando se le informó que la familia Seneschal se había enterado de ciertas indiscreciones en su pasado, y se vio obligada con pesar, según dijeron ellos, a revocar su condición de becario de Esswood por el momento.

—¿Indiscreciones? —preguntó Standish—. ¿Ridgeley? —Bueno —replicó su amigo—, por lo visto hace mucho tiempo que se habló de Ridgeley.

Aquel hombre, aquel pseudoamigo cuyo nombre evocaba aquella humilde pastilla, aquella rata corrompida de cuarenta y seis años frente a los veinticuatro virginales de Standish, había oído en sus primeros años en Popham sólo los últimos ecos de una historia ambigua, enterrada hacía ya mucho tiempo, demasiado imprecisa para ser calificada de escándalo. Al parecer, Ridgeley había llevado demasiado lejos un asunto con una estudiante, y ésta había abandonado sus estudios y regresado a su triste ciudad natal, donde según parece murió, quizás incluso de parto. Nada de eso era seguro. Ridgeley lo había negado todo, y luego fue lo suficientemente

inteligente como para no hablar del asunto. La cuestión era, dijo el falso amigo ¿cómo se habían enterado en Esswood de esa vieja cuestión? ¿Habían contratado a detectives privados? La invitación a Esswood no fue revocada de una forma definitiva sino sólo aplazada por un número de semestres no especificado. Es posible que no se hubieran enterado de más cosas que Standish. «Tienes que admitir —dijo el repugnante seductor— que se toman a sí mismos demasiado en serio.»

Por supuesto que Ridgeley sobrevivió, pudo cancelar su semestre sabático y conservar su apartamento y su trabajo; pero por lo que sabía Standish, nunca más se le volvió a invitar a Esswood.

El otro caso sucedió después de un grotesco acto de traición que acabó en derramamiento de sangre, en un auténtico derramamiento de sangre, aunque la sangre en cuestión no fue ni la de Standish ni la de aquella serpiente que se hacía llamar amigo, y también después de la pérdida de una cierta COSA, una COSA que nunca debió considerarse humana sino perdida sin remedio, perdida de la forma más poderosa e irrevocable, envuelta en las sábanas ensangrentadas y relegada, quemada o tirada por el retrete hacia el interior del olvido psíquico. La otra consecuencia de aquella traición fue el traslado final de Standish, y su nombramiento en una universidad de más, de mucho más prestigio: la Universidad de Zenith, en Zenith, Illinois. Standish no pudo comprender nunca cómo se las arregló Jeremy para conseguir que lo invitaran a Esswood. Jeremy Starger, un ingenuo profesor de inglés de veinticinco años, no muy de fiar, recién salido de Ann Arbor con un doctorado, que con frecuencia andaba literalmente haciendo eses por haber bebido a primera hora de la tarde. Los brillantes ojillos de Jeremy sobresalían y se movían por encima de su barba rojiza cuando disertaba sin orden ni concierto y de forma ininterrumpida sobre D. H. Lawrence, el tema de sus «investigaciones» y el objeto de su amor. Lawrence había pasado varias semanas en Esswood, después de programar su visita de forma que no coincidiera con Theodore Corn, a quien detestaba. (Lawrence había llamado a Corn «escarabajo» y «gusano» en sus cartas a Bertrand Russell.) Standish se sorprendió de que Jeremy supiera que Esswood aún continuaba existiendo, y se quedó aún más sorprendido cuando lo pararon en el pasillo del Pabellón de Humanidades de Zenith y le informaron que aquel hombre, Jeremy, había sido «aceptado» como becario de Esswood. Tres meses, a partir de mediados de junio.

Por aquel entonces, Standish, al que urgía completar su propia tesis doctoral, ya era completamente consciente de la existencia de Esswood.

Después de esas noticias, Jeremy se volvió increíblemente excéntrico. Con frecuencia cancelaba sus clases o simplemente no se presentaba a ellas. Un día, Standish vio un sobre delgado de color gris en el casillero de la correspondencia del departamento de Jeremy, y en el remitente impreso —que Standish curioseó— sólo decía Fundación Esswood, Beaswick. Lincolnshire. Había dado una clase y regresó a la oficina justo en el momento en que Jeremy, sonrojado y lleno de júbilo, abrió el sobre y extrajo la carta. Standish se acercó más y vio que estaba escrita a mano. Jeremy dio una ojeada a la carta y luego se dejó caer pesadamente sobre la silla de otro colega. Cuando advirtió la mirada inquisitiva de Standish, enrojeció más aún y dijo: «Se lo han pensado mejor.»

—¡Oh, no! —exclamó Standish—. Lo siento mucho, de verdad. —¡Claro, faltaría más! —replicó Jeremy—. Las únicas emociones que tú sientes, Standish, son... —No terminó la frase y movió la cabeza—. Lo siento. Estoy enfadado. No me lo puedo creer. Tal vez se trate de un error. —Leyó nuevamente la carta—. ¿Cómo pueden hacerme esto?

—Es imposible predecir lo que pueden hacer —replicó Standish. El ataque de Jeremy hizo que se sintiera rígido y formal—. ¿Te dan alguna razón de por qué no te conceden la beca?

—«Nos hemos visto en la necesidad de reconsiderar su nombramiento como becario —leyó Jeremy—. Le pedimos disculpas por las indudables molestias que esto pueda ocasionarle y lamentamos sinceramente no poder verle en Inglaterra este verano.»

Jeremy hizo una pelota con la carta y la lanzó a la papelera. —Supongo que tú no sabes nada de esto, ¿verdad, Standish? —¿A qué te refieres? —replicó Standish—. ¿A si alguien ha escrito a los Seneschal para explicarles que su experto en D. H. Lawrence se pasaría más tiempo en el bar que en la famosa biblioteca? No conozco a nadie que fuera capaz de hacer tal cosa.

Jeremy le enseñó los dientes y salió en tromba, indudablemente en dirección al Stein, el bar más visitado por la gente de la Universidad de Zenith.

Un año después, el efusivo Jeremy se exilió al centro de Oklahoma como profesor adjunto, y William Standish ya había empezado a comprender lo que Esswood podía hacerle. Sus investigaciones sobre los poemas escritos por la primera esposa de su abuelo Martin le habían llevado a creer que esta mujer impaciente, incansable, completamente desconocida, había sido una importante precursora del Modernismo: un talento perdido, pequeño pero significativo. Si ella hubiera pasado los fines de semana en Garsington, si hubiera muerto en Garsington, donde medio Bloomsbury, además de T. S. Eliot, la hubiera alabado, cobijado bajo sus alas angelicales y maliciosas y por encima de todo promocionado, ahora sería una poetisa famosa. Sin embargo, Isobel Standish había pasado sus fines de semana con Edith Seneschal en vez de con Ottoline Morrell, y murió y permaneció en la oscuridad. (Theodore Corn pasó meses enteros en Garsington, pero comparado con Isobel, Corn era un zoquete melifluo.)

Isobel Standish publicó únicamente un libro, el pequeño *Crack, Whack, and Wheel,* Brunton Press, 1912. La mitad de los quinientos ejemplares publicados fue donada a las bibliotecas o distribuida entre los amigos. Los ejemplares restantes, que pasaron totalmente desapercibidos y no recibieron críticas, se quedaron empaquetados en el sótano de la calle Brunton, en Duxbury, Massachusetts, propiedad de Martin Standish, quien pagó para que se editara el curioso librito de su esposa. Realmente el libro debió de resultar muy curioso para un hombre tan poco versado en literatura como Martin. A los ojos más cultos de William Standish, los poemas resultaban asombrosamente originales, contenían ritmos de discurso, pasajes absurdos, versos sin rima y dicción gnómica. Esta poesía rechazaba implícitamente el sentimentalismo y se regocijaba en su propia gravedad descompensada, Isobel Standish era digna de ocupar un lugar entre Stevens, Moore, Williams, Pound y Eliot. En cierto modo fue la Emily Dickinson del siglo XX, y ella era la propiedad privada de William Standish.

Para entonces, ya había comprendido que su tesis sobre Henry James había expirado sin pena ni gloria. Todavía estaba casado, y aunque él y Jean volvían a verse capaces, después de todos sus problemas, de plantearse ser padres, cada año su carrera en Zenith peligraba más. Dos libros sobre Isobel Standish, una edición de su obra completa publicada por él mismo, y un ensayo sobre su lugar en la poesía contemporánea, serían suficientes para satisfacer al tribunal de oposiciones y le permitirían conservar su puesto de trabajo. Podía volver a dar unas vueltas finales alrededor del cadáver fantasmal de su tesis y después salir volando de Zenith y obtener la libertad para ir a descansar a un mundo más apropiado, incluso cubierto de hiedra. Nueve meses antes de que el tribunal le informara que para quedarse en Zenith era requisito indispensable que publicara algo, había escrito a Esswood indagando si Isobel había disfrutado realmente de la hospitalidad de los Seneschal, si había escrito algo en Esswood, y sobre todo si había dejado algún trabajo en la famosa biblioteca. Si la respuesta era afirmativa, ¿podría considerase esta carta como una solicitud para ser admitido como becario de Esswood durante el tiempo que estimaran apropiado para realizar un estudio minucioso de la obra de Isobel Standish? No desperdició la oportunidad de darles a conocer su entusiasmo por la obra de Isobel y su opinión sobre la importancia de la misma, ni dejó de aludir tampoco a su extraña relación con la poetisa.

Esswood no tardó en contestarle con un acuse de recibo firmado con las iniciales R. W. Su solicitud se resolvería «a su debido tiempo». Standish informó a los miembros del tribunal que esperaba recibir pronto noticias de Esswood, dejando que ellos mismos sacaran sus conclusiones.

Pasaron tres meses sin que recibiera noticias de Inglaterra. En enero, el quinto mes, Jean Standish supo que volvía a estar embarazada y que el niño nacería a finales de septiembre. En el tercer mes de su embarazo, a Jean se le presentaron algunos signos alarmantes: presión sanguínea alta y pérdidas vaginales inexplicables, y el médico le ordenó que guardara cama durante cuatro semanas. Jean obedeció y se quedó en cama, y al finalizar este período de tiempo, ocho semanas después de su solicitud, Standish recibió finalmente otra carta de Beaswick, Lincolnshire. Habían aceptado su solicitud. Durante tres semanas tendría libre acceso a los escritos de Isobel Standish y a todo lo que pudiera encontrar allí que le resultara de utilidad. («No creemos en innecesarias limitaciones a la labor de investigación», escribió R. W., ahora ya revelado como Robert Wall.) Robert Wall había añadido una frase de disculpa por la demora, sobre la que no se daba explicación alguna. Standish supuso que durante el mes de agosto le habían ofrecido la beca a otra persona que finalmente no la había aceptado. O que ellos la habían revocado como sucedió con Jeremy Starger y Chester Ridgeley. Esto era lo más probable. El fracaso de otro había sido su salvación.

Porque era su salvación. El jefe de Standish estuvo de acuerdo en aplazar durante un año cualquier decisión sobre su futuro en la Universidad de Zenith. En ese tiempo, Standish tenía que preparar su edición de la obra de Isobel, escribir una extensa introducción y tomar las medidas oportunas para que se publicara el volumen.

Jean había sido el último obstáculo.

—¿Cómo sabes que no cambiarán de idea en el último minuto? Quizá siempre hacen lo mismo. —Desgraciadamente, Jean sabía todo lo ocurrido con Chester Ridgeley y Jeremy Starger—. ¿Conoces a alguien que haya estado realmente allí? Quizás ese lugar no sea más que una fantástica broma pesada, quizá sólo se trate de una de tus locas fantasías, tal vez ellos descubran lo tuyo. ¿No se te ha ocurrido, Bill? Y de todos modos, ¿para qué los necesitas?

Acalorada y temerosa, Jean lo despertó una noche y lo estuvo bombardeando a preguntas hasta que ella, no él, se deshizo en lágrimas de duda. Al día siguiente Jean adoptó una actitud atípica de docilidad, y prácticamente no articuló palabra cuando él regresó al apartamento después de salir de la universidad: ella era una disculpa andante.

Cuando Standish le comunicó que aceptaba la invitación por el bien del futuro de los dos, ella le respondió:

—No finjas que quieres ir por mi bien.

Durante los últimos meses del semestre, la actitud de Jean fluctuó entre una resignada y dócil aceptación de sus planes y una oposición creciente y violenta a los mismos. En junio se echaba a llorar cuando uno de los dos mencionaba el viaje. A él le resultaba imposible marcharse, especialmente ahora. Había otras universidades aparte de Zenith. Y en el peor de los casos, si ninguna universidad le proporcionaba trabajo, ¿no le quedaba siempre el recurso de las escuelas superiores? ¿Iba eso realmente a representar una tragedia?

—¿Y qué pasará si pierdo el bebé? ¿No te das cuenta de que podría ocurrir?

Pero ella no dijo nunca: «¿Y qué pasará si pierdo también este bebé?» Y ella nunca lo culpó, o quizá sólo una vez, de la pérdida de la COSA envuelta en las sábanas ensangrentadas y tirada por el retrete hacia el mundo de la nada, del olvido.

Algunas veces, durante estas semanas, Standish observaba a su obesa esposa, con su cabello colgando en greñas húmedas alrededor de su rostro enrojecido, y se preguntaba quién era aquella mujer, con quién se había casado. Él la consolaba recordándole que estaba sana, y que él regresaría tres semanas antes de que naciera el bebé.

—Tú no estarás aquí —se lamentaba ella—. Lo sé. Estaré completamente sola en el hospital, y me moriré.

—Si te sientes tan mal —replicó él finalmente— escribiré a Esswood y les diré que no puedo ir por problemas familiares.

—Eres tan débil que crees que te estoy intimidando. Tú no lo comprendes, y hasta es posible que ni siquiera lo recuerdes.

—¿Qué es lo que no comprendo?

—Este bebé es real. ¡Real! ¡Voy a tener este bebé! ¿Y tú tienes la seguridad de que Esswood existe? ¿Cómo puedes estar tan seguro de que vas a escribir un libro allí? —En realidad,, lo que ella quería decir era: «Si nunca has sido capaz de escribir uno aquí, en casa»—. ¿Te acuerdas, te acuerdas, te acuerdas, te acuerdas, eres capaz de acordarte de lo que me hiciste hacer?

«Eso no importa —pensó Standish—, dentro de una o dos semanas recibiré el sobre gris plano con un único párrafo escrito a mano.»

Por las noches se sentaba junto a Jean. Le hablaba de sus clases, miraban la televisión. Jean apenas hablaba de otra cosa que de comida, jabón, culebrones y de los movimientos del bebé en su vientre. Parecía tener dos dimensiones, como alguien que ha muerto y ha resucitado de forma imperfecta. Una noche cogió de la estantería su ejemplar de *Crack, Whack, and Wheel* y empezó a tomar apuntes. Jean no protestó. Por extraño que pudiera resultar, los poemas le parecieron sosos, infantiles, escritos por alguien carente de talento. También parecían estar muertos.

Él pensó que el sobre gris llegaría en cualquier momento, y pondría punto final a aquella comedia. El correo llegaba a la oficina del departamento entre las tres y las tres y media, y cada día después de sus clases de primer curso, Standish se acercaba a la oficina con el corazón en un puño. Tan pronto cruzaba la puerta miraba el casillero que llevaba su nombre.

A los seis días encontró un sobre gris en el casillero. En el reverso del sobre figuraba el domicilio de la Fundación Esswood. Standish echó una ojeada pensativa hacia el escritorio desordenado que había sido el de Jeremy Starger, y el joven barbudo especialista en literatura del siglo XVIII que ahora lo usaba le dirigió una mirada torva.

—Mantente lejos de mí, Standish —amenazó.

Standish, sin molestarse en responderle, sacó el sobre del casillero juntamente con el puñado de propaganda de editoriales que era el correo que acostumbraba recibir. Se sorprendió al comprobar lo decepcionado, casi asustado que estaba. Standish tiró la propaganda de libros de texto a la papelera abarrotada del departamento y se llevó el sobre gris a su escritorio. Estaba ardiendo. Sabía que se estaba sonrojando. Robert Wall lo había descubierto. Con un suspiro rasgó el sobre y extrajo una hoja llena de jeroglíficos sin sentido, descubriendo al cabo de pocos segundos que se trataba de una fotocopia de un mapa que explicaba cómo llegar desde el aeropuerto de Heathrow hasta Beaswick, lugar donde se hallaba Esswood. Los latidos de su corazón y su sofoco empezaron a ceder. Una X marcada en lápiz flojo señalaba la situación de Esswood. Standish sintió el profundo alivio de alguien que después de haber sido condenado a muerte recibe el indulto.

Aquella noche le dio el mapa a Jean cuando ella estaba sentada frente a la televisión.

—Estupendo —comentó ella.

Bajo el resplandor de la pantalla de televisión las mejillas de Jean se veían abultadas como almohadones. No sólo se había hinchado su vientre sino todo su cuerpo, envolviéndola en un infeliz abrigo de helados y donuts. Standish cogió el mapa que su mujer aún sostenía entre sus dedos hinchados. Se imaginó que Isobel Standish había estado delgada toda su vida.

—... te va a servir este mapa —murmuró Jean a la pantalla.

—¿Qué?

—Me pregunto de qué te va a servir este mapa —replicó ella, sin molestarse en mirarlo.

—¿Por qué te preguntas eso? —preguntó, incapaz de evitar que su voz se acelerara de repente.

—Porque te indica cómo llegar a ese lugar desde Heathrow.

Después volvió el rostro hacia él.

—Heathrow es el nombre del aeropuerto de Londres.

—Pero tú no te vas a Londres. Tú vas a un sitio que se llama Gatwick.

Gatwick le resultaba un nombre familiar. Standish subió al dormitorio, extrajo el billete de avión del cajón de la cómoda y leyó lo que estaba impreso en éste.

—Tienes razón —dijo cuando bajó.

Jean se puso a gruñir. Standish se preguntó si ella habría estado fisgando en los cajones de su cómoda. La televisión parecía estar demasiado alta. Se dirigió a la estantería de los libros, cogió un atlas y buscó el índice de Inglaterra. Gatwick no figuraba en la lista.

Standish se sentó en la silla situada junto a la de Jean y desdobló el pequeño mapa de Robert Wall, con aquel lío de carreteras e intersecciones de autopistas. Ninguna de las ciudades que figuraba en negrita era Gatwick. No pudo encontrar Gatwick entre Londres y Lincolnshire. Gatwick estaba literalmente fuera del mapa. Bueno, ya encontraría ese lugar cuando estuviera allí. Todas las gasolineras tenían mapas, e Inglaterra debía de tener gasolineras, ¿no?

Aunque Standish revisaba cada día la correspondencia que recibía, Robert Wall nunca le escribió diciendo que Esswood había considerado necesario cancelar su invitación, y ahora él estaba allí, a nueve mil metros de altura, sobrevolando el océano Atlántico. Standish se tomó dos copas más durante el largo vuelo y estuvo a punto de pedir una cuarta, pero en aquel momento se acordó de Jeremy Starger.

No se puede dejar suelto por la biblioteca de Esswood a un ridículo borrachín con barba pelirroja, ¿verdad? No se puede permitir que ocurra una cosa así.

Standish extrajo de su bolsa de mano su ejemplar de *Crack, Whack, and Wheel.* Con una agradable sensación de dignidad y atontamiento por la ginebra, abrió el libro de Isobel. Los subrayados, apuntes y anotaciones al margen hechos por él salieron a su encuentro de forma tranquilizadora, como testimonio de los méritos de la poesía de Isobel y la profundidad de su propio pensamiento. Aquí estaban los indicios físicos de una mente literaria despierta trabajando sobre un objeto de valor. *«Véase Salmo 69* —decía una de sus notas—. *¿No responde el mundo al grito que pide compasión, intento irónico, ref. marido?»* Con tinta de otro color había añadido: *«Oferta elocuente de caridad, atributo de la personalidad poética.»* Y encima, en lápiz, había añadido: *«Estrategia antinarrativa.»* La obra de Isobel Standish estaba poblada de estrategia antinarrativa. En un punto, Standish había garabateado *«Odysseus, Dante»,* entre los abarrotados márgenes. El poema en el que había hecho tantas anotaciones laboriosas se titulaba «Reproche».

Él tampoco encontró ninguno, dijo el vagabundo
bajo los moldeados aleros de la casa
cargados de pesadez y sin nadie a quien consolar,
nadie que se acerque y diga:

«Vístete con tus indiscreciones, pequeño loco,

pero primero quítate las gafas. Vaya, señorita Standish...»
Esta brillante Luna, ha multitud
ya se ha reunido en las terrazas.
La historia de alguien que llegó demasiado tarde
a las habitaciones de los bebés rotos y de sus juguetes.
Es de lo único que hablan por aquí
y reproche, ¿creíste que te iban a excluir?

Con una ligera sensación de resaca se comió la nada apetitosa comida del avión, se bebió un vaso de vino tinto que sabía a disolvente y luego se guardó otro para la proyección de la película. No estaba acostumbrado a beber tanto. A Jean no le gustaba que se bebiera vino durante las comidas, y Standish habitualmente no comprendía la confusión y la pereza que le entraban después de tomar más de una copa. No obstante, ésa no era en absoluto la vida a la que estaba acostumbrado. La seguridad del hogar había quedado a miles de kilómetros y ahora se encontraba suspendido en mitad del espacio con un ejemplar de *Crack, Whack, and Wheel,* camino de un lugar completamente desconocido. Cada uno de los aspectos de esta situación estaba cargado de ansiedad. Tres semanas parecían mucho tiempo para encerrarse en una casa de campo apartada examinando manuscritos de poemas que no estaba todavía seguro de entender.

Standish se durmió durante la proyección de la película y se despertó en la sombría mañana empapado de sudor, sintiéndose como si lo envolviera una fina capa de aceite. La azafata lo había tapado con una manta y él se había revuelto y pataleado, imaginando que alguna cosa repulsiva, algún fragmento de una pesadilla, yacía encima de él. Ya completamente despierto se secó la cara grasienta con las manos y miró a su alrededor. Sólo unos pocos idiotas que miraban la película habían advertido su momento de pánico. Standish recogió la manta del suelo y únicamente entonces se dio cuenta de que tenía una erección. A semejanza de una bestia enorme metiéndose en su escondrijo, su sueño se empezó a mover pesadamente hasta situarse exactamente bajo la superficie de su memoria.

Poco después de la comida, el avión empezó a descender. Standish levantó la persiana de la ventanilla y una fría luz gris entró en la cabina. Parecía que estaban descendiendo a través de innumerables capas de aquella luz plateada submarina. Seguidamente el avión atravesó una última capa de nubes de una blancura pura e inanimada, y un paisaje completamente extraño se abrió por debajo de ellas. Campos diminutos que se diferenciaban tan claramente como las piedras del asfalto rodeaban un aeropuerto igualmente diminuto. A lo lejos confluían dos grandes autopistas y se fusionaban en los suburbios de una pequeña ciudad rodeada de hileras de casas adosadas. Bastante lejos de la ciudad de juguete se extendía un bosque, una gran explosión de verde vibrante que parecía el único color auténtico del paisaje. «Inglaterra», pensó Standish. Un escalofrío de novedad recorrió su cuerpo.

El avión aterrizó a cierta distancia de la terminal, y los pasajeros tuvieron que acarrear sus equipajes de mano a través de la pista alquitranada. A Standish le dolían los brazos de transportar varias bolsas

pequeñas que en el último momento, antes de partir, había llenado con libros y cassettes. El walkman golpeaba su pecho al balancearse en su correa. Sentía un alborozo extraño y fatalista. La luz plateada, una luz nunca vista en Estados Unidos, iluminaba la pista. Dos hombres que parecían enanos vestidos con sucios monos de mecánico, de pie bajo las sombras que proyectaba el avión, observaban a los pasajeros que avanzaban con dificultad hacia la terminal. Standish sabía que si hubiera podido oír las palabras que aquellos hombres intercambiaban mientras miraban con ojos entrecerrados a través del humo de sus cigarrillos, no habría entendido ni una sola.

Pero no tuvo problemas en comprender ni en ser comprendido cuando atravesó el aeropuerto. El agente de aduanas lo trató con cortesía y el funcionario de la Oficina de Inmigración parecía auténticamente interesado en la respuesta de Standish a la pregunta de cuál era el objeto de su visita. Y cuando Standish le preguntó cómo llegar a un pueblo de Lincolnshire, él le dijo:

—No se preocupe, señor. Éste es un país pequeño comparado con el suyo. No hay mucho sitio donde perderse.

Cada palabra, en realidad cada sílaba de esta breve y encantadora respuesta no sólo era clara sino también musical: la voz del funcionario de Inmigración subía y bajaba como no haría nunca la de un norteamericano, y lo mismo ocurría con la chica que estaba detrás del mostrador de alquiler de coches, quien nunca había oído hablar de Esswood ni de Beaswick, pero le entregó varios mapas antes de acompañarlo hasta las puertas de cristal de la terminal y le señaló el Ford Escort de diez años azul turquesa, humilde y paciente como una muía, que Standish había alquilado.

—En el portaequipajes seguramente le cabrán todas sus maletas —comentó ella—, pero si no es así, en el asiento trasero hay mucho sitio. Debe coger la autopista en línea recta hacia adelante y tomar el paso elevado, y luego ya estará en el camino correcto.

Standish se preguntó si todos los ingleses tendrían una voz tan cantarina al hablar.

2

Conducir por la izquierda, algo tan contrario a sus instintos, le entusiasmó. En resumidas cuentas se trataba básicamente, como siempre que se conduce, de encajar en la corriente de vehículos. Standish descubrió que para encender la radio con la mano izquierda en vez de hacerlo con la derecha, y para adelantar a los vehículos más lentos por el lado incorrecto para él, sólo tenía que hacer un pequeño cambio, aunque no estaba seguro de cuánto tiempo podría mantener el coche bajo control si se producía una situación de emergencia. Si al vehículo que circulaba delante del suyo se le pinchaba una rueda o empezaba a patinar... Standish se veía provocando una colisión monumental, una hilera de vehículos humeantes destrozados a lo largo de más de un kilómetro por detrás de él. El corazón le latía con

violencia, y se sonreía en el espejo retrovisor. Estaba cansado y bajo los efectos de los cambios de horario, pero se sentía locamente rebosante de vida.

Lo único que le causó problemas fueron las plazas circulares. La corriente del tráfico lo barrió hacia el interior de un círculo giratorio desde el que los conductores debían elegir las salidas alternativas marcadas por un gran diagrama radial. Al principio Standish fue incapaz de ver cuál de los radios era el suyo, y, sudoroso, dio dos vueltas al gran círculo. Cuando finalmente descubrió que tenía que tomar la tercera salida, se encontró atrapado en el carril interior del círculo, incapaz de abrirse paso por entre la barrera de tráfico que giraba alrededor de la plaza. Volvió a dar otra vuelta, haciendo esfuerzos para ver algo por encima del hombro, y sin querer puso en marcha el limpiaparabrisas antes de conseguir localizar el intermitente. En cuanto intentó salir de su carril, varios coches tocaron el claxon a la vez. Standish soltó una palabrota y volvió a su carril. De nuevo dio otra vuelta y esta vez se las arregló para penetrar en la corriente de los vehículos situados en el carril exterior de la plaza circular.

Cuando logró situarse en la salida, todo su cuerpo se hallaba bañado en sudor.

Veinticinco kilómetros más al norte le volvió a ocurrir lo mismo. El mapa se le resbaló y cayó en el asiento, y a Standish le entró el pánico. Al parecer tenía que seguir conduciendo por aquella autopista que iba hacia el norte, pero en algún punto tenía que girar y entrar en una carretera nacional v a continuación en una serie de carreteras que en el mapa figuraban sólo como finas líneas negras. Siguió dando más y más vueltas y le asaltó una terrible duda. El intermitente hacía tic-tac como si se tratase de una bomba. Los dedos le resbalaban sobre el volante por el sudor. Al final encontró el modo de penetrar en aquel muro de vehículos que no dejaban de dar pitidos y consiguió escaparse de la plaza circular. Se colocó en el arcén y revolvió los mapas esparcidos por el suelo. Cuando tuvo el mapa correcto en sus manos no pudo localizar la plaza circular de la que acababa de huir. No figuraba en el mapa; sólo existía en la realidad. Ahora sus sentimientos de relajación y determinación se estaban burlando de él. Eran puramente ilusorios: se había perdido. Finalmente consiguió superar los deseos de llorar y se calmó. Encontró en el mapa una plaza circular, un inofensivo círculo gris que con toda probabilidad era aquel del que acababa de escapar. No tenía que abandonar la autopista hasta pasados otros sesenta kilómetros, punto en el que una señal indicaría el camino para Huckstall, el pueblecito donde tenía que tomar la carretera siguiente. Ya no tendría que volver a enfrentarse a ninguna otra plaza circular. Standish se introdujo otra vez en la corriente de vehículos.

Al cabo de un rato, el paisaje se volvió asombrosamente vacío. Aquí y allá, en la planicie descolorida, se alzaban algunos arbustos de color excremento. A lo lejos se vislumbraba un grupo de casas de campo de ladrillo rojo. Standish se preguntó si aquello sería Huckstall.

Miró hacia la diminuta aldea por la ventanilla opuesta a la suya y vio una cara pálida apretarse contra la ventana de un segundo piso —una mancha borrosa blanca rodeada de oscuridad—, como si, por sorprendente que pudiera parecer, pensó Standish, un niño estuviera preso en aquel

edificio horrible de dos pisos, emparedado dentro de los ladrillos rojos, destinado a contemplar eternamente los coches que circulaban a toda velocidad por la autopista. Manchas blancas más pequeñas, que podrían ser manos, se apretaban contra el cristal, y un agujero se abría en la parte inferior del rostro del niño como si le estuviera pidiendo socorro a gritos.

Apartó rápidamente la mirada y vio una colina baja y negra que había aparecido ante él por el lado derecho de la autopista. La colina, desprovista de vegetación, más que formar parte del paisaje parecía estar pegada a él. Otras colinas similares cerraron la mitad del horizonte. Parecían estar muertas, eran como montones de basura. Después pensó que se asemejaban a sábanas empapadas de sangre negra, toallas ensangrentadas y compresas arrojadas al suelo de la consulta del abortista.

El aire transportaba un olor acre, penetrante, metalizado, como si estuviera lleno de diminutas partículas de metal. Standish ascendió por la ladera de la primera colina baja y observó que se trataba de un montículo formado por un material semejante a briquetas de carbón vegetal, trocitos pétreos de carbón. De vez en cuando una masa de pedazos de carbón resbalaba por los flancos de la colina. Entre las colinas negras de carbón, unos hombres cubiertos de polvo conducían excavadoras que parecían de juguete. Totalmente encerrado en las colinas negras había un mundo de hombres trabajando bajo el aire lóbrego y ennegrecido, y unas hileras de luces. Máquinas oscuras ascendían y bajaban. Antorchas amarillas ardían junto a los montículos negros. «Montañas de escoria», pensó Standish sin saber si estaba o no en lo cierto. Y de todos modos, ¿que eran las montañas de escoria?

Incluso el firmamento parecía sucio. El aire estaba inundado de ruidos metálicos rítmicos y golpes sordos que parecían provenir de máquinas subterráneas. Era como conducir a través de una fábrica infernal sin muros ni tejado. Hacía muchos kilómetros que no había visto ningún letrero o indicación en la carretera. A su alrededor no había nada excepto las colinas negras movedizas y los hombres llenos de polvo moviéndose entre las antorchas. De repente le pareció que la carretera era demasiado estrecha para ser la autopista.

Decidió seguir adelante hasta divisar un indicador en la carretera. Sólo de pensar en salir del vehículo en aquel lugar desolado hizo que se le formara un nudo en la garganta.

De pronto el mundo entero cambió en un abrir y cerrar de ojos. Las colinas negras, las hileras de luces, los hombres encima de las excavadoras de juguete y las antorchas se quedaron atrás, y de repente se encontró conduciendo a través de un verde vibrante y denso. A ambos lados del vehículo, gruesos árboles cubiertos por enredaderas y grandes arbustos se abrían camino hacia el borde de la carretera. Durante diez o quince minutos, Standish estuvo circulando a través de lo que parecía ser un bosque muy grande. En el interior del coche empezó a hacer un calor tan agobiante como en un invernadero. Standish se acercó al arcén de la carretera y se secó la frente. Hojas y enredaderas se aplastaban contra la ventanilla lateral. Volvió a consultar el mapa.

Al nordeste de la segunda plaza circular se hallaba la carretera que conducía a Huckstall. El mapa indicaba los bosques en color verde, pero

ninguna de las zonas verdes que figuraban en él cubrían la carretera. Standish se sintió enfermo por momentos y pensó que todo aquello de conducir por la izquierda o por la derecha lo había confundido de tal modo que en lugar de dirigirse hacia el norte desde Gatwick se había dirigido hacia el sur; ahora debía de estar a cientos de kilómetros del lugar que buscaba. Cerró los ojos. Algo blando chocó contra el parabrisas del coche. Standish gimió con desaliento y sorpresa, y se cubrió el rostro con las manos, pensativo.

Bajó los brazos y miró hacia afuera. En la parte superior derecha del parabrisas había una raya ancha y grasienta que no recordaba haber visto hasta entonces. Standish no quería ni pensar qué clase de criatura había dejado allí aquella mancha. Un insecto del tamaño de un bebé se había convertido en espuma y había untado el cristal como si fuera mantequilla. De nuevo se trataba de la muerte, desordenada e incontenible. Se secó el rostro y prosiguió su camino.

El bosque se terminó de un modo tan brusco como había empezado, y sin transición alguna volvió a encontrarse en aquel paisaje que parecía quemado. Pasó dos veces más a través de otras fábricas más pequeñas al aire libre, con montañas de escoria y hombres polvorientos paseándose entre las antorchas. Se sentía como si hubiera estado conduciendo en círculo. No había ni rastro de Huckstall ni de ningún otro lugar. Carreteras sin letreros se cruzaban con la que él seguía y le hacían adentrarse más en el ondulante paisaje rojizo. «Cargados de pesadez y sin nadie a quien consolar»; era una frase que Standish recordaba de «Reproche». Deseaba que apareciera algún letrero que señalara hacia Boston, Sleaford o Lincoln, nombres destacados en el mapa que le envió Robert Wall.

A los pocos minutos apareció ante su vista un mojón, una pequeña piedra parecida a un diente colocado boca arriba junto a la carretera. Standish se detuvo junto al indicador. Salió del vehículo y dio una vuelta para leer las palabras algo borrosas esculpidas en el mojón: 12 km. ¿Doce kilómetros? ¿A doce kilómetros de dónde?

—¿Se ha perdido?

Standish levantó bruscamente la cabeza y vio a un hombre alto y delgado, en pie detrás mismo del pequeño diente de piedra. Podía muy bien haber surgido de la tierra. Sus anchos pantalones marrones, botas salpicadas de barro e impermeable arrugado eran casi del color del paisaje. Llevaba una gorra oscura que le cubría casi toda la frente. El hombre de porte desgarbado sonrió a Standish. Le faltaban casi todos los dientes.

—Lo cierto es que no estoy seguro —contestó Standish.

—¿De verdad? —preguntó el hombre sonriendo. Con la lengua lamía los espacios vacíos entre sus dientes.

—Quiero decir que estoy tratando de averiguarlo —comentó Standish—. Creo que este mojón me ayudará.

—¿De verdad? —repitió el hombre. Su voz era como un zumbido socarrón, tranquilo y extraordinariamente insinuante—. Aquí dice algo muy preciso. Con una información tan detallada como ésta uno puede llegar muy lejos.

A Standish le resultaba odiosa la burla ácida e insultante del hombre.

—Bueno, no me sirve para nada. Creía que estaba en la autopista que

iba hacia Huckstall.

—Huckstall. —El hombre reflexionó—. Nunca he oído de ningún norteamericano que haya ido a Huckstall.

—En realidad no voy a Huckstall —replicó Standish, enfurecido por tener que dar explicaciones—. Se me ocurrió que podría comer allí. Iba a coger la carretera que va a Lincolnshire.

—¿Lincolnshire? Tendrá que darse una buena paliza. Así que usted pensaba que estaba en la autopista... ¿Son así las autopistas en Estados Unidos?

—¿Dónde está la autopista? —gritó Standish.

—¿Ha matado un pájaro? ¿Ha matado a un bebé?

-¿Qué?

—¿Con el coche? —Con la barbilla señaló hacia la mancha del parabrisas.

—Está usted loco —dijo Standish, aunque esto es lo que se había estado temiendo.

El hombre parpadeó y retrocedió. Su lengua se deslizó hacia uno de los huecos entre sus dientes. Más que insolente, ahora parecía mostrarse inseguro y a la defensiva. Después de todo, estaba loco. Standish se hallaba demasiado sobresaltado para haberse dado cuenta antes.

—¿De dónde es usted? —le preguntó, esperando que el hombre le respondiera: de Huckstall.

El hombre inclinó la cabeza hacia atrás por encima del hombro, indicando un vacío total. Entonces retrocedió otro paso como si temiera que Standish quisiera capturarlo. De repente Standish se dio cuenta de las características del hombre: no era en absoluto el individuo irónico y casi amenazador que le había parecido al principio. Aquel tipo era un disminuido, probablemente un retrasado mental. Vivía en aquel desierto vacío y dormía con lo que llevaba puesto. Ahora que ya no le temía, Standish podía tenerle lástima.

—Ha matado algo, eso acabará con usted —le acusó el hombre.

Sus ojos brillaban como los de un perro, y se apartó un poco más—. Eso le traerá mala suerte, estoy seguro.

Standish pensó que la mala suerte era haberse encontrado con un zoquete salido directamente de una novela de Thomas Hardy.

—¿Dónde está Huckstall, lo sabe?

—Lo sé. Eso sí. Sí.

—¿Y?

—¿Y?

—¿Dónde está? —gritó Standish.

—Allí arriba, allí arriba, arriba de la carretera, de la carretera en la que está.

Standish exhaló un suspiro.

—Ellos huyen de mí —dijo el hombre.

Standish se metió las manos en los bolsillos y empezó a dirigirse hacia el coche sin dar del todo la espalda al vagabundo.

—«Aquellos que en otros tiempos buscaban mi compañía —prosiguió el hombre—. Con los pies desnudos, merodeando por mi habitación.»

Standish se detuvo, dándose cuenta de que después de todo se

encontraba en Inglaterra. Ningún podrido vagabundo norteamericano citaría a Thomas Wyatt. El profesor de inglés que moraba en su interior estaba excitado y encantado.

—Siga —le invitó.

—«Los he visto sumisos, mansos y dóciles, y ahora son salvajes y ni siquiera se acuerdan. Aquellos que en otros tiempos... —Hizo una pausa y luego entonó—: *Timor mortis conturbat me...*» —citando una frase de otro poema. Evidentemente era una mezcolanza de frases sin conexión.

—¡Bueno, muy bien! —dijo Standish sonriendo—. Excelente. Me ha ayudado usted mucho. Gracias.

El hombre cerró los ojos y empezó a recitar, monótonamente:

—«Al acercarme a mi desnudo lecho ansioso de descansar, oí a una madre hablar a su hijo, que momentos antes sollozaba sin cesar. Suspiró la mujer tristemente y entonó una dulce melodía que a su bebé apaciguara, mas éste no se calmó y siguió llorando en silencio mientras del pecho mamaba.»

—Ah, sí —dijo Standish, y se metió rápidamente en el coche. Dio una vuelta a la llave del contacto y miró de soslayo al hombre, quien había salido de su trance y se encaminaba hacia el vehículo con ademán de agarrar la manecilla de la puerta opuesta a la del conductor. Standish se maldijo por no haber cerrado las puertas en cuanto entró en el coche. Puso el motor en marcha y se alejó antes de que el vagabundo pudiera agarrar la manecilla. Miró por el retrovisor y vio a aquella criatura tambaleándose en mitad de la carretera, gesticulando con las dos manos. Standish miró hacia adelante rápidamente.

Estuvo conduciendo a través de aquel vacío por lo menos durante cinco minutos antes de llegar ante una pequeña señal de color verde en la que podía leerse: HUCKSTALL 10 KM.

Al llegar allí comprobó que se trataba de un pueblo con casas de campo de ladrillos alineadas en calles angostas, tan feo y poco acogedor que casi decidió pasar de largo y continuar su camino. Pero el siguiente pueblo parecía que se hallaba a veinte kilómetros de allí, y tardaría unos cuarenta y cinco minutos en cubrir esa distancia conduciendo por aquellas carreteras rurales. Y cuando llegó a la plaza del mercado situada en el centro del pueblo, Huckstall no le pareció tan tétrico.

Banderines triangulares de plástico que ondeaban sobre cuerdas marcaban los límites de las zonas de la plaza pavimentada; en los días de mercado, cada zona correspondía a uno de los propietarios de las paradas. Más allá de las cuerdas con los banderines había signos tranquilizadores de civilización, una tienda con la fachada arqueada que correspondía a la farmacia Boots, la fachada de piedra imperial de una agencia del Lloyds Bank, y el escaparate de cristal repleto de libros de bolsillo de vivos colores de una tienda de la cadena W. H. Smith. En la esquina frente al lugar donde se hallaban Standish y su Escort atiborrado de equipaje se alzaba un edificio con doble fachada medio recubierta de madera y ventanas salientes, con un pequeño letrero color azul con las palabras BEBA COURAGE bajo un gallo dorado, y un letrero mucho más grande en el que estaban representadas dos pistolas de duelo cruzadas, con la inscripción LOS DUELISTAS. Las ventanas centelleaban, la pintura azul y los marcos blancos relucían.

Standish tuvo una visión repentina de un cerdo asado servido en una bandeja acompañado de gruesos pedazos de queso amarillo, jarras rebosantes de cerveza amarga, un hombre con una toca, obeso y sonriente, cortando rodajas de rosbif poco hecho y poniendo salsa de jugo de carne por encima de un pudding de Yorkshire.

Podía llegar a Beaswick y Esswood en otras tres o cuatro horas. «Me detuve a comer en una taberna —diría—. En Huckstall hay un sitio muy agradable llamado Los Duelistas. ¿Lo conoce? En mi opinión, debería figurar en las guías.»

Standish aparcó el coche en un lado de la plaza y se dirigió a través del gélido aire gris hacia la reluciente taberna. Le rugía el estómago. Se dio cuenta de que había estado conduciendo un coche extraño durante cientos de kilómetros que tampoco le eran familiares, que era el invitado de una distinguida asociación literaria inglesa, que estaba a punto de entrar por vez primera en un local inglés. Subió los escalones con desenvoltura y abrió la puerta.

Lo primero que le llamó la atención fueron las dimensiones de la taberna, y lo segundo que por la tarde estaba cerrada. El interior de Los Duelistas estaba dividido en una serie de salas muy amplias equipadas con mesas redondas y compartimentos acolchados. Una alfombra roja de cuadros escoceses cubría el suelo, y las paredes estaban medio recubiertas de madera artificial. A la tenue luz que entraba por las ventanas, Standish vio a un hombre moreno y robusto lavando vasos detrás de la barra, al otro extremo de las hileras de mesas vacías. El aire apestaba a humo de cigarrillos. El tabernero echó una ojeada a Standish cuando éste cruzó la puerta, y seguidamente continuó sacando del agua caliente vasos grandes en forma de pina, y colocándolos sobre la barra.

Standish se preguntó si todavía estaría a tiempo de comerse un bocadillo. Se encaminó hacia la barra. Las mesas estaban pegajosas de cerveza y la mayoría de los ceniceros rebosante de colillas. Junto a éstos había paquetes de Silk Cut y Rothmans vacíos y arrugados.

—¿Sí? —dijo el tabernero, levantando la vista bruscamente antes de volver a sumergir las manos en el agua.

—¿Está abierto?

—La puerta no está cerrada, ¿no?

—Bueno, eso ya lo he visto, pero pensaba que quizá las normas sobre la venta de alcohol...

—Las cosas han cambiado, ¿sabe? Y lo mismo pasa con el maldito horario.

—En fin, me estaba preguntando...

El hombre dirigió a Standish una mirada impaciente, se secó las manos con la toalla y se inclinó sobre la barra.

—Entonces no está cerrado —dijo Standish.

El hombre extendió las manos con las palmas hacia arriba y las movió hacia afuera como queriendo decir: véalo por sí mismo.

—Así que si me dice lo que desea tomar...

—Bueno, esperaba tomar una cerveza y algo de comer, si es posible.

—El menú está detrás de la barra. —Inclinó la cabeza señalando hacia una pizarra que anunciaba pastel de riñones, pastel de carne y patatas,

comida de labrador, bocadillos de jamón, bocadillos de queso, huevos escoceses, pastel de cerdo, gambas rebozadas y escalopa a la milanesa.

Standish volvía a encontrarse a gusto. Al ver aquel menú se dio cuenta de lo lejos que estaba de Zenith. Sospechaba que la comida sería modesta en comparación con lo que se debía de servir en las mesas inglesas, pero le apetecía probarlo todo.

Allí tenían la comida sencilla y nutritiva del pueblo, la de los pastores y campesinos.

—Parece todo muy apetitoso —comentó Standish.

—¿Ah, sí? —El tabernero frunció el ceño y se volvió para dirigir una ojeada a la pizarra—. Entonces lo mejor será que pida alguna cosa, ¿no le parece?

—Tomaré la comida del labrador, por favor. —Standish se imaginó un gran cuenco humeante con patatas, puerros y salchichas, todo mezclado con un rico caldo—. Está bueno, ¿no?

—Hay quien lo encuentra suficientemente bueno —replicó el tabernero—. ¿Salsa picante o de vinagre?

—Bueno, un poco de cada.

El hombre dio la vuelta y desapareció por una puerta situada al fondo de la barra. Poco después Standish se dio cuenta de que había entrado en la cocina para pedir la comida. El tabernero regresó tan bruscamente como se había marchado; su rostro tenía una mirada extrañamente dura y concentrada, como si siempre estuviera realizando una tarea que le resultara poco grata.

—¿Y qué más, señor?

—¿Qué más?

—¿Qué desea usted del bar? ¿Medio litro de cerveza amarga? ¿Un cuarto de litro?

—¡Qué idea tan maravillosa! —exclamó Standish, sabiendo que estaba dando la impresión de ser un perfecto idiota, pero sin poder contenerse. «Medio litro de cerveza amarga.» De repente, Standish fue consciente de lo pequeña que era Inglaterra, de la intimidad, bienestar, seguridad y cordialidad de esta nación insular.

El tabernero todavía lo estaba observando con aquella expresión inexorable y tensa.

—Oh, creo que medio litro —pidió Standish.

—¿Medio litro de qué, señor? —Extendió la mano agitándola hacia los anticuados grifos de los surtidores con asas de *cerámica*—. ¿Lo corriente?

—No, ¿cuál es la mejor? Hace sólo unas horas que he llegado en avión de los Estados Unidos.

El hombre asintió, cogió una de las jarras de medio litro que había puesto a secar, la colocó debajo de un grifo de Director's Bitter y abrió el grifo. Un líquido marrón y turbio se precipitó al interior del vaso. El hombre accionó la bomba hasta que el vaso estuvo lleno. Su rostro parecía estar todavía tenso, inmovilizado, como se hubiera muerto una capa profunda de células en su interior.

—Aquí todavía se bebe la cerveza caliente, ¿no es así?

—No la hervimos —replicó el tabernero. Plantó la jarra de medio litro sobre la barra, frente a Standish—. Debe dejar que se pose.

En el interior de la jarra todavía se hallaba nadando algo que parecía extraído de un pantano. Había unas cositas de aspecto cenagoso y fecal de color marrón dando vueltas y más vueltas por el interior de la jarra.

—No se ven muchos yanquis por estos andurriales —comentó el hombre.

—Oh, todavía me queda mucho camino por recorrer —contestó Standish, observando cómo su cerveza seguía dando vueltas—. Voy de camino hacia un pueblo llamado Beaswick, en Lincolnshire. Me han invitado a una, supongo que ustedes dirían mansión, llamada Esswood.

—Allí fue asesinado el individuo —comentó el tabernero—. En total serán tres libras con cuarenta.

Standish contó cuatro libras de sus reservas de dinero inglés.

—Creo que está usted en un error —replicó—. Es una especie de fundación. Cada año invitan a alguien... está considerado algo así como un honor.

—Es un honor muy curioso. —El tabernero entregó el cambio a Standish—. Era norteamericano, como usted. —Se apartó—. Puede sentarse. La comida estará lista enseguida.

Standish transportó la pesada jarra a una mesa de la segunda fila y tomó asiento. Examinó la cerveza. Ahora ya estaba más reposada. Una fina capa de espuma que parecía nata cubría la parte superior del líquido. Las partículas marrones que flotaban se habían disuelto en la turbulencia. Standish tomó un sorbo con cautela. Por encima del fuerte sabor a alcohol destacaba otro acre y penetrante que se parecía más al del whisky que al de la cerveza. Era como beberse una medicina de una tribu primitiva. Standish sintió una distancia saludable y alentadora entre él y las costumbres de Zenith. Tomó un trago más largo y se propuso aficionarse a aquel mejunje.

—La Director's es fuerte —comentó una voz femenina por detrás de él. Standish dio una sacudida a la mano por la sorpresa, y se manchó el puño de cerveza—. Le ruego me perdone —prosiguió, la muchacha, sonriendo ante el repentino sobresalto de Standish. Era una hermosa rubia de veinte años, con ojos grandes de un azul pálido casi transparente. Llevaba un jersey de lana roja y encima de éste un prominente delantal blanco manchado, que por alguna razón a Standish le recordó el uniforme de una enfermera. Advirtió que la muchacha se hallaba en avanzado estado de gestación, y transportaba una bandeja con un gran trozo de queso y el codillo de una barra de pan francés.

—Aquí tiene su comida.

—Lo siento, pero esto no es lo que yo he pedido —protestó Standish.

—Por supuesto que es lo que ha pedido —replicó ella, a la vez que su expresión divertida se esfumaba de repente—. Es usted el único maldito cliente que hay aquí. ¿Usted cree que me iba a equivocar teniendo un solo pedido?

—Espere. Esto es queso y...

—Esto es la comida del labrador, con salsa de vinagre y salsa picante.

Lo extendió ante él para que Standish pudiera ver los dos charquitos de salsa, uno marrón y otro amarillo, junto al trozo de queso. Colocó con rudeza el plato sobre la mesa, y con un golpecito seco puso un cuchillo y un tenedor al lado del plato.

—¿Es que no le parece bien? —Le dirigió una mirada—. Él entró en la cocina y dijo: «Comida del labrador, salsa de vinagre y salsa picante», y yo contesté: «Quiere de las dos, ¿no?» Yo estaba mirando por la ventana y le vi venir hacia la taberna y supe que usted era un yanqui por su modo de vestir y su forma de andar, exactamente la de un yanqui. Usted no tiene por qué creer que soy una ignorante sólo porque viva en Huckstall y trabaje en una taberna; he recibido una formación mucho mejor que la de sus fantásticas e ignorantes chicas norteamericanas. He estudiado en la escuela elemental y superior, y mi marido es el propietario de esta taberna. Usted debería ver la envidia en sus caras cuando regresamos a casa, debería ver…

Hacia la mitad de aquel asombroso discurso, Standish comprendió el significado de la expresión rígida en el rostro del tabernero: «No, otra vez no.» La muchacha respiraba con dificultad, y se puso una mano sobre el pecho.

—Ya es suficiente —terció el tabernero detrás de Standish.

La muchacha dirigió una última mirada a Standish y se alejó con rapidez por entre las mesas vacías, estirando con fuerza el lazo del delantal mientras se marchaba. Dejó caer el delantal frente a la puerta y la empujó para salir al exterior.

Standish miró estupefacto al tabernero, que se estaba secando las manos con un paño blanco, y éste le devolvió la mirada con una rigidez pétrea.

—Es hora de cerrar, señor —dijo el hombre.

—¿Que?

—Que se tiene que marchar. Ya es hora.

—Pero si ni siquiera he…

—Le devolveré su dinero, señor. —Sacó del bolsillo un puñado de billetes arrugados, separó cuatro de una libra y los colocó sobre la mesa de Standish, donde fueron a caer sobre un charco de cerveza derramada e inmediatamente se quedaron remojados.

—¡Oh, vamos! —replicó Standish—. Puedo esperarme aquí si usted tiene que salir y hacerla volver. De verdad que lo entiendo: mi esposa también está embarazada; me dijo un montón de estupideces antes de que me fuera…

—Es la hora —repitió el hombre, y colocó una mano tan pesada como un saco de cemento sobre el hombro de Standish—. Coja el queso. Voy a cerrar.

Standish echó un trago de la horrible cerveza y se puso en pie. El tabernero deslizó su mano por el brazo de Standish hasta llegar al codo.

—Por favor, señor.

—¡No tiene por qué empujarme! —Standish agarró el trozo de queso cuando el tabernero empezó a empujarlo hacia la puerta. El rostro del hombre estaba concentrado y permanecía inexpresivo, como si estuviera trasladando un mueble pesado.

Permitió a Standish abrir la puerta de la taberna.

Afuera, bajo el aire gris brillante, Standish miró hacia la plaza del mercado vacía con sus banderines ondeando. La muchacha embarazada había desaparecido. Standish oyó a su espalda los chasquidos de los pesados cerrojos.

—¡Dios mío! —exclamó. Miró el trozo de queso con forma de pastel. Se

oyó el retumbar distante de un trueno semejante al ruido de una turbina oculta. Tuvo la impresión de que la gente lo estaba espiando desde detrás de las cortinas.

Miró al otro lado de la plaza. Una bolsa medio arrugada se deslizaba por el pavimento empujada por una brisa cargada de niebla, esparciendo restos de patatas fritas y pedazos blancos de sal. El queso había empezado a adherirse a los dedos de su mano.

«Es lógico —pensó—. En un lugar tan pequeño todo el mundo se entera de todo. Esa loca ya había echado a todo el mundo de la taberna antes de que yo apareciera. Estaban esperando a ver cuánto tiempo aguantaría yo ahí dentro.»

Al otro lado de la plaza, la pequeña y hogareña muía azul turquesa descansaba sobre el resplandor y los destellos del agua o del cuarzo incrustado en el pavimento. Standish se dirigió hacia el coche bordeando la plaza. «Las vidas de la gente eran como novelas —pensó—. Ves muy poco. Sólo echas un vistazo a través de una ventana y luego tienes que adivinar qué es lo que has visto.»

Durante un momento vio ante él con toda claridad el bonito cuadrado, atravesado en todas direcciones por caminos que se cruzaban, que constituía el centro del campus de Popham.

De repente percibió un movimiento detrás de él, como si alguien estuviera arrastrando los pies. Se dio la vuelta y casi tropezó. La multitud que había imaginado no estaba allí. Debajo de un arco situado entre Los Duelistas y un estanco vislumbró a dos personas que lo observaban: una mujer rubia con jersey rojo y un hombre alto con una gorra y un abrigo largo lleno de barro. Standish no tardó en darse cuenta de por qué le resultaba familiar aquel hombre: se trataba del vagabundo que lo había asustado en la carretera hacia Huckstall. Desaparecieron bajo el arco. Standish oyó las pisadas del vagabundo y de la esposa del tabernero que se alejaban por la calle oculta.

Pero el vagabundo se había quedado a doce kilómetros de la aldea. Era imposible que hubiera venido andando desde tan lejos en el poco tiempo transcurrido desde que Standish lo había visto.

«Ellos huyen de mí, aquellos que en otros tiempos buscaban mi compañía.»

Dio un salto al oír un ruido repentino, pero sólo vio la bolsa brillante deslizándose por los adoquines. Aún persistían los extraños ruidos sordos de motores invisibles.

Standish contempló la taberna a oscuras y descubrió la fuente del misterioso sonido. Más allá del tejado de la taberna, a una distancia equivalente a un campo entero, había una corriente ininterrumpida de camiones y coches que circulaban en dirección norte por una carretera elevada. Era la autopista que no había conseguido encontrar en una de las vueltas a la plaza circular.

El resto del camino a Lincolnshire transcurrió de un modo que le pareció sorprendentemente fácil. Las autopistas le condujeron sin tropiezos hasta su destino: el laberinto de líneas del mapa de Robert Wall se resolvió por sí mismo, tras frecuentes consultas, en carreteras .reales con identidades reales que conducían a lugares reales. Sólo se perdió una vez

por pasarse de largo un cruce mal señalizado. En comparación con su vida cotidiana, resultó un viaje lleno de dificultades y confusiones, pero en comparación con los sucesos de la mañana, casi resultó un juego de niños.

La luz se iba desvaneciendo. En la creciente oscuridad, Standish empezó a ver acequias y canales en los campos, que incluso a la luz del crepúsculo poseían un color verde luminoso casi eléctrico. El mapa lo condujo a través de diminutos pueblecitos de Lincolnshire y de extensos pantanos. Una fosforescencia pálida, como de algo muerto que hubiera regresado a una vida incierta, brillaba de vez en cuando en los pantanos lejanos. A las diez de la noche, cuando llegó a Beaswick, ya había oscurecido por completo. El pueblo era una espantosa combinación de feas casas adosadas alternando con tabernas y establecimientos de comida para llevar. Lo atravesó en diez minutos, todavía siguiendo el mapa.

Poco después llegó a una carretera sin señalizar que conducía hacia un grupo de robles macizos sumidos en la más absoluta oscuridad. Cruzó con el coche a través de una puerta de hierro en la que se iniciaba un camino que serpenteaba a través de los árboles monumentales. Tomó una última curva y delante de él se extendió una inmensa mansión blanca emplazada en lo alto de una amplia escalinata. Detrás de la casa, sus faros enfocaron una serie descendente de terrazas antes de que la luz de los mismos incidiera sobre las ventanas de la casa. Standish detuvo el coche frente a los peldaños de la escalinata y salió del vehículo. Al dirigir su primera mirada atenta a Esswood House, le sucedió alto totalmente imprevisto: se enamoró de ella.

3

Standish no había estado nunca en Francia ni en Italia, nunca había visto Longliet, Hardwick Hall, Wilton House ni ninguna de las veinte fincas señoriales del país parecidas a la de Esswood. De todos modos, hubiera dado lo mismo que las hubiera visto. Esswood House le pareció perfecta. Le entusiasmó la bien definida línea simétrica de la casa, quebrada regularmente por amplios ventanales. Trató de recordar el nombre con el que se denominaba a una fachada como aquélla, pero no encontró la palabra. No importaba. La gran construcción blanca poseía un equilibrio y armonizaba consigo misma y con los campos que la rodeaban. Lo que podría haber resultado inhóspito, la blancura y la austeridad de la fachada, las escaleras que podrían haberle recordado a un edificio gubernamental, se habían humanizado por el uso regular. Una única familia, los Seneschal, había vivido allí desde hacía cientos de años. La gente había bajado y subido aquellas escaleras y atravesado cada una de las habitaciones con familiaridad. Allí habían crecido generaciones de niños. Incluso en la oscuridad se veían en las escaleras tramos gastados, erosionados por las generaciones de Seneschal y los cientos de poetas, pintores y novelistas que las habían pisado. En algunos puntos la pintura estaba descascarillada, y los daños causados por el agua habían impreso oscuras manchas en las esquinas de algunas de las nobles ventanas. Aquellas pequeñas

imperfecciones no empañaban la perfección de Esswood.

Standish abrió el maletero del coche y sacó dos de sus grandes maletas. Parecían pesar más que en Zenith, y Standish las dejó caer sobre la grava antes de cerrar el maletero. Luego las levantó y se encaminó hacia la escalinata, moviéndose con dificultad.

Alguien que estaba en el interior de la casa oyó el ruido que hizo mientras luchaba por llegar hasta la puerta. Una luz pasó fugaz por la hilera de ventanas oscuras y se dirigió hacia la parte frontal de la casa, para seguidamente ir hacia la puerta. Standish se preguntó si una doncella con una vela encendida se estaría apresurando para llegar a la entrada principal de Esswood, como habría ocurrido en siglos pasados. Se preguntó si aún tendrían doncellas, y luego empezó a considerar si debía entrar por la puerta principal o no. Tenía que haber una entrada a nivel del suelo, probablemente junto a la escalera, o fuera, en la parte lateral de la casa, donde había visto un cenador enrejado. Profirió un gruñido y colocó las dos grandes maletas en la terraza situada en lo alto de la escalinata. Se abrió la puerta maciza y ostentosamente adornada para dejar paso a una oleada de luz y color, y una mujer que vestía un elegante conjunto gris a rayas finas, de americana y falda ceñida, dio un paso atrás y le sonrió para darle la bienvenida. Aparentaba tener su misma edad, o quizá fuera un poco mayor; llevaba el cabello largo recogido en un moño suelto y tenía un rostro inteligente, de perfil aguileno, con ojos brillantes y vivaces.

Se sintió perdido por la ansiedad y la sorpresa, y dijo:

—¿Es ésta la puerta correcta? ¿He venido al sitio adecuado?

—Señor Standish —dijo la mujer. Su voz era cordial y tranquilizadora—. Nos estábamos preguntando dónde podía estar usted. Tenga la bondad de entrar.

Aún se sintió un poco más enamorado de Esswood.

—También yo me he estado preguntando dónde estaba —contestó, y le pareció ver un gesto de aprobación en los ojos vivaces de la mujer. A continuación lo estropeó todo—. ¿Es por aquí por dónde entra todo el mundo? ¿Es ésta la puerta indicada?

Ella asintió, esta vez sonriendo también, pero no a causa de su ingenio sino de su necedad, y él traspasó el umbral de la puerta con sus pesadas maletas, que también parecían necias. Todo lo que había al otro lado de la puerta parecía brillar: la sonrisa de la mujer, el resplandor de los espejos y de los suelos de madera pulimentados, el del cobre y los tejidos radiantes.

—Me sorprende que no lleve usted una vela en la mano —comentó.

—En Gran Bretaña no somos tan anticuados, señor Standish. No tenía ninguna necesidad de haber cargado con las maletas. Aquí tenemos personal para facilitarle las cosas. Haré que alguien le lleve inmediatamente el equipaje a sus habitaciones, y usted puede subir allí y descansar un poco del viaje. Luego esperamos verle en el comedor. El señor Wall estaba aguardando este momento. —La bella sonrisa volvía a ser completamente cordial—. Pobre, debe de estar hambriento.

Standish se preguntó si existiría alguna remota posibilidad de que aquella mujer llegara a casarse con él.

—Supongo que no queda nada más en el coche, ¿no?

Se dio cuenta de que la mujer esperaba que él respondiera que no. El

brillo de sus ojos le hizo ver que había traído demasiada ropa, y en aquellos momentos Standish deseó que el coche y todo lo que se había quedado dentro de él se hundiera bajo la tierra y desapareciera.

—Me temo que me he excedido en traer cosas —se excusó—. He dejado algunas más en el coche.

—Ya se las traeremos. No queremos que se quede extenuado antes de iniciar su trabajo.

Sonrió como si le estuviera perdonando su inexperiencia en hacer el equipaje y se dio la vuelta para conducirlo hacia sus habitaciones. Standish se detuvo después de dar unos cuantos pasos. Ella vaciló y se volvió a mirarlo. Él hizo un gesto hacia sus ridículamente pesadas maletas, que se habían quedado en el vestíbulo pulimentado como si se tratara de intrusos.

—Ya nos encargaremos de ellas —dijo la mujer—. Nos encargaremos de todo. Ya aprenderá nuestras costumbres, señor Standish.

La siguió por el vestíbulo de entrada y vio que éste desembocaba en un pasillo con mamparas, adornado a todo lo largo con enormes tapices. Por entre ellos vio una amplia sala, semejante a un salón de baile, en la que había muebles tapizados en colores vivos frente a una chimenea de piedra alta con columnas jónicas. De los muros revestidos de madera colgaban cuadros grandes y melancólicos de cazadores, niños y caballos. Cuando Standish llegó a otra de las aberturas entre las mamparas, vislumbró una galería que se extendía por encima del otro extremo de la sala. En el techo de la galería había vigas curvadas de madera y arcos.

—Ésta es la Sala Este, la parte más antigua de la casa —le explicó la mujer, volviéndose para mirarlo—. Es de estilo isabelino, por supuesto.

—Oh, claro —contestó Standish.

Llegaron al final del pasillo con mamparas y doblaron a la izquierda en dirección a una escalera que parecía tan ancha como la escalinata de la entrada principal. Retratos de nobles del siglo XVIII brillaban con expresión de aburrimiento desde ambos lados de la escalera, que a su vez se bifurcaba en dos escaleras más pequeñas que se curvaban en la parte más alta. La mujer empezó a subir la escalera y él la siguió.

—Me temo que aún hay más escaleras, pero usted ocupará la Suite de la Fuente, que está justo encima de la biblioteca. Es el lugar donde hospedamos a nuestros invitados investigadores, y al parecer siempre se han sentido muy cómodos allí.

—¿Hay una fuente de verdad?

—En el patio, no en las habitaciones, señor Standish. —Giró hacia la parte izquierda de la escalera y le sonrió otra vez por encima de su hombro—. Desde las habitaciones disfrutará usted de una excelente vista del patio.

En aquel momento él recordó algo que se le había ocurrido en Zenith.

—¿Soy el único? Quiero decir si hay otros invitados trabajando ahora en la biblioteca.

—No, por supuesto que no —replicó ella, dirigiéndole una mirada interrogante más bien severa, y deteniéndose al fin para que él consiguiera alcanzarla—. Yo daba por sentado que usted lo sabía. Perdóneme. Parece que siempre me olvido de que usted no había estado antes aquí. En ningún momento invitamos a más de un huésped a utilizar la biblioteca. La investigación es un trabajo muy individualista, y siempre hemos querido que

nuestros invitados pudieran disfrutar plenamente de Esswood. No queremos tener dos invitados que necesiten utilizar el mismo material. La labor que realizan ustedes es muy íntima ¿no es cierto? Compartirla sería como compartir, bueno, no sé, un cepillo de dientes, una toalla de baño, o…

«Una cama», pensó Standish.

—Bueno —dijo ella. Sus ojos brillaban—. En cualquier caso, sí, usted es el único. Durante las próximas tres semanas todo lo que posee Esswood, especialmente los documentos de la biblioteca, será sólo suyo, por así decirlo.

—¿Cree usted que podría obtener una prórroga de una semana si lo necesitara?

—Creo que se podría arreglar. Ya casi hemos llegado. Subían juntos las escaleras laterales más pequeñas, y ella le sonreía.

—Para llegar a la Suite de la Fuente tiene que atravesar la Galería Interior y seguir recto, y la Galería Interior está justo detrás de ésta…

Abrió una puerta situada en lo alto de la escalera y lo condujo hacia una habitación o un pasillo que estaba tan oscuro como un cine y que contrastaba con todo el fulgor que había visto al entrar en la casa. La oscura habitación, de un tamaño similar al dormitorio que compartía con Jean en Zenith, parecía abarrotada de muebles, incómodos y apiñados.

—La luz es insuficiente aquí. Habrá que arreglarla. Ahora el estudio no se usa demasiado.

En la penumbra, Standish pudo distinguir sillas pesadas tapizadas de otomán e hileras borrosas de libros sobre las paredes. Indistinta y misteriosa, la mujer se movía ante sus ojos como una mancha que casi se fundía con el interior de la estancia. Abrió una puerta en el otro extremo de la habitación y la atravesó para salir a un rectángulo de luz amarilla.

Standish se sentía como si estuviera persiguiendo a la mujer. Él irrumpió en la siguiente habitación más iluminada, casi esperando verla avanzar delante de él por otro pasillo. Pero ella se hallaba frente a él a unos dos metros de distancia, en el interior de un espacio con techo alto, demasiado ancho para ser un pasillo y demasiado largo y estrecho para ser un habitación. Uno de los lados de aquel espacio parecido a un museo estaba decorado con grandes pinturas que representaban caballos, perros y barcos en el mar, debajo de los cuales se hallaban colocados unos bancos bajos de aspecto poco cómodo. Alineados al otro lado, a la izquierda de Standish, había unos enormes ventanales que daban a las ventanas iluminadas de otra casa grande. Standish comprendió entonces que la otra casa era otra sección de Esswood, y que lo que estaba viendo era el patio.

—Ya casi hemos llegado, señor Standish. Ésta es la Galería Interior, llamada así porque existe otra galería, la Oeste en la segunda planta, en la parte delantera de la casa. La Galería Oeste se construyó hacia 1730, cuando sir Walton Seneschal reformó la fachada de Esswood y la convirtió en otra de estilo veneciano.

«Veneciano», pensó Standish. Ése era el vocablo que no había sido capaz de recordar. Entonces recordó la luz de una linterna o una vela que había visto pasar por detrás de las ventanas cuando se acercaba a la casa.

—¿La Galería está en la segunda planta? —preguntó.

—Sí, las dos.

—¿Y la segunda planta está por donde yo entré, en la parte superior de la escalinata?

La mujer se detuvo.

—Bueno, no, usted entró por la primera planta. La que se halla debajo de ésa es la planta baja. A los norteamericanos les cuesta un poco aprender nuestro sistema. —Empezó a andar para dejar atrás los amplios y oscuros ventanales.

Quizá se había equivocado.

—¿Y usted no llevaba una vela o algo parecido a una vela al pasar frente a las ventanas delanteras cuando me oyó llegar?

La mujer se detuvo de nuevo y lo miró con una expresión tensa. Luego su rostro se suavizó.

—¿Me está usted tomando el pelo?

Standish volvió a percibir un indicio de coqueteo reprimido que yacía oculto bajo la actitud de la mujer.

—No me imagino de qué modo podría tomarle el pelo —replicó Standish. El coqueteo desapareció tan rápidamente que Sandish se preguntó si no se lo habría imaginado—. Quiero decir que me pareció haber visto a alguien con una lámpara en la mano que pasaba frente a las ventanas del primer piso.

El rostro de la mujer se suavizó, diluyéndose en una deliberada ausencia de expresión.

—Me temo que eso no es posible, señor Standish. —Ella continuó descendiendo por la galería delante de él—. Ya hemos llegado —dijo, abriendo la puerta situada al final de la galería—. Y todo está preparado. Sus maletas llegarán en cualquier momento. En cuanto esté listo, el señor Wall le estará esperando en el comedor, al que usted pude acceder regresando a la planta baja, girando a la derecha por la escalera principal y siguiendo en línea recta a través del Salón Oeste. También puede usted tomar la escalera trasera desde su habitación hasta la biblioteca, pasar por delante de ésta y seguir girando a la izquierda por el pasillo hasta que llegue a las puertas dobles: eso es el comedor.

—Estupendo.

Ella retrocedió en vez de acompañarlo hasta el interior de la habitación, como él esperaba. Para evitar que ella se marchase, le preguntó:

—¿Están los Seneschal aquí ahora?

Ella asintió.

—Raramente se hallan en algún otro sitio. La señorita Seneschal está inválida y no es habitual que abandone el ala donde reside la familia. En realidad los dos son muy mayores.

—¿No tienen hijos?

Su rostro extraordinario parpadeó, como si esta vez Standish hubiera ido demasiado lejos, y le hizo un gesto señalando la puerta medio abierta que desembocaba en la Suite de la Fuente.

—Acuérdese de no hacer esperar demasiado al pobre señor Wall; él se sentirá extremadamente aliviado en cuanto lo vea. Usted también se sentirá aliviado, me imagino, cuando vea su cena.

—Estoy impaciente por ver a los dos. Y también por verla a usted de nuevo.

Ella le dirigió una mirada, con sus grandes ojos inteligentes, que él

tomó como una mirada humorística de agradecimiento, y seguidamente dio media vuelta y se alejó.

Standish cruzó la puerta, entró en la Suite de la Fuente y se volvió para verla alejarse. Cayó en la cuenta de que ella no le había dicho su nombre. No podía llamarla, no podía ponerse a gritar en Esswood. La mujer abrió la puerta situada al fondo de la galería y desapareció.

Sus habitaciones no eran como él había esperado. La magnificencia de la casa y el nombre, Suite de la Fuente, habían evocado extravagancias en la mente de Standish: oro y terciopelo, antigüedades, una cama con dosel. La realidad de la Suite de la Fuente era tan mundana como una habitación de un hotel viejo y de poca categoría.

Era una suite compuesta por dos habitaciones pequeñas. La sala de estar se hallaba amueblada con sillas rígidas de respaldo alto y un sofá cubierto con una tapicería de zaraza con estampado de flores. Junto al sofá había una mesita con ejemplares antiguos de *Country Life* y *The Tatler.* Lámparas corrientes con grandes pantallas amarillas proyectaban una luz tenue. Encima de la repisa de la chimenea había un zorro disecado y helechos verde oscuro. Contra una pared cubierta con papel estampado con rosas había un escritorio revestido de cuero en su parte superior y una lámpara de biblioteca de color verde. Junto al escritorio se hallaba situada una estantería llena de novelas de Warwick Deeping, Compton Mackenzie, John Buchan y Agatha Christie. Los libros parecían estar pegados a la estantería. En las paredes claras empapeladas con estampado de rosas estaban colgados algunos cuadros que representaban a hombres con peluca y chalecos bordados, que jugaban a las cartas en lo que parecía el Salón Este del piso de abajo, gentes con trajes ligeramente más modernos jugando a croquet en una terraza debajo de la elevación de la parte trasera de Esswood House, un carruaje tirado por caballos encabritados subiendo por el camino donde Standish había dejado aparcado su coche. Un pequeño spaniel con manchas marrones trotaba junto al carruaje con la cabeza levantada. A través de las ventanas situadas en el lado izquierdo de la habitación, Standish vio las ventanas de los Seneschal lanzándole destellos desde el otro extremo del patio. La habitación no tenía televisión, radio ni teléfono.

El dormitorio, ligeramente más pequeño que la sala de estar, se hallaba equipado con una cama individual estrecha, una mesita de noche y una cabecera de madera tallada, un sillón de aspecto cómodo, un sofá tapizado con el mismo tejido floral azul oscuro que el cubrecama, otro escritorio más pequeño y un armario grande de madera para colgar la ropa. Cerca del armario ropero había una puerta alta de madera que debía de conducir a la escalera trasera. Había otra estantería para libros a la altura del pecho llena de lo que parecía ser la obra completa de Winston Churchill. Sobre la repisa de la chimenea del dormitorio había un par de candelabros de plata muy recargados y encima de ésta estaba colgado un grabado geométrico que venía a ser un plano de las terrazas de Esswood y que mostraba un estanque alargado, algo que aparentaba ser un bosquecillo con un claro circular, semejante a un emplazamiento para druidas, y campos. Los postigos de la ventana del dormitorio estaban cerrados, y toda la habitación parecía envuelta en brumas a la tenue luz dorada de las lámparas.

Standish dio la vuelta a los pomos de dos puertas de espejo, esperando encontrar un armario, y descubrió un cuarto de baño cubierto de azulejos. Entró, cerró la puerta tras él y usó el váter. Luego se lavó las manos y examinó su rostro en el espejo.

Los contornos de sus párpados denotaban un color rosado, como los ojos de un conejo. Manchas grises de polvo atravesaban sus mejillas. Su cabello, que empezaba a escasear, tan liso como un alga marina, estaba pegado a su cuero cabelludo. Standish gruñó. Aquél era el rostro que había contemplado la maravillosa e ingeniosa mujer. Lo que él había tomado como un coqueteo había sido sólo compasión civilizada. Había llegado mucho más tarde de lo previsto cargado con una ridícula montaña de equipaje, se había comportado como un turista estúpido, y sin duda alguna la había mirado con lascivia. Sí, la había mirado con lascivia. ¡Oh, Dios! Standish se quitó la chaqueta y se desabrochó la camisa. Llenó la pila del lavabo con agua caliente y se lavó las manos y la cara. Luego la vació, volvió a llenarla y se lavó rápidamente el pelo.

Salió del cuarto de baño y vio sus camisas, calcetines y ropa interior extendidos encima de la cama junto a su equipo de baño. Las cuatro maletas estaban de pie al lado de la cama. Encima del escritorio pequeño habían depositado el ejemplar de *Crack, Whack, and Wheel.* Alguien había colgado sus trajes, chaquetas y pantalones en el armario ropero, y había colocado los zapatos ordenadamente debajo de la ropa, y las corbatas en un colgador.

Standish se puso una camisa limpia, una corbata nueva y una chaqueta del ropero. Se calzó además unos mocasines relucientes. Las puertas de espejo le dijeron que volvía a tener el aspecto de un respetable joven erudito. Se sentía un poco débil por el hambre y decidió que el camino trasero hacia el comedor sería más rápido que el de la galería, el pequeño estudio a oscuras y las escaleras. Se encaminó a la puerta situada al lado del armario ropero y la abrió.

4

En la otra parte había un descansillo vacío de madera sin pulimentar. Un tramo estrecho de escaleras descendía pasando frente a una ventana y luego formaba una curva hasta perderse de vista. Bombillas de baja potencia introducidas en viejas lámparas de gas iluminaban la escalera de forma tenue pero uniforme. Standish cruzó el descansillo y empezó a descender por la escalera.

Después de tres o cuatro curvas de la escalera miró hacia arriba, hacia el camino del que venía, y sólo vio la piel suave de las paredes y las contrahuellas empinadas y oscuras de los escalones. Se preguntó si no habría pasado por alto la salida a la primera planta y estaría descendiendo hacia la parte trasera de la cocina, hacia la mazmorra o hacia lo que hubiera en el sótano. Luego recordó la altura del comedor con la grandiosa chimenea de piedra y continuó descendiendo. Después de otra serie de vueltas llegó a un lugar donde las bombillas se habían fundido y continuó descendiendo

despacio, palpando las paredes situadas a ambos lados. Cuando la escalera dio otra vuelta, Standish esperó salir a la luz, pero todo seguía estando a oscuras. Bajó a tientas otros nueve o diez peldaños. En otro recodo de la escalera, unas luces procedentes del piso de abajo empezaron a iluminar la pared exterior, y después de unos pocos peldaños más vio que sus manos y las mangas de la chaqueta estaban grises de telarañas.

Poco después vio el final de las escaleras debajo de él. Un pasillo de losas iluminado por las mismas lámparas de gas modernizadas conducían a una puerta alta y estrecha, idéntica a la que había en su dormitorio. Ésta debía de ser la puerta de la biblioteca. Standish bajó los últimos peldaños y avanzó por el pasillo hasta situarse frente a la puerta. Sintiéndose casi culpable, colocó la mano sobre el pomo de cobre. Miró de lado hacia abajo del pasillo vacío. Después de todo lo que había pasado aquel día, nadie podría escatimarle un placer personal. Lo habían invitado para utilizar la biblioteca, e Isobel había escrito buena parte de sus versos al otro lado de aquella puerta.

Standish hizo girar el pomo, tan empeñado en ver la biblioteca que cuando la puerta se le resistió, probó otra vez sacudiendo el pomo hacia adelante y hacia atrás como si pudiera obligar a la puerta a abrirse. ¿Por qué estaba cerrada con llave? ¿Para evitar que entraran los criados? ¿Para evitar que entrara él? Standish recordó las lámparas apagadas de la escalera y se preguntó cuánto tiempo haría que el último becario habría sido invitado a Esswood. Luego recordó lo que el tabernero de Huckstall le había contado de un norteamericano asesinado en Esswood, y se alejó rápidamente de la puerta.

Después de andar unos quince metros por el pasillo, llegó a una curva cerrada a la izquierda flanqueada por una estatua de mármol de estilo italiano que representaba a un muchachito poniéndose de puntillas, con los brazos extendidos, como si estuviera implorando un beso. Standish pasó frente a la estatua, entró en el ala nueva del pasillo y siguió avanzando en silencio otros diez o doce metros. Encontró otra curva cerrada a mano izquierda que esta vez conducía a un pasillo más amplio, aunque también de losas y poco iluminado. Al dar la vuelta vio otra estatua de mármol, sobre una mesa redonda con la parte superior de mármol, que representaba a una mujer echándose hacia atrás con las manos sobre la cabeza. Ahora Standish podía percibir voces apagadas y ruidos suaves procedentes de algún lugar de la casa. Finalmente se encontró ante un par de amplias puertas. Dio unos golpes con suavidad y vio algunos restos sucios de telarañas adheridos al puño de su camisa. Los limpió rápidamente. Nadie contestó a su llamada. Standish dio la vuelta al pomo y oyó un agradable chasquido al ceder la cerradura. Empujó, y la gruesa puerta se abrió ante él.

Un hombre de rostro cuadrado y enérgico con una espesa cabellera gris que le caía sobre la frente pestañeó al verlo, y seguidamente le sonrió y se levantó del extremo de una mesa larga que ocupaba el centro de la sala. Sobre el suave mantel blanco, frente al lugar donde estaba sentado el hombre, se hallaba dispuesto un único servicio de mesa. El hombre era algunos centímetros más alto que Standish.

—¡Por fin! —exclamó el hombre—. Señor Standish, me alegro de verle. Soy Robert Wall.

Standish dio unos pasos hacia adelante, pero se dio cuenta de que aquella mesa era demasiado ancha para darse un apretón de manos a través de la ella.

—He perdido una apuesta conmigo mismo —comentó Wall—. Usted quédese ahí donde está y yo daré la vuelta.

Wall le sonrió con un gesto algo triste y empezó a dar la vuelta a la mesa para saludarlo. Vestía un traje de elegante hechura de tweed gris, una camisa azul oscuro y una corbata de seda natural color rosa. Wall no era en absoluto como Standish había imaginado. Se parecía más al rector de una universidad que al administrador de una fundación literaria situada en aquel recóndito lugar. A Standish le pareció que la belleza de aquel hombre era irrelevante, constituía casi un impedimento. Wall avanzó hacia él alargando la mano, y Standish se preguntó cómo hubiera reaccionado Jean al ver al hombre. —Permítame que le dé la bienvenida como es debido —dijo Wall, dando a Standish un apretón de manos seco y enérgico—. Ha tenido un día muy duro, ¿no es así? ¿Desea tomar una copa antes de que tengamos la oportunidad de ofrecerle la cena? ¿Un poquito de whisky? ¿De malta? Es realmente especial, se lo prometo.

Standish nunca bebía whisky, pero se oyó a sí mismo aceptando. El rostro de Robert Wall tenía señales de fatiga. En la piel que rodeaba sus ojos y sus labios había pequeñas arrugas como cortes de navaja. Wall sonrió a Standish y se volvió hacia una despensa situada detrás de una puerta junto al extremo de la mesa. Standish lo siguió. El tamaño y la magnificencia del comedor lo estimulaban y oprimían al mismo tiempo. Retratos de miembros de la familia Seneschal fallecidos lo miraban ceñudos desde las paredes, y en cualquier sitio donde Standish fijaba la mirada podía ver un inesperado detalle ornamental: molduras dentadas en todo el techo, el dibujo del parquet del suelo alrededor de los bordes de la alfombra oriental, florones de yeso en torno a las lámparas que se hallaban sobre la pared. Los cubiertos colocados alrededor del plato, el plato y los bordes del vaso de vino que estaba junto al plato, eran de oro. ¡Un plato de oro! ¡Un tenedor de oro, una cuchara de oro, un cuchillo de oro! El formalismo de esta opulencia le perturbaba, como si él hubiera salido inadvertidamente de la realidad ordinaria y entrado en el mundo de los cuentos de hadas.

Detrás de las puertas acristaladas de los armarios de la despensa había hileras de platos de oro, y en el armarito situado en el extremo se hallaba dispuesta una colección de botellas. Había una escalera angosta en sentido descendente parecida a la que Standish había tomado al salir de su habitación, que probablemente conducía hasta la cocina. Robert Wall cogió una botella del anaquel y dos vasos de otro armario.

—¿Decía usted que había perdido una apuesta consigo mismo?

—Sí, así es —replicó Wall, sonriéndole. Cuando uno lo miraba de cerca, su evidente cansancio y las arruguitas alrededor de los ojos y la boca anulaban por completo su aspecto atractivo; parecía como si todavía se estuviera recuperando de una operación de injerto de piel.

Luego, por un instante, Standish pensó que Robert Wall no parecía exhausto ni enfermo sino sencillamente hambriento, como un hombre que nunca ha cesado de anhelar los grandes premios que ha visto rondando cerca de él toda esta vida y que están fuera de su alcance; como un hombre

que nunca ha renunciado a desear más de aquello con lo que ha decidido conformarse.

Wall se apresuró a adelantarle en el reducido espacio de la despensa, y cuando regresaron al comedor, Standish comprendió que era él y no Wall el que tenía hambre: estaba hambriento, como un lobo famélico.

Con la botella y los vasitos en la mano, Wall se dirigió hacia uno de los lados de la mesa, y Standish se situó en el otro. Wall hizo un gesto a Standish hacia el lugar que le habían preparado, y el joven se sentó.

—La apuesta consistía en que usted bajaría desde su habitación por la escalera principal y vendría aquí desde el Salón Oeste. Es usted muy intrépido por haber llegado aquí a través de las escaleras traseras.

Wall le sirvió whisky mientras hablaba y se inclinó lo máximo que le fue posible por encima de la mesa para pasarle el vaso a Standish. Después se hundió con elegancia en su silla. Durante un momento, Standish, invadido por el desaliento, se preguntó si Wall estaría casado con la mujer que lo había conducido a sus habitaciones.

«¿Me está usted tomando el pelo?» Durante un momento vio el perfil aguileno de la mujer mirándolo desde abajo.

—Una mujer me guió hasta mi habitación —dijo Standish.

Wall asintió y levantó el vaso, dirigiendo a Standish una mirada imprecisa que no reflejaba el menor interés. Standish probó un sorbo. El whisky tenía un sabor delicado y sabroso; era ambrosía. Wall estaba esperando a que Standish siguiera hablando.

—La mujer conocía la escalera trasera; así es como me enteré de que existía. A propósito, ¿quién es ella? No me dijo su nombre.

—No podría decírselo. ¿Está usted bien instalado?

—Cabello oscuro, muy largo y ligeramente suelto. Extraordinariamente guapa. Aproximadamente de mi edad.

—Una mujer misteriosa —replicó Wall—. Usted es muy valiente. —Consultó su reloj—. Su comida estará lista enseguida. Sólo hay que calentarla. ¿Le gusta el whisky de malta?

—Es excelente.

—Estupendo, además de ser intrépido tiene buen gusto. Es bastante especial, tiene setenta años.

—¿Quiere decir que no sabe quién es ella? —Acostumbro a no preocuparme por ese tipo de cosas. ¿Ha tenido un viaje agradable?

Standish describió cómo se había perdido en la plaza circular y cómo había encontrado milagrosamente el camino a Huckstall, así como la escena de la taberna.

—Más tarde pensé que todo era como un poema de Isobel Standish, una especie de experiencia al estilo Isobel Standish, no sé si sabe lo que quiero decir.

—Es una lástima que escogiera usted Huckstall para su primera excursión en Inglaterra, pero ya no se puede hacer nada, ¿verdad? —¿Tienen fama de atacar a los visitantes? —No exactamente. Durante la cena le explicaré una historia. —Consultó su reloj—. ¿Dónde está su comida? Ya la deberían de haber traído. Supongo que están esperando a que nos acabemos el whisky, a pesar de que nosotros estamos esperando a que le traigan su comida.

Se levantó, bordeó la mesa a lo largo y se deslizó por la puerta de la despensa. Standish le oyó hablar con alguien al otro lado de la puerta de la despensa, y seguidamente se oyó una risa apagada de mujer. Wall volvió a cruzar la puerta con una bandeja en las manos. —Menos mal que no le he dado un susto y no se le ha caído. Le han preparado una comida con un poco de historia. Solomillo de ternera con salsa de colmenillas, y judías verdes. Abriré un buen burdeos para acompañar la comida, ¿le parece bien?

Standish asintió. Se le hacía la boca agua al percibir el olor que desprendía la comida de la bandeja. Wall colocó el plato encima del que ya estaba en la mesa, y éste encajó perfectamente en el plato de oro más grande. Wall devolvió la bandeja a la despensa y regresó al instante con una botella de vino tinto y un sacacorchos.

—Beberé con usted. Podemos proseguir nuestra conversación hasta que decida ir a dormir. Mañana por la tarde tengo que salir, así que durante unos días estaré ausente. No obstante podré desayunar con usted, ¿le parece bien?

—Por supuesto —contestó Standish, contento de que no le dejaran abandonado en el comedor. Probó un trocito de carne, y una variedad de sabores tan sutiles y poderosos se desparramaron por el interior de su boca que profirió un gemido en voz alta. Nunca había probado nada que se pareciera ni remotamente a aquello. El corcho salió de la botella con un taponazo firme, y Wall vertió el vino de un color rojo intenso en su vaso con bordes de oro. Standish bebió un sorbo, y la comida continuó sonando a música celestial en su boca.

—Por supuesto que usted ya sabe por qué le hemos dado ternera con salsa de colmenillas, ¿no? —Wall se sentó en el otro extremo de la mesa.

Standish movió la cabeza en señal de negación. Siguió comiendo mientras Wall hablaba, haciendo una pausa de vez en cuando para tomar un sorbo de vino, tan extraordinario como la comida.

—Era la comida favorita de Isobel Standish. —Wall le sonrió—. Cuando se enteraron de eso en la cocina, nada pudo detenerlos. Nosotros utilizamos colmenillas frescas, naturalmente, y en el pueblo se puede comprar buena carne de ternera. Me alegro de que le guste. —Se quedó en silencio, y la expresión benigna de su rostro se alteró—. ¿Así que usted no sabía nada de Huckstall antes de detenerse allí? ¿Su fama no ha atravesado el Atlántico?

Standish negó con la cabeza. Un círculo de calor en el centro de su ser se iba extendiendo hacia afuera milímetro a milímetro, llevando la paz y la satisfacción a cada célula que tocaba.

—A principios de este verano hubo allí un poco de jaleo —comentó Wall—. Un hombre mató a su mujer y al amante de ella y luego se suicidó. Un tabernero.

Standish vio, vividamente ante él, el rostro inmóvil e inexpresivo del propietario de Los Duelistas, y la sabrosa comida se congeló en su lengua.

—Para los norteamericanos no debe significar un escándalo —comentó Wall—. Pero aquí causó un gran impacto. La mujer estaba embarazada. El marido los encadenó a los dos en la bodega de la taberna y los estuvo torturando durante varios días. Finalmente los decapitó. El amante era un individuo importante de la localidad, un poeta local o algo por el estilo. No pretendía amargarle la comida, señor Standish.

—No, es fascinante —respondió Standish—. Me recuerda tanto a la gente que vi allí... —Wall parecía agradablemente perplejo—. En aquella taberna, en Los Duelistas.

—Ah, sí. —Wall sonrió condescendiente—. Ya veo lo que usted quiere decir. En este momento no puedo recordar el nombre de la taberna de aquel individuo, Lord No Sé Quién, creo. De todos modos no puede ser el mismo lugar que usted conoce.

—¿Por qué no?

—Aquel pájaro quemó el local después de cometer los asesinatos. Por supuesto no tenía la cabeza en su sitio. Perdone el juego de palabras. Bueno, en cualquier caso introdujo las cabezas en bolsas y las echó en una montaña de escoria. Probablemente pensó que nadie las encontraría nunca. O le daba lo mismo. En realidad su propia vida carecía de valor para él. A la salida del pueblo se tiró delante de un vehículo que circulaba a toda velocidad. ¿No quiere más vino? Standish comprobó con asombro que su vaso estaba vacío. Levantó la botella y se sirvió. Wall empujó su vaso hacia adelante y Standish se levantó para servirle vino.

—El impacto lo mató, pero nadie descubrió el cuerpo hasta la mañana del día siguiente; todo el mundo estaba ocupado apagando el fuego. La taberna ardió como la yesca. Había peligro de que se quemara toda la calle. Y luego, por supuesto, después de apagar el incendio, encontraron los cuerpos, que no se habían visto prácticamente afectados por las llamas porque estaban en la bodega. ¡Oh! —Sus ojos se fijaron de repente en Standish—. Me había olvidado: aquel tipo, el amante de la mujer del tabernero, no era un poeta local. Todo era parte del escándalo. Él había sido alguien importante, aunque en otros tiempos. Era el bibliotecario, o algo por el estilo, el director del colegio quizá, pero hacía ya varios años que su vida se hallaba en un franco declive. Se convirtió en un borracho. No tenía trabajo y la vida le resultaba difícil. El propietario de la taberna no pudo soportar la humillación de que le pusieran los cuernos con un auténtico vagabundo.

Standish comía despacio mientras Wall seguía hablando; en realidad ya había dejado de disfrutar de la maravillosa comida.

—Quizá sea una historia horrible para ser contada a la hora de la cena.

—En realidad, no —replicó Standish—. Cuando estuve en Los Duelistas...

—Permítame que le cuente el resto de la historia. Al día siguiente, como ya le he dicho, encontraron el cuerpo del tabernero en la carretera. El vehículo lo había aplastado. El coche aún estaba allí, con la puerta del conductor abierta y el motor todavía en marcha. No había ni rastro del conductor. Le había asaltado el pánico y había huido a toda velocidad a través del páramo. Nunca supo que era inocente, nunca supo la historia completa.

—¿No le pudieron seguir la pista por los datos del vehículo?

—Era de alquiler. Según me dijeron, el individuo usó un nombre falso. Supongo que todavía está huyendo.

—El hombre de Los Duelistas me dijo que aquí habían asesinado a alguien.

—¿En Esswood?

—¡Sí! A un norteamericano, según me dijo.

—Eso es muy extraño. —Wall parecía completamente imperturbable—. Estoy seguro de que me habría enterado. Después de todo, yo acostumbro estar por aquí. —Frunció el ceño al tiempo que sonreía; el ceño era un disfraz para la sonrisa. Quizás era la expresión más irónica que Standish había visto en su vida.

—Me pareció raro —añadió Standish.

—Sinceramente, no puedo recordar la última vez que tuvimos un asesinato aquí. —Wall casi sonreía abiertamente—. Y he estado aquí casi toda mi vida. El individuo que le habló de eso debió de confundir el nombre con Exmoor, o algo parecido. Espero que eso no le inquietara.

—Por supuesto que no. En absoluto. Desde luego que no.

—Hemos acertado al elegirle becario de Esswood, señor Standish. Sin ningún género de dudas.

—Gracias.

Incómodo por el cumplido, Standish se preguntó si le podría decir a Wall que le llamara William. ¿Le pediría Wall que le llamara Robert?

—¿Por casualidad ha echado usted un vistazo a la biblioteca al venir por el pasillo de atrás? Yo de usted no habría podido resistir la tentación.

—En realidad, no —respondió Standish, y Wall alzó las cejas—. Bueno, a decir verdad, intenté abrir la puerta pero estaba cerrada con llave.

—Me parece que eso es imposible. Las puertas de la biblioteca nunca están cerradas con llave. ¿No sería otra puerta?

—¿Cerca del pie de la escalera?

—No importa. Parece como si la biblioteca no quisiera dejarle entrar. Tendremos que reconsiderar su solicitud, señor Standish.

Standish se dio cuenta de que estaba bromeando. Bebió un poco más de vino y luego dio fin al persistente silencio de Wall con una pregunta.

—Usted ha dicho que había estado en Esswood la mayor parte de su vida. ¿Nació aquí?

—En realidad, sí. Antes de la Primera Guerra Mundial mi padre era el guardabosques de esta finca y vivíamos en una casita más allá del campo que hay a los lejos. —Wall se sirvió más vino y también a Standish—. En aquellos días, lo que atraía a los invitados de Esswood era la hospitalidad de Edith Seneschal y la fama de su cocina la cual, como usted ve, continúa siendo excelente; el placer que experimentaban con su compañía y lo agradable que encontraran en Esswood les hacía volver. Su gratitud por los buenos ratos que pasaban aquí se traducía en su contribución a engrosar nuestra biblioteca, y a eso se debe que sea única. Cada invitado literato que teníamos donaba manuscritos, documentos, diarios, cuadernos de notas, borradores, material que creían importante, y también otras cosas que consideraban carentes de valor. Por supuesto, algunas de estas cosas han resultado de las más importantes que poseemos.

—¿Los manuscritos y los diarios? ¿T. S. Eliot, Lawrence y todos los demás? ¿Theodore Corn… e incluso Isobel?

—Incluso Isobel, se lo aseguro —respondió Wall sonriendo—. Yo diría que especialmente Isobel. No sé a ciencia cierta cómo empezó todo, pero al poco tiempo se convirtió en costumbre dar algo a la casa; era como un símbolo de compensación por la hospitalidad de Edith, como una prueba de

gratitud por la belleza del aislamiento de Esswood. Formaba parte de la visita a esta casa el dejar algo relacionado con su obra cuando se marchaban.

—Eso es extraordinario. ¿Quiere usted decir que todas esas personas famosas hacían donación de manuscritos originales y diarios cada vez que venían?

—Cada año. Año tras año. Isobel Standish vino dos veces a Esswood y creo que dejó algunos manuscritos y diarios muy importantes para la biblioteca.

—¿Y estas donaciones eran copias de obras más ampliamente difundidas? No parece…

—Ni debería. Creo que no me equivoco al decir que todas esas donaciones literarias que están en nuestro poder son únicas. Ese material no se puede publicar ni reproducir en parte alguna, excepto si se llega a un acuerdo expreso. Éstas eran las condiciones implícitas.

Standish se sintió como si se hubiera estado chupando el dedo y luego lo hubiera introducido en un enchufe. El lugar era una casa de tesoros. ¡Manuscritos de obras desconocidas de algunos de los más grandes escritores del siglo! ¡Primeros borradores de poesías y novelas famosas! Era como entrar en un almacén lleno de pinturas desconocidas de Matisse, Cezanne y Picasso.

Robert Wall debió entrever en su rostro algo de su entusiasmo porque dijo:

—Sí, ya lo sé. A uno casi le deja sin aliento, ¿verdad? Si es la clase de persona que puede apreciarlo debidamente. Por supuesto, usted ya puede darse cuenta de por qué somos tan cuidadosos cada año al seleccionar a los becarios de Esswood; aquí tienen una gran oportunidad.

—¡Claro! —exclamó Standish—. Por supuesto.

—Me imagino que eso fue también lo que me atrajo a mí, aparte de ser el único hogar que he tenido en mi vida. Fui a la escuela y después a la universidad. Los Seneschal siempre fueron muy generosos cuando tenían la sensación de que se requería generosidad, pero en realidad creo que siempre he sentido una profunda vinculación con Esswood. Así que cuando me gradué en la universidad hice todo lo que estuvo en mi mano para hacerme indispensable, y desde entonces he estado aquí. Me llamaron a filas durante la Segunda Guerra Mundial, como es lógico, pero estaba impaciente por regresar aquí. Me temo que en el fondo siempre fui el hijo del guardabosques. Y me gusta creer que he ayudado a que Esswood se adaptara al mundo moderno sin perder ni un ápice de su pasado.

Wall sonrió a Standish.

—De eso se trata, ya ve. En realidad, el pasado de Esswood aún sigue bastante vivo. Todavía recuerdo una mañana en que paseaba con mi padre más allá del estanque alargado y vi a Edith Seneschal, que me pareció la mujer más adorable del mundo, dirigiéndose hacia mí acompañada de una mujer alta, también muy guapa, y un anciano corpulento y distinguido, y me presentó a Virginia Woolf y a Henry James. Por supuesto que por aquel entonces James ya era muy viejo, y aquélla fue su última visita a Esswood. Se inclinó para estrechar mi mano y admiró mi abrigo. «Cuántos botones lleva usted, joven, me dijo. ¿Se llama usted Botones?» A mí se me trabó la

lengua, no tenía ni idea de qué podía contestarle; simplemente me quedé allí embobado como un idiota que no entiende nada, cosa que a él le complació. Al cabo del tiempo leí todo lo que pude acerca de ellos, de James y Woolf, así como toda su obra; traté de aprender todo lo posible sobre todos nuestros invitados, incluidos los investigadores, por supuesto. Lo considero como una de las tareas esenciales para dirigir Esswood de forma adecuada. Primero investigamos minuciosamente a todo el mundo, y después procuramos conocerlos mucho mejor mientras conviven con nosotros. Nuestro deseo es armonizar totalmente con nuestros invitados. Las cosas no funcionan tan bien como debieran si no hay una sintonía adecuada. Las personas que vienen aquí tienen que amar Esswood.

Standish asintió.

—Pero yo soy un caso extremo. Yo lo amo tanto que nunca me he marchado.

—Es usted un hombre afortunado.

—Coincido con usted. Es mejor no abandonar Esswood jamás.

«No abandonar Esswood jamás.» Standish percibió un mensaje inesperado, una especie de resonancia silenciosa en las últimas palabras de Wall. Incluso la postura de Wall, su cabeza echada hacia atrás y sus dedos envolviendo el vaso, parecían transmitir el aura de un significado no expresado con palabras. Seguidamente Standish comprendió al menos una de las cosas que Wall había querido decir: en el año 1914 él tenía unos diez años, y por consiguiente ahora debería tener unos ochenta. El hombre aparentaba alrededor de los cincuenta.

—Esswood le ha hecho mucho bien —comentó Standish.

Wall sonrió despacio y asintió para dar a entender que estaba de acuerdo.

—Esswood y yo tratamos de hacernos bien mutuamente. Yo creo que a usted también le hará bien, señor Standish. Todos nos alegramos mucho cuando recibimos su solicitud. Hasta entonces parecía como si este año no fuéramos a tener aquí a un becario Esswood.

—No creo que haya sido el único candidato…

—No, hemos recibido el número habitual de solicitudes.

Standish alzó las cejas con curiosidad, y Wall condescendió en contestarle.

—Más de seiscientas, seiscientas treinta y nueve solicitudes para ser exactos.

—¿Y la mía fue la única que consideraron?

—Bueno, usted tuvo algún oponente —replicó Wall—. Siempre se deja que transcurra un período de varios meses hasta que se toma la decisión final. Desde luego somos algo más cuidadosos de lo normal. —Sonrió con naturalidad; no tenía en absoluto el aspecto del hijo de un guardabosques—. Si ya ha terminado, podríamos echar un vistazo a la biblioteca. Luego le dejaré solo para que se tome el descanso que estoy seguro necesita. A menos que quiera preguntarme algo.

Standish bajó la vista hacia su plato. La mayor parte de la maravillosa comida parecía haberse esfumado.

—Me pregunto cuándo tendré la oportunidad de conocer a los Seneschal.

Wall se levantó.

—No gozan de buena salud.

—La mujer que me recibió me dijo que la señora Seneschal…

Wall le conminó con una mirada a no seguir hablando.

—Vamos a probar esa puerta conflictiva, ¿de acuerdo?

Standish se levantó. Por un momento sintió que la cabeza le daba vueltas y tuvo que apoyarse en el respaldo de su silla. Algunas de las palabras que había pronunciado Robert Wall se habían desvanecido como todo lo demás hasta convertirse en una pelusa gris. Luego se le aclaró la mente y recuperó la visión.

—¿Me decía?

—¿Se encuentra bien?

—Ha sido un lapsus. No he captado lo que usted me ha dicho. Lo siento.

Wall abrió la puerta que Standish había franqueado para entrar en el comedor.

—Todo lo que dije es que usted debe de haber entendido mal a esa misteriosa persona. No existe ninguna señora Seneschal.

Standish se colocó junto a Wall y pudo apreciar de cerca las profundas arrugas de su rostro, que parecían cicatrices.

—Es la señorita Seneschal. Ella y el señor Seneschal son hermanos. Son los dos hijos supervivientes de Edith.

—Oh, estaba seguro…

—Una equivocación comprensible en un hombre fatigado.

Wall señaló con la mano hacia el largo pasillo enlosado.

—A diferencia de la mayoría de nuestros huéspedes en su primera noche, usted ya conoce muy bien este camino. —Wall tomó el camino que Standish había seguido antes—. Otra prueba más de nuestro buen criterio al haberle seleccionado.

Caminaron unos cuantos pasos, y Wall se movía como si fuera un hombre joven y en buena forma.

—Usted está casado, ¿no es verdad, señor Standish?

Giraron a la derecha al llegar a la estatua de la mujer que se echaba hacia atrás.

—Efectivamente.

—¿Tiene hijos?

—Todavía no —contestó Standish, sintiendo un estremecimiento en la piel. Apartó de su mente la visión de una ventana iluminada en un apartamento de una casa de Popham, con una persiana bajada, tras la que una esposa infiel y un amigo infiel yacían abrazados en la cama.

—Jean está embarazada… el bebé nacerá dentro de dos meses.

—Así que será mejor que le devolvamos sano y salvo a casa antes de esa fecha, ¿no?

Standish asintió con un gesto vago.

Giraron otra vez a la derecha dejando atrás la estatua del muchacho que estaba de puntillas.

—En cualquier caso, usted ha hecho todo este viaje para ver esto. Intentemos abrir esta puerta enigmática.

Se hallaban de pie delante de la puerta de madera alta y estrecha. El

rostro de Wall era una sombra bajo su hermoso cabello gris. Totalmente en contra su voluntad, Standish vio a Jean echándose en los brazos de Wall, restregando con fiereza su rostro contra el pecho de él. A menudo Jean perdía el control con los hombres apuestos.

—Parece que no hay ningún problema. —Wall volvió su rostro sombrío hacia Standish—. Quizás usted intentó girar el pomo en sentido contrario.

El no había girado el pomo en sentido contrario. Por un instante fue como si Jean, o su sombra, hubiera sido testigo de su humillación, y Standish notó que una sofocación feroz se apoderaba de su rostro.

Wall entró y encendió un interruptor. Una luz cálida y brillante se extendió por el umbral de la puerta.

—Entre, señor Standish.

Standish le siguió al interior de una habitación enorme que en principio parecía contener una cantidad de libros decepcionante-mente pequeña. La mayor parte de la habitación era un gran espacio vacío. Brillantes columnas corintias blancas con hojas de oro en la parte superior y en la base de las mismas se alzaban ante los huecos llenos de hileras de libros. Los libros se extendían en la biblioteca bajo murales clásicos. Casi al instante se dio cuenta de que allí había miles y miles de libros, libros colocados en estanterías alrededor del imponente salón, libros que casi alcanzaban las bóvedas de cañón del techo tan decorado como una pieza de porcelana de Wedgwood, libros y cajas de manuscritos que ocupaban cada una de las cavidades de la enorme sala. A lo largo de las paredes, a intervalos, había sillas y sillones tapizados en felpa roja con brazos dorados, y frente a un escritorio de madera situado en el centro del salón se alzaba una silla maciza sobre la roseta central de una enorme alfombra oriental de color melocotón. Sobre la repisa de mármol de la chimenea situada al lado izquierdo de la biblioteca había un retrato de grandes dimensiones de un caballero con peluca blanca, vestido a la usanza del siglo XVIII, levantando la vista de un infolio apoyado sobre el escritorio de la biblioteca. Las paredes de la biblioteca y la sección del techo alto abovedado que no estaban cubiertas con palmeritas, vainas, arabescos y volutas de yeso, estaban pintadas de un color frío casi comestible entre verde y gris, que parecía brillar desde su interior. Toda la biblioteca estaba inundada por una luz intensa procedente de una fuente invisible. Standish había pasado mucho tiempo de su vida en las bibliotecas, pero nunca había visto ninguna como aquélla. Se preguntaba si realmente podría andar por aquel salón, pues le parecía demasiado exquisito para utilizarlo, como un juguete delicado con mecanismo de relojería o un huevo de Fabergé.

—Está bastante bien, ¿no? —Robert Wall estaba apoyado contra uno de los pilares y tenía los brazos cruzados sobre el pecho—. Es un salón de Robert Adam, por supuesto. Creemos que es una de sus mejores obras.

—¿De qué están hechas esas columnas? Me pareció que estaban pintadas pero…

—De alabastro. Es asombroso, ¿verdad? Tan buenas como las que pueda encontrar en Saltram House. Parecen recién pintadas hasta que se ven esas venas delicadas en la piedra. —Su rostro ambiguo reflejaba plenamente lo que Standish sentía en aquel momento.

Wall se inclinó hacia adelante y se irguió.

—Ahora tendré que acompañarle hasta la entrada principal y enseñarle la escalera. Es un poco tarde para merodear por el pasillo de los criados. Aunque me atrevería a decir que antiguamente el pasillo de los criados fue testigo de muchos movimientos subrepticios.

Standish sonrió antes de comprender lo que Wall quería decir. Wall lo condujo a través de un arco que se apoyaba en dos columnas de alabastro, y seguidamente por un par de puertas decoradas de madera tallada para luego entrar en otra amplia habitación de techo alto, que en comparación con la biblioteca parecía fría como un museo.

Ante ellos, al otro lado de una extensa alfombra de color oscuro y a través de una doble fila de sillas tiesas como soldados, había otro par de puertas talladas.

—Desde aquí se puede acceder al comedor —explicó Wall señalando las puertas que se veían a lo lejos—. Y la escalera principal que conduce hasta la Galería Interior y la Suite de la Fuente se halla justo enfrente de usted. Hasta mañana entonces. Mañana nos ocuparemos de su coche. No se preocupe por él.

Empezaron a atravesar la habitación dejando atrás las sillas marciales.

—No puedo por menos de preguntarme qué pasará con este lugar cuando mueran los hijos de Edith. ¿Quién heredera esto?

—Me temo que no existe una respuesta adecuada.

—¿Eso qué significa? ¿Que usted no me lo puede decir?

En lugar de responder, Wall abrió la puerta situada en el extremo de aquella habitación poco acogedora y esperó que Standish la cruzara. Por unos momentos, a Standish le recordó al propietario de Los Duelistas.

—Lo siento si mi pregunta ha sido impertinente.

—Y yo lo siento si no le ha gustado mi respuesta. Pero si usted desea saber alguna otra cosa, pregunte. Le dejo que me haga tres preguntas.

—Bueno, tengo mucha curiosidad por Isobel. Lo que quiero decir es que tengo entendido que murió aquí, y siempre me he imaginado que padecía alguna enfermedad. ¿Se acuerda usted de algo de eso?

Wall continuó aguantando la puerta y dirigió una mirada a Standish. La expresión de su rostro no había cambiado lo más mínimo.

—¿Tuvo la gripe?

—¿Es ésta su segunda pregunta?

—Bueno, sé que por aquel entonces hubo una epidemia de gripe... ¿Recuerda usted a Isobel? Nunca he visto ni un solo retrato de ella.

—Ésta es su tercera pregunta. Naturalmente que me acuerdo de Isobel. Su muerte significó una gran pérdida para todos nosotros. Todos la queríamos mucho. —Dejó que Standish cruzara la puerta y lo siguió hacia el gran vestíbulo—. Murió al dar a luz, para contestar a su verdadera pregunta. Me sorprende bastante que usted no lo supiera.

—Ni siquiera sabía que ella hubiera tenido un hijo —replicó Standish.

—Su hijo también murió. —Wall le sonrió y empezó a alejarse—. Ya sabe cómo regresar a la Suite de la Fuente, ¿no es así?

Cuando Standish llegó a lo alto de la amplia escalera se volvió para mirar a Robert Wall, pero todo el primer piso de Esswood se hallaba sumido en una profunda oscuridad. Oyó una carcajada femenina que procedía de debajo de donde él se hallaba y que parecía como si hubiera ascendido por la

escalera como el humo.

Una vez en el dormitorio se desnudó. Las sábanas estaban deliciosamente frescas y el colchón tan duro como a él le gustaba. Oyó los chasquidos de las luces al apagarse en la galería interior. A lo lejos se oyó una puerta que se cerraba con cuidado.

5

Standish y otros hombres se hallaban cautivos en una amplia cabaña vacía con suelo entarimado y paredes toscas de madera. Guardias armados que vestían uniforme marrón remoloneaban apoyados en las paredes, mientras vigilaban despreocupadamente a los presos y hablaban entre ellos en voz baja e ininteligible. En un extremo de la enorme habitación de madera había una plataforma, y encima de ella un escritorio tras el que estaba sentado un hombre de pelo gris casi rapado. Había varias pilas de papeles encima del escritorio, y el hombre iba examinando los papeles uno por uno antes de transferirlos de uno a otro montón. Llevaba un traje gris holgado y una corbata ancha floreada, y las puntas del cuello de su camisa estaban dobladas hacia arriba. Al igual que los guardias uniformados, parecía aburrido. Los rostros de todos los hombres, tanto los de los guardias como el del funcionario situado detrás del escritorio, eran anchos, carnosos, masculinos, endurecidos por el alcohol y familiarizados con la brutalidad y la muerte. A través de las ventanas que habían en los laterales del edificio, Standish vio que la nieve caía uniformemente sobre un paisaje blanco. A intervalos regulares, un hombre que sostenía un rifle y que iba envuelto en un abrigo grueso oscuro y un gorro de pieles pasaba frente a las ventanas luchando por mantener bajo control a dos perros que tiraban con fuerza de sus cadenas. Todos aquellos hombres se encontraban a gusto con el frío y la nieve incesante. Se encontraban a gusto con todo lo que hacían. Reinaba una atmósfera de paz burocrática y tranquila.

Temeroso, Standish se hallaba de pie en el centro de la habitación con los otros prisioneros. Todos excepto él llevaban prendas de lana de un color indefinido que parecían pijamas. Standish sabía que en su momento también a él le despojarían de su chaqueta, camisa, corbata, pantalones y zapatos, y lo vestirían con el pijama de lana. No había posibilidad alguna de huir. Aunque consiguiera salir al exterior y escaparse de los guardias y los perros, se moriría de frío.

Sus compañeros tenían los hombros encorvados, las cabezas rapadas, los rostros ensombrecidos. Se habían resignado a morir; en cierto sentido ya estaban muertos pues no existía nada que pudiera hacerlos reaccionar ni producirles impacto. Nada podía sacarlos de su apatía.

Standish nunca en su vida había tenido tanto miedo como en aquel momento.

El hombre del escritorio seleccionaba el orden en que Standish y sus compañeros iban a ser ejecutados. No había ninguna posibilidad de conseguir el indulto. Más pronto o más tarde aquella aburrida máquina de

exterminio los iba a eliminar uno a uno. En eso no había nada personal. Era pura rutina, una cuestión de trasladar los papeles de un montón al otro.

El hombre del escritorio miró hacia arriba y pronunció un monosílabo. Uno de los guardias se irguió, se dirigió hacia el grupo de presos y agarró a un hombre por el codo. El preso se levantó y se dejó empujar hacia la puerta. Nadie salvo Standish observaba la escena. El guardia abrió la puerta y casi con delicadeza entregó el preso a un hombre que vestía abrigo oscuro y gorro de pieles. Este segundo guardia empujó al preso hasta la nieve y la puerta se cerró. Standish sabía que el preso iba a ser decapitado. En alguna parte, fuera de su campo visual, había un tajo de madera y un cesto que recogía las cabezas cortadas.

Miró hacia la puerta y tuvo la seguridad de que alguno de los guardias le dispararía si se atrevía a tocar el pomo de la puerta.

Standish dio unos pasos por el centro de la habitación bajo la mirada atenta de los guardias. Algunos presos también andaban por la habitación sin rumbo fijo, y Standish evitaba mirarlos a la cara. Algunos estaban sentados en el suelo, con las espaldas arqueadas, acurrucados en el entarimado como si durmieran, con el rostro oculto entre las manos. Standish no quería verles la cara. Si ves una de las caras…

… la verás después rodando por el tajo, con los ojos y la boca abiertos, el cerebro todavía consciente, todavía recordando y reaccionando ante la conmoción, el conocimiento terrible…

Standish se preguntaba si no estaría soñando. De algún modo se había aventurado a entrar en aquel país malvado, lo habían capturado, condenado a muerte y transportado a aquel lugar penitenciario junto a aquellos hombres degradados. Miraba con desesperación a su alrededor, y los dos guardias más cercanos le vigilaban estrechamente. Standish hizo un esfuerzo para dirigirse lentamente hacia una de las paredes de la cabaña. Apoyó la mano sobre la fría pared. Una corriente de aire incesante se filtraba en la habitación a través de las brechas abiertas entre las tablas de madera.

El funcionario pronunció otro nombre, y en aquel sonido borroso Standish entendió *st* y *sh.* Se le heló la sangre en las venas. Un vigilante lánguido se alejó lentamente de la pared y se dirigió hacia él. Standish era incapaz de moverse. El guardia avanzaba mirándolo con ojos inexpresivos. Standish abrió la boca y vio que no podía articular palabra. Observó poros negros sobre el pétreo rostro del guardia, y una cicatriz blanca y larga, arrugada como un beso vertical, que iba desde su ojo derecho hasta la mitad de la mejilla.

El guardia pasó por delante de Standish sin hacerle caso y agarró del brazo a un hombre en pijama situado precisamente detrás de él. El guardia empujó bruscamente al hombre hacia la puerta. Cuando pasaron ante Standish, el preso alzó la cabeza y lo miró directamente a la cara. Sus ojos eran negros y fríos como piedras. Standish retrocedió un paso, y el guardia dio un empujón al preso.

Standish se volvió de espaldas y vio un bebé tumbado sobre una manta doblada encima de una mesita situada contra la pared opuesta. El bebé movió espasmódicamente las manos hacia la cara y luego se quedó petrificado. Las manos del bebé cayeron a los lados tan despacio como si estuviera debajo del agua. El bebé, con la cara enrojecida, sólo tenía unos

pocos días. Estaba vestido con ropas burdas de bebé, del mismo material que los pijamas de los presos. Parecía tener dificultades para respirar. Standish dio un paso hacia adelante y los brazos del bebé se dirigieron espasmódicamente hacia su cabeza. Los ojos del bebé estaban cubiertos por almohadillas de carne hinchada.

Uno de los guardias gritó a Standish, el cual se detuvo y señaló al bebé.

—Quiero cogerlo. ¿Qué puede haber de malo en ello?

El hombre situado detrás del escritorio colocó cuidadosamente el papel que tenía en la mano en un espacio neutral sobre su escritorio y pronunció unos pocos monosílabos. El soldado bajó el rifle y retrocedió hasta la pared. Standish tragó saliva.

El funcionario volvió la cabeza y miró a Standish. Sus ojos tenían el color del agua de lluvia dentro un barril.

—Ése no es su bebé —explicó el funcionario en voz baja y con tono duro—. ¿Cómo puedo hacérselo entender? Ese bebé no es su bebé.

Y entonces Standish comprendió que lo había perdido todo. Iba a ser decapitado en aquel país horrible, y el bebé que se estaba ahogando sobre la mesa no era su bebé. Sus venas se llenaron de vapor negro. Gimió, al final de su vida, y se despertó en un dormitorio soleado de Esswood.

6

—Me he equivocado otra vez —comentó Robert Wall, media hora más tarde.

Con dos lápices, un bloc y su ejemplar de *Crack, Whack, and Wheel* en la mano, Standish cerró la puerta del pasillo de los criados y se acercó a la mesa, dispuesta para dos personas. Los platos estaban cubiertos por dos tapaderas de oro en forma de cúpula con asas.

—Sin duda alguna es usted un individuo que prefiere las carreteras menos transitadas, señor Standish.

—Supongo que sí —confesó Standish.

—También lo evidencian sus gustos literarios. Vamos a ver qué se esconde debajo de estas tapaderas, ¿de acuerdo?

Levantaron las tapaderas de oro. En el plato de Standish había un pescado seco con ojos saltones.

—Ah, arenques ahumados —comentó Wall—. Es usted un hombre afortunado, señor Standish. Últimamente andamos un poco escasos de servicio (precisamente dentro de una hora salgo para Sleaford para entrevistar a unos posibles criados), y uno nunca está seguro de lo que le van a servir para desayunar. La semana pasada me dieron gachas de avenas durante cuatro días seguidos.

Standish esperó hasta que Wall hubo separado un trozo del arenque, a la vez que dejaba al descubierto una serie de espinitas limpias parecidas a las tablillas de una marimba, y se lo hubo metido en la boca. Cuando trató de hacer lo mismo, sintió que unas espinas puntiagudas acuchillaban su boca y el interior de sus mejillas. El pescado sabía a lodo quemado. Lo

masticó, trató de tragárselo con aire taciturno, pero no pudo. Su garganta se negaba a aceptar la horrible bola alimenticia que le enviaba la boca. Standish se puso la servilleta hasta la altura de la boca y escupió aquella masa llena de espinas.

—Y ahora... —comenzó Wall levantando la tapadera de una bandeja situada entre los dos hombres. Standish rezaba para que allí dentro hubiera comida de verdad: huevos revueltos, tostadas, tocino—. Esto sí que es buena suerte —exclamó Wall, destapando la bandeja y dejando al descubierto una pasta medio líquida de color blanco amarillento—. Es Kedgeree. —Empezó a servirse con entusiasmo en su plato—. Ésta es una mañana acuática. Sírvase usted mismo.

—¿Sabe usted si hay tostadas por aquí? —preguntó Standish.

—Junto a su plato. —Wall le dirigió una mirada de sorpresa—. Debajo de la tapadera de las tostadas.

Standish ni siquiera había visto la segunda tapadera de oro, más alargada, que estaba cerca de su plato. La levantó y descubrió una hilera doble de tostadas marrones colocadas en una rejilla de metal. Entre las hileras de tostadas había un frasco de mermelada de naranja amarga y otro de algo que parecía confitura de fresa, cada uno con una cuchara de oro. Standish se puso una cucharadita de mermelada en uno de los bordes de la tostada.

—¿Le pasa algo a su arenque?

—No, está estupendo, delicioso —respondió Standish.

—Espero que haya pasado bien la noche.

—Sí, muy bien.

—¿Ha dormido bien? ¿Ninguna molestia?

—En absoluto.

—Estupendo. —Wall hizo una pausa y Standish, que estaba tratando de untar confitura sobre el borde de otra tostada triangular, levantó la vista—. Hay una cosa que quisiera comentar con usted. No tiene mucha importancia, estoy seguro; sin embargo no se lo quise plantear ayer por la noche.

—Ya. —Standish sostenía la cuchara de la confitura en una mano y la tostada triangular en la otra.

—Parece que hay confusión acerca de las circunstancias por las que usted abandonó su primera plaza como profesor. En la Universidad de Popham, ¿verdad?

Standish lo miró con una excelente imitación de asombro.

—¿Confusión?

Después de un momento bajó la vista hacia lo que tenía en las manos, y con aire pensativo untó la tostada con confitura.

—Realmente no se trata de nada que deba preocuparle, señor Standish, porque si así fuera usted no estaría hoy aquí. Sin embargo... bueno, no creo que esté traicionando ninguna confidencia si le digo que hemos oído insinuaciones sobre algún tipo de conflicto, aunque nada que nos pudiera parecer excesivamente preocupante.

—Popham era una universidad pequeña —respondió Standish. Sus axilas se habían humedecido—. Una universidad pequeña es como una ciudad pequeña. Especialmente el departamento de inglés de una

universidad pequeña. Por allí circulan unos chismes increíbles. De hecho, cuando yo llegué allí, la gente todavía comentaba algo que había ocurrido treinta años atrás entre una estudiante y su profesor de inglés, un hombre llamado Chester…

—Ya veo —contestó Wall sonriéndole.

—Lo que ocurrió fue realmente muy sencillo.

Cerró los ojos y recordó que Jean había forcejeado en los peldaños de una casita de Iola, la ciudad algo mayor y más próxima a Popham, que se había rendido cuando la enfermera, que no era una enfermera, abrió la puerta, que la pureza de su odio le había ayudado a pasar unos días en los que la tristeza o el amor lo habrían matado.

—Vi las cosas con claridad —prosiguió Standish tras aclararse la garganta—. Con un poco más de claridad que la mayoría de la gente de la universidad. Era obvio que la mayor parte del personal de mi departamento tenía algo contra mí. Un hombre en particular, un falso amigo, se comportó de un modo imperdonable. Se podría utilizar el término traición. No ocurrió nada desagradable, desde luego… —No —replicó Wall.

—… pero hubo algo que se fue haciendo cada vez más evidente, y es que Popham y William Standish no estaban hechos el uno para el otro.

—¿Tenían celos de usted?

—Exacto. Después de un tiempo, todos nos dimos cuenta de que yo sería más feliz en cualquier otro sitio. Creo que todavía estoy tratando de encontrar el lugar adecuado para mí. Zenith está muy bien, pero no puedo pasar allí el resto de mi vida.

Wall parecía estar avergonzado de haber planteado la cuestión. —Sí, ya comprendo —contestó, separando con destreza la carne del pescado ahumado de aquellas espinas puntiagudas que parecían estacas. Durante un rato los dos hombres comieron en silencio. Cuando Standish alzó la vista y sorprendió a Wall observándolo, éste bajó rápidamente la mirada—. Bueno —dijo Wall—, realmente no tiene demasiada importancia.

—No comprendo por qué habría de tenerla. Standish sintió una ráfaga acalorada de impaciencia, y también de recuerdos. Estaba en una calle estival envuelto en una gabardina Burberry y un sombrero, vigilando una ventana con las persianas cerradas, en el que fue el peor día de su vida.

—Podría explicarle muchas más cosas, ya sabe, pero no creo… —Ni yo tampoco —se apresuró a decir Wall, y los dos hombres terminaron su desayuno en un silencio que Standish atribuyó al tacto de aquel hombre.

—Así que hoy es su primer día de trabajo… —comentó Wall cuando se hubieron levantado de la mesa.

Recorrieron las amplias habitaciones caminando uno junto al otro.

Wall abrió las puertas de la biblioteca y durante un momento permanecieron en la entrada sin pronunciar palabra. A semejanza del dormitorio de Standish, la biblioteca estaba inundada de luz matinal. La luminosidad y el esplendor de los bordes dorados de las columnas y los muebles parecían tremendamente frescos a la luz del sol, y la gran alfombra resplandecía. Standish exhaló un suspiro.

—Lo sé —comentó Wall—. Yo siento lo mismo cada vez que la veo.

A través de una ventana situada entre las estanterías en el extremo más apartado de la biblioteca, Standish podía ver las terrazas de Esswood

desvanecerse en una distancia verde nebulosa. Grupos de árboles, que podrían haber sido pintados por Constable, se inclinaban hacia el estanque situado al pie de las terrazas. Todas las cosas, la hierba, los árboles y el estanque parecían como recién nacidas. Las aspas de un molino de viento giraban lentamente en la cima de una colina lejana.

—Hasta ahora nadie se había tomado en serio la obra de Isobel —dijo Wall—. Usted está convencido de que era una poetisa de primera categoría, ¿no es así? Ella fue algo más que una invitada corriente, ¿sabe?

Standish giró el rostro hacia aquel hombre más alto que él, y éste se apartó hacia un lado.

—Quizá no sea el momento adecuado para hablar de esto —añadió Wall—. Permítame que le muestre el lugar donde se guarda el material de Isobel Standish.

Standish se sorprendió al darse cuenta del enorme deseo que tenía de quedarse a solas. Wall lo había insultado dos veces, de una forma disimulada y con la ironía propia de los buenos modales ingleses.

—Está en el primer hueco, todo recto y a la derecha.

Vaciló, como si la repentina indiferencia de Standish le hubiera desconcertado. En su rostro se podía leer claramente una mirada ávida.

—Bueno, supongo que no me queda más que desearle buena suerte en su investigación.

Standish le dio las gracias.

—Entonces le dejo con su trabajo.

—Estupendo, de acuerdo.

Wall pareció optar por no decir algo que se le había ocurrido. Hizo un gesto con la cabeza y se alejó con deliberada lentitud.

Standish dio una vuelta por todo el amplio salón, tratando de familiarizarse con la biblioteca en conjunto. Echó una ojeada al interior de los huecos, pero no abandonó la nave central hasta que le pareció haber comprendido cómo estaba organizado todo aquello.

Los Seneschal habían fundamentado su biblioteca casi en capas geológicas. Al parecer, la primera acumulación importante de libros se inició en el siglo XVII, con una acusada preponderancia por la religión. Estantería tras estantería se había llenado con libros de teología, los escritos patrísticos en gruesos infolios con cubiertas de cuero, comentarios griegos y latinos, e historias de la Iglesia. Había dos estanterías llenas de volúmenes encuadernados de sermones. En el siglo XVIII la colección se orientó hacia la política, la geografía y la historia natural. Los únicos detalles de interés literario entre los volúmenes relativos a la Flora de las Antípodas y los Documentos Parlamentarios eran colecciones completas de *The Spectator,* Johnson y Boswell, así como varias ediciones de Shakespeare, Marlowe y otros dramaturgos isabelinos. En el siglo XIX la biblioteca de Esswood creció hasta duplicar su tamaño, y por primera vez se concentró primordialmente en la literatura. Standish pasó ociosamente frente a libros de Dickens, desde *Cuentos de Boz* a *El misterio de Edwin Drood* en los cuadernos por entregas en los que se habían publicado algunos de ellos, en volúmenes individuales y en colecciones encuadernadas; pasó ante colecciones enteras de Trollope, Thackeray, Wilkie Collins, Cardenal Newman, Tennyson, Keats, Shelley, Matthew Arnold, Browning, la señora Gaskell y las hermanas Brontë; pasó

ante hileras de archivos de *The Cornhill* encuadernados en piel marrón; Swinburne, Dowson y Osear Wilde; y Henry James... una cantidad asombrosa de material de Henry James que llevó a Standish a la colección del siglo XX.

Edith Seneschal asumió la dirección de la biblioteca hacia la época de *Los embajadores,* supuso Standish, y continuó dirigiéndola hasta unos años después de la publicación de *Tierra baldía* y *Ulises.* Todo lo que se escribió entretanto, obras de georgianos, eduardianos, vorticistas, imaginistas, futuristas, poetas de la Guerra y modernistas, en pequeñas revistas, pliegos sueltos, panfletos, libritos de coplas que se vendían en las calles, toda clase de publicación posible, estaba allí representado como sólo un coleccionista apasionado podría apreciar. Los aproximadamente treinta y cinco años que duró el reinado de Edith ocupaban tanto espacio en las estanterías como todo el conjunto del siglo XIX. Después la colección empezó a menguar y se redujo prácticamente a unas pocas novelas seleccionadas casi al azar; en las últimas estanterías de la biblioteca, con un aspecto demasiado contemporáneo y casi fuera de lugar, había libros escritos por Auden, Spender, MacNeice, Isherwood, E. F. Benson, P. G. Wodehouse, Waugh, Kingsley Amis. Los últimos libros, colocados allí casi sin cuidado alguno, eran *Lunch Poems, The Tennis Court Oath* y *Anglo-Saxon Altitudes.* Los hijos de Edith Seneschal nunca intentaron realmente engrosar la biblioteca de Esswood en la forma en que lo hicieron sus antepasados.

Standish sintió un anhelo puro y sencillo de ser como Robert Wall. Deseaba quedarse a vivir en aquel lugar, sin las trabas de ningún otro vínculo, para siempre.

Quizá podría llegar a convertirse en Robert Wall. Alguien tendría que ocuparse de la biblioteca después de la muerte de Robert Wall. ¿Por qué no un joven erudito norteamericano versado en la materia?

Robert Wall tenía el nombre adecuado: era un muro*. Standish se acercó a la ventana y dirigió su mirada más allá del estanque y hacia los campos. El sol se hallaba más alto. Todo lo que se alzaba frente a Standish estaba inmerso en el calor y bañado en una energía que se acumulaba relajada y silenciosa. Una mujer con un vestido largo verde claro estaba de pie debajo de las terrazas situadas en el extremo más lejano del estanque alargado. Posiblemente la mujer acababa de salir de entre los árboles. Su rostro era una mancha blanca. Standish notó tensión en su gesto y en la posición de sus piernas, y se dio cuenta de que estaba enfadada o afligida. La mujer se volvió de espaldas a la casa e inició un paseo a lo largo del estanque. Un momento después había desaparecido de su vista debajo de la última terraza.

Standish se inclinó hacia adelante y tocó el cristal con la frente. La mujer no volvió a aparecer. Supuso que debía de ser la anciana señorita Seneschal.

Se alejó de la ventana y pasó entre las dos columnas en dirección al primer hueco.

Se trataba de una amplia cavidad atestada de estanterías repletas de libros a ambos lados. El techo abovedado del hueco estaba decorado con motivos de pinas, candeleros y volutas de yeso. Una luz suave inundaba la cavidad e iluminaba el lomo curvado de cajas marrones, verdes y amarillas,

hechas de cartón grueso y cuero. Cada una de las cajas llevaba impreso en oro un único nombre.

Por un momento Standish sintió casi reverencia.

Los nombres se alzaban como estatuillas de oro ante el material oculto en las cajas. Todo estaba vivo en las cajas, porque nunca se había sacado de allí para que se secara y endureciera con el aire: lo que las cajas contenían estaba vivo porque era secreto.

Durante un segundo vio la figura sombría de Wall inclinada sobre una de las cajas abiertas, con el rostro goteando sangre.

Luego, al final de la tercera estantería a mano derecha de la cavidad, vio su propio nombre impreso sobre tres de los gruesos archivadores. Se dirigió hacia las

* *Wall,* en inglés significa «muro». *(N. del T.)*

cajas donde figuraba el nombre «Standish» y tocó la primera. Estaba hecha de cartón duro con bordes verde oscuro.

Standish extrajo de la estantería la caja, que pesaba tanto como si estuviera llena de ladrillos.

Seguidamente la colocó encima del escritorio situado en el centro de la biblioteca. Se sentó en la silla, inclinó la cabeza y levantó la vista. En el panel central de la bóveda, rodeado de un adorno ovalado de yeso blanco, un dios barbudo y severo emergía de una tempestad intensa y apuntaba a Standish con el índice. Standish tragó saliva.

Se inclinó hacia adelante y abrió el cerrojo de la caja. Inmediatamente se esparcieron por el escritorio hojas de papel sueltas. La escritura pequeña, impenetrable y negra de Isobel cubría las páginas. El corazón de Standish empezó a latir con fuerza. Sus manos temblorosas hicieron salir otra cascada de papeles de la caja.

Standish examinó una página densa. Se habían tachado muchas palabras y líneas, y cada centímetro de los márgenes se hallaban cubierto de notas y aclaraciones. A Standish le pareció muy similar a una página del manuscrito de una novela. En el margen de la derecha, rodeado de palabras garabateadas, figuraba el número 142. Standish descifró finalmente los vocablos: «yo», «proyecto», «imposible». Otro conjunto de garabatos resultó encerrar la palabra «inmortalidad».

Durante un momento, Standish sintió como si una mano invisible hubiera agarrado su corazón y lo hubiera estrujado de una forma suave pero perceptible.

«Es cruel», leyó al final de la página. Las palabras que seguían se hicieron legibles. «Es cruel este pacto que hacemos con la Tierra. Demasiado cruel, pero ¿no son crueles la eternidad, la inmortalidad y el arte? Una vez que te han elegido, no puedes negarte.» Luego la escritura volvía a convertirse en jeroglíficos y garabatos.

Gruñendo y con gran esfuerzo, levantó del escritorio aquella caja que pasaría unos treinta kilos, y la depositó en el suelo. Introdujo la mano en ella y extrajo un grueso fajo de papeles.

La caja contenía unas ochocientas páginas sueltas y una carpeta de

papel manila. Standish sacó la carpeta y la abrió. La primera página llevaba las iniciales D. P. Debajo de ellas, Isobel había escrito sus propias iniciales. La siguiente página tenía el número 65 y no era más legible que las otras de la caja repletas de garabatos.

Standish estuvo poniendo los papeles en orden hasta que su estómago protestó. La luz de la tarde inundaba la biblioteca. Consultó el reloj y comprobó que eran casi las dos. Volvía a estar hambriento. Muestras de la escritura diminuta y tupida de Isobel yacían desparramadas por todo el escritorio como si se tratara de fragmentos de una gran frase caída del cielo, quizá la había dejado caer el dios irritado; con su ceño y el dedo que le apuntaba, le estaba ordenando que volviera a poner todo en su lugar.

En el comedor, una tapadera de oro mantenía caliente un plato de oro. A un lado del plato se habían colocado cubiertos de oro. Había una botella de vino en una cubitera de oro llena de agua fría en la que flotaban trocitos de hielo. Las criadas invisibles de Esswood le habían declarado un bebedor de vino. Standish sacó del cubo la mitad de la botella, que chorreaba agua. Un Puligny Montrachet de 1972. Con toda seguridad se trataba de un vino de primera. Alzó la tapadera del plato y debajo encontró, tan fragantes como la noche anterior, unas rodajas de solomillo de ternera con salsa de colmenillas.

Standish se sentó y vio una nota debajo del vaso de vino.

Señor Standish, es posible que esté fuera de Esswood más tiempo del que había previsto. Si precisa de alguna cosa durante mi ausencia, deje una nota fuera de la biblioteca indicando lo que necesita. Otros huéspedes han opinado que este método les permite trabajar sin que nadie les moleste.

El almuerzo se servirá aproximadamente a la una y la cena, por lo general, alrededor de las ocho.

Hasta la vuelta,

R. W.

Después de comer, Standish volvió por «su» pasillo a la biblioteca y se situó nuevamente en el escritorio. Se sentía pesado y torpe, pero la sensación de entumecimiento era agradable. Instintivamente escribió en una hoja de bloc: «Una caja de clips para papel, tres bolígrafos, tres carpetas de papel manila, tres cuadernos de notas.» Arrancó la hoja escrita y la llevó a la entrada a través de las columnas de alabastro. Abrió la puerta y colocó la larga hoja de papel amarillo encima de la alfombra.

De regreso a su escritorio abrió la carpeta y hojeó rápidamente cuarenta o cincuenta páginas de D. P. Los números no eran correlativos, y algunas páginas ni siquiera estaban numeradas. Standish bostezó y después se sorprendió a sí mismo al echarse un sonoro pedo. El Seneschal del siglo XVIII le miró con el ceño fruncido; el dios dispéptico lanzó un rayo y Standish se quedó dormido en un instante.

Un rato después se despertó con martilleo en la cabeza y dolor en la vejiga. La boca le sabía a cloaca. Se levantó con paso inseguro, y la pila de

papeles de la carpeta se escapó de su regazo y cayó al suelo. Se agachó malhumorado para recoger los papeles y meterlos de nuevo dentro de la carpeta. Se levantó y se alejó del escritorio. Ahora podía ver claramente la ventana. Las sombras de los árboles nudosos se inclinaban hacia los campos. Su reloj señalaba las cuatro y media. Entonces se produjo un movimiento cerca de los árboles, y Standish se olvidó de su vejiga el tiempo suficiente para acercarse a la ventana. Una mujer ataviada con un sombrero muy ajustado y un vestido largo y claro salió de entre los árboles cercanos al estanque alargado. Alrededor de la mujer, los setos y los campos chisporroteaban con la misma energía explosiva e irracional que él había experimentado anteriormente. La mujer avanzó un paso; luego vaciló y se dio la vuelta. Parecía como si estuviera discutiendo con alguien que permanecía oculto entre los árboles. Alzó la vista hacia la ventana donde se encontraba Standish, y éste retrocedió incluso antes de darse cuenta de que estaba muy asustado. Todavía con la carpeta en la mano, se metió en el pasillo de los sirvientes.

La espesa telaraña que había roto durante su primera noche se agitó al pasar. Al final Standish irrumpió en su habitación, resoplando por el esfuerzo y desabrochándose el cinturón. Entró en el váter justo a tiempo. Se inclinó jadeante hacia atrás y vio la carpeta sobre el estante situado detrás de la bañera, donde él la había dejado. La recogió y la abrió.

«D. P.», pensó. Arrancó papel higiénico del rollo.

El Despertar del Poeta.

Eso era todo. Standish tuvo la sensación de haber oído aquella frase en la propia voz de Isobel. Ella había escrito una narración de sus experiencias en Esswood y la había donado, junto con el resto de sus papeles.

Mientras se lavaba las manos decidió que leería el ensayo autobiográfico de Isobel por la noche. El ensayo le ayudaría enormemente a comprender los poemas. Luego se le ocurrió que aquel ensayo también podría publicarse. Imaginó otra extensa introducción, otro libro crucial. «Isobel Standish en Esswood: una poetisa en la encrucijada.»

El descubrimiento significaba que tendría que quedarse en Esswood mucho más de tres semanas. Necesitaría otro mes entero para investigar a fondo los cientos de páginas manuscritas por Isobel. Al mismo tiempo tenía que llevar a cabo una investigación de toda su poesía. Se preguntaba si Wall le concedería otro mes. Si se lo planteaba con buenos argumentos que aludieran a las ventajas para el propio Esswood, a raíz de la publicación de la narración de Isobel, consecuencia de su productiva estancia en aquella casa… Y Jean le perdonaría por haberse tomado más tiempo de lo previsto, siempre y cuando estuviera de regreso antes de que diera a luz. Al pensar en su mujer, una pequeña llamita invisible de ira y de humillación brotó de su pecho. Se imaginó a la obesa Jean poniéndose en cuclillas para dar a luz, expulsando sangre, coagulada y fresca, junto con el bebé. Standish agitó su mano entre los zarcillos aleteantes de la telaraña, para ahuyentar aquellos pensamientos y lo que pudiera yacer oculto tras ellos; ahora no tenía tiempo para emociones destructivas. Las escaleras daban vueltas y más vueltas, descendían más y más abajo, más allá del punto en que él creía que terminaban. Finalmente llegó al pie de las escaleras, se apresuró a recorrer la corta distancia del pasillo y entró de nuevo en la biblioteca.

Casi suspiró de placer. Los papeles estaban amontonados encima del escritorio, las columnas montaban guardia, las hermosas hileras de libros se alineaban en las paredes. El retrato le ordenó que se sentara a trabajar. Luego recordó la nota de Wall y su respuesta a la misma, y volvió a la entrada principal.

En línea recta sobre la alfombra situada fuera de las puertas de la biblioteca, dispuestos como los cadáveres de unos ratones colocados allí por un gato cariñoso, había una caja de clips de papel del número uno, tres bolígrafos Bic amarillos, tres libretas de taquigrafía y tres carpetas de papel manila.

7

El sol todavía no se había puesto por completo cuando Standish terminó la ardua tarea de separar lo que parecían ser borradores de poesías de las mucho más numerosas páginas en prosa. Al día siguiente ordenaría la segunda caja, y si tenía tiempo empezaría a clasificar las páginas de poesía en publicadas y no publicadas; esta noche, después de cenar, numeraría las páginas y leería el ensayo autobiográfico.

Faltaba una hora para cenar y decidió dar un paseo por las terrazas y disfrutar de la luz brumosa y las largas sombras.

Al llegar al final del pasillo con mamparas salió a la amplia terraza situada en lo alto de las escaleras de mármol y respiró una bocanada de aire tan dulce y rebosante de fragancias que le sentó como una medicina. No era de extrañar que los literatos londinenses hubieran emprendido el difícil viaje a Beaswick con tantas ganas; en comparación con el Londres de principios del siglo XX, inmerso en la niebla, Esswood les debió de parecer un paraíso. Standish bajó los peldaños. Todavía tenía las rodillas anquilosadas después de haber pasado el día sentado detrás del escritorio. Cuando faltaban cuatro escalones para llegar abajo, Standish levantó la vista para contemplar la casa. «A los norteamericanos siempre les cuesta un poco aprender nuestro sistema.»

Y: «¿Me está tomando el pelo?»

Ah, una broma dentro de otra broma.

Le sorprendió que la casa pareciera vacía. Los sirvientes estaban en algún lugar de la misma, la anciana señorita Seneschal y el anciano señor Seneschal debían de estar en el ala este dedicándose a tareas placenteras y poco importantes. Sin embargo, aquella parte también parecía estar desierta. La sombra de una nube pasó rauda por el cielo a todo lo largo de una hilera de ventanas del tercer piso.

Cuando acabó de bajar los escalones cruzó el camino de gravilla crujiente que conducía al lado derecho de la casa.

Baldosas suaves de gran tamaño se extendían bajo los arcos del enrejado, que estaba densamente cubierto de gruesas enredaderas verdes y anchas hojas oscuras. A mitad de la pared de la casa, el enrejado se bifurcaba alrededor de una puerta baja de madera. Al llegar al extremo,

Standish salió otra vez a la brillante luz del sol y vio que la tierra se desvanecía ante él para ser ocupada por tres amplias terrazas que llegaban hasta el estanque alargado y oscuro, con márgenes bordeados por grupos de árboles retorcidos e inclinados, de entre los que había salido la mujer vestida de verde. Una escalera empinada, metálica y pintada de negro, descendía por la ladera inclinada de las terrazas.

Se dirigió hacia la escalera. A lo lejos, al otro extremo del estanque alargado y del bosquecillo, se extendía un amplio campo con surcos trazados por una segadora que subía en pendiente hasta una hilera de árboles erguidos y esbeltos que limitaban otro campo más elevado. Se distinguían ovejas blancas como puntos de lana, tan inmóviles que parecían pintadas. En la cumbre del campo más lejano, las aspas de un molino de viento en forma de colmena giraban lentamente empujadas por la brisa.

Un paraíso inalterable debía de tener campos, estanques y árboles como aquéllos, e incluso ovejas inmóviles y un molino de viento perezoso. Se dio cuenta de que por primera vez desde su infancia era completamente feliz.

La pintura negra que cubría la baranda de hierro era escamosa y tenía piquitos de herrumbre. Toda la estructura crujió cuando Standish empezó a subir el primer peldaño. Se agarró a la barandilla oxidada y se volvió para mirar hacia la casa.

Visto desde atrás, el edificio era tan macizo como una prisión. El revestimiento de toscas piedras de la planta baja dejaba paso a mediocres ladrillos. Las ventanas de la parte trasera de la casa eran más pequeñas que las de la parte delantera. Aquí y allá, por entre los ladrillos, se vislumbraban maderas ennegrecidas, reliquias de un Esswood de otros tiempos. Únicamente las ventanas de la biblioteca carecían de cortinas.

Standish inició el descenso por la escalera de hierro. En la primera terraza había tumbonas de hierro blanco y una mesa maciza de hierro. La segunda era una franja sedosa de césped verde, extrañamente desnudo, como un escenario vacío.

Cuando Standish llegó al pie de la escalera, la palma de su mano estaba manchada de óxido. Detrás de él, la escalera chirriaba y vibraba contra los pernos.

Por encima de las copas de los árboles podía ver los árboles esbeltos y el campo rematado por el molino de viento. Un olor denso y mantecoso flotaba en el aire, un olor casi sexual a hierba, agua y luz solar. Standish pensó que aquél era un momento perfecto: él había estado viviendo en un mundo perfecto desde que había salido del enrejado. Caminó por una senda de gravilla roja y se inclinó para sumergir una mano en el estanque. Cuando su piel rozó el agua experimentó un fuerte escalofrío que refrescó todo su cuerpo. ¿Se habrían bañado allí Isobel, Theodore Corn y los demás? Agitó suavemente su mano en el agua y observó que la mancha de óxido se alejaba como una nube de sangre anaranjada.

Sacudiéndose la mano derecha, se levantó y dio la vuelta para iniciar el regreso a la casa. Desde el estanque no parecía tan fea; más bien tenía el aspecto de la casa del próspero terrateniente al que había pertenecido antes de que Edith la convirtiera en una especie de paraíso culinario.

Una mariposa enorme con alas casi transparentes de color púrpura como los fragmentos de una vidriera se balanceaba en el aire denso por

encima del estanque, y Standish aguantó la respiración en el pecho mientras observaba cómo zigzagueaba hacia arriba con una gracia sin igual. Cambió su ángulo con la luz y las grandes alas tomaron un color polvoriento e indefinido. Luego Standish medio vio, medio percibió un movimiento en la casa, y al levantar la vista hacia las terrazas divisó una figura en la ventana de la biblioteca. Un rostro borroso sobre una mancha verde rondaba por detrás del cristal. La sangre se le heló en las venas. La mujer le estaba gritando: un agujero negro que debía de ser su boca se abría y se cerraba como una válvula. Standish sintió que le invadía un sentimiento de cólera como una llamarada. Las pálidas manchas de los puños de la mujer se aplastaban contra el cristal. Envuelto en una oleada de pánico recordó que cuando conducía en dirección norte por la autopista había visto al niño encerrado en la casa de ladrillo rojo: era como si ella lo hubiera seguido hasta allí, todavía implorando que la liberase.

Standish se puso la mano sobre el pecho y respiró hondo unos instantes, y seguidamente empezó a bordear el estanque para dirigirse hacia la casa. La mujer se apartó de la ventana y se desvaneció. Cada vez que avanzaba un paso, se desprendía polvo rojo de las piedras.

8

A las ocho menos cinco entró con movimientos torpes en el comedor por la puerta del pasillo secreto. Entre sus brazos sostenía dos carpetas voluminosas, una llena de borradores de poesías y otra con páginas parcialmente ordenadas de *El Despertar del Poeta.* Tenía la intención de examinar la poesía durante la comida, y luego hacer un gran esfuerzo y leer el ensayo autobiográfico en la Suite de la Fuente después de cenar.

Al darse la vuelta vio su sitio en la mesa dispuesto de la forma habitual: el servicio de mesa de oro, las tapaderas en forma de cúpulas, y el vaso de vino con ribetes de oro. ¡unto al vaso había una botella abierta de borgoña tinto. En los candelabros de oro se consumían dos velas.

Colocó las carpetas sobre la mesa y se sentó. Puso una mano sobre la tapadera. Vaciló durante un segundo, y seguidamente levantó la tapadera y miró las rodajas de solomillo de ternera cubiertas con una salsa pardusca y con colmenillas frescas. «Espera un segundo», se dijo, y volvió a tapar el plato.

Vio el rostro de la maravillosa mujer que le había recibido a su llegada a Esswood mirándole por encima del hombro. En la casa había dos mujeres: una era la anciana señorita Seneschal, que desconfiaba de él y lo observaba a través de las ventanas, y la otra, la que le tomaba el pelo. Se levantó y penetró en la despensa del mayordomo. —¿Qué es lo que pretende? ¿Atiborrarme de comida para luego llevarme al matadero? —gritó Standish.

Desde la cocina le llegó un estallido de risas burlonas. Una luz difusa y uniforme, parecida a la suave luz de la biblioteca, inundaba el hueco estrecho de la escalera. Standish descendió hasta un recodo de la escalera, pasó por algo parecido a un descansillo y luego continuó bajando. Sintió que

en su garganta se agolpaba una burbuja de júbilo que procedía del centro de su vida, de lo más profundo de su ser.

—Al menos cómase esto conmigo —dijo, y descendió hasta llegar a la cocina.

Allí había una hilera de viejas fregaderas de hierro frente a la pared blanca brillante, y junto a ellas un lavavajillas eléctrico y un largo mostrador de mármol verde oscuro. Sobre las paredes habían armarios blancos. Al otro lado había una gran cocina gris de gas con dos hornos, una plancha y ocho quemadores. En el centro había una amplia tabla cubierta con el mismo mármol verde. Encima del mármol había un sacacorchos con asas que parecían alas.

—¡Eh! —gritó Standish—. ¿En dónde está usted? ¿Adonde se ha ido?

Levantó los brazos riendo y se volvió de espaldas.

—¡Vamos, ya está bien!

Ella no respondió.

La risa de Standish se esfumó.

—¡Vamos, por el amor de Dios! —gritó. Echó un vistazo por el lado del gran mostrador—. ¡Salga de una vez!

Standish se paseó por toda la cocina y tocó la parte delantera de la encimera, que todavía estaba caliente.

—¡Por favor!

Se apoyó contra el mostrador de mármol pensando que en cualquier momento la mujer saldría de uno de los armarios. Al otro extremo de las fregaderas de hierro había una puerta de madera pintada de blanco, con un arco. Atravesado en el marco de la puerta había un cerrojo alargado de cobre. Standish desbloqueó el cerrojo y abrió la puerta. Salió al exterior en mitad del enrejado en forma de arco.

—¡Oiga! —gritó. Entonces se dio cuenta de que no habían echado el cerrojo desde fuera sino desde dentro de la casa.

Regresó a la cocina. La recorrió de nuevo sin oír otra cosa que el sonido de sus propias pisadas sobre el suelo de piedra. Sus emociones se movían con una libertad salvaje en su interior, fluctuando entre la frustración, la rabia, la decepción, la diversión y el temor, sin concretarse en ninguna en especial. Se puso las manos en las caderas.

—De acuerdo —dijo—. Lo haremos a su manera.

Finalmente volvió a subir por la escalera estrecha. Encima de la mesa de aquel comedor sofocantemente formal estaban sus carpetas, la tapadera sobre su comida y la botella de vino.

La comida podía esperar otros cinco minutos. Volvió a la despensa, abrió la vitrina de los licores y sacó la botella de whisky de malta y dos vasos. La botella decía: PATRIMONIO CONMEMORATIVO 70 AÑOS. Colocó los vasos junto a la fregadera y vertió un par de dedos de whisky en cada vaso. Luego volvió a colocar la botella en su sitio y se llevó los vasos al comedor.

Se sentó mientras observaba la puerta de la despensa. El whisky sabía a carne roja de paladar delicado.

Apuró el whisky de su vaso y seguidamente levantó el otro vaso, vertió todo el líquido en su boca y se lo tragó.

Mientras comía iba hojeando borradores de poesías desconocidas para

él. Parecían tener incluso menos sentido de lo que era habitual en la poesía de Isobel. La mayoría de ellas parecía consistir simplemente en palabras seleccionadas al azar: «Cavar lecho cuadro perro, Joroba bah descanso césped.» Se preguntaba si Isobel habría evolucionado hacia una absoluta carencia de sentido o si se habría alejado de ella. Bebió un poco de vino tinto, constatando que sabía tan bien como el whisky de Esswood, aunque era completamente diferente. Quizás Isobel estaba borracha cuando había escrito aquello. Giró la botella y miró la etiqueta. Se trataba de un Pomerol, Chateau Petrus de 1972. Y la ternera era tan apetitosa que casi era digna de comerse a todas horas. De hecho…

Standish dejó de masticar por un momento. De hecho era como estar con Isobel, comiendo aquella comida especial en aquella mesa especial. Era como si el tiempo no existiera en el sentido convencional y ella estuviera allí, en algún sitio, aunque no a la vista.

Standish cayó en la cuenta de que la P del título significaba «Pasado».

Cerró la carpeta de poemas, la apartó a un lado y acercó más al plato la gruesa carpeta que contenía sus memorias. Bebió vino, dio unos bocados y volvió a beber. Se puso a leer de nuevo.

Una joven soltera de Duxbury, Massachusetts, llegó a una gran finca de Inglaterra. Una hermosa mujer llamada Edith le dio la bienvenida. Edith la condujo escaleras arriba hasta una larga galería y un conjunto de habitaciones con vistas a una fuente en funcionamiento. La joven de Massachusetts se bañó y descansó antes de bajar a conocer a los demás invitados, sabiendo que estaba en aquel lugar para encontrar su yo más auténtico. Abrió una puerta que daba a su dormitorio y descubrió una escalera que parecía ser un secreto que únicamente ella conocía.

Standish intentó servirse más vino en su vaso pero descubrió que la botella ya estaba vacía. En su plato había unas cuantas colmenillas nadando en una salsa gris que ya se había solidificado. La luminosidad del comedor le hacía daño en los ojos. Volviendo al presente, bostezó y se desperezó. Entre una cosa y otra ya casi era medianoche. Standish se levantó y volvió a entrar en la despensa para servirse más whisky añejo. Si su cuerpo estaba cansado, su mente no lo estaba… le iba a costar trabajo quedarse dormido.

Con sus carpetas y su vaso en la mano, atravesó la habitación hasta llegar a la entrada principal, puesto que no se sentía con ánimos de abrirse paso por su pasillo «secreto» y el de Isobel a esas horas de la noche.

Inició el ascenso por la gran escalera principal y tomó el ala derecha en dirección a la pequeña antesala situada antes de entrar en la Galería Interior. Sabía que la puerta que conducía a la galería estaba enfrente de la puerta de la escalera. Cuando chocó con un gran mueble se sintió como si su cuerpo hubiera traicionado a su mente. Sin duda se había girado en la oscuridad y no había sido capaz de encontrar la otra puerta.

Hizo un esfuerzo por mantener la calma. Cesó de dar tropezones de un mueble a otro. La habitación parecía incluso más oscura que cuando su amada lo había guiado por allí. Hizo un esfuerzo por respirar con tranquilidad y lentamente. En la oscuridad podía ver las formas torpes y grandes de las sillas de cuero de respaldo alto. Las cuatro paredes parecían estar forradas de una piel gris pardusca uniformemente jaspeada que se

negaba a transformarse en hileras de libros. Dio un paso hacia adelante y se propinó un buen golpe en la pierna derecha contra una superficie dura. Soltó una palabrota bajo su aliento, se movió hacia un lado y empezó a avanzar muy lentamente hacia adelante.

Un espacio se abrió ante él, y se dirigió con más confianza hacia la superficie plana de la pared. Después de dar un paso tropezó con un mueble bajo, dio un alarido y cayó al suelo. El vaso salió disparado de su mano y se hizo añicos en algún lugar lejano situado a su izquierda. Aterrizó sobre su brazo izquierdo, todavía con los papeles de Isobel en la mano.

Un dolor agudo que se inició en su codo se disparó hasta su hombro, y luego se asentó en un latido incesante. Standish empezó a arrastrarse por el suelo como un gusano. Se dio cuenta de que estaba muy borracho.

Desde algún sitio por encima de él se oyó la risa de una mujer.

Todo su cuerpo se quedó helado, y se le encogieron los testículos. Trató de hablar pero su garganta no le obedecía. La risa expiró en un suspiro breve de felicidad. Los tendones dañados de su garganta se recuperaron.

—¿Dónde está usted? —susurró.

Silencio.

—¿Por qué me hace esto?

Oyó un suave movimiento detrás de él, y luego creyó oír pasos rápidos descendiendo apresuradamente por la escalera.

Standish anduvo a tientas por toda la habitación hasta que sus dedos extendidos encontraron una puerta de madera.

Salió al resplandor de la Galería Interior y se frotó los ojos con la mano izquierda. La realidad danzaba a su alrededor: platos de oro y tenedores de oro y una mansión desierta y cabezas decapitadas y una mujer que desaparecía para convertirse en una carcajada, y un bebé que no era su bebé en un pasado que...

El Despertar del Pasado.

Standish sacudió la cabeza. Necesitaba dormir. Una corriente de aire frío se movía alrededor de sus tobillos. Echó un vistazo a través de las ventanas oscuras y vio las de la suite de los Seneschal lanzándole destellos.

Mientras estaba observando, una pequeña sombra oscura pasó frente a la persiana de la ventana de la izquierda, y las luces se apagaron tan bruscamente como una puerta que se cierra de golpe. No parecía la sombra de un ser humano corriente. Todos los sentimientos contradictorios que se agolpaban en su interior se fusionaron en un único acto de aceptación: estaba en la Tierra y seguiría a quien fuera al lugar adonde quisiera conducirle.

Standish entró en la Suite de la Fuente, atravesó a tientas la sala de estar y se arrojó sobre la cama.

9

«... ¿Nació en Huckstall el muchacho de ojos azules que huía?» La cama de Standish se hallaba al lado del estanque alargado bajo la fría luz de la

Luna, y una voz descarnada acababa de recitar unas frases acerca de Huckstall y de un muchacho de ojos azules que, aunque absurdas, le habían provocado un trastorno en su pecho. El estanque oscuro se extendía frente a él. Standish sostenía un bebé que dormía entre sus brazos, y el bebé dormía tan plácidamente porque acababa de mamar de sus pechos, que eran femeninos, grandes y de piel suave, con pezones marrones y prominentes. De su pezón izquierdo colgaba una gota de leche dulce, y Standish la limpió con la mano que le quedaba libre. La sensación de paz al sostener un bebé en la cama bajo la luna era como un éxtasis. Luego recordó la voz parlante y la criatura en la ventana, y recorrió el estanque con la mirada hasta vislumbrar el grupo de árboles inclinados. Sus ramas retorcidas escondían un ser, masculino o femenino, que deseaba permanecer oculto. Standish tuvo la profunda sensación de que este ser quería hacer daño a su bebé. Aquello, él o ella, también lo mataría a él, pero la amenaza hacia él era algo insignificante, no tenía ninguna importancia frente a su determinación de proteger a su bebé. Como en respuesta a la amenaza, los pechos le empezaron a escocer, y de sus pezones resbalaron gotas de leche blanca en forma de lágrimas que caían rítmicamente como de un grifo goteando.

Desde algún lugar, de las profundidades de los árboles plateados o desde más allá de ellos, una mujer empezó a reír…

… y en la oscuridad de la Suite de la Fuente, sin pechos ni bebé, Standish se despertó repentinamente. El corazón le latía con violencia, y el cuerpo parecía como si se lo hubieran desgarrado en un abrazo. Había alguien más en la habitación: el peligro del sueño había sido reemplazado por aquel peligro real. Quienquiera que estuviera en la habitación acababa de dejar de moverse y ahora permanecía inmóvil en la oscuridad, observándolo desde arriba.

El propietario de Los Duelistas le había dicho la verdad, y Robert Wall le había mentido: un norteamericano había sido atraído aquí, y lo habían arrullado hasta dormirse con la exquisita comida y el vino fuerte, y entonces el asesino se había introducido sigilosamente en la habitación y lo había matado.

Standish tuvo la horrible seguridad de que el norteamericano había sido decapitado.

Trató de ver algo en la oscuridad. Le habían quitado a su bebé, y un ser que no tenía más que malas intenciones permanecía agazapado en la oscuridad a tres metros de distancia.

—Sé que está usted ahí —dijo Standish, e instantáneamente supo que no estaba.

Ahora no se oyeron risitas burlonas. Standish levantó la cabeza, y en la habitación no se movió nada. Estaba tan solo como cuando había perseguido las carcajadas de la mujer por la escalera de la cocina. Un segundo más tarde aún le parecía que alguien había estado en la habitación con él, alguien que daba vueltas a su alrededor en círculos. Alguien que formaba parte de Esswood, la señorita Seneschai o su amada (a Standish se le ocurrió que su amada podía ser en realidad la señorita Seneschal), alguien que sólo necesitaba el momento adecuado para aparecérsele. Ella no se iba a

presentar ante él ahora porque él aún no sabía lo suficiente.

Ella aparecería cuando él se hubiera ganado el derecho a verla.

Recordaba que en su sueño tenía unos pechos muy grandes y tan repletos de leche que goteaban, y automáticamente se pasó la mano por su pecho de verdad, ligeramente fláccido y cubierto por una corteza de pelo negro y áspero. Algo relacionado con Huckstall reclamaba su atención con la suficiente urgencia como para hacerle sentarse en la cama: se sintió como si le pincharan con un alfiler. Pero ¿qué tenía que ver Huckstall con su trabajo, que por supuesto era el significado del bebé en su sueño?

Standish se levantó de la cama para ir a orinar. Una neblina de luz rozó la ventana del dormitorio y se volvió justo a tiempo para mirar a través de los resquicios de los postigos y ver la luz de los Seneschal apagarse bruscamente.

10

A la mañana siguiente ocurrió una cosa increíble. De camino hacia el comedor por «su» escalera y «su» pasillo, Standish se perdió en Esswood y se encontró vagando por rincones desconocidos, descendiendo por tramos de escaleras que no le resultaban familiares y pasando por delante de puertas cerradas y no cerradas con llave.

Standish había sufrido muy pocas resacas, pero cada una de ellas le había provocado un hambre desmedida; lo único que deseaba era bajar los escalones y devorar cualquier cosa que hubiera en la mesa, incluso aunque tuviera algún nombre raro y se asemejara a cera de los oídos. Bajó las escaleras casi corriendo. La cabeza le martilleaba y sus ojos estaban empañados de un modo extraño; basta de alcohol, nunca más, se prometió a sí mismo. Pasó por entre los restos de la gran telaraña y le propinó un manotazo con repugnancia. Al cabo de un rato le pareció que había estado dando tantas y tantas vueltas que debía de haberse pasado de la primera planta. Redujo el paso. Las paredes de la escalera eran de piedra encalada de blanco y resultaban frías al tacto. ¿Cuándo se habían vuelto de piedra las paredes? Miró por encima de su hombro. La curva de la pared, el candelabro de hierro que había en ella, incluso la tenue luz gris, parecían extrañas.

Pronto alcanzó el pie de la escalera. El pasillo se parecía y no se parecía al que él conocía. Enfrente mismo había una puerta alta y un vestíbulo poco iluminado. Todas las cosas parecían un poco más oscuras y más sucias de lo que recordaba. No estaría seguro de si se encontraba o no en una parte nueva de la casa hasta que hubiera llegado al extremo del pasillo y encontrado una pared desnuda donde debería de estar la estatua de un muchacho. Dobló la esquina y apareció otro tramo de peldaños descendentes que conducían hacia un suelo de cemento.

Se paró en seco. Ahora le daba la impresión de que había girado tanto a la derecha como a la izquierda, a ciegas, varias veces y sin prestar atención: se había dejado guiar por su estómago. Tuvo la vaga impresión, como la imagen en un sueño, de que los pasillos se bifurcaban en una serie infinita

de suelos de piedra y paredes de cemento sucias. Sintió una oleada de náuseas. Dio la vuelta. Un pasillo oscuro se extendía más allá de unas puertas gruesas de madera y acababa en una confluencia en forma de T. Exhaló un gemido. Durante un momento la sensación de hallarse perdido fue más fuerte que su hambre. Retrocedió por el pasillo y trató de abrir la puerta más cercana. Estaba cerrada con llave.

Al abrir la siguiente se encontró ante una habitación llena de objetos blancos delgados e irregulares, trocitos de leña. De la pared colgaban marcos empolvados que contenían mariposas y polillas muertas. En lo alto en la pared opuesta había una ventana pequeña parecida a la de una celda. El aire olía a muerte. Standish echó un vistazo a la habitación y descubrió que los objetos amontonados sobre el suelo eran huesos. Docenas de esqueletos, o tal vez cientos, habían sido deshuesados allí mismo. De repente recordó la historia de la esposa de Barba Azul, y el dolor de cabeza se convirtió instantáneamente en un cable de dolor al rojo vivo. Standish miró arriba y abajo del pasillo y se adentró en la espantosa habitación.

En un rincón yacían calaveras con cornamentas. Standish se acercó más a los montones de huesos. Muchos parecían huesos de animales. Los colores apagados de las mariposas enmarcadas atrajeron su atención y descubrió una etiqueta manuscrita pegada bajo el cristal. Expedición al Nilo, 1886. Recobró el aliento. Algún viejo chiflado de la familia Seneschal que se consideraba un naturalista había traído desde África aquellos huesos y mariposas embalados en una caja.

Abandonó la habitación y salió al pasillo. No podía volver sobre sus pasos a través de las curvas a la derecha y a la izquierda que había tomado irreflexivamente. Frente a la habitación de los huesos había otras dos puertas, y Standish llegó hasta una de ellas y la abrió.

Cosas que él no podía ver se escondieron; tuvo la impresión de que pequeños cuerpos obesos se habían ocultado detrás de los montones de periódicos y revistas que llenaban la habitación. Se imaginó que unos ojos malévolos lo observaban, y le pareció percibir el olor a temor y odio. Sus ojos tropezaron con un titular del *Yorkshire Post* que yacía en el suelo, como si alguna de las pequeñas criaturas lo hubiera dejado caer: «ESPOSA EMBARAZADA Y AMANTE TORTURADOS Y LUEGO DECAPITADOS. Espeluznante descubrimiento entre un montón de escoria en Huckstall.» Desde algún sitio muy cercano llegó un furtivo tic tic tic, un sonido semejante al de unas risas.

Standish retrocedió. Toda la habitación parecía estar preparada para atacarle. Volvió a cruzar el umbral y cerró la puerta de golpe tras de sí. Standish se sintió mareado, aterrorizado, y a la vez sorprendentemente valeroso; su descubrimiento de aquella parte de Esswood no podía ser fortuito. Era de suponer que él había encontrado aquel lugar. No existían los accidentes ni las coincidencias. Lo lógico es que estuviera allí. Lo habían «elegido» para ello.

Trató de abrir la otra puerta situada en el pasillo y descubrió que estaba cerrada con llave. Se trasladó hasta el final del pasillo y descendió lentamente los peldaños.

Un vestíbulo más bajo y más estrecho conducía a una puerta abierta que daba a una habitación con suelo de cemento, en la que había un sillón

grasiento de medio metro de altura debajo de una bombilla colgante. Al otro lado de la silla había otra puerta. Standish la atravesó. Sobre una de las paredes de cemento de la celda alguien había pegado una reproducción de un cuadro de la Suite de la Fuente: un perrito correteando delante de un carruaje que se dirigía hacia Esswood. Standish cruzó la habitación y abrió la otra puerta. Había una cámara oscura con un enorme cuerpo rechoncho que tenía una especie de bosque de brazos estilo Shiva que se extendían como tentáculos por todo el techo bajo. Manómetros y esferas decoraban la caldera, y más allá había otras máquinas apoyadas contra la pared opuesta: bicicletas baratas, una hilera de hachas en medidas descendentes como si se tratara de una familia colgada, una máquina de coser con un pedal, un aspirador con un cuello muy largo y fofo, y una vejiga hinchada.

Standish descubrió que aquello era la contrapartida de la biblioteca. Allí arriba, cosas sutiles y espirituales respiraban y dormían en archivadores; aquí, los objetos sucios generaban calor.

Siguió bajando por el sótano. Standish examinó el interior de habitaciones llenas de muñecas y juguetes rotos, cinco cunitas, cinco camitas de bebé y cinco cochecitos negros de niño, tan altos como el carruaje de una princesa, llenas de sábanas y mantas dobladas que olían a moho, libros infantiles descoloridos, cubos de madera y animales disecados. Llegó a una escalera ascendente y miró hacia atrás para ver los ollares resplandecientes de un caballo de balancín a través de una puerta abierta. Había encontrado las habitaciones de los «bebés rotos y sus juguetes» de *Reproche.*

Las escaleras desconocidas le condujeron hacia arriba pasando por una hilera tras otra de botellas de vino encerradas en cajas altas parecidas a estanterías para libros, y luego se transformaron en un amplio tramo de hermosas escaleras con una barandilla de ónice que le condujeron a la opulencia del Salón Este.

Le habían dejado el desayuno sobre un mantel blanco y limpio. Standish se sentó y levantó la tapadera de oro. El cadáver ahumado de un pescado lo miró con sus ojos sin vida. Standish hincó su tenedor sobre una mezcla pastosa que parecía tan peluda como una oruga. Se introdujo la pasta en la boca y le pareció que mordía algo semejante a un acerico. Espinitas puntiagudas se clavaron en cada milímetro cuadrado de su paladar. Otras espinas más delgadas se deslizaron entre sus dientes. Lo escupió todo sobre el plato de oro.

11

Poco después dejó de mirar al bisabuelo del tatarabuelo y al dios que le apuntaba con el dedo, empujó con la lengua las espinas alojadas entre sus dientes e hizo unas anotaciones en su bloc.

Si verdaderamente no existen accidentes ni coincidencias en el universo, entonces algo ha sustituido a la narrativa, porque todo

es simultáneo. Estar aquí es estar dentro de la poesía de Isobel, literal y metafóricamente hablando, porque un mundo sin coincidencias es un mundo en el que todo es metáfora. Es volver de nuevo a la infancia. Clave de estas poesías sin sentido. Sintaxis única fuente de significado.

Cuestión: Juguetes, muñecas, camas, etc., vistas por Isobel, como en Reproche. *¿Qué les sucedió a los niños que las utilizaban? ¿Por qué «rotos»? ¿Cuántos hijos tuvo Edith Seneschal?*

Hay que preguntar a los Seneschal por sus hermanos y hermanas.

¿Es posible que el secreto sea alguna enfermedad terrible de la familia?

Standish reflexionó un momento y luego escribió otra línea.

¿ Investigar en el cementerio ?

Bajó la vista hacia el cuaderno durante un momento, después arrancó la hoja y escribió unas cuantas palabras en la siguiente. Arrancó también esta hoja y la sacó a la puerta de la biblioteca para depositarla sobre la alfombra. Cuando regresó a su escritorio miró a sus espíritus guardianes y consideró que por aquella mañana ya había dedicado suficiente tiempo a los poemas. Lo que él quería leer era «D. P.» Con un suspiro de felicidad apartó a un lado las poesías y acercó la carpeta de manuscritos en prosa. Inició la lectura en la página veintiséis, el lugar donde se había quedado la noche anterior. Durante unos veinte minutos la página con la escritura a mano de Isobel estuvo serpenteando ante él. Luego el tiempo dejó de ser una secuencia lineal de acontecimientos y Standish penetró con Isobel en la Tierra.

La joven de Massachusetts se encariñaba cada día más con la casa. Un incidente feliz la llevó a conocer en Boston a su anfitriona E., la famosa mecenas de las artes; y cuando E. pidió ver la obra de la joven y quedó impresionada por lo que ella describió como «valentía», invitó a su nueva amiga a pasar una temporada con ella en su mansión. De modo que la joven sintió una gratitud inicial por E., pero la rapidez con que empezó a trabajar, una vez introducida en la Tierra, hizo que aquella emoción se transformase en amor. Nunca en su vida había escrito poesía y prosa con más facilidad, y de día en día se fue sintiendo más segura en su propia voz. Y después de que se celebraran lecturas de sus obras por las noches en la Galería Oeste, fue elogiada y aplaudida por escritores que anteriormente sólo habían sido para ella nombres venerados. Alentada por todo aquello, empezó a eliminar de su obra todo aquello que podía tener similitud con la poesía de su época.

«Esta es mi chica», pensó Standish.

La joven de Massachusetts pasaba las mañanas escribiendo en la Suite

de la Fuente, comía con E. y con los demás invitados, y durante las primeras horas de la tarde paseaba por la Tierra, el nombre que ella había escogido para Esswood. El mundo físico la estimulaba y la hacía sentirse eufórica. Tenía la sensación de que la belleza de Esswood la llamaba, le hablaba, le daba la bienvenida. Por las tardes, los invitados que no estaban escribiendo jugaban al croquet, se bañaban en el estanque, leían en la biblioteca o en el Salón Este, o leían en voz alta para los demás bajo los parasoles de la gran terraza ante la que se extendían el estanque y los campos lejanos. Las cenas eran abundantes: manjares exquisitos y vinos excelentes. La joven declaró su preferencia por el solomillo de ternera con salsa de colmenillas y no ponía objeciones cuando la Tierra le tomaba el pelo ofreciéndole esa misma comida cada noche durante una semana. Los vinos también sabían a ambrosía. A los invitados se les servía un Chateau Lafite-Rothschild de 1900 la primera noche, y la segunda un Chateau Lafite-Rothschild de 1872.

La tercera noche un Lafite-Rothschild de 1862, considerada la mejor cosecha de los últimos cien años, y probablemente también de los cien próximos.

La euforia de la joven fue más firme que la provocada por el vino, más permanente que la proporcionada por la buena compañía, y más profunda incluso que la que encontraba en el progreso artístico. Los sentimientos que la joven empezó a asociar con la Tierra no eran abiertamente religiosos, pero sí intensamente espirituales: una fuerza como la música o un espíritu incorpóreo parecía morar en cada zona de la finca.

Lo que resultaba más notable del conjunto de sentimientos vinculados con la Tierra fue la liberación de su alegría. Aunque no era una mujer alegre por naturaleza, la joven participó con los demás invitados en los juegos, charadas y representaciones escénicas, así como en conversaciones humorísticas.

La mujer se aficionó de una forma insospechada a gastar bromas pesadas: utilizaba su pasillo «secreto» para moverse por la casa sin ser vista, y le divertía desordenar los papeles o efectos de un compañero poeta y aparecer por la noche en sus habitaciones simulando ser un fantasma para luego esfumarse.

Clavado ante los papeles que tenía delante, Standish sintió latir violentamente su corazón en el pecho.

Aunque ella nunca había profesado un gran interés por los niños, la joven descubrió que gran parte de la extraña y tierna atracción que sentía por la Tierra se debía a los dos hijos supervivientes de su anfitriona.

El corazón de Standish casi dejó de latir.

La tranquilidad de E. era de lo más admirable, sobre todo teniendo en cuenta el destino de sus hijos. Había contraído matrimonio con un primo segundo que llevaba el mismo apellido que ella, un hombre que no tenía interés alguno por el arte ni por la vida rural, y que más que a su familia

prefería dedicar su tiempo al coñac francés, a las mujeres italianas y a la Cámara de los Comunes. De todos modos le había dado a E. cinco hijos, tres de los cuales murieron en los primeros años de su vida. Los dos hijos supervivientes, R. y M., se ganaron el cariño de la joven huésped de la Tierra por su encanto tranquilo, bondadoso, dulce y más bien melancólico; tenían muy poca vitalidad porque al parecer también sufrían la enfermedad que había puesto fin a la vida de sus hermanos. Se rumoreaba que los hijos habían heredado de su padre aquella terrible enfermedad, que era algo así como una maldición familiar. Era también un secreto de familia, porque se desconocía la naturaleza exacta de la misma.

Los dos niños se fatigaban con facilidad y tenían un apetito desmesurado. Un síntoma de la enfermedad era que incluso para mantener niveles bajos de energía, el enfermo tenía que ingerir grandes cantidades de comida, aunque era un misterio qué clase de comida. A los niños siempre se les alimentaba en privado. A la joven invitada le parecía que, a pesar de la dieta especial, el pequeño R y la pequeña M. se estaban consumiendo, y más la niña que su hermano; mientras él podía pasar pese a todo por un niño normal, a ella se le veía más débil cada día. El niño tenía la cara pálida; la de ella parecía demacrada, casi cerosa. A veces la piel de la pobre niña tenía un aspecto húmedo y extrañamente arrugado, picoteado o hinchado, o las tres cosas al mismo tiempo, y era tan blanca que casi transparentaba, como si se hallara en proceso de mutación para convertirse en otro tipo de criatura.

Standish levantó la vista y se dio cuenta de que la luz de la biblioteca se había vuelto brillante y dorada. Su reloj marcaba la una y media. Iba a llegar media hora tarde a comer. Se puso en pie, entumecido.

Sabía que ni siquiera había empezado a asimilar lo que había leído. Tendría que comprender lo que Isobel había escrito, incluso mejor de lo que la misma Isobel lo había comprendido. Esto parecía ser de vital importancia: Standish también había oído la música y había experimentado la misma euforia que Isobel la primera vez que, a la luz del día, había salido a la Tierra. Sin embargo, Isobel había tomado sólo el valor nominal de las cosas. Las palabras «infinito», «eternidad», «alegría», «hijos», «enfermedad», «transformación» revoloteaban por la cabeza de Standish. «Fantasma», «risa», «espíritu incorpóreo».

Le vino de nuevo a la cabeza una idea que le había asaltado durante la mañana, incluso con más fuerza que antes, y se dirigió con las piernas doloridas hacia la gran puerta. Al abrirla vio que sobre la alfombra había una llave de contacto.

Después de comer, algo somnoliento debido al vino y a la abundante ración de ternera, abrió la puerta de la entrada principal para respirar el fragante aire estival. Se imaginó un instante a los hijos supervivientes, el pequeño R y la pequeña M., sentados sobre los escalones de mármol. Entonces se fijó en el coche aparcado en el camino y se quedó boquiabierto de asombro. Era un Ford Escort color azul turquesa.

Standish bajó volando las escaleras y advirtió que el vehículo estaba muchísimo más limpio que el que le había llevado desde Gatwick a Lincolnshire. Tenía el convencimiento de que se trataba de otro coche.

Cuando llegó al camino tocó el capó cálido, suave y bien encerado del coche. Sin duda alguna era otro vehículo. Al igual que las demás cosas que habían entrado en la Tierra, brillaba y lanzaba destellos.

Standish entró en el coche, se situó detrás del volante y dio la vuelta a la llave de contacto.

Tardó casi una hora en encontrar la iglesia local. Cuando finalmente se vio obligado a detenerse y preguntar el camino, comprobó que a duras penas podía entender el acento de la gente, duro y lento. Tratando de comprender aquel galimatías de giros a la izquierda y a la derecha que dos hombres que estaban fuera de una taberna le habían explicado de mala gana, Standish desembocó en la calle principal de Beaswick, donde unos adolescentes empezaron a mirar su vehículo y a mascullar comentarios que no necesitó entender para darse cuenta de que eran obscenos. La ciudad tenía un aspecto gris y sucio. Mujeres obesas con los cabellos recogidos en un moño y rostros iracundos miraban con curiosidad hacia el interior del vehículo.

De repente, con la misma rapidez que los montones de escoria y las antorchas se habían convertido en un bosque, las feas y pequeñas confiterías y estancos se transformaron en campos abiertos y pantanos desolados.

Finalmente encontró en un cruce un montón de hierba y tierra lleno de gruesas raíces, y recordó que uno de los hombres que estaban frente a la taberna le había indicado que girara a la izquierda o a la derecha cuando encontrara un «montículo». Quizás aquello fuera un montículo. A lo lejos se alzaba una granja. Dos caballos con el lomo arqueado lo miraban tristemente. Al otro lado del montículo había una colina que conducía a una iglesia pequeña y gris y a un cementerio con lápidas de piedra inclinadas. En lo alto de la colina, por encima de la iglesia, sobresalía un molino de viento en forma de colmena que ya había visto con anterioridad. Se hallaba a tres minutos de Esswood: podría haber llegado a la iglesia atravesando el campo a pie.

Standish se situó sobre el césped húmedo que crecía frente a la iglesia de piedra y bajó del coche para atravesar el cementerio.

Al otro extremo de la iglesia había otro edificio de piedra más pequeño y feo que tenía el aspecto de una celda, con cortinas en las ventanas. Standish pasó entre los dos edificios para dirigirse a la puerta del cementerio.

Rodeado por una verja de hierro alta hasta la cintura, el cementerio ocupaba un acre de terreno en pendiente y contenía varios centenares de tumbas.

Las lápidas más antiguas, que se hallaban delante mismo de Standish, se asemejaban a rostros viejos y arrugados, hundidos y borrosos bajo una mezcla de sombras y grietas. Standish se dirigió hacia el centro del cementerio. En ninguna de las lápidas se veía el nombre Seneschal. Había otros nombres que se repetían una y otra vez: Totsworth, Beckley, Sedge, Cooper, Titterington. Siguió caminando lentamente por el cementerio.

Una puerta se cerró de golpe y alguien se dirigió hacia él caminando por entre las tumbas. Standish se giró en redondo y vio a un hombre moreno que vestía una sotana abotonada que se aproximaba con una mano levantada, como si quisiera detener el tráfico. El rostro enrojecido y duro del vicario se balanceaba como si estuviera expuesto a un viento fuerte, y se

inclinaba hacia adelante, agachando la cabeza, como si tuviera prisa por llegar hasta Standish.

—¡Oiga, oiga!

Standish esperó a que el hombre lo alcanzara.

El vicario, de unos sesenta años, tenía un aspecto cordial y sonriente que parecía ocultar otra actitud más inquietante. A medida que el hombre se acercaba, Standish se vio envuelto por una mezcla de olor a cerveza y a tabaco. Hablaba con el mismo acento duro que la gente del pueblo.

—Lo he visto desde la vicaría, ¿sabe? No hay muchos forasteros por aquí, nos estamos acostumbrados a ver caras extrañas. —Una amplia sonrisa amarilla iluminó el rostro enrojecido como para compensar lo que pudiera haber sido simple grosería—. ¿Es usted norteamericano? Lo digo por su forma de vestir.

Standish asintió.

—¿Le interesa nuestra iglesia normanda? No me importaría que diera una vuelta por dentro de la iglesia, pero me siento un poco incómodo al ver a un hombre que no conozco paseando por nuestro... nuestro pequeño jardín de almas. No me parece normal.

—¿Por qué?

El vicario parpadeó, y luego volvió a enseñar a Standish su falsa sonrisa.

—Quizás a usted le parecerá que nuestras costumbres son extrañas, pero lo que ocurre es que nosotros formamos una pequeña comunidad, ya sabe. Sólo se ha detenido un momento, por casualidad ¿no es así?

—No.

Standish se sintió tan irritado que tuvo que hacer un gran esfuerzo para seguir hablando con aquel hombre.

—¿Ha venido hasta aquí para curiosear por las tumbas? Aquí no tenemos nada que le pueda interesar, señor.

Standish miró al vicario con el ceño fruncido.

—Quiero ver si localizo las tumbas de algunos familiares. Me llamo Sedge, y mi familia procedía de este pueblo.

—Ah, bueno, ya comprendo. Entonces es usted un Sedge, ¿no? —El vicario lo miraba con los ojos entreabiertos, medio sonriendo, como si tratara de encontrar un parecido familiar—. ¿De qué parte de Estados Unidos dijo usted que procedía?

—De Massachusetts —replicó Standish—. De Duxbury, Massachusetts.

—Encontrará la lápida de los Sedge recto por este caminito del pequeño cementerio. ¿Cuándo llegó a Estados Unidos su familia?

—Hacia el año 1850, tal vez un poco antes —contestó Standish—. He seguido la pista de la familia hasta aquí, en Beaswick, y una familia del lugar me invitó a pasar una temporada con ellos, así que también quería ver si encontraba aquí a algún miembro de esa familia. Siento mucha curiosidad por ellos.

Se alejó del vicario y empezó a inspeccionar otra vez las lápidas. Capitán Thomas Hopewell, 1870-1898. Un ángel lloroso se apoyaba hacia atrás separando su vista de un libro abierto. Una mujer de mármol con el rostro entre las manos se echaba hacia atrás por l«i pena o la muerte.

Standish reconoció la estatua como una gemela de la de Esswood.

Detrás de él percibió, con sus sentidos súbitamente más despiertos, la exasperación del vicario. Pensaba que el hombre iría tras él vociferando, pero enseguida se dio cuenta de que la actitud del vicario era la de un hombre que ocultaba un secreto.

Sentía tras él sus pisadas suaves, pesadas y cautelosas.

—Una familia del lugar, ¿no? ¿Puedo preguntarle de cuál se trata?

—Naturalmente. —Standish se detuvo y se volvió hacia el rostro enrojecido y fofo del vicario. Por detrás del hombre vislumbró un monumento de mármol sobre la tumba de un niño; representaba a un muchachito empinándose sobre las puntas de los pies con los brazos extendidos. Ésta también era una copia de una estatua que había en el pasillo «secreto» de Esswood—. Los Seneschal.

El vicario se pasó la lengua por los labios, su actitud sufrió una súbita transformación, al igual que la atmósfera entre él y Standish.

—Esto es realmente interesante, vaya si lo es.

Standish se volvió para inspeccionar el nombre situado en la base del monumento que representaba a la mujer afligida. SODDEN. Luchó contra el impulso de soltar una risita tonta.

—Entonces, ¿dónde están enterrados?

—Una familia importante, por supuesto. —El vicario se situó a su lado—. Se podría decir que es la familia más importante de nuestro pequeño rincón del mundo. Así que está usted viviendo con ellos, señor Sedge... ¿En Esswood House?

—Sí, así es.

—Aquello es muy tranquilo, ¿no cree, señor Sedge?

—Sí, es un lugar muy tranquilo —replicó Standish. —Ya me lo imagino. —El hombre se pasó la lengua por los labios otra vez. Standish se sobresaltó al darse cuenta repentinamente de que el vicario parecía asustado.

—Me parece extraño no ver ninguna de sus tumbas. Las de los hijos de Edith, quiero decir… los tres que murieron tan jóvenes.

—¿Extraño? Yo también opino que es extraño. ¿Y qué hay de Edith? La señorita Edith Seneschal que se convirtió en la señora Edith Seneschal, seguro que usted también creía que estaba enterrada aquí, ¿no es así, señor Sedge?

El hombre lo observaba con la cabeza erguida y los labios apretados. Su sotana estaba cubierta de manchas marrones de óxido que parecían rayas.

—Y también su marido, ¿no? El honorable Arthur Seneschal, un personaje sombrío, se lo aseguro; yo diría que era un cónyuge muy complaciente respecto a las ambiciones de su esposa. Debe de estar usted deseando también ver su lápida, ¿verdad? —Había un deje malévolo en su voz, y Standish tuvo la intuición de que entre ellos existía una complicidad no expresada con palabras. —¿Qué le pasa? —preguntó Standish.

—Este hombre no entiende lo que me pasa —explicó el vicario al aire—. El señor Sedge es un ser curioso, ¿no es cierto? Lo raro del caso es que en Beaswick no ha habido ningún Sedge desde mil setecientos no sé cuántos. — El vicario se precipitó por encima de la baja hierba hacia una lápida inclinada—. Mil setecientos ochenta y nueve, creo. Charles Sedge. A propósito, era un solterón. Y además hijo único. A él le divertiría mucho su historia, sobre todo eso de que está viviendo en casa de los Seneschal.

Standish se quedó pasmado cuando el vicario se inclinó sobre la lápida y dijo con voz ronca:

—¡Este individuo afirma que es un Sedge, un primo norteamericano perdido hace tiempo, Charles! Desea presentarte sus respetos. Dice que está residiendo en Esswood House. Quiere encontrar las tumbas de los hijos de Edith Seneschal. ¿Le puedes ayudar, Charles? Seguidamente el vicario se incorporó. Un alboroto enfermizo había hecho que su rostro se volviera de un rojo más oscuro.

—¿O quizás he entendido mal el nombre? ¿No se llamará Titterington, o Cooper? En cualquier caso, usted no puede ser un Sedge de Beaswick. Todo ellos habían muerto en la época que usted afirma que su familia llegó a Estados Unidos. Y ningún descendiente de un Sedge de Beaswick cruzaría las puertas de Esswood House.

—Ignoro de lo que está usted hablando. ¿Me acusa de estar mintiendo? —preguntó Standish.

—Le acuso de ignorancia —replicó el vicario—. Me pregunto dónde está usted residiendo de verdad. Me pregunto de dónde es usted en realidad. Si ignora que nosotros nos negamos a enterrar aquí a cualquier Seneschal es que no tiene conexión alguna con Beaswick. Lo que hace que me pregunte qué es lo que está haciendo usted aquí en mi cementerio, contándome cuentos como que reside en Esswood House.

—¿Por qué no puedo estar viviendo en Esswood House? Yo vivo allí... Soy un huésped... Me invitaron...

—En Esswood House no hay invitados. Incluso dudo de que aún siga viviendo alguien en Esswood House. Hay un par de estudiantes contratados para desanimar a los intrusos y conservar limpio el lugar, pero no son gente de aquí, ni siquiera son de Lincolnshire.

Bajó la vista hacia la tumba cubierta de hierba y los pliegues de su sotana crujieron. A Standish le parecía como si el vicario estuviera bailando dentro de su cuerpo, dando vueltas con un júbilo frenético.

—No vaya a creer que soy tan estúpido o tan zoquete que no me haya dado cuenta de quién es usted en cuanto vi la hechura de su chaqueta. —Una mirada de júbilo desafiante inundó sus ojos—. Ya me imagino que a veces puede aparecer gente como usted, gente de una publicación norteamericana sensacionalista, alguna basura a la que ustedes llaman periódico, pero nunca, ni siquiera en mis sueños más ambiciosos, se me hubiera ocurrido que cuando apareciera por aquí un chacal como usted afirmaría que estaba buscando las tumbas de los hijos de Edith.

—¡Pero es lo que estoy buscando! —gritó Standish.

Ahora el vicario estaba crispado al máximo.

—Entonces lo que usted necesita es que le indiquen cómo ir a Esswood House. Le vi llegar. Vi su coche. Usted no venía de la casa. Usted venía conduciendo desde el pueblo.

Standish pensó en decir que se había perdido, pero en vez de eso preguntó:

—¿Cuál es el camino más rápido para llegar a la mansión?

—¡Ah, el huésped desconocido por fin ha entrado en razón! Para llegar a Esswood House debe usted regresar por el camino que vino hasta alcanzar el montículo, luego gire a la derecha, no a la izquierda, y siga todo recto hasta

dejar atrás el Robert Wall... —¿El qué?

—El Robert Wall... es sólo un nombre local, no tiene por qué alarmarse. Yo pensaba que la escoria de la prensa no se sobresaltaba con tanta facilidad. No se le caerá encima: hace cuatro siglos el viejo muro ha estado en el límite de la finca de los Seneschal.

—¿Por qué se le denomina Robert Wall?

—Supongo que porque lo construyó un hombre llamado Robert. Él quería encerrar a los Seneschal en el interior de ese recinto, ¿no es verdad?

Standish empezó a alejarse. Pasó ante el vicario sin dirigirle ni una mirada. El vicario retrocedió unos pasos sobre una tumba y se echó a reír.

—¿Va usted a descubrir su secreto? ¿Es eso lo que usted pretende hacer, señor Sedge?

Standish aún lo oyó reír cuando dejó atrás la repulsiva iglesia.

12

Dos días después, al anochecer, una frase que figuraba en la parte superior de una página le hizo volver bruscamente a la realidad.

He hallado a mi vagabundo, a mi gitano erudito con ojos azules como el aciano.

Fue una sorpresa ver que Isobel recurría al vocablo sentimentaloide y convencional de la época de «ojos azules como el aciano»; no obstante, la joven de Massachusetts había hallado un alma gemela, alguien con quien podía dar largos paseos y conversar sobre literatura. «He hallado a mi vagabundo...» Standish se acordó de la criatura enloquecida que se había materializado ante él en las afueras de Huckstall, sintió un escalofrío y continuó leyendo. Isobel vio en el vagabundo a un genio sin instrucción, a un hombre solitario en el mundo, sin esposa ni hijos. Al final de la página, Isobel había escrito: «Tema para otra historia.» El «vagabundo» desapareció al instante del manuscrito.

Standish estuvo leyendo durante el resto del día. La biblioteca se desvaneció, y él estuvo paseando por la Tierra con Isobel. Los detalles de su vida cotidiana no eran muy diferentes entre sí, pero Standish descubrió que las semejanzas con su propia vida cotidiana eran de lo más agradable. En las descripciones de Isobel sobre cómo escribía, comía, paseaba por la casa y sus tierras, se escondía algún propósito no formulado, alguna transformación. Todo lo que la joven miraba ardía en su visión. El estanque alargado «hervía», el campo alejado era «una piel verde de animal claveteada al sol». La biblioteca era un «horno, un volcán», y la poesía «lava». Las superficies «relucían» y «lanzaban destellos», todas las cosas «temblaban» con la presión de la fuerza que hervía bajo ellas.

Standish permaneció inmerso en el diario de Isobel hasta cerca de las ocho, pero más que leerlo parecía que se lo estaban leyendo. Su infancia y el otro mundo, más real, que existió dentro de éste o junto a éste, tomaron forma alrededor de él y con ello surgió el recuerdo de Popham, los

sentimientos y el ambiente de la época extraña y terrible que se inició realmente un día deslumbrante en el que, vestido con una gabardina Burberry, siguió a Jean hasta el apartamento de otro hombre, y que concluyó realmente con la enfermera, que no era enfermera, y las sábanas ensangrentadas envolviendo algo que no se podía mencionar, un innominado, a una palabra abortada en una frase tachada. Dentro de él existía un ser más auténtico, y se había dado cuenta de que estaba luchando por salir al exterior.

No podía esperar que un vicario supersticioso enfundado en una sotana manchada pudiera comprenderlo.

Cuando levantó la vista y se dio cuenta de que casi era la hora de cenar, Standish tuvo conciencia de un triunfo total, como el batir de un enorme par de alas en el aire de su alrededor. Por un instante la biblioteca pareció estar impregnada de una ausencia; no se trataba de un abandono repentino sino de una ausencia trémula que presagiaba la aparición de un ser radiante y necesario.

Esta vez Standish tomó el camino más largo hacia el comedor. Se encaminó casi ceremoniosamente hacia su silla y levantó la tapadera del plato de carne con salsa. Encima del mantel, al lado del vaso con ribetes de oro, había una botella polvorienta de Chateau Lafite-Rothschild de 1862.

Después de comer cogió la escalera principal hacia el piso de arriba. El pequeño estudio estaba impregnado del sonido de una risa ausente y del olor del whisky de malta, tanto del que se le había derramado dos noches antes como del que ahora transportaba; el vaso apuntaba hacia la puerta situada frente al estudio como si se tratara de una llave. Salió a la Galería Interior. Le pareció oír a sus espaldas el ruido de un cuerpo ágil desapareciendo de la vista y escondiéndose de nuevo entre las sombras. No, el vicario de Beaswick no podía entenderlo ni podría nunca. Entre su codo y sus costillas se cobijaba una carpeta llena de papeles.

No estaba ebrio. No lo estaba. Caminaba en línea recta por la galería entre los grandes ventanales y los cuadros que iban apareciendo ante sus ojos, y podría haber sido capaz de tocarse la nariz con el pulgar, y la rodilla con el meñique. A su derecha unos caballos ingleses pastaban en un campo pintado; a su izquierda las ventanas de los Seneschal brillaban con una luz de color amarillo claro, y en sus dormitorios, dos Seneschal, hombre y mujer los había creado Dios, yacían separados o entrelazados en su cama o sus camas. Standish oyó sonidos procedentes del patio; se acercó a las ventanas y miró hacia abajo. Una lluvia resplandeciente de diamantes, lava y sangre dorada se dispararon hacia arriba y se desintegraron en el aire antes de descender nuevamente a la tierra. Esta erupción se convirtió en una fuente iluminada por las luces hundidas bajo la grava situada alrededor de su base.

Esswood estaba recibiéndolo, aceptándolo, utilizándolo, como había aceptado y utilizado a Isobel.

Colocó la carpeta encima de la cama, se desnudó y entró en el cuarto de baño. Un demonio sofocado, radiante, lleno de sangre, lo contemplaba desde el espejo. Standish se cepilló los dientes sin apartar la mirada de los ojos brillantes del demonio del espejo. De sus labios borboteaba espuma de una

forma cómica. Se aclaró la boca con agua fría, escupió dentro de la pila, miró otra vez al demonio a los ojos, y luego se echó agua fría sobre el rostro.

En el espejo vio su pene erecto frente a él, tieso como un palo y ligeramente curvado hacia arriba. Una gota transparente rezumó de la punta.

Standish se masturbó sobre la hermosa pila azul floreada, y mientras lo hacía imaginó que se hallaba en un bosquecillo de árboles retorcidos y gesticulantes bajo el aire fresco de la noche. Había una mujer de pie junto al borde del estanque alargado, perfilada por la luz plateada de la Luna; su cuerpo desnudo era como un cristal negro lleno de curvas. Podía sentir las hojas aplastadas, las raicillas retorcidas y las piedras redondeadas bajo sus pies. El aire fresco le erizó los pelos de los brazos. La figura hierática que estaba junto al estanque avanzó unos pasos hacia adelante. Sus ojos brillaban blancos en la oscuridad. Standish tenía dificultades para respirar porque estaba fuera, bajo el frío de la noche, al lado del estanque, no en el cuarto de baño de la Suite de la Fuente. Lo que sentía —el frío, las hojas bajo sus pies— era lo que en realidad estaba sintiendo y no una fantasía, y la mujer amada, quien con sus ojos brillantes y el contorno del cuerpo casi parecía un tigre, avanzó otra vez hacia adelante. Su cuerpo profirió una sólida afirmación, un millón de nervios cerraron de golpe una puerta y abrieron violentamente otra, y las gotas de semen salieron disparadas como el agua de una fuente y se desvanecieron en la oscuridad. Standish se sintió instantáneamente vacío, como si hubiera perdido un litro de sangre. La figura terrorífica que se hallaba ante él parecía sonreír en agradecimiento por su ofrenda. Cerró los ojos aterrorizado y se desmayó...

... pero los abrió en el cuarto de baño; estaba apoyado en la pila y la rodeaba con los brazos. Una nube final de semen blanco rezumó por los dibujos de flores azules. La carne de gallina fue desapareciendo de sus brazos. Agitó la cabeza y se miró al espejo. Su rostro tenía un aspecto cansado, blanco por la conmoción. Se echó agua sobre la cara y roció con agua el interior de la pila. Se sentía como si acabara de descender por las montañas rusas.

En el dormitorio se puso un pijama limpio y planchado que le habían colocado encima de la cama. Sentía el pene vacío. Cuando se acostó en la cama primero olió y luego vio el vaso de whisky de malta que había depositado sobre la mesita de noche. Cogió el vaso sin vacilar y se bebió la mitad de su contenido. Un bola de calor empezó a crecer en su estómago como si fuera una simiente. Ahora se sentía ligero, casi como si no tuviera huesos. Se le escapó la carpeta de las manos y fue a caer sobre su pecho. Justo antes de quedarse dormido se dio cuenta de que se había olvidado de comprobar si los Seneschal habían apagado las luces.

Pero cuando se despertó varias horas más tarde, las habían apagado. Una vez más tuvo la sensación de que alguien estaba en su habitación, pero en esta ocasión la presencia extraña no era amenazadora. Su dormitorio se hallaba completamente a oscuras, sin ni siquiera la tenue neblina que se filtraba por los resquicios de los postigos de la ventana. Una sensación de infelicidad, incluso de rabia, demasiado poderosa para no percibirla, se

desprendía de la presencia en la habitación.

Que ella hubiera regresado demostraba lo mucho que lo necesitaba.

—Sé que estás aquí —dijo en voz baja.

Y entonces William Standish casi se desmayó porque una forma ligera, más pálida que el resto de la habitación, se separó de la oscuridad y avanzó hasta situarse casi junto a su cama. Hasta aquel momento Standish había vivido en un mundo de suposiciones, hipótesis, imaginaciones y fantasías; pero la figura que avanzaba tímidamente hacia la cama era una prueba, una confirmación. Tenía la boca seca.

La pálida figura se acercó más. Sostenía algo entre los brazos. Era un bebé. Su corazón se llenó de tristeza. Pudo ver la parte más alta de la cabeza de la figura y sus cabellos cayendo como alas largas y sedosas. Su palidez le confería una insustancialidad semejante a la transparencia. Parecía apagada, consumida, como una prenda de ropa que se hubiera frotado contra una piedra. Entre la envoltura que ella sostenía, él tan sólo pudo ver un trozo del rostro del niño, una nariz pálida como la cera y unos ojos inanimados. La mujer empezó a levantar la cabeza lentamente mientras continuaba acercándose a él. Vio su frente ancha, sus cejas espesas, el puente de su nariz. Las emociones de Standish se apiñaron como los vehículos en un choque de cadena. Esta era la mujer a quien él había visto vigilándolo desde el estanque alargado, más alta, más esbelta, más grande y menos hermosa que su amada. Posteriormente había aparecido en la ventana de la biblioteca y lo había observado. Era Isobel Standish. Isobel era torpe y obstinada, sensible pero no en el sentido positivo. Standish se dio cuenta de que le disgustaba bastante verla en persona.

Ella necesitaba su ayuda.

Como si eso fuera todo lo que ella había venido a decirle, Isobel Standish dio media vuelta y empezó a internarse en la oscuridad con su bebé.

—No te vayas —dijo Standish, y buscó a tientas el interruptor de la lámpara de la mesita de noche. Una luz repentina y punzante dejó totalmente inmóviles las cosas de la habitación, como si las palmatorias, el pesado armario ropero y el sofá azul hubieran recobrado la vida en la oscuridad y tuvieran que fingir que estaban otra vez inanimadas. La mujer con el bebé muerto había desaparecido. Standish oyó correr agua en el patio y un sonido chirriante que era su propia respiración. Empezó a temblar.

No tenía sentido intentar volverse a dormir. Standish echó hacia atrás las ropas que le cubrían y se levantó de la cama. Se acercó apresuradamente a la ventana y miró a través de las rendijas de los postigos. Las ventanas de los Seneschal se iluminaron durante unos instantes, como si estuvieran emitiendo una señal, para volver a sumirse en la oscuridad.

Todavía sentía el aire frío sobre su piel desnuda, la punzante rugosidad de las hojas bajo sus pies, y cómo aquel ser lo había llamado, le había sonreído y mirado con deseo... Ante sus ojos aparecieron unos puntitos blancos. Se sentó. Entonces levantó el pie izquierdo y comprobó que tenía la planta del pie manchada y pequeñas partículas negras pegadas a la piel. Le pareció que la sangre había dejado de fluir en sus venas. Bajó el pie. Sobre la alfombra había pisadas polvorientas del tamaño de su pie.

Durante un momento Standish supo a ciencia cierta que había

criaturas blancas y fláccidas moviéndose alrededor de él en la casa oscura, buscando sus huellas, necesitándolo: podía oír a los bebés enfermos reptando por los pasillos secretos y la Galería Interior.

«Una vez que te han escogido…»

Standish dio un salto y encendió otra luz. Cogió la carpeta. *El Despertar del Pasado,* pensó; ése era un título típico de Esswood. Se estiró sobre el sofá azul para leer hasta el amanecer.

13

La escritura de Isobel había degenerado en unos garabatos casi ilegibles. Párrafos enteros se unían entre sí para formar un código privado que insistía en mantenerse privado. Tumbado en el sofá azul, casi demasiado asustado para leer, y por otra parte demasiado asustado para no leer, Standish reconoció los síntomas de una gran presión emocional.

La joven de Massachusetts, ahora ya no tan joven, regresó a la Tierra. Durante los tres años de lo que ella denominó su «exilio», su obra y su matrimonio se habían deteriorado. No había escrito nada que mereciera la pena desde que abandonó Esswood, y había dejado de tolerar las atenciones de su marido. Ella tenía conciencia de que su apariencia también se había deteriorado, su cabello se había vuelto débil, sus ojos habían perdido el brillo y su rostro estaba hundido. Era como si se le hubiera privado de algún alimento indispensable. Con gran dolor escribió a su «salvadora», «la jardinera de su alma» y le suplicó que la volviera a invitar. «Por supuesto que sí —contestó E.—. Te hemos estado esperando.» Al parecer, su marido había decidido no oponerse a su marcha y sin duda debía de saber, a la vista del entusiasmo de su esposa, que intentar oponerse a que se fuera significaría el final de su matrimonio. Martin Standish, tan asombrosamente complaciente como de costumbre, quizá pensó que permitiéndole regresar a Esswood una vez más podría salvar la cordura de su esposa. Después de un viaje de siete semanas, la joven se desplomó en los brazos de E. en la estación de ferrocarril, y enseguida la condujeron a la casa por el camino de grava entre los árboles. Un pequeño spaniel King Charles marrón y blanco ladraba a las ruedas de su carruaje. Se echó a llorar en el momento que vio la fachada veneciana. Estaba otra vez en casa. «Te necesitábamos mucho», le dijo E. Aquella noche comió solomillo de ternera con salsa de colmenillas y sintió que la salud y la fuerza regresaban a su cuerpo. Para celebrar su retorno a casa, según dijo E., bebieron un Chateau Lafite-Rothschild de 1860. La vida que ella necesitaba, la única que podía devolverle la vida, la había tomado otra vez entre sus brazos.

Standish miró hacia arriba y contempló la noche sin luna a través de las rendijas de los postigos. En su conciencia se introdujo, para luego desvanecerse, un sonido murmurante y débil que resultó ser el chapoteo del agua de la fuente. Supuso que debían de ser aproximadamente las cuatro de

la madrugada.

Durante un tiempo la joven no fue consciente más que de su alegría por hallarse de nuevo en aquel territorio tan sagrado para ella. Con una oleada de felicidad recuperó su silla en la biblioteca. Paseaba por las terrazas y atravesaba los campos, impregnándose de todo lo que la rodeaba. Con frecuencia se encontraba a sí misma llorando, como si su vida se hubiera salvado de un peligro casi inadvertido. Volvió a recuperar sin esfuerzo el grado de percepción que había alcanzado tres años atrás, y todo lo que la rodeaba llevaba el sello de su propia energía. La tierra «ardía». Los volúmenes de la biblioteca «centelleaban». Las ovejas blancas y rechonchas «resplandecían» en los campos. La poesía llegó en forma de erupción vivida y casi amenazadora que la dejó exhausta y temblorosa. Cada día escribía dos, tres o cuatro poesías nuevas, y docenas de páginas de su diario. Ella era como alguien que profesaba una religión que adoraba a la creación en sí misma, puesto que lo que llenaba a la Tierra de energía y lo que hacía que su escritura saltase con fuerza sobre la página era una fuerza sagrada original que no tenía nada que ver con un dios, ni con Jesucristo, ni con los sacerdotes ni los ritos; se trataba de una fuerza transfiguradora que era su propio dios, salvador, sacerdote y rito. Ella había sido escogida de una forma más decisiva que antes. Ella nunca se iría de allí por propia voluntad, y si alguien la sacaba a rastras, si era expelida como un desecho hacia el mundo inerte de Brunton Road, Duxbury, Massachusetts, inhalaría muerte gris y perecería.

Entre los invitados se hallaba el «vagabundo», el «gitano erudito» que la había ayudado en su despertar. Los famosos ojos color aciano parecían opacos y apagados, sus ropas incluso más raídas, ni siquiera iba especialmente limpio; a Standish le pareció un personaje angustiosamente andrajoso. No obstante, trabajaban codo a codo en la biblioteca, comían juntos y paseaban juntos por los campos estivales. Pasaban muchas horas en la suite de los Seneschal con E., que había caído enferma, y su hijo. La enfermedad de la muchacha había ido empeorando y tenía que permanecer recluida en otra habitación. «Nadie puede ver a mi hija —explicó E., rechazando su petición con un movimiento de la mano—. Está haciendo un viaje y debe realizarlo sola; no obstante, ella te ha necesitado mucho, querida. Todos te hemos necesitado.» El muchacho, tan guapo como siempre, con el mismo bello perfil aguileno de su hermana y de su madre, era ahora un ser ensimismado y macilento. Dormía parte del día, pero cuando estaba despierto agarraba la mano de la joven y le suplicaba que le contara historias. «Todos te hemos necesitado.» La joven captó en los solemnes rasgos aguilenos esculpidos en el rostro de los dos un aspecto hambriento que no era pasajero sino permanente, como si yaciera oculto bajo todo su encanto y talento.

Saliendo de su trance, Standish miró hacia arriba. Una luz tenue había empezado a filtrarse a través de las celosías.

Fuera de la casa cientos de aves, quizá miles, volaban dibujando círculos, levantando un clamor gozoso en tanto daban vueltas y más vueltas.

Necesidad y hambre, pensó el horrorizado Standish. Rasgos aguilenos.

La joven preguntó a su gitano erudito si conocía la escalera secreta y el pasillo secreto. Ella comprendió, al ver cómo alzaba las cejas, que el hombre pensaba que le estaba tomando el pelo, dando una nota de misterio literario a su narración. No estoy bromeando, replicó la joven, de verdad que existe una escalera secreta. ¡Oh! ¿De verdad?, respondió el gitano erudito. ¿Qué has estado leyendo, romancera de Duxbury? *¿El castillo de Otranto?¿ElMonje?* No, ni tampoco *Varney el Vampiro,* contestó ella, pero ¿cómo crees que voy por toda la casa sin que me vean? ¿Me traslado por arte de magia? Enséñamelo, querida, yo soy tu esclavo, suplicó el gitano erudito, y la joven lo condujo hacia arriba por la gran escalera principal y a través de la habitación que ya no se utilizaba y que en otros tiempos, cuando el marido de E. se dignaba pasar los períodos en los que se interrumpían las sesiones del Parlamento en Lincolnshire, era su estudio, lo cual resultaba un nombre poco apropiado para denominar cualquier actividad que se hubiera realizado jamás en aquella pequeña habitación —por cierto, ¿cuándo iban los sirvientes a arreglar aquella luz precaria, como la denominaba E.?—, y luego por la Galería Interior, pasando por delante de las ventanas desde las que se podía contemplar la fuente, sin olvidarse de saludar con la mano al querido muchacho serio que miraba Dios sabía qué desde la habitación de su madre, y hacia el interior de la Suite de la Fuente tan querida por la joven. Mientras su alma gemela estaba admirando el zorro disecado y el helécho, ella se introdujo en la habitación contigua, cruzó la puerta en dirección a la escalera y le gritó: ¿Puedes encontrarme? El se guió por el sonido de su risa, abrió la puerta y entró para reunirse con ella detrás de las paredes diciendo: Prímula, aciano, lirio, jacinto, rosa. Ahora ya conoces mi secreto, dijo ella, y lo condujo escaleras abajo hasta la biblioteca. Por las noches oigo extrañas criaturas que se mueven por aquí. Pero tengo una ventaja sobre ellas, aunque se trate de criaturas extrañas de la noche. No, tú tienes «la ventaja», replicó el vagabundo, el gitano erudito, tú ocupas un lugar especial en esta casa, te han admitido en ella, ya has oído a E., ellos te necesitan. Porque yo los necesito a ellos todavía más, contestó la joven, y él sonrió y agitó la cabeza. Sin embargo, a veces tengo bastante miedo, se acerca un gran cambio para todos nosotros y no sé si tendré la suficiente valentía para aceptarlo. Después, como él parecía perplejo y deprimido, ella prosiguió. Mira, tengo misteriosos tesoros, y cogió su mano en el interior de su reino privado situado tras las paredes y lo condujo por la escalera cada vez más abajo, hasta que se hallaron sumidos en la más completa oscuridad debajo de la tierra. Verás lo que yo he visto, dijo ella, y lo condujo a través de un laberinto de pasillos de piedra.

¿Sabrás encontrar el camino de regreso?

Oh, no existe camino de regreso, siempre hay que ir hacia adelante.

Finalmente ella cogió su mano y dijo: Aquí. Era un pasillo como otro cualquiera, de piedra, oscuro y con puertas a ambos lados. Ella abrió la más cercana y dijo: Aquí está la habitación de los huesos secos, donde se reunieron otros invitados que estuvieron aquí antes que nosotros. ¿Quién se está riendo?, preguntó él, entrando tras ella en una habitación con un montón de huesos secos roídos, no somos ni tú ni yo, pero hay una risa que nos sigue. Es el tesoro que se está riendo, contestó ella, y lo sacó de allí para atravesar otra puerta donde había tres grandes casas de muñecas colocadas

una al lado de la otra, debajo de la reproducción de un cuadro en el que un alegre spaniel King Charles retozaba junto a la rueda derecha de un carruaje que se dirigía a Esswood House. Las casas de muñecas eran reproducciones en miniatura de Esswood House, y en una de las ventanas delanteras de cada casita brillaba una tenue luz parecida a la de una vela encendida.

Inch-Me, Pinch-Me y Beckon-Me-Hither son aquí los amos, explicó la joven. Dentro de cada casa hay habitaciones con platitos de oro y copitas de oro, y una habitación donde las botellitas llenas de vino están alineadas en filas, y la oscura y pequeña biblioteca donde Inch-Me, Pinch-Me y Beckon-Me-Hither hacen ver que leen como las personas importantes de allí arriba. Y todavía tengo que enseñarte la enorme sala de calderas, donde la caldera encendida de la que ellos se ocupan arde sin cesar, y la última habitación, la habitación final, la habitación definitiva, como tú dirías. Y ambos oyeron un tumulto de sonidos tras ellos y se dieron la vuelta, la joven con un éxtasis casi temeroso, para descubrir no lo que ella esperaba ver, sino al joven hijo de E., Robert, el heredero de la Tierra y de todos sus tesoros si la caldera continuaba ardiendo incesantemente en su pecho vivo y estrecho.

Por supuesto, se dijo William Standish, y oyó que los pájaros habían dejado de armar alboroto. Lo supe desde el principio. Supe quién era él y también quién era ella.

¿Buscando inspiración para escribir poesías?, preguntó el muchacho. A menudo me pregunto de dónde proceden las poesías, y ahora veo dos poetas y lo sé. ¿Habéis visto bien nuestros sótanos? Yo os puedo mostrar otras cosas, si queréis. Sonrió juguetón, y la joven y su gitano erudito le pidieron por favor que les mostrara maravillas, nuevas maravillas. Y el muchacho los condujo más allá de la habitación de la caldera encendida y la diminuta silla vacía del diminuto vigilante de la caldera, y subieron otra vez a la casa y pasaron por el pasillo de mamparas para salir al exterior, al calor resplandeciente. El rostro del muchacho, tan parecido al de su madre, estaba inundado de una extraña luz transparente proyectada por los escalones de mármol. Los condujo a través del enrejado hasta lo más alto de las escaleras.

E. y otros invitados estaban sentados sobre una alfombra turca extendida en la sombra, y la anfitriona hizo señales con la mano al grupo de tres personas que se acercaba. Los otros invitados eran: G., un poeta que acababa de llegar a Londres desde Yorkshire; N., un pintor de retratos, y su amante O., tan pálida y con un aspecto tan fatigado que la joven sospechó que tomaba opio; Y., D. y T., jóvenes novelistas que habían llegado de Oxford para conquistar el mundo literario, vivían juntos en una casa de Chalk Farm y hacían críticas de libros para *TLS,* y J., un banquero literario y coleccionista de libros de Nueva York. La joven tuvo la impresión de que aquél no era un grupo particularmente brillante. Incluso E. había perdido interés en Y., D. y T., cuyos elaborados epigramas, lánguida afectación y excesivo entusiasmo por la bodega aseguraban que nunca recibirían una segunda invitación.

Todas estas personas saludaron al trío que apareció ante sus ojos, y E. llamó a la joven, como pudiera haber llamado a una criada, para encargarle

que hablara con la cocinera sobre la calidad de la carne de cordero del mercado. La joven ya estaba involucrada en los asuntos domésticos diarios de Esswood.

Bajaron haciendo ruido por la escalera de hierro hacia el estanque alargado y los árboles retorcidos. Robert los condujo a los árboles, preguntando: ¿Habíais venido aquí alguna vez durante vuestros paseos? Oigo otra vez esa risa, dijo el vagabundo, ¿quién se ríe? Pensó en negarse a seguir, pero la joven lo cogió de la mano y lo arrastró tras el muchacho danzarín hasta el interior de los árboles. Son Inch-Me, Pinch-Me y Beckon-Me-Hither, contestó ella. Es el hijo del guardabosques, dijo el vagabundo, que está buscando zorros. ¿Es que el viejo William tiene ahora un hijo?, dijo Robert, yo creía que vivía solo, sin mujer ni nada. Nuestra joven señora debe de estar en lo cierto, aunque no recuerdo haber oído esos nombres con anterioridad.

Desde las terrazas parecía como si sólo unos cuantos árboles separaran el estanque de los campos, pero en realidad había muchos más árboles al otro extremo del estanque, una ilusión creada por un valle o un pliegue de la tierra a la que los condujo ahora el muchacho. La luz del sol caía proyectando formas y lentejuelas sobre el terreno blanco. Como ya sabéis, mis hermanos y hermanas yacen aquí, dijo el muchacho, y el terreno se volvió plano otra vez y los árboles se separaron ante él retrocediendo como señoras ante una descortesía. Un claro circular yacía abierto al sol, pero fuera de la vista de la casa, sólo visible a los ojos de los milanos y mirlos que revoloteaban por encima de sus cabezas.

Tres montículos de escasa altura ocupaban el centro del claro, por encima del cual había crecido gran cantidad de hierba larga y sedosa. El primer pensamiento que tuvo la joven hizo que se le pusiera la carne de gallina: la larga hierba extremadamente agradable a la vista parecía bien fertilizada, bien alimentada, para ser más exactos, y ella apretó el brazo de su compañero con más fuerza. No tienen lápida, comentó el vagabundo. No la necesitan, ya sabemos sus nombres, replicó el muchacho. Su rostro infantil se cubrió de sombras furtivas. Un lugar mágico, pensó la mujer para quien la magia no resultaba tan agradable como la hierba de pelo largo. Un pájaro, algún pájaro, canturreaba entre los árboles. Aquí está nuestro corazón; supongo que podríais escribir poesías inspirándoos en todo esto, sugirió el muchacho, y su rostro se volvió tan complejo que la joven profirió un grito, sin saber si era de dolor o de temor.

El muchacho había desaparecido cuando ella levantó la vista de su refugio en los brazos del gitano erudito, y un penetrante olor a macho pareció hacerla levantarse de la tierra. Ella lloraba a la luz del sol torrencial. El gitano la besó, la levantó, la puso sobre la hierba e hizo que tanto sus ropas como las de ella desaparecieran mientras besaba su cuello y sus hombros; y ella gritó de placer cuando él la penetró con fuerza, e hicieron el amor no por primera, ni por segunda, tercera, ni por décima o vigésima vez.

Standish apartó las páginas. Su exterior, su envoltura, parecía haberse desprendido de su interior y tener capacidad de movimiento, mientras que el interior de Standish, el Standish real, estaba sentado entumecido y

petrificado. De nuevo le asaltó el recuerdo vivo de aquel Standish sudando, enfundado en su sombrero y su gabardina en una calle de Popham, mirando hacia arriba, hacia su ventana tras la que un repugnante amigo traidor estaba jodiendo con su no menos repugnante esposa traidora. Se dio cuenta de que eso era exactamente lo que tendría que haberse esperado: el regreso de Isobel a Inglaterra fue demasiado apasionado para no ser romántico, por lo menos en parte. Por supuesto que ella había tenido una aventura desde el principio. Martin Standish y Duxbury, Massachusetts, habían deteriorado su talento, y el «gitano» que lo había liberado la había satisfecho al engendrar un hijo en su vientre. «Ellos huyen de mí», se dijo Standish…

… y vio de nuevo, como desde debajo del ala del sombrero en una noche cálida y sin viento en la que el tráfico zumbaba y rugía a su alrededor, como un enjambre de abejas a su espalda, una ventana iluminada en un edificio de apartamentos. El zumbido de las abejas sacudió al mundo. Una semana antes Jean le había dicho que estaba embarazada y que esperaba que él creyera que el niño era suyo.

Standish se estremeció, y por un momento le pareció que iba a vomitar sobre el manuscrito. D. de P. ¿El Despertar del Pasado o El Despertar del Poeta? La Deslealtad del Profesor. El Desalmado del Pretendiente.

De la habitación contigua le llegaron unas risitas tontas infantiles. Apartó el manuscrito y observó a su cuerpo levantarse de la cama y cruzar hasta la puerta para abrirla. Su cuerpo habría deseado hacer esto, porque el Standish interior fue incapaz de ordenar a su cuerpo que se detuviera. Sin embargo, todo iba bien. Los duendecillos del sótano no habían volcado ninguna mesa ni roto ninguna lámpara. Empezó a relajarse. Luego, tanto el Standish interior como el exterior se quedaron de nuevo petrificados. Sobre la alfombra situada frente a la puerta de la Galería Interior había un sobre blanco largo. Él los había oído. Inch-Me, Pinch-Me y Beckon-Me-Hither habían venido y le habían dejado un mensaje. Bienvenido a la realidad, diría, ahora no necesitas sombrero ni gabardina, no estarás más apostado en las esquinas de las calles con la boca seca y el corazón latiendo con violencia. ¡No, señor! Dio un paso hacia adelante y miró temeroso el sobre. Estaba franqueado con un sello inglés, y en él figuraban su nombre y la dirección de Esswood. El nombre y las señas estaban escritos a mano con letra inclinada y tupida, que al cabo de unos instantes reconoció como la de su mujer. Standish se inclinó y cogió el sobre, que llevaba un matasellos de Londres.

Al instante sintió una oleada de repugnancia. Jean y el pájaro que llevaba en su vientre lo habían perseguido: no podían concederle ni siquiera una semana de tranquilidad. En cualquier momento aparecerían por la puerta y entrarían en la habitación andando como los patos, dejando caer migas de galletas y trozos de donuts a su paso.

Preparado absolutamente para todo, Standish se sentó, abrió el sobre y extrajo la carta de su esposa.

14

Querido William:

Seguro que no esperabas tener noticias mías tan pronto. Ha ocurrido algo de lo más curioso: ayer me encontré con Saúl Dickman, quien me dijo que iba a pasar el resto del verano en Inglaterra. Su único deseo era poder estar en un lugar agradable, como tú, con un proyecto tan emocionante como el tuyo. De todos modos, le pregunté si podía llevar una carta y enviarla por correo cuando fuera a Londres. Si la recibes, es lo que hizo. Entrega en tres días; no está nada mal, ¿verdad?

Deseaba escribirte por múltiples razones, William. Se te veía muy tenso antes de marcharte: cuanto te llevé al aeropuerto echabas espuma por la boca cuando alguien nos adelantaba, y cuando anunciaron tu vuelo estabas tan alterado que no te habrías despedido si yo no te lo hubiera recordado. Tenías una mirada espantosa. Esto me preocupa mucho. Pero no sé qué puedo decirte, porque ignoro cuánto te puedes enfadar. De todos modos, espero que durmieras en el avión porque tu estado se debía en parte a la falta de descanso. Y tú nunca has sido de la clase de hombre que se relaja con facilidad, ¿verdad, William? Quiero decir que hay muchas cosas que tú consideras normales, y supongo que yo tampoco soy perfecta, ya sabes lo que quiero decir.

Pero también sabes por qué estoy preocupada. Lo deberías saber. No quiero que te enfades conmigo; las cosas han ido bastante bien entre nosotros en estos últimos años. Pero ninguno de los dos olvidará jamás lo que ocurrió en Popham. Por supuesto que se echó tierra a todo el asunto y tú saliste adelante. Yo lo superé. Conseguimos perdonarnos el uno al otro. Incluso conseguiste otro trabajo. Vero aquello ocurrió. William, yo no quiero que nunca más vuelva a suceder algo parecido. No voy a perder este bebé, puedes estar seguro de eso, pero para mí también es muy importante que te cuides. Si empiezas a sentir otra vez lo que sentiste entonces, vuelve a casa. VUELVE A CASA. No te pierdas. No me olvides. Todo va bien.

Zenith es un lugar agradable, pero ¿no podríamos vivir en cualquier otro lugar sin que tú dejaras de ser William?

Yo también necesito que me tranquilicen. Mucho, como tú. No sé si estoy tratando de tranquilizarte a ti o de tranquilizarme a mí escribiéndote de esta manera... Sé que me costaría mucho decirte cosas como éstas cara a cara. Espero que me escribas o que me telefonees, aunque sólo sea para levantarme el ánimo. Me encuentro tan pesada que apenas puedo ir al cuarto de baño, y orino cada vez que eructo. Tengo un peso en el corazón que se niega a desaparecer. Tengo miedo de que algo vaya mal. Ya sé que no existe ninguna razón para ello, pero tengo miedo de que sea todo como la otra vez, como aquellos tiempos terribles que pasamos, y que tenga que hablar con abogados y policías, y cuando estoy tan preocupada pienso que ojalá estuvieras aquí, así podría comprobar que estás bien.

Escribe, por favor, haz un buen trabajo y regresa pronto a

casa.

Te quiere,

Jean.

P.D. He buscado ese lugar donde estás en un libro de consulta, ¿la Guía de Oxford de la Literatura Inglesa? Algo así. ¡Vaya sitio! ¿Has descubierto ALGO? ¿Existe realmente un gran secreto oculto? ¿O no debería hacer preguntas sobre eso?

15

«Saúl Dickman, —pensó Standish—. No era ninguna sorpresa. Ayer me encontré con Saúl Dickman. Ayer estuve hablando con el bueno de Saúl, que ha estado casado dos veces, y que es capaz de ver un objeto sexual incluso en una miserable burbuja histérica como podía ser Jean Standish.» Standish hizo una pelota con la carta y la lanzó a la papelera.

Veinte minutos más tarde, una vez duchado y vestido, salió a la Galería Interior. Un pequeño corte con la navaja de afeitar, al lado de la nuez, imprimió una constelación de manchitas rojo amarronadas sobre el cuello de su camisa cuando Standish pasó frente a las ventanas. Torció el cuello para observar las ventanas de los Seneschai, y se imaginó que veía a un muchacho de rostro angelical y sombrío, la versión más joven de Robert Wall, que lo miraba. El no podía ver al muchacho a menos que mirara a través de los ojos de Isobel, y en ese momento pudo ver con claridad ensoñadora al muchacho de cabellos oscuros que cuando creciera se haría llamar Robert Wall, apoyado contra el cristal situado enfrente. El muchacho lo seguía de una manera que al principio pareció indiferente, pero que en realidad estaba cargada de una atención eléctrica. Era lo que ellos habían visto mientras atravesaban la Galería Interior. La languidez aparente, el hambre real. «Es mejor no abandonar Esswood jamás»; así es como ellos hacían las cosas, te lanzaban esas diáfanas telarañas por encima para comprobar si descubrías cómo estaban hechas antes de que se desvanecieran. Ah, usted tenía diez años en 1914, ¿verdad, señor Robert Wall? ¿Y quiere usted dar a entender que su aspecto general a los ochenta y seis años, por no mencionar el de su hermana a la edad relativamente aún más asombrosa de ochenta y tres u ochenta y cuatro, es parte de la razón por la que es mejor no abandonar Esswood jamás?

Standish entró a oscuras en el estudio, y en su mente vio los ojos de la mujer que había penetrado en su habitación con su bebé muerto: se imaginó a Isobel abrazándolo, estrujándolo entre sus brazos pétreos, con toda aquella desesperación vertiéndose en un molde romántico y desbordándose.

Descendió la escalera a toda prisa, viendo todas las cosas como eran

setenta y tanto años atrás. Aquellos ancianos estaban dos generaciones más cerca, y lo que ocurría bajo su mirada era una burla deliberada. Las generaciones anteriores de los Seneschal habían vivido tranquilamente, enterrado a sus muertos, contribuido a engrosar la biblioteca, y ocultado a sus afligidos. Algunos desgraciados como el fallecido señor Sedge habían alimentado sus horribles apetitos. A través de los ojos de Isobel, Standish vio el derroche realizado por Edith para reemplazar las costumbres reservadas de sus antepasados. Imaginarios tropeles de gente estaban repantigados en los muebles, hablaban incesantemente, invadían la bodega, acababan con todo lo que había en la cocina. Ensuciaban las sábanas, manchaban las alfombras y llenaban cada habitación con una confusión de sonidos, humo y color. Espíritus parlanchines y descarados, llenos de una «vida» falsa y accidental, algunos de ellos enfermos, algunos de ellos tosiendo sin parar, algunos de ellos tan borrachos como Jeremy Starger, algunos tan remilgados como Chester Ridgeley, algunos hombres metiendo siempre sus zarpas en los escotes de las mujeres, tocando, tocando, algunas mujeres siempre dirigiendo miradas a las braguetas de los hombres, tocando en secreto, como Jean Standish al otro lado de una ventana situada en un apartamento alto de Popham. Los vio luego en parejas sentados en el Salón Este, retorciéndose las manos, moviendo sus labios en su incesante e inteligente charla, sin soñar jamás lo que se soñaba acerca de ellos desde detrás de las paredes y les esperaba.

Usted ha sido escogido, había dicho «Robert Wall». Standish jadeó con repentino acaloramiento mientras bajaba apresuradamente por la escalera. Sentía que la ropa le quemaba y le ahogaba. Se quitó la chaqueta y la lanzó a un lado cuando alcanzó el último peldaño. Standish corrió por la gravilla hacia el lado de la casa y se adentró en el enrejado.

Se hallaba envuelto por una fragancia caliente, intensamente sexual. Desde detrás del techo y de las paredes verdes entrelazadas llegaba un zumbido vivo, intenso y uniforme, parecido al de una colmena. Standish salió bruscamente del enrejado esperando ver un enjambre de abejas o de avispas revoloteando sobre la terraza, pero el aire era puro, cálido y vacío. Se seguía percibiendo aquel sonido intenso y chisporroteante que llegaba al mismo tiempo de todas partes. Popham: el sudor le resbalaba por la frente. Standish se detuvo y se limpió la cara con la manga. Invitados imaginarios alzaban la vista desde sus tumbonas, barbas inclinadas y ojos penetrantes, y hacían ver que sacudían el polvo de las mangas de sus ropas quizás elegidas con demasiado cuidado. Se alejó de sus murmullos como había hecho Isobel, y se dirigió con paso rápido hacia la escalera de hierro. Grandes manchurrones oscuros salieron a la superficie desde su cuerpo y se incrustaron en su camisa. Bajo los tenues sonidos confusos que emanaban de insectos de verdad y los leves susurros de las hojas del bosquecillo situado al otro extremo del estanque, persistía aquel zumbido de un enjambre de abejas semejante al de un tráfico activo e indiferente a espaldas de un hombre vestido con una gabardina Burberry en Popham, Ohio, en una noche tan calurosa como aquélla. Una semana antes ella había dicho que estaba embarazada. Y esperaba que él se creyera que el pájaro que llevaba dentro era suyo. Llegó a la escalera y descendió corriendo por las terrazas bajo la luz del sol.

Al pie de la escalera pudo ver con los ojos de Isobel la esbelta figura de un hermoso muchacho, quizá vestido con una camisa color crema, quizá con una abertura en el cuello, observando con la cabeza ladeada desde lo alto de la escalera oxidada. No se trataba del hijo del guardabosques, porque el viejo William no vivía con ninguna mujer. Standish fingió indiferencia ante el tráfico que rodaba en aquella calle de Popham, en el exterior del apartamento de un hombre cuyo nombre nunca permitió, incluso ahora, que entrara en su mente excepto camuflado, como por ejemplo cuando la vista se fijaba en el envase de una CIERTA pastilla para la tos, o en un contacto similar, como si uno aborreciera a un señor llamado Park y en un viaje de negocios a Gotham se encontrara en el Central.

Intenta no pensar en un oso blanco. A Standish se le daba muy bien eso de no pensar en osos blancos.

El sonido zumbante similar al de un enjambre de abejas en una calle de Popham se hizo más intenso al pie de las terrazas.

Standish empezó a moverse más despacio hacia el bosquecillo de árboles retorcidos a la derecha del estanque alargado. Era precisamente de aquí de donde procedía el sonido semejante al de un enjambre de abejas, y cuando pasó junto al primer árbol, Standish imaginó que ese sonido yacía debajo de toda la Tierra, que era un sonido mundano impersonal, que ya no se percibía, al igual que la palabra Park a menos que uno estuviera en el Central.

Los árboles retorcidos eran robles y tenían cientos de años. Hacía tiempo que se habían deformado por algún proceso semejante al de atar los pies para evitar que crecieran. Las ramas se enrollaban hacia afuera y se expandían en laberintos alrededor de sus gruesos cuerpos enanos. Su amada feroz había estado allí de pie, vigilándolo. Standish miró a través de las ramas hacia los campos verdes salpicados con ovejas rechonchas e inmóviles.

Nada se conoce al oírlo sólo una vez, nada se conoce la primera vez. Una cosa debe repetirse una y otra vez para que se haya dicho en realidad.

Ante él, invisibles excepto como un pliegue en el paisaje incluso desde la terraza más alta, los árboles continuaban bajando en pendiente; estaban tan juntos que Standish era incapaz de ver el fondo de la pendiente. Empezó a andar cuesta abajo. Ochenta años atrás, cuando aquellos árboles eran jóvenes, habrían existido sendas que los atravesaban, pero ahora las ramas estaban demasiado juntas. Standish descendió unos tres metros, pero los árboles tan juntos le impidieron avanzar más allá. Dio un rodeo buscando el modo de internarse entre los árboles, y finalmente retrocedió unos pasos hacia el estanque, se arrodilló y empezó a reptar por debajo de la maraña de ramas.

16

Bajo sus manos se extendía una blanda alfombra marrón de hojas troceadas y tierra guijarrosa suelta que tenía el aspecto de haber pasado a

través del aparato digestivo de un enorme insecto. Los robles enanos formaban una especie de entrada baja en arco, aunque Standish no vio ninguno de los claros de luz a través de los cuales Isobel había pasado en su camino por el bosque. La oscuridad iba en aumento a medida que avanzaba, y pronto se encontró moviéndose con dificultad a través de una noche intermitente. Al cabo de un rato Standish se dio cuenta de que se había perdido. Se había alejado por equivocación de la senda que conducía al claro. Tenía las rodillas mojadas y las manos llenas de arena. Standish se desplomó sobre la tierra húmeda. Todo su cuerpo estaba empapado en sudor. Apoyó la cabeza sobre el dorso de sus manos. La tierra murmuraba y se movía con temblores casi impalpables como la piel de un animal. Hizo un esfuerzo para volver a ponerse de rodillas.

Unos cinco minutos más tarde la oscuridad se moduló hacia un gris suave, y poco después la luz solar empezó a abrirse paso por entre las ramas enmarañadas de los árboles. Manchas de luz se proyectaron en el suelo. Le ardía la espalda. El zumbido del enjambre se había hecho más intenso, más denso, como si muchas voces se esforzaran por formar una gran voz. Entonces Standish se dio cuenta de que se hallaba en el lugar donde Isobel y el gitano habían seguido al niño Robert, porque los dedos entrelazados se habían separado por encima de él, y ya podía ver su sombra rechoncha, cuadrada y sin cabeza.

El ruido chisporroteante había cesado: se hallaba en el centro mismo del ruido. Standish gruñó y se puso en pie. Sus rodillas estaban sucias y empapadas, y su camisa había tomado un color oscuro por el sudor. Estaba en el borde de un círculo formado por árboles que rodeaban un claro de unos cinco metros de diámetro, como la huella de una máquina gigante. Hierba larga y sedosa cubría el claro como una manta. En el centro se hallaban los tres montículos que había visto Isobel. Apenas se podían distinguir uno del otro y de la tierra que los rodeaba. No tienen lápidas, no las necesitan, nosotros ya sabemos sus nombres.

Standish espiró, comprendiéndolo todo por fin, y oyó al instante que el sonido se desvanecía dentro de aquel sonido de mayor intensidad pero todavía inaudible del tráfico del alma que era el ruido de la colmena. Mágico, había escrito Isobel con ortografía antigua, y por una vez ella tenía razón. Aquello era mágico. Aquél había sido siempre un lugar sagrado, probablemente porque aquélla era una de las maneras de denominarlo, pero ahora era más que eso por la gente que ellos usaron y enterraron allí. Edith no estaba enterrada allí ni ninguno de sus hijos, porque ninguno de ellos había muerto. Pero había otros que sí yacían allí.

Standish atravesó la hierba y se situó delante de los montículos. Con un gruñido se echó sobre la tumba común. Al contacto con su mejilla, la hierba era como el cabello largo y frío de su amada. Extendió los brazos y abrazó la tumba. El sol caía sobre su espalda. Gruñó otra vez y cogió un puñado de hierba sedosa con los dedos. Debajo de la tierra, con Isobel, yacía un niño perdido que lanzaba alaridos para que lo liberaran con todos los demás, gritando como una criatura pálida con el rostro apretado contra una ventana.

¡Cuánta energía posee un niño perdido, cuánta fuerza! ¡Qué voltaje tan elevado tiene esa pila!

Standish se separó de la tumba. Hizo un débil esfuerzo por sacudirse la suciedad y las hojas rotas pegadas a sus pantalones. Luego se limpió las manos en los pantalones y miró hacia arriba, a las aves que revoloteaban por encima de su cabeza. Sus alas se extendían orgullosas, como las de las de aves de presa. El centro de Esswood seguía moviéndose, ampliándose a medida que una cosa iba rimando con otra en el poema que era. Standish se volvió de espaldas a la tumba y se dirigió hacia el muro circundante de árboles. Enfrente mismo de él se hallaba la senda por la que Isobel y su amante habían seguido al joven Robert Seneschal hasta el claro. En el suelo, bajo las ramas gemelas, pudo observar las huellas de su propio paso por aquel lugar. Se puso de rodillas, que parecieron gritar de dolor, y empezó a reptar hacia atrás en dirección al bosque.

En un tiempo que le pareció la mitad del que había tardado en llegar al claro, la luz lo alcanzó y los árboles se separaron, y pudo ver la pendiente que conducía hacia el estanque y la primera terraza. Se puso en pie y subió por la pendiente, agarrándose de vez en cuando a una rama para darse impulso hacia adelante.

17

Una vez en lo alto de la escalera de hierro se encaminó a través de la hierba ardiente hacia el enrejado. Un grupo de fantasmas lánguidos alzaron sus tazas de té y lo observaron por el rabillo del ojo mientras pasaba por allí. Standish se introdujo en el enrejado. Hojas gruesas de un verde tan oscuro como el de las espinacas se ahuecaban para recibir el líquido tembloroso de la luz del sol. Penetró en la casa por la puerta de la cocina, que no estaba cerrada con llave, y se encaminó hacia la escalera que conducía a la despensa y al comedor. Al lado de la escalera había una puerta que hasta entonces no había intentado abrir. La puerta daba a las escaleras del sótano.

Una vez abajo se dirigió hacia la habitación de la caldera, recorriendo a la inversa su ruta anterior por el sótano. En el pasillo de piedra las puertas se hallaban abiertas, y Standish pasó frente a la habitación que contenía tigres disecados y perros de felpa llenos de polvo. Todas las puertas que había abierto seguían estando abiertas. Standish siguió caminando deprisa.

Se volvió hacia la puerta abierta que conducía a la celda de cemento con su sillita usada. En el cuadro de la pared, el perro juguetón retozaba frente a las ruedas del carruaje. Standish atravesó la segunda puerta abierta, pasó por delante de la caldera negra y se dirigió hacia la pared donde estaba la colección de hachas.

Descolgó la más grande de su soporte, la sopesó, la volvió a colocar en su sitio y luego cogió la segunda en tamaño. Probablemente aquélla no le haría perder el equilibrio. Con el hacha en la mano volvió al pasillo.

Desde la habitación de la caldera subió a toda prisa el corto tramo de peldaños que conducía a las dos puertas cerradas con llave que había tratado de abrir en su anterior viaje al sótano de Esswood.

Al llegar a lo alto de la escalera salió a otro pasillo oscuro. Allí había

cuatro puertas cerradas. Standish se dirigió a la primera, balanceando el hacha mientras se acercaba. Esta era la segunda puerta cerrada que había intentado abrir, la que estaba junto a la habitación llena de montones de periódicos viejos. Hizo girar el pomo. La puerta aún seguía estando cerrada con llave. Standish retrocedió unos pasos, levantó el hacha sobre su cabeza y la dirigió hacia la mitad de la puerta.

La cabeza del hacha se quedó clavada en la madera. Standish la movió para sacarla de allí y volvió a hundirla otra vez. El sudor le cegaba. Se frotó los ojos con una mano sucia y dio otro hachazo a la puerta, que empezó a astillarse. Después de golpearla varias veces más pudo meter un brazo por un agujero en la madera y hacer girar el pomo desde el interior. Una especie de cuchillo de madera tosca le produjo un corte en el brazo y la sangre empezó a brotar alegremente de la herida y a deslizarse por su brazo.

Standish abrió la puerta.

Había esperado encontrar casas grandes de muñecas con una abertura lateral que permitiera a un niño el acceso a cada una de las habitaciones, pero lo que encontró en realidad eran Esswoods en miniatura, más grandes de lo que había esperado e idénticas a su modelo; tenían hasta las manchas de agua que goteaban desde las esquinas de las ventanas. Eran casas de verdad, casas de muñecas, alineadas como las de una calle. En lo alto de la pared, como el Sol en el firmamento, estaba colgada otra reproducción del grabado de la sala de estar de Standish, el perro haciendo cabriolas, el carruaje en marcha. En cada tercera ventana empezando por la derecha brillaba una luz tenue. Standish se quedó sin respiración. Era como si tres personitas tuvieran que regresar del trabajo en cualquier momento. El suelo estaba lleno de diminutos huesos blancos —huesos de pollo—, tan secos que se quebraron cuando Standish los pisó.

Las escaleras frente a las casas en miniatura eran de mármol, talladas por artesanos cuyo silencio se compró con una suma de dinero desorbitada. Miró por una de las ventanas y vio tapices de sesenta centímetros de largo y alfombras de noventa centímetros de ancho, y sillas de unos treinta centímetros de altura tapizadas en rojo y oro. Allí habría platos de oro de unos siete centímetros de diámetro, y tenedores de oro del tamaño de la mitad de su dedo meñique, y va-sitos de vino que se quebrarían en sus manos. ¿Habían dormido en camas, o Edith había ordenado que les hicieran jergones tejidos con lana suave? *¿Y* por la noche daban alaridos de dolor y de terror, y Edith bajaba a consolarlos?

Standish pensó que no era probable. Su madre había sido como el Dios del cielo del cuadro situado sobre sus casas, un ser amado u odiado pero siempre invisible, que se había desvanecido en el firmamento.

Antes de la generación de Edith, ¿habrían morado otros Seneschai en las casitas? ¿Seneschal afligidos que habían vivido ocultos a los ojos de todo el que visitaba la casa grande por la que estaban rodeados? Era probable, porque en el siglo XX el único hombre que Edith encontró para casarse fue su poco satisfactorio primo segundo, que a su vez tampoco había encontrado a nadie más que a Edith para que se casara con él.

¿Y alguno de los ilustres huéspedes de Edith se habría enterado alguna vez o habría sospechado del secreto de Edith? Eso era más probable, pensó Standish, porque después de un tiempo todos los que iban allí eran sólo

escritores de poca monta, como Y., D. y T., y finalmente ya no acudió nadie más: ni coches, ni carruajes que los perritos pudieran seguir. ¡Y pensar en lo que ellos habían escrito! Henry James y la loca de su institutriz, que llegaron a una casa apartada para cuidar a dos niños afligidos, E. M. Foster y su cuento de la gente que vivía en una gran colmena, la tierra baldía y los hombres huecos de Eliot... Muchos de los huéspedes de Esswood se habían enterado de algunas cosas; Isobel fue más lejos que los demás, e Isobel nunca salió de allí.

«Es mejor no abandonar Esswood jamás», recordó Standish.

Retrocedió, alzó el hacha y la dejó caer con fuerza sobre la primera casita. Las paredes delgadas de yeso se desmenuzaron como el pan duro, y unos pequeños cuadros en sus pequeños marcos, unas sillitas y una camita cayeron al Salón Oeste desde un dormitorio para invitados. Otro hachazo convirtió la escalera principal en astillas y palillos. Otro hizo saltar los libros en miniatura de las estanterías en miniatura y rajó el retrato que pendía encima de la repisa de la chimenea. Los suelos se partieron como troncos de leña y la caldera de treinta centímetros de altura se convirtió en fragmentos de tuberías metálicas. El techo abovedado de la biblioteca se hizo añicos en una lluvia de caramelos. Standish blandió otra vez el hacha y el contenido de un armario de cocina estalló hacia arriba, hacia el interior del comedor en ruinas. Una mesa de un metro de longitud se desplomó sobre el suelo inclinado y aplastó una fregadera en miniatura. Huesos como palillos y mariposas de tela salieron despedidos hacia arriba como la yesca. El Salón Este se desintegró, y los dormitorios del Ala Este se aplastaron contra la pared. Standish tardó casi una hora en reducir la primera casita a un montón de escombros de los que sobresalían un pedazo de una estantería para libros, una fregadera de porcelana, un librito forrado con tafilete de becerro y la esquina curvada de madera del marco de una ventana. Después se acercó a la segunda casa, y tres cuartos de hora después a la tercera.

Cuando hubo destruido también esta última, se despojó de su camisa y la arrojó hacia atrás. Los brazos le dolían tanto como si hubiera estado remando por mares encrespados, y toda su espalda era un amplio dolor concentrado. Standish blandió el hacha y redujo a polvo una taza de té de porcelana con dibujos. Cuando volvió a levantar el hacha, una cuchillada como un dolor de muelas le hizo descubrir en la palma de la mano derecha una ampolla del tamaño de una naranja. Colocó el mango del hacha sobre la ampolla y sintió la presencia del dolor agudo que se despierta.

La otra puerta cerrada con llave se hallaba situada al otro extremo del pasillo de cemento. Standish prescindió tanto del hacha como de su mano y propinó una patada al montante que estaba junto a la cerradura. La puerta traqueteó. Le dio otra patada con la planta del pie, y después, con todo el peso de su pierna, presionó sobre la cerradura. Ésta se rompió, con un chasquido sonoro como el de un hueso cuando se fractura, y la puerta quedó abierta. Standish arrastró el hacha hasta la última habitación de Isobel.

Carecía de ventanas; la luz penetró con él. Se secó el sudor de la frente y esperó a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Desde el pasillo le llegó un seco toe toe toe que parecía como una risa temerosa.

Por fin Standish comprendió que había irrumpido en una habitación

vacía. No estaba seguro de lo que había esperado encontrar, nada tan evidente como unos esqueletos o un tajo para cortar la cabeza, pero sí algo que le conmocionara. El suelo estaba inclinado hacia un desagüe central. Frente a la pared trasera, el suelo de cemento estaba desgastado, como si hubiera habido allí algún aparato grande y pesado durante mucho tiempo. En el suelo había arañazos largos y no muy profundos. Finalmente Standish vio una especie de marcos oblongos sobre la pared situada a su izquierda. Le recordaban a las mariposas enmarcadas en la habitación de los huesos, y cuando estuvo más cerca vio que los marcos contenían fotografías.

Había seis. Eran instantáneas de parejas que no tenían nada de particular. Por las ropas que llevaban las dos personas de la primera fotografía, Standish dedujo que había sido tomada a finales de los años veinte o a principios de los treinta. El hombre de la tercera fotografía vestía el uniforme de un oficial del Ejército norteamericano. En las siguientes, los hombres volvían a usar traje. Las mujeres que acompañaban a los dos primeros hombres llevaban velo; las demás usaban sombreros de ala ancha, habían preferido apartar la mirada de la cámara, o estaban en la penumbra. Dos de las fotografías habían sido tomadas en la primera terraza de Esswood House, y otras dos en la senda alrededor del estanque alargado, y las sombras de los robles retorcidos llenaban de oscuridad el rostro de la mujer. Entonces Standish reconoció el rostro de uno de los hombres situados junto al estanque.

El rostro de aquel hombre estaba hundido y tenía aspecto enfermizo; bajo las bolsas de debajo de los ojos destacaban huesos protuberantes, y los hombros estaban decididamente encorvados. Sonreía, como si estuviera en éxtasis. Era un Chester Ridgeley unos diez u once años más viejo que en aquella época en que el señor y la señora Standish, William y Jean, abandonaron el Edén infestado de serpientes de la Universidad de Popham, en la ciudad de Popham.

Pero Ridley no estaba casado.

La mujer situada al lado del erudito se había ocultado de la cámara bajo las sombras de un roble deformado. Aparentaba treinta y tantos años, era de constitución fuerte, tenía hombros cuadrados y la innata seguridad física autosuficiente con la que están dotadas incluso otras mujeres, por otra parte comunes y corrientes, y que las hace parecer cualquier cosa excepto comunes y corrientes. Ridgeley cogía la mano de la mujer entre sus viejas manos.

Era ella porque tenía que ser ella. Era ella porque no podía ser nadie más.

Standish recorrió toda la hilera de fotografías y miró cada pareja. Los hombres, suponía, eran todos becarios de Esswood. La mujer era siempre la misma mujer, siempre con el mismo aire de confianza física reflejado en el gesto de sus hombros, en la postura de sus brazos, en el equilibrio de sus caderas. En los cincuenta o sesenta años representados en las fotografías, ella no había envejecido ni diez. Cuando le abrió la puerta de Esswood House aparentaba tener unos cuarenta sorprendentes y juveniles años.

Standish se alejó de las fotografías, consciente durante un momento de que estaba medio desnudo, sucio, exhausto, sangrando por los muchos pequeños cortes y rozaduras, apestando...

Se puso de espaldas a las fotografías y se concentró en el desagüe que había en el centro del suelo. Se preguntaba si Ridgeley habría regresado alguna vez a Popham. ¿Habrían recibido en Popham un telegrama anunciando su jubilación? ¿Una carta declarando su intención de dedicarse el resto de su vida a la investigación sobre la vida de aquella figura literaria poco importante, Theodore Corn? «Estoy seguro que ustedes comprenderán mi entusiasmo por haber hecho aquí muchos descubrimientos, así como mi poca disposición a sacrificar los años que me quedan en dar clases, cuando hay tanto (y tanto también en el sentido personal) por hacer…»

Standish salió de la última habitación de Isobel. Pequeños cuerpos correteaban de aquí para allá en la habitación llena de montones de periódicos viejos. Al entrar, cesó todo el movimiento. Standish bajó la vista hacia el ejemplar del *Yorkshire Posty* su título llamativo, y luego se sentó sobre sus doloridas piernas, cogió el periódico y miró las fotografías que sabía que iba a encontrar allí.

Pero estas fotografías, la de un tabernero fornido con el rostro pétreo, una mujer de expresión dura con el pelo claro y un amante con cara de pusilánime, eran de extraños. Toe, toe, toe, seguía sonando la risa mecánica y melancólica. Se puso en pie con dificultad y bajó otra vez la vista hacia las caras que nada le decían.

Un hueco enigmático en la experiencia, un fragmento de experiencia ausente del universo —una pérdida por la que el universo sentía nostalgia, dolor, aflicción, sin ser consciente de su sufrimiento—, acompañó a Standish mientras merodeaba con el hacha por los sótanos de Esswood. Llegó a un tramo de escaleras que ascendían hacia un arco abierto y transportó el hacha hacia arriba, hacia el mundo conocido.

Cruzó el arco y se encontró en la parte trasera de «su» escalera, en «su» pasillo secreto, que había sido el de Isobel. Descendió por el vestíbulo hacia el comedor y abrió la puerta. El olor de su comida que se estaba enfriando le resultó repugnante. Se acercó a la mesa y sacó del cubo la botella abierta de vino blanco. Luego llevó la botella goteante por todo el pasillo.

La biblioteca parecía más grande, más iluminada, incluso más hermosa que aquella noche en que «Robert Wall» se la había enseñado por primera vez. La gran alfombra color melocotón centelleaba, y los pilares de alabastro se alzaban como centinelas frente a las hileras de libros.

Standish echó un trago de la botella, y luego miró la etiqueta. Otro Haut-Brion de 1935, ¡qué aburrimiento! Bebió otro trago y le guiñó un ojo al bisabuelo del tatarabuelo. Depositó la botella sobre el escritorio, llevó el hacha a través de la sala deslumbrante y penetró en el primer hueco. Allí estaban los gruesos archivadores con los títulos STANDISH, WOOLF y LAWRENCE, todos los nombres que habían servido de señuelo para los hombres cuyas fotografías pendían en la última habitación.

Él había tenido razón aquel primer día en la biblioteca, cuando se imaginó a «Robert Wall» bebiendo sangre de estos grandes recipientes.

Standish levantó el hacha y la descargó sobre el segundo archivador de Isobel. Una corriente de papeles amarillentos brotó de la caja rota y se esparcieron por el suelo. Standish blandió otra vez el hacha, y la ampolla de su mano gritó como un niño. Los papeles revoloteaban a su alrededor como pájaros. Hundió el hacha dentro de la tercera caja que ostentaba el nombre

de STANDISH; en vez de desintegrarse en una lluvia de páginas manuscritas, la caja se deslizó a lo largo de la estantería hasta que chocó violentamente contra un soporte de madera. Standish movió el hacha hasta que la logró sacar del cartón; la caja se cayó de la estantería, y por el suelo quedaron esparcidas como el confeti pequeñas fotografías cuadradas.

Sorprendido, Standish se agachó y cogió un puñado de fotografías. Y allí, en la primera fotografía, aparecía una mujer alta, de mirada profunda, con un vestido claro y un sombrero muy ajustado, que estaba de pie en el camino junto al estanque alargado. Standish sabía que el vestido era verde aunque la fotografía, que había sido tomada setenta años atrás, era en blanco y negro; y él sabía que el rostro de la mujer, que en la fotografía no era más que una mancha, tenía la barbilla alargada y la nariz estrecha que le resultaba tan familiar. Aquí Isobel estaba sentada en la silla de la biblioteca, allí leyendo un grueso libro en el Salón Oeste, y allí de pie junto a un hombre corpulento y boquiabierto a quien Standish reconoció finalmente como Ford Madox Ford. Standish apartó las fotografías y agarró otro puñado del interior del archivador destrozado. Isobel posaba con gesto de disgusto junto a un T. S. Eliot que también parecía a disgusto. Isobel con un hombre elegante de cabellos oscuros que podía haber sido Eddie Marsh; Isobel en el campo lejano, con atuendo pastoril; Isobel sosteniendo una bandeja con bebidas —sirviendo cócteles— y sonriendo tristemente. ¡Pobre tonta!

Standish golpeó la caja con el hacha una vez más, y las fotografías salieron revoloteando a su alrededor. Luego se dirigió a los archivadores con el nombre JAMES, y de un hachazo rompió el primero de ellos como si fuera una nuez. Montones de papeles sueltos salieron en cascada, y él los apartó de una patada.

Hundió el hacha en el segundo archivador de papeles de James, después en el tercero y luego en los propios papeles, partiendo un gran fajo por la mitad. Monumentos al intelecto que no envejece, pensó Standish, y hundió el hacha en WOOLF. Y luego en el siguiente archivador, y en el siguiente y en el siguiente, hasta que los hubo abierto todos a hachazos y su contenido quedó esparcido por el suelo. Después arrastró el hacha por toda la biblioteca hasta el segundo hueco y comenzó con FORSTER y BROOKE —¡uf!, ¿cómo habría conseguido que lo invitaran?— y llegó a CORN.

Standish se echó a reír al pensar en Theodore Corn. Abrió la caja de un hachazo. Unos pocos fajos de papel salieron volando —era de esperar que Theodore Corn tuviera fajos de papel, preferentemente delgados— junto con otra oleada de fotografías cuadradas.

Las fotografías chocaron contra el ya impresionante montón de papeles que había sobre el suelo, con el sonido de insectos que caen. Standish se agachó para coger un puñado al azar, imaginando que vería más fotografías de literatos anodinos.

Se parecían sorprendentemente a las fotografías de Isobel. «Debería haber hecho caso omiso de la caja de este idiota», se dijo Standish, sintiendo un hormigueo premonitorio. Dio la vuelta a varios cuadrados pequeños de papel con los mismos márgenes estrechos, la misma gama de tonos deslustrados desde el sepia al gris claro, y los mismos paisajes y muebles que los de Isobel. Muchas de las caras también aparecían en las fotografías de Isobel: Ford respirando por la boca, Eliot encorvándose y poniendo cara

de gato. La figura principal de esta colección de imágenes era de alguna manera el complemento masculino de Isobel. Una figura alta y esquelética que llevaba trajes arrugados, camisas desabrochadas con cuellos desbocados, algunas veces un chaleco Fair Isle demasiado pequeño para él, miraba a la cámara con una cara alargada, pueblerina, desproporcionada, llena de cicatrices y marcas de enfermedades infantiles, acné juvenil y una adicción al alcohol de muchos años. Le faltaban el canino y el incisivo izquierdos, y sus manos, el doble de grandes que las de Standish, tenían los nudos de los dedos como cerrojos.

Lo que a Standish le recordó a Isobel no fue nada de esto sino el aire de decepción agraviada del hombre; la sensación de haber sido engañado se escapaba de la fotografía como si de un olor se tratase. Aunque más tosco que Isobel, él estaba exactamente igual de amargado. Su astuta cara de borracho proclamaba: «Yo merezco más, necesito más.» Standish lo odió incluso antes de darse cuenta de quién era el hombre, y luego reconoció que lo odiaba porque se reconocía a sí mismo en aquel hombre. Si hubiera sido un norteamericano de los años ochenta en vez de un inglés que había vivido setenta años atrás, podría estar casado con alguien como Jean Standish y dar clases en alguna moribunda universidad Zenith del Medio Oeste. Iría mejor vestido y llevaría fundas en los dientes para cubrir los huecos de su boca.

Daría clases sobre la novela del siglo XIX, no muy bien, pero al menos tan bien como William Standish.

Standish dio la vuelta a otra de las pequeñas fotografías oscuras y vio al hombre apoyado contra la pared trasera de Esswood House, con una mirada maliciosa que se extendía por su boca desdentada y una bufanda atada alrededor del cuello como una soga.

Naturalmente, era Theodore Corn, el favorito de Chester Ridgeley.

Entonces Standish se dio cuenta de que ya había logrado encajar una pieza más del rompecabezas. Isobel había tomado aquellas fotografías del mismo modo que Corn había tomado todas las de Isobel.

Y esto conducía al descubrimiento final, como podría haber dicho Isobel, al último descubrimiento, que había despertado la sensación de presagio en Standish al ver las fotografías que se escapaban del archivador de Corn. Aquel bobo de Corn era el hombre que Isobel había conocido en Esswood. Theodore Corn era su vagabundo, su gitano erudito. Él era el padre de su hijo perdido.

Standish sostuvo entre sus manos el fajo suelto de fotografías durante un instante en que ningún pensamiento pasó por su mente ni ninguna sensación por su cuerpo. Soltó las fotografías y éstas cayeron estrepitosamente sobre los papeles esparcidos por el suelo. Standish propinó un puntapié a la masa de papeles que yacía en el suelo. Todo lo que le rodeaba le parecía carente de significado y muerto. La falta de significado era peor que la muerte, puesto que la falta de significado existía en el centro de un misterio, al igual que las espiras de una hermosa concha rosada de marfil que inciden más y más profundamente en su resplandeciente interior hasta que se convierten en... la nada.

Theodore Corn lo miraba desde un centenar de fotografías, socarrón, palurdo e inescrutable.

Standish pasó por entre la masa de papeles y dio un hachazo a un archivador con el nombre de POUND. Otra nube de papeles, gruesos como hojas de árbol, revoloteó desde la caja hecha pedazos y cayó al suelo. Vio a Isobel sentada al lado de Theodore Corn en la mesa del comedor, contemplándolo por encima del vaso de vino con ribetes de oro. Blandió de nuevo el hacha y destrozó otra caja.

Finalmente Standish salió del segundo hueco y se dirigió al escritorio. El archivador original todavía se hallaba colocado al lado de la silla tapizada en rojo y oro. Encima del escritorio estaba la botella de Haut-Brion. Standish bajó la vista hacia los pobres papeles de Isobel y se planteó la posibilidad de transportarlos hasta el hueco y echarlos sobre el montón. Les dio una patada y observó cómo revoloteaban con la elaborada letra de Isobel. Eso estaba bien, eso estaba mejor. Ahora las frases podrían salirse de las páginas y escapar hacia el firmamento.

Standish se acercó la botella a la boca y echó otro trago. Examinó la biblioteca desde una perspectiva imparcial y la encontró hermosa. Miró hacia arriba, y el dios resplandecía apuntándole con su dedo ineficaz. El dios estaba pintado en su totalidad con pintura de un par de centímetros de grosor, y el hecho de que el dedo se adelantara para señalar era una ilusión óptica creada por un hombre llamado Robert Adam, quien tenía debilidad por las grandes mansiones y las bibliotecas de calidad. Standish sopesó el hacha entre sus manos. La levantó y la dejó caer sobre el escritorio. El hachazo partió la madera en dos. Cayeron bolígrafos Bic, blocs de notas y otros objetos en los que Standish no había reparado. Otras cosas insignificantes se fueron navegando hacia el interior de la biblioteca.

Los rayos del sol del atardecer se filtraban por las ventanas.

Standish soltó el hacha y vio que caía sangre sobre la alfombra. Instantáneamente la alfombra absorbió la sangre, haciendo que las manchas rojas se encogieran y se convirtieran en anillos de un color rosa pálido, casi invisibles sobre el color melocotón.

Tan hambriento como la casa, su estómago empezó a rugir.

Standish reflexionó durante un momento, luego sonrió y se sentó en el escritorio destrozado. Encontró un bolígrafo entre las largas astillas barnizadas. Escribió «cerillas» sobre un bloc de notas. Luego arrancó la hoja del bloc y se dirigió tambaleándose hacia la puerta.

En el comedor, la mesa estaba dispuesta para la cena. Sobre el mantel había una botella abierta de vino tinto. Standish tenía la boca como si hubiera estado comiendo cenizas. Llenó el vaso ribeteado en oro hasta arriba y se bebió el vino en varios tragos antes de mirar la etiqueta. La Tache de 1916. Podría haber sido el año en que Isobel regresó a la Tierra en busca de la inmortalidad y de los abrazos voraces de Theodore Corn. ¿Qué otra cosa podía haber estado buscando Isobel en 1916, en medio de una guerra que afectaba al mundo entero? La espira final del interior de la concha rosada, la historia dentro de la historia, la frase nueva, la fuente del sonido. De la mano de Standish resbalaron unas gotas de sangre hacia el mantel, que fueron absorbidas hasta convertirse en círculos pálidos. Sonrió y depositó el vaso en la mesa para vendar su mano derecha con una de las grandes

servilletas de hilo de Esswood. Luego se sentó y levantó la tapadera de oro. La comida de Isobel desprendía vapor sobre el plato de oro.

Standish se puso a comer. La habitación se inclinó a su izquierda, luego a su derecha. Le dolía todo el cuerpo. Finalmente sus párpados insistieron en cubrir sus ojos; colocó la cabeza sobre la mesa y se durmió.

En el centro de un bosquecillo de árboles un bebé fulgurante alzaba sus brazos e inclinaba la cabeza pidiendo un beso. Standish extendió sus brazos destrozados, pero sus pies estaban atrapados por la gruesa hierba sedosa como por una cuerda. La sangre goteaba por las palmas de sus manos, y el bebé fulgurante apartó la mirada y se puso a llorar.

Standish también lloró, y se despertó con el rostro húmedo sobre la servilleta ensangrentada que envolvía su mano. «¡Oh, Dios mío!», exclamó, imaginándose que tenía que regresar a la biblioteca y escribir un libro sobre Isobel. Una sensación de alivio le invadió al recordar lo que había hecho en la biblioteca.

Se limpió la cara y se levantó. El hacha yacía al lado de su silla, como un animalito dormido, y con cuidado se agachó para cogería por el mango. Se deslizó sobre su mano y se acopló en los pliegues de la servilleta.

Standish se dirigió hacia la biblioteca, arrastrando los pies por el pasillo secreto de Isobel. Se movió con dificultad por el gran espacio vacío y abrió la puerta principal. Sobre la alfombra del Salón Oeste yacía una caja amarilla llena de cerillas de cocina marca Swan.

Standish llevó las cerillas hasta la biblioteca, dejó el hacha apoyada contra una columna y penetró en la segunda cavidad. Abrió la caja y una asombrosa cantidad de cerillas se precipitó hacia el montón de papeles y fotografías. Durante un momento contempló estúpidamente la caja antes de darse cuenta de que estaba del revés. Le dio la vuelta y vio que la otra parte de la caja, todavía no abierta, contenía cientos de cerillas. Standish cogió una y frotó la cabeza contra el rascador sombreado de la caja. La cerilla estalló en una llamarada brillante.

Se inclinó hacia abajo y acercó la llama a la punta de un trozo de papel. Tan pronto como empezó a arder, movió la cerilla hacia otra hoja. Luego arrojó la cerilla encendida en el interior del hueco. Se elevó un delgado hilo de humo seguido de un bucle de fuego.

Standish se separó del hueco y observó cómo las llamas devoraban los papeles. La pintura de las estanterías se fue ennegreciendo hasta que estalló en burbujas circulares momentos antes de que el fuego prendiera en la madera situada bajo la capa de pintura. Luego atravesó la biblioteca para prender fuego a los papeles que se encontraban en el otro hueco.

Tiró el resto de las cerillas al suelo y salió por la puerta principal. Tenía tiempo de sobras para llevar a cabo el siguiente paso.

Standish salió al vestíbulo de entrada. Sobre una mesa de mármol, un reloj historiado marcaba las diez menos cinco. Descendió por el elegante pasillo con mamparas y abrió con fuerza la puerta principal. Una oscuridad aterciopelada empezaba a dejarse sentir en el límite de la luz procedente de la casa. Los árboles que había más allá del camino eran un muro sólido que se alzaba desde el suelo oscuro hacia el vivido color púrpura del firmamento. Por encima de su cabeza había más estrellas de las que Standish recordaba haber visto en su vida; parecía que hubiera millones, algunas brillantes y

fijas y otras tenues y fugaces, formando un dibujo grande e ilegible que se extendía a lo lejos por toda la bóveda del firmamento como una frase en un idioma extranjero, la frase nueva que continuaba incesantemente hasta que las letras primero y después las palabras enteras se hicieran demasiado pequeñas para poderse leer.

Standish salió al exterior para situarse debajo de la gran frase. Todos aquellos escritos de la biblioteca, las páginas abarrotadas de palabras como cuerpos atiborrados de comida, flotarían hacia arriba para unirse al Esswood definitivo que era la frase en el firmamento. Más allá de aquello, de forma invisible, ¿había un dios airado apuntando con un dedo desde una nube tormentosa?

Standish volvió a entrar en la casa con el hacha en la mano.

18

Mientras subía las escaleras percibió un ligero olor a quemado, pero cuando giró a la izquierda, hacia territorio desconocido, el lejano olor a humo había desaparecido, se había diluido entre los olores a cuero viejo, abrillantador de muebles y aire fresco de la tarde que penetraba en la casa a través de las ventanas abiertas. Pasó por debajo de un arco situado en lo alto del ala izquierda de la escalera, y entró en una habitación que era la réplica mayor del estudio que estaba en el otro extremo de la casa.

Un haz de luz colgaba del florón central del techo. Estanterías de libros vacías cubrían dos de las paredes. Había una mecedora apoyada contra una pared desnuda con rectángulos descoloridos en los lugares que en otros tiempos habían tenido cuadros colgados.

En el extremo de la habitación vacía había otro arco a través del cual Standish divisó un pasillo desolado. Una bombilla desnuda colgaba de un cordón. En las junturas de las tablas del suelo había polvo acumulado, y profundas grietas recorrían las paredes de yeso. A un lado del pasillo se veían dos ventanas grandes con persianas marrones; al otro había dos puertas marrones empolvadas.

Éstas eran las ventanas que él había visto desde la Galería Interior y la Suite de la Fuente. Tiró de la anilla de una persiana y la empujó hacia arriba con cuidado. A través del oscuro patio sus viejas ventanas emitían destellos amarillos alrededor del contorno de una figura deformada del tamaño de un niño que miraba hacia afuera. Standish se quedó de piedra. Inch-Me, Pinch-Me o Beckon-Me-Hither lo estaba mirando, y Standish le devolvió la mirada. Entonces la pequeña sombra sin rasgos precisos desapareció. Una espiral de humo gris se desplazó hacia el interior del marco de la ventana. Standish se imaginó las escaleras secretas llenas de un humo lo bastante denso como para hacer retroceder a alguien que intentara atravesarlo. Otra nube de humo más espeso apareció en su ventana.

Standish aún disponía de todo el tiempo que necesitaba.

Se alejó de la ventana y colocó su mano sobre el pomo de la primera puerta. La abrió con cuidado.

Las luces del pasillo penetraron unos centímetros en la habitación en la que Standish pudo vislumbrar el contorno de una cama de hierro, una silla de madera de ínfima calidad y una maleta abierta sobre el suelo. Alrededor de la silla había libros de bolsillo esparcidos. Atravesó la puerta abierta y la cerró. En la oscuridad tuvo conciencia del dolor que sentía en las manos y en la espalda. Su cuerpo se hallaba cubierto de mugre grasienta. Podía percibir el olor a miedo, sudor y sangre: apestaba a tigre enjaulado.

En el interior de su cabeza oyó el sonido, más bien un eco que un sonido en sí, de un niño llorando. Standish empezó a caminar de puntillas para cruzar la habitación en dirección a la cama sucia. Cuando se hallaba a medio metro pudo distinguir el estampado del cubrecama echado hacia atrás. Las sábanas eran blancas y estaban arrugadas, y la almohada hundida se hallaba atravesada en la cama como una gruesa babosa. De las arrugadas sábanas se desprendía un olor a perfume y polvos. Una salpicadura de su sangre cayó sobre las sábanas.

Standish dio media vuelta y se alejó de la habitación tan sigilosamente como había entrado. La puerta abierta dejó flotar a un alrededor una luz carente de significado.

En la ventana situada al otro extremo del pasillo vio el reflejo de una figura encogida, medio animal y medio hombre, con el cuerpo manchado de suciedad y sangre, que se acercaba sigilosamente a la puerta. Llevaba un hacha en la mano. Standish comprobó regocijado que aquel monstruo encorvado era él mismo, el Standish interior. Veinticuatro horas antes había visto aquella criatura en el espejo del cuarto de baño, pero ahora estaba realmente en libertad. Parecía como si hubiera estado esperando este momento durante toda su vida de adulto. «Vaya, señorita Standish», murmuró, apretando una mano contra su boca para reprimir una risita tonta.

A través del cuerpo de la criatura vio el cuadrado de fuego que era la ventana de su antigua habitación.

Se volvió hacia la siguiente puerta. La criatura encorvada con el hacha en la mano también se volvió en aquella dirección. Cabellos llenos de sangre y enmarañados le caían sobre los hombros. Su mano oscura todavía estaba apretada contra la boca. Observó a la criatura descender por el pasillo hasta que salió por la ventana.

Unos cuantos pasos lentos lo condujeron a la segunda puerta. Sus dedos resbaladizos tocaron el pomo. Apretó los dientes y lo hizo girar silenciosamente. La puerta se movió hacia adentro unos cuantos centímetros, y Standish entró de puntillas acompañando la puerta. Unos pocos centímetros más y se hubo internado en la habitación.

Sobre el suelo desnudo había un par de zapatos. Una camisa blanca atada al respaldo de una silla le lanzaba destellos como si fuera un espíritu surgido de la oscuridad. Cerró la puerta tras él. La camisa parecía como un espíritu esperando nacer; tal vez iba a ser el fruto de la pareja que ocupaba la cama situada en medio de la habitación. De ellos procedían dulces y pausadas inhalaciones y exhalaciones. Por encima de su propio hedor, Standish percibió una delicada fragancia y los olores más vulgares a sudor y a sexo. Standish exhaló un suspiro.

Cuando sus ojos se hubieron adaptado a la oscuridad, vio las paredes

desnudas y apenas iluminadas, seguramente blancas a la luz del día, y en el suelo el desorden característicamente masculino de calcetines, camisetas y vaqueros. Había una raqueta de tenis apoyada contra la pared. La cama era una maraña desordenada de largas extremidades blancas y cabellos despeinados.

Ahora Standish se sentía como si acabara de despertar de un largo trance. Era simplemente él mismo, lo que todos los días, semanas y horas habían hecho de él. Era un engendro blandiendo un hacha. Quizá por primera vez desde su infancia, Standish se aceptó plenamente.

—Mmmm —dijo una voz procedente de la cama. Standish permaneció al lado de la puerta respirando lenta y pausadamente. Podía imaginarse a sí mismo en la cama con la pareja, yaciendo entre una maraña de brazos y piernas sueltas, absorbido en el interior de la maraña.

Pero en cualquier momento oirían el ruido del fuego y empezarían a notar el humo. Esperó hasta que se hubieron acomodado el uno en los brazos del otro, y empezado a emitir ronquidos ligeros, divertidos, casi encantadores. Avanzó. No hubo respuesta desde la cama. Dio otro paso silencioso hacia adelante. Sobre el lecho en perfecta calma yacía el hermoso doble animal. Standish se colocó exactamente a su lado y alzó el hacha.

La descargó sobre ellos con todas sus fuerzas, sintiéndose al mismo tiempo el verdugo con su tajo en la tundra y el burócrata en su escritorio. El hacha aterrizó en la base de una de las dos cabezas del animal, y casi al instante se abrió camino a través del vapor que rezumaba la carne y las vértebras de la columna. La otra cabeza del animal se alzó de la almohada en el momento mismo en que Standish blandió nuevamente el hacha, presentando un blanco perfecto, con una expresión de incredulidad y confusión que finalizó con el hachazo definitivo.

Ahora el lecho era un mar de sangre. Standish dejó caer el hacha, sacó de entre las sábanas empapadas las dos cabezas, las agarró por los cabellos y las depositó en el suelo. Cogió dos almohadas, quitó las fundas y las lanzó otra vez a la cama. Sin mirar hacia ninguno de los dos rostros, introdujo las cabezas en las fundas vacías de las almohadas y las llevó al vestíbulo. Se sorprendió al comprobar que pesaban tanto como bolas de bowling. Standish descendió a toda prisa por el vestíbulo lleno de humo nebuloso, atravesó el arco y entró en la habitación desierta en lo alto de las escaleras. Las pesadas almohadas se balanceaban a cada uno de sus lados.

El humo negro se había acumulado en el techo en forma de capas de nubes. Se oyó un viento huracanado que parecía venir de muy lejos. Standish cruzó el arco opuesto y bajó la vista hacia el ala izquierda de la escalera.

Varias capas de humo pendían del techo y se movían hacia él con una pesada gravedad. En lo alto de la escalera se encontró frente a un muro de calor que le hizo retroceder como si le empujara una mano gigantesca. Pero las llamas todavía no habían aparecido ante él. Empezó a descender las escaleras a toda prisa y tuvo la sensación de encontrarse en el interior de un horno. Los pelos de la nariz se encresparon de dolor y se le quemaron las cejas. Vio cómo el pelo espeso de su pecho, brazos y abdomen se enroscaba hacia adelante y se convertía en cenizas.

Al alcanzar el cuerpo principal de la escalera, le cegó una mezcla de

humo y calor. Siguió corriendo, con su mano derecha sobre la ardiente baranda. Las cabezas metidas dentro de las fundas chocaban rítmicamente contra la baranda. Sentía la piel escaldada. Su mano derecha golpeó con fuerza la pilastra situada al final de la escalera, y las cabezas de las fundas fueron a dar contra ella.

Standish se sumergió en una espesa niebla negra que hervía. A su izquierda se produjo una explosión roja y uniforme. Cuando alcanzó el pasillo con mamparas observó que los gruesos tapices se retorcían en tanto que sus fibras se encogían y secaban. Corrió directamente hasta la puerta y agarró el pomo ardiente con una mano envuelta en una tela de algodón que quemaba.

Un aire gélido se abalanzó sobre él. Standish salió a la terraza tosiendo y dando traspiés. Bajó tres o cuatro peldaños tambaleándose, y luego se desplomó hacia atrás, resollando y tratando de sacar el humo de sus pulmones. Aterrizó pesadamente sobre su trasero, y las fundas de las almohadas se le escaparon de las manos, y fueron a chocar contra los peldaños. Standish se sentía como si le hubieran metido dentro un soplete. La tela de los pantalones echaba humo, que se adhería a sus zapatos. Abajo, al pie de la escalera, las fundas de las almohadas desprendían humo como si fueran marmitas tiznadas. Las piernas lo llevaron hasta el pie de la escalera, y una vez allí se dirigió cojeando hacia las fundas; cogió una, empezó a caminar por la grava, y luego cogió la otra.

Las cabezas trataban de arrebatarle de las manos los extremos de las fundas mientras caminaba con movimientos torpes por encima de la grava. A los pocos segundos se detuvo para mirar atrás. Las ventanas de las dos primeras plantas estaban en llamas, y el humo se escapaba por el tejado.

Standish transportó sus pesados trofeos por todo el lado izquierdo de la casa. Algo se hundió dentro de Esswood, y un estrépito atronador lanzó al aire una ráfaga de chispas y llamaradas. Standish siguió avanzando con dificultad a través de una lluvia de fuego y pisó un trozo de Esswood ardiendo. Estaba demasiado cansado para mirar hacia atrás y ver lo que había ocurrido.

Giró por el lado izquierdo de la casa, y en el otro lado del camino de acceso se alzó un edificio alargado y bajo con cuatro grandes puertas dobles y ventanas intercaladas. Standish se dirigió al edificio y miró hacia el interior por la primera ventana, donde reinaba la más absoluta oscuridad.

A través de la ventana descubrió una vieja silla de montar y un arnés colgados de la pared trasera.

En la tercera ventana vio reflejado el fuego que emergía a través del tejado de Esswood. Standish miró por la cuarta ventana y vio la parte trasera de un Ford Escort color azul turquesa. Abrió la puerta y metió dentro las dos pesadas fundas de las almohadas. Tan pronto como tocó el coche recordó que no tenía las llaves, y pensó que probablemente estarían dentro de los bolsillos de unos vaqueros que se estaban quemando en el segundo piso del Ala Este. Abrió la puerta del coche y se desplomó sobre el asiento del conductor. Las dos fundas goteaban en el suelo, entre sus piernas. Se inclinó hacia abajo e introdujo las fundas y las piernas en el coche.

Colocó las manos en el volante y contempló el salpicadero, al tiempo que recordaba haber visto en las películas a gente que ponía en marcha un

coche conectándolo con los cables de otro coche. Algo pesado cayó sobre el tejado del edificio. Percibió el olor a humo. Tenía la vista nublada y el estómago revuelto. Cuando terminó de toser y resollar, alargó la mano y abrió la guantera. Sobre el manual del propietario había dos llaves unidas por una anilla de metal. Standish las sacó de la guantera.

Introdujo una de las llaves en el contacto, le dio la vuelta y pisó el acelerador. Todas estas acciones parecían como pertenecer a alguna otra vida anterior muy diferente. Oyó que el motor se ponía en marcha, apoyó la frente sobre el volante y descansó unos instantes. Otro pedazo grande de Esswood cayó sobre el tejado. Standish hizo un esfuerzo por incorporarse. Colocó la marcha atrás y pisó el acelerador. El Escort rozó contra las puertas medio abiertas y salió rodando hacia afuera. Standish giró el volante e hizo que el vehículo avanzara hacia adelante. Desde la casa llovían fragmentos y chispas de fuego. Standish situó el coche en el camino de acceso y pisó a fondo el acelerador. El vehículo levantó una nube de gravilla y salió disparado hacia adelante. Se veía una luz roja temblorosa sobre el camino y los altos robles espigados. El vapor silbaba al salir de los troncos de los árboles más cercanos a la casa. Standish encendió los faros, y dos haces de luz amarilla flotaron hacia el interior de la noche roja y temblorosa. Vio el largo camino serpenteando entre los árboles que exhalaban vapor, y se dirigió hacia él.

Se encontró descendiendo por el camino con el coche, tratando de descubrir por qué lado debía conducir. Todo iba hacia atrás.

Un par de faros encendidos aparecieron ante él por el túnel de árboles situado al fondo del camino. Standish redujo la marcha mientras intentaba solucionar el interesante problema de en qué lado de la carretera se tenía que colocar. Se puso a la izquierda, luego a la derecha. El vehículo que se acercaba encendía y apagaba los faros. En el espejo retrovisor, Esswood ardía alegremente. El otro coche se acercó a sus faros. Era un Jaguar, y lo conducía Robert Wall, «Robert Wall». La amada de Standish, la hermana de Wall, iba sentada a su lado. Los dos hijos de Edith parecían sobresaltados, quizás incluso paralizados. Robert tocó el claxon y le hizo un gesto con la mano. Su amada pronunció unas palabras que él no pudo oír. Standish continuó hacia adelante. Cuando hubo pasado junto al Jaguar, Robert le gritó algo y su amada se inclinó hacia adelante y le interrogó con la mirada. Standish aceleró más. Ninguno de los dos lo había reconocido.

Después de un par de segundos, Standish miró por el espejo retrovisor y vio a Robert Seneschal corriendo tras él por el camino. Standish movió la cabeza para verse en el espejo. Tampoco él se reconoció. Era un ser completamente nuevo, sin pelo, cubierto de grasa y sangre, sonrosado y con ojos azules: era su propio bebé. El vehículo se metió en la carretera al final del camino y Standish, sonriendo tontamente, giró el Escort en dirección al pueblo.

19

La niebla rojiza se fue desvaneciendo del firmamento. Standish conducía sin mapas, sin recuerdos, guiado tan sólo por su sentido de la orientación que parecía estar codificado dentro de su cuerpo. Condujo a través de un paisaje de pequeños pueblecitos llenos de luces alegres y letreros luminosos, de campos oscuros y densos bosques. Vio parpadear luces en los pantanos y comprendió que ellos también formaban parte de la gran frase que proseguiría eternamente hasta que estuviera más allá de la visibilidad. Cada vida humana encajaba dentro de aquella frase grande e infinita. De vez en cuando miraba satisfecho y admirado al recién nacido por el espejo retrovisor.

Condujo velozmente a través de pueblos y campos. Iglesias, tabernas y casitas de campo con techos de paja se iban quedando atrás en la oscuridad. En un momento determinado vio una casa en lo alto de una colina de proporciones incluso más grandes que Esswood. Frente a ella habían aparcados Rolls-Royces, Bentleys y Daimlers, y la luz se proyectaba desde todas las ventanas. En los campos, vacas y caballos soñolientos alzaban sus cabezas para verlo pasar.

En un bosque espeso dio un golpe con el coche a un animal y le oyó proferir un terrible grito.

Sus manos estaban rígidas y se quedaron pegadas al volante, pero siguió conduciendo tranquilamente a través de la noche. Él era un bebé grande y rollizo que se reía entre dientes, y se hizo pipí y caca en sus asquerosos pantalones y siguió conduciendo.

Finalmente llegó a las fábricas situadas al aire libre. Las luces estaban apagadas; habían apagado las antorchas. Las máquinas descansaban en los pasillos oscuros, y el polvo que revoloteaba por el aire se había posado durante la noche. Pero las grandes montañas de escoria se elevaban hacía el firmamento cubierto de estrellas, y al verlas, disminuyó la marcha.

Standish retiró la mano derecha del volante y se inclinó hacia un lado para bajar la ventanilla del asiento del copiloto. Cuando el coche llegó a la primera montaña de escoria, cogió una de las fundas y la lanzó por la ventanilla. Pensó que eso ya era suficiente. Inmediatamente lanzó la segunda funda detrás de la primera. Ésta casi fue a parar al otro lado de la carretera antes de caer pesadamente y quedarse junto a una acequia de desagüe.

Standish gruñó y se volvió a sentar erguido.

Finalmente, el letrero HUCKSTALL pasó como un rayo frente a su ventanilla y desapareció tras él. Se habían acabado las risitas provocadas por las dos bolsas rezumantes de sangre que antes estaban junto a él, en el asiento del copiloto. Un mundo vacío sin principio ni fin se extendía a ambos lados de la carretera. Luego, las luces de los faros delanteros de un vehículo aparecieron ante él a lo lejos. Mientras se dirigía hacia ellos, la figura de un hombre con los brazos extendidos dio un paso hacia adelante, hacia los faros de su coche. Standish se encontraba lo suficientemente cerca para ver, gracias a las luces de los faros delanteros, que el hombre sonreía mientras agitaba sus brazos. El hombre se acercó más a la línea divisoria central. No era lo que Standish había esperado: un hombre alto y sonriente vestido con una chaqueta deportiva. Sus cabellos rubios y lisos caían de forma atractiva sobre su frente.

Standish aceleró cuando estuvo cerca del hombre, y cuando éste

empezó a cruzar sus brazos por encima de su cabeza —porque aquel hombre estaba acostumbrado a conseguir lo que deseaba, como podía verse en sus grandes ojos y suaves mejillas—, Standish giró bruscamente el volante hacia el hombre y lo embistió.

El hombre chocó contra el coche con un impacto tan fuerte que Standish se golpeó contra el volante. Seguidamente salió disparado como una marioneta y desapareció bajo el vehículo. Luego se produjo otro impacto más suave. Standish frenó y abrió la puerta. Puso el coche en punto muerto pero no apagó el motor. Se deslizó fuera del asiento. Con pasos lentos y decididos, sin molestarse en inspeccionar el cuerpo aplastado que yacía bajo su coche, el pobre bebé emprendió un viaje hacia una desolación sin límites.



ENTONCES UN DÍA...

Entonces un día ella lo volvió a ver. Debía de haber transcurrido un año desde la primera vez, porque había pasado otro verano y ahora el tiempo era gris brumoso y el aire ligeramente fresco. Se acababa de dar cuenta de que ella era la única de entre toda la gente que estaba contenta de que hubiera finalizado el verano. Prefería los días otoñales porque el verano era como una máquina de placer, como una bebida fuerte que te acariciaba y te volvía a acariciar pero que nunca te llevaba más allá de un tenue calor gradual. Sin embargo, en los días como aquel en que una sutil neblina flotaba en el aire, y la parte alta de los edificios no se veía debido a la bruma, ella tenía una sensación íntima y elevada de expectación, como si alguna transformación imprevista estuviera oscilando literalmente en el aire, cerniéndose sobre ella. Entonces lo vio caminando de nuevo en dirección hacia ella y lo recordó perfectamente aunque no lo había visto ni había pensado en él en todo el año transcurrido.

Era probable que llevara la misma ropa: un suéter negro y unos vaqueros tan descoloridos que casi eran blancos. No, los téjanos eran diferentes y la bufanda larga y roja era nueva. Pero se trataba del mismo joven. Todavía flotaba a su alrededor una especie de aura. Caminaba por la calle a paso tranquilo, ni alegre ni triste. Su rostro no tenía nada de particular, ni tampoco era tan joven como ella había creído al principio; sin embargo, una adolescente se volvió a mirarlo con curiosidad y un hombre alto con gabardina oscura volvió la cabeza para verlo pasar. Era como si una luz pálida brillara sobre él, o dentro de él, una luz a la que él se hallaba completamente ajeno. Aquélla era la nota de afabilidad que ella había percibido en él el año anterior. Él pasó por su lado sin detenerse. Ella se volvió en redondo, vaciló unos instante y luego empezó a seguirlo. Se sentía un poco tonta, un poco estúpida, incluso un poco avergonzada, pero su curiosidad era demasiado fuerte para dejarlo escapar otra vez. Comprendió que tenía una segunda oportunidad, y tan pronto como empezó a seguirlo olvidó los planes que tenía para el resto de la tarde debido a la peculiaridad e interés de su actual ocupación.

Descendió media manzana por la avenida detrás del hombre. Se dio cuenta de que su vida había cambiado, de que nunca volvería a ser la de antes, y que con cada paso que daba el cambio se hacía más radical. Se había liberado: eso era lo que se le había prometido, eso era lo que ella había

presentido. Había desperdiciado un año entero en el reino de lo corriente, y ahora se estaba alejando por completo de lo corriente. El aire se oscureció a su alrededor y ella siguió al hombre, escapando de todas las cosas que había conocido en su vida.

COMENTARIOS DEL AUTOR

La mayoría de estas obras deben su origen o inspiración a otros libros. La trama central de «La rosa azul» se me ocurrió mientras leía un libro polémico de un neurólogo acerca de Freud, titulado *The Freudian Fallacy.* «El enebro» vino a mi mente con mucha fuerza mientras leía *El amante,* la novela corta de Marguerite Duras. La «Guía sucinta de la ciudad» fue el producto de la lectura de un extenso ensayo sobre San Petersburgo en *Menos que uno,* de Joseph Brodsky. Y «La diosa de Esswood House» la escribí inmediatamente después de leer muchas narraciones de Robert Aickman, que me permitió escribir una introducción a una colección suya llamada *The Wine-Dark Sea,* y el ejemplo enigmático y verídico de Aickman estuvo muy presente en mi mente durante todas las aventuras de William Standish en Esswood House.

Además de los libros ya mencionados, «La rosa azul» y «El enebro» están íntimamente relacionados con otra obra. Se trata de las narraciones escritas por Tim Underhill, el héroe secreto de mi novela *Koko,* y representan la primera parte de los esfuerzos de Underhill por comprender la violencia y el mal envolviéndolos en su propia imaginación. A consecuencia de ello, el Harry Beevers de «La rosa azul» no es exactamente el personaje de *Koko* del mismo nombre.

Para «El cazador de búfalos» me inspiré en la exposición de escultura de Roña Ponkik *Bed Milk Shoe* («Lecho Leche Zapato») en la Fiction/Nonfiction Gallery de Nueva York.

«Algo de muerte, algo de fuego» es una de las primeras historias que escribí, y la he incluido aquí porque es el único relato corto que aún me gusta de la época en que empecé mi oficio, y porque encaja en el libro: al igual que Bobby Bunting, William Standish, el bueno de Harry Beevers y el narrador anónimo de «El enebro», Bobo vive en una casa sin puertas, y allí encuentra un terror y una magnificencia que puede compartir con nosotros.